GUILLERMO UGARTE

CON ESTE SIGNO VENCERÁS



TALENTO CALIGRAMA

Con este signo vencerás

Guillermo Ugarte



Con este signo vencerás

Primera edición: 2024

ISBN: 9788410266421
ISBN eBook: 9788410266872

© del texto:
Guillermo Ugarte

© del diseño de esta edición:
Caligrama, 2024
www.caligramaeditorial.com
info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Matiltxu, mi madre

Nota del autor

Querido lector:

Hoy, te invito a cruzar el umbral hacia un mundo forjado en los fuegos de mi imaginación. No como un mero espectador, sino como mi compañero en esta aventura. Las páginas que siguen son más que tinta y papel; son un pacto entre tú y yo, las claves para desvelar el misterio que ha consumido mi mente durante año y medio y que ahora, con la ilusión desbordante, deposito en tus manos.

Con este signo vencerás no es solo una historia de misterio; es nuestra historia, tejida con hilos de suspense y emoción. Juntos, tú y yo, descubriremos secretos ocultos en escenarios que te resultarán tan familiares como las calles de tu ciudad, la biblioteca donde leías tus primeras novelas o la plaza donde te enamoraste por primera vez. Y conoceremos a personajes que, espero, se ganarán un lugar en tu corazón tanto como lo han hecho en el mío.

Este viaje que emprendemos es un reflejo de la vida misma, explorando las profundidades del alma humana; el verdadero significado de la amistad, del amor y de la maldad. Al leer estas páginas, te invito a que también te embarques en tu propio viaje introspectivo, a que te atrevas a cuestionar y a reflexionar sobre las grandes preguntas de nuestra existencia.

Compartir mi obra contigo lleva consigo una vulnerabilidad ineludible; estas palabras son un fragmento de mi ser, expuestas ante ti con honestidad y esperanza. Pero junto con esa vulnerabilidad surge una emoción indescriptible ante la posibilidad de que encuentres en esta historia un eco de tu propia voz.

Con este signo vencerás es más que una novela; es una invitación a la reflexión, a la aventura, a sentir. Espero que te dejes llevar por la corriente de sus palabras y que este viaje te marque tanto como a mí al escribirlo.

Gracias por aceptar esta invitación a mi mundo. Te espero al final de este camino, listos para compartir nuestras impresiones y descubrimientos.

Introducción

Pedro Uribe detuvo su Peugeot 205 blanco junto a la fuente que se encontraba al lado del pequeño estacionamiento. La luz incierta, entre la noche y el amanecer, iluminaba las huellas recientes de la fiesta: vasos de plástico rotos en el suelo, botellas y serpentinas pisoteadas, pero nadie a la vista. El sonido de los neumáticos rodando retumbaba en la calle vacía, apenas definida bajo la luz de las farolas. Presionó el control y la puerta se abrió, revelando el camino flanqueado por majestuosos robles que ascendía suavemente hasta la casa.

Subió la colina apresuradamente y estacionó frente a la entrada principal, junto a un estanque que alguna vez había servido como piscina para los antiguos residentes, pero que ahora era un elemento ornamental más en el bien cuidado jardín que rodeaba la mansión. Corrió hacia la puerta principal, lleno de inquietud. Su amigo Mikel lo había llamado a las tres de la madrugada, pero Pedro no contestó; siempre apagaba su teléfono antes de irse a dormir. Mikel dejó un mensaje en el contestador, lleno de desesperación: «Pedro, por favor, ven. Necesito que me ayudes a conseguir el perdón divino por mis pecados porque voy a morir».

Capítulo 1

El jefe de patrullas de la Ertzaintza de Balmaseda estaba cercando el área con cinta policial de color rojo y blanco; todo indicaba que se avecinaba un caos de grandes proporciones. Era 23 de octubre, San Severino, un día en el que todo el pueblo salía a las calles para cocinar el plato que había dado renombre internacional a Balmaseda: la *putxera.*

El terreno era vasto y prácticamente imposible evitar que los curiosos se acercaran, atraídos por la morbosa noticia de que uno de los vecinos más conocidos había aparecido muerto en circunstancias extrañas. El acceso a través del barrio de El Arroyo se había convertido en un hormiguero de curiosos que dañaban las posibles pistas que pudiera haber. Para empeorar las cosas, la carretera de acceso al barrio de Pandozales no había sido cortada y el acordonamiento de la entrada principal se estableció tarde, encontrándose ya bloqueada por una multitud repentina de vehículos de prensa que habían aparecido en cuestión de minutos. Oyó la voz del subcomisario Bringas.

—Cuesta, ¡esto es un desastre! ¿No le he dicho que acordonara toda la zona? ¡Se deja esos pinos!

El suboficial comenzó a encintar el pinar, sin contestar.

«¡Cómo si una cinta fuese a evitar que se infiltrasen los periodistas!»

Vio cómo algunos reporteros discutían con los agentes, mientras iban llegando algunas patrullas de la Policía Municipal como refuerzo, además de la Brigada Central de Homicidios. El subcomisario Bringas distribuía a los agentes por los jardines en un inútil intento de parar a los curiosos, mientras los investigadores, con sus buzos blancos y sus pesados maletines de trabajo, entraban en la casa. En otro tiempo, Fernando Cuesta habría entrado con ellos y hasta los habría dirigido. Pero eso era ya agua pasada.

Con la llegada de los refuerzos la situación comenzaba a estabilizarse. Los agentes se ocupaban de los curiosos, la mayoría eran gente tranquila que después de husmear un poco y ver que aquello no daba más de sí decidían seguir con la fiesta. En los aledaños de la casa, los agentes de investigación habían comenzado con la inspección ocular deslizándose entre los arbustos y gateando por el césped mientras el subcomisario Bringas andaba de un lugar a otro haciendo como que hacía algo, pero sin enterarse de nada.

Cuesta no se lo podía creer, un hombre se había saltado el cordón y corría agachado hacia la casa. Cuando el suboficial llegó a su altura, ya había disparado varias ráfagas con su cámara. Era un fotógrafo de prensa.

—¡Venga, largo de aquí, hombre! ¿O quieres ir detenido por desacato?

—Estoy trabajando —dijo el joven fotógrafo, sin dejar de utilizar su cámara con teleobjetivo.

—¡Y yo también! Así que ¡haz el favor de largarte de aquí!

El fotógrafo se levantó y se fue, no sin antes lanzar una última ráfaga de fotos.

Cuesta era un *ertzaina* experimentado y tolerante que solo aspiraba a hacer su trabajo bien. Sabía que en la relación con la prensa había que saber dar para recibir, pero ahora estaba a otra cosa.

El suboficial se encaminó hacia la casa manteniéndose alejado de la zona en la que los investigadores recopilaban evidencias. Al llegar a la parte trasera junto al invernadero, vio cómo alguien paseaba con aire distraído. Era un tipo elegantemente vestido con un pantalón blanco, unas deportivas marrones de Balenciaga, una camisa de lino de color azul, unas gafas de sol y un

llamativo Rolex Submariner de acero en su muñeca derecha. Daba la impresión de que acabara de bajarse del yate en el Marítimo de Getxo.

—Buenos días. ¿Se puede saber qué hace? ¿No sabe que esta es una zona acotada?

—Sí, agente, lo siento, pero…

—Déjeme su documentación.

En condiciones normales, le habría expulsado de allí, pero había algo en ese tipo que le resultaba conocido y no sabía por qué, pero no le daba mala espina.

—Bueno, pues nada, me voy. Perdone.

—De eso nada. —Sacó su libreta y un bolígrafo—. ¿Domicilio?

—Zubiete, 68 de Gordexola.

—¿Eso no es el Palacio Ubieta?

El hombre sonrió encogiendo los hombros.

Cuesta estaba alucinado. ¡Este elemento vivía en una de las más impresionantes casas indianas de las muchas que hay en Gordexola!

—¿Nombre? —preguntó.

—Mire, agente, tampoco es para tanto, me voy y…

—Nombre y apellidos, por favor —dijo subiendo el tono.

—Es que es complicado, agente.

«Este acaba en comisaría como me llamo Fernando Cuesta», pensó el suboficial, que, con una mirada, hizo enmudecer al intruso.

—Por última vez, nombre y apellidos —dijo mientras acercaba su mano izquierda a los grilletes.

—José Antonio.

—José Antonio, ¿qué?

—José Antonio Fernández de Ubieta.

Fernando Cuesta se le quedó mirando con el nombre a medio escribir. Se había quitado las gafas de sol y apareció una cara conocida, una cabellera abundante completamente blanca, ojos verdes y piel bronceada. Estaba más delgado, pero era el de antes.

—¿José Antonio Fernández de Ubieta? —preguntó sorprendido.

—El mismo, querido Fernando. ¿Tanto he cambiado?

—¿Qué hace aquí?

—Eso mismo podría preguntarle yo a usted. ¿Qué hace de uniforme en lugar del buzo blanco?

Fernando Cuesta sintió que se ruborizaba. La última vez que coincidió con el juez Fernández de Ubieta era un reconocido y orgulloso oficial de Homicidios en la comisaría de Bilbao y ahora estaba decorando setos con cinta y aguantando las impertinencias de incompetentes como Bringas, en una simple comisaría de pueblo.

—Estaba en casa y me ha llegado la noticia de la muerte de Mikel Olaeta. Le ruego que me disculpe, pero ¿cómo podría resistirme?

—¿Es titular del caso?

—Aún no se me ha asignado oficialmente y, mientras tanto, será el Juzgado de Balmaseda quien inicie la instrucción. Pero no tardaré en hacerme cargo. Aunque ya me conoce y sabe lo que me gusta meterme donde no me llaman —añadió con una amplia sonrisa—. Permítame que le diga que esta coincidencia me ha alegrado, Fernando.

—Lo mismo digo —respondió el suboficial volviendo a sonrojarse—. Ya ve que no estoy donde me gustaría…

El juez le dio una afectuosa palmada en el hombro.

—Ya hablaremos. Por ahí viene un tipo con mala cara que parece que ha dormido mal.

La desagradable voz impostada del subcomisario Bringas se oyó a su espalda.

—¿Me puede explicar qué hace esta persona en la escena del crimen sin autorización?

—Pues sí, subcomisario, pero… es que estábamos…

—El agente me estaba pidiendo que me fuera —aclaró educadamente el juez.

—Pues muy bien, hombre. ¿Y se puede saber qué hace aquí y quién es usted? Si no es mucha indiscreción —dijo con sorna.

—He venido a ver.

—Ah, muy bien. Ha venido a ver —ironizó arrastrando las palabras—. Pues ahora vamos a ver su documentación.

—Como ya le he indicado al agente, me la he dejado en casa y…

Bringas miró el cuaderno de Cuesta.

—¿Tiene los datos de este señor?

—Sí.

Cuesta miró al juez esperando una reacción por su parte, pero este parecía un témpano de hielo.

—¿Y sabemos cómo ha conseguido saltarse el cordón policial?

—No, pero…

—Claro. No le ha parecido oportuno preguntarlo —remarcó Bringas.

—He entrado por la puerta de El Arroyo —intervino el juez.

Bringas miró a Fernando Cuesta a punto de explotar de ira.

—Bueno, suboficial Cuesta, ya tiene trabajo que hacer. Vaya a comprobar que el acceso esté vigilado. Y quiero que me informe personalmente. Hablaremos en comisaría. En cuanto a usted, caballero, haga el favor de salir de la escena. Tendrá noticias nuestras.

—Muchas gracias —dijo el juez.

Fernando Cuesta vio cómo José Antonio Fernández de Ubieta se alejaba tras el subcomisario. Iba con las manos en los bolsillos, tranquilo y relajado como si aquello no fuera con él.

El subcomisario Bringas se consideraba un hombre a quien nadie le había regalado nunca nada. Entró en la Ertzaintza en la novena promoción por méritos propios, no como el enchufado de su jefe, el comisario Saratxaga. Él se lo había currado y estaba donde se merecía y, con un poco de suerte, si este caso salía bien, pronto ascendería a comisario.

Saratxaga había sido nombrado a dedo durante los primeros años de vida de la Policía vasca y ya era hora de que estos dinosaurios diesen paso a sangre nueva. Ahora se encontraba de vacaciones y no iba a ser él quien le informase. De momento, estaba adquiriendo todo el protagonismo y eso le hacía sentir importante. Tal vez dentro de un par de días le llamase: «Verá, jefe, no quería interrumpir sus vacaciones, pero…».

El subcomisario Bringas sabía que las primeras veinticuatro horas eran cruciales para resolver el caso y más uno como este que era una golosina para la Unidad Central de Homicidios. No iba a permitir que se lo quitasen. Pensaba estar encima de toda la investigación, desde la recogida de pruebas forenses hasta las evidencias, interrogatorios, móvil, vías de entrada y salida. Todo estaría coordinado y dirigido por él. Él iba a ser el motor que moviese todo el engranaje de la investigación. Estaba jugando bien sus cartas, ya solo había que rematar cogiendo al culpable, en el menor tiempo posible, para que sus posibilidades de ascenso se multiplicasen exponencialmente. Y para eso era imprescindible que todos cumplieran sus órdenes e hicieran su trabajo. De eso se encargaría él y ningún Fernando Cuesta se lo iba a impedir.

Cuesta y él no se llevaban bien. El suboficial era la cara más amarga de la insubordinación; no hacía lo que se le ordenaba, iba por libre y creía saberlo todo mejor que nadie. Fue oficial de

Homicidios en la comisaría de Bilbao y había resuelto casos muy mediáticos que le dieron mucha notoriedad, pero lo dejó. Un día sin más ni más solicitó una excedencia y desapareció hasta que se quedó sin un duro y tuvo que volver con el rabo entre las piernas. Según dicen, se fue al sur, a Málaga o por ahí, con su mujer y su hija, para poner una empresa de seguridad que fue a la quiebra en unos años. Si por él hubiese sido, no le habrían vuelto a readmitir porque, por muy bueno que fuese, siempre causaba problemas, no sabía trabajar en equipo y no caía bien a sus compañeros.

Carlos Bringas vio que Cuesta se acercaba.

«Hablando del rey de Roma… Ahí está, ¡vaya personaje! Barba de dos días, tripita cervecera…, pero más chulo que un ocho. No me extraña que no se lleve bien con nadie».

—¿Subcomisario? —dijo Cuesta, que tenía la capacidad de sacarle de sus casillas con la palabra más simple.

—No sé si es consciente, pero este caso es muy importante, Cuesta.

El subcomisario hablaba con calma, pero de sus palabras se sobrentendía una cierta amenaza. El *ertzaina* asintió sin contestarle.

Bringas miró hacia los investigadores que seguían recopilando evidencias.

—Y no podemos permitirnos ni un fallo.

—Desde luego que no, señor.

—Me alegro de que lo entienda. Sé que usted no está a gusto en la comisaría de Balmaseda, pero es lo que hay. —Cuesta no dijo nada.

El subcomisario Bringas le miró directamente a los ojos y lo que percibió fue una mirada de desafío.

—Se lo diré más claro. Es usted un jefe de patrullas de la comisaría de Balmaseda, asúmalo.

—No sé por qué dice eso, subcomisario.

—Le conozco perfectamente, Cuesta, y me importa una mierda lo que hiciese antes. Solo me interesa que cumpla con su cometido y haga bien lo que se le ordena, ¿queda claro?

Fernando Cuesta no contestó, pero su mirada, como un relámpago silencioso, presagiaba la tempestad de su interior.

—Sin ir más lejos, ha permitido que un extraño se pasease como Pedro por su casa por la escena del crimen y, no contento con eso, le he visto de charleta con él y eso es algo muy poco profesional. Yo no puedo consentir que uno de mis suboficiales pierda el tiempo dando explicaciones al primer tonto que se le ponga delante. Tenía que haberlo expulsado sin más. Usted cree que puede actuar a su manera, pero yo no puedo permitirlo.

Bringas se percató de la presencia de alguien a su espalda. ¡Increíble! Era el mismo tontolaba de las gafas de sol caras que se acercaba con toda la calma del mundo, pensó.

—Suboficial, arreste a este hombre y léale sus derechos —ordenó Bringas en tono muy sereno.

—Pero, señor…

Lo que faltaba. Ahora el tocapelotas de Cuesta iba a cuestionar sus órdenes, ¡después de todo lo que acababa de decirle! Definitivamente, le iba a caer un paquete.

—¿No me ha oído bien, suboficial Cuesta? Creo haberle dado una orden directa. —Se dirigió al intruso—: Espero que haya traído la documentación.

—Pues ahora que lo dice… Sí, sí la tengo.

—Entréguesela al suboficial.

Pero la documentación ya estaba frente a la cara de Bringas.

—Pero ¿qué…?

Ante sus ojos quedaba una placa con el escudo de España en el interior de una estrella metálica

y sobre ella la palabra «juez», a su lado una tarjeta identificativa en la que podía leerse «Poder Judicial de España» y una fotografía junto al nombre de «Don José Antonio Fernández de Ubieta y Chávarri».

A Carlos Bringas le subió toda la sangre del cuerpo a la cara y al instante le volvió a bajar dejándole a las puertas del pálido abismo de la humillación. Este par de cabrones le habían preparado una buena encerrona, pensó, pero a pesar de todo ese juez no pintaba nada allí. ¿O sí? Por si acaso convenía templar gaitas.

—Perfecto. ¿Algún motivo especial para que se interese por un caso del Juzgado de Balmaseda?

—Es posible que, en este caso, por su relevancia, el Juzgado de Balmaseda se inhiba y pase a la Audiencia —expuso el juez con aplomo profesional.

—Pero eso es una hipótesis. De momento, lo seguimos investigando como un homicidio normal —expuso Bringas controlando la voz.

—Me ha pedido un motivo y yo se lo he dado.

—Un poco cogido con pinzas, ¿no le parece? —contestó como un ratón escurriéndose entre las sombras.

—Es un motivo —sentenció el juez.

A ver si Mikel Olaeta iba a estar relacionado con el blanqueo de dinero o con el tráfico de drogas. O era un terrorista, ¡vete tú a saber!, pensó Bringas. En un mundo tan loco cualquier cosa puede ser. De cualquier manera, aquello cambiaba las cosas y más valía estar a buenas con su señoría.

El subcomisario le tendió la mano.

—Bienvenido a Balmaseda, señoría. Si podemos ayudarle en algo, no dude en hacérmelo saber. El comisario Saratxaga está de vacaciones, pero estoy a su disposición para cualquier cosa que necesite.

—Muchas gracias, subcomisario. Y ya que está todo aclarado —dijo el juez—, ¿sería tan amable de acompañarme a la escena del crimen? Supongo que ya se habrá realizado la inspección ocular y la toma de muestras, así podremos husmear un poco. —Miró a Fernando Cuesta—. ¿Nos acompaña?

—A sus órdenes, señoría —contestó sonriendo como un lobo después de haberse comido un corderito.

Carlos Bringas puso los ojos en blanco y suspiró: «Buena me ha caído».

Fernando Cuesta caminaba dos pasos por detrás de los dos hombres que se acercaban en silencio hacia la furgoneta de Atestados, donde los agentes de investigación estaban interrogando al testigo principal y único, el párroco Pedro Uribe.

El agente primero de investigación se levantó. Era rechoncho y moreno, con una tripa más que prominente y poco pelo. Cuesta le conocía, pero no tenían mucho trato.

—Agente primero Korta —presentó Bringas—, su señoría el juez Fernández de Ubieta, de la audiencia provincial.

Korta se levantó con la mano tendida.

—A sus órdenes.

Pedro Uribe se encontraba sentado en el interior de la furgoneta al otro lado de la mesa y, teniendo en cuenta que acababa de descubrir el cadáver de su amigo, se le notaba imperturbable, con la excepción de un leve brillo en los ojos.

El juez se acercó y le tendió la mano.

—Soy el juez José Antonio Fernández —dijo evitando la segunda parte de su apellido.

—Pedro Uribe, sacerdote. Encantado.

El juez dirigió una mirada inquisitiva al agente primero Korta.

—¿Puedo?

—Por supuesto.

—Padre, a pesar de su condición, ¿se considera usted una persona que se rige más por la razón o por sus creencias? —soltó sin rodeos.

El silencio que se creó fue incómodo como el olor fétido en un ascensor.

—Mis creencias y mi vida se basan en la fe —contestó, sorprendido por la pregunta, Pedro Uribe.

—¿Cree, entonces, que existen fuerzas ajenas al ser humano que pueden interferir en la vida y la muerte de las personas?

Otra agobiante pausa.

—Sí, claro.

—Y supongo que usted ya habrá sacado alguna conclusión de lo que ha visto —continuó el juez, sin dar un momento de respiro.

—Pues sí, la he sacado, pero permítame que de momento me la reserve para mí —respondió molesto Pedro Uribe.

—Por supuesto, padre. Muchas gracias. Y perdón si le he parecido descortés —se disculpó.

Los dos *ertzainas* y el juez se encaminaron a la puerta trasera de la casa. Bringas no salía de su asombro.

—¿Usted piensa que las creencias de un cura pueden ser de interés en la investigación?

—Las creencias y las supersticiones condicionan nuestra percepción de las cosas, subcomisario —contestó el juez sin mirarle.

—Aún nos falta por determinar las vías de entrada y salida —expuso el subcomisario tras un bufido—. La verja estaba cerrada con sistema de seguridad y hay alarmas en toda la casa. Lo hemos comprobado y funcionan correctamente. Y a pesar de que en la casa hay objetos de arte de gran valor, no hemos detectado que falte nada.

El juez arrancó una flor de un seto de adelfas.

—Parece que hubo una cena. ¿Sabemos ya quiénes fueron los invitados? —preguntó.

—Cuatro personas, únicamente.

—¿Tienen los nombres?

Bringas se dirigió a Fernando Cuesta:

—Pídale la lista a Korta.

—Si no le importa, subcomisario, preferiría que el inspector Cuesta se quedase —dijo el juez incidiendo en el término «inspector».

—Siga, si es tan amable.

El suboficial Bringas continuó el relato de los hechos sin mucho entusiasmo:

—Según parece, todo el mundo se fue sobre la medianoche, más concretamente a las once y cuarenta y siete de la noche, según los registros de la central de alarmas. Todos se fueron a la vez. Desde este momento hasta las siete y media de la mañana de hoy, hora en la que llegó el cura, el señor Uribe estuvo solo, con excepción de su asesino.

—Tengo entendido que dejó un mensaje en el contestador del sacerdote. ¿Tenemos copia? Me gustaría disponer de una transcripción.

—Cuente con ella —dijo Bringas.

—¿Han interrogado a los invitados?

—Estamos en ello.

—Puede que alguien regresara o se quedara oculto en la casa —cuestionó el juez.

—Es una línea de investigación que tenemos abierta. Por otra parte, sabemos que el señor Olaeta tenía gustos sexuales… anómalos.

El juez se le quedó mirando extrañado.

—Explíquese, por favor.

—En sus fiestas le gustaba la variedad; digamos que hacía a pelo y a pluma —expuso Bringas buscando complicidad.

—O sea que era bisexual. ¿Es eso lo que le parece anómalo, subcomisario? ¿A eso se refiere con la expresión «a pelo y a pluma»?

—Eso, que le valía todo, hombres y mujeres. Y a usted le parecerá normal, pero yo no conozco a ningún bisexual. O una cosa, o la otra; pero las dos… —dijo torpemente Bringas.

Fernando Cuesta tuvo que morderse los labios para evitar soltar una carcajada.

—Clarificador, subcomisario. ¿Qué tal si seguimos?

Continuaron hacia el interior de la casa, donde aún seguía siendo patente el olor a huevos podridos, pero también había otro olor que se solapaba con este, era como madera húmeda y limones mohosos. A Cuesta le recordó a esa porquería dulzona italiana que se había puesto de moda.

Subieron al primer piso, cruzaron el pasillo y continuaron la ascensión.

—La ventana y esa puerta estaban cerradas, es la que abrió el cura. Parece que la víctima la había bloqueado con todo lo que encontró a mano —aclaró Bringas.

Era una habitación abuhardillada, con una pequeña claraboya en el centro del techo que le proporcionaba luz exterior. Mikel Olaeta estaba en la cama completamente vestido, a excepción de la camisa, que había sido rasgada para que la forense pudiese explorar el cuerpo. Fernando Cuesta comenzó a sentirse mal, se secó la frente. El ambiente era asfixiante; el calor, las luces y el olor del cadáver, que había comenzado a descomponerse, impregnaban la habitación. El frío susurro de la muerte se deslizaba por sus sentidos como una neblina densa que se le empapaba el cuerpo. Permaneció fuera mientras el juez observaba cómo la forense, una joven morena de ojos azules y muy atractiva, realizaba la exploración del cadáver, que yacía con los ojos abiertos e inyectados en sangre, las pupilas totalmente dilatadas y los puños apretados. Los labios renegridos dejaban ver una lengua gorda y repugnante. Pero lo que realmente hizo que el experimentado *ertzaina* Fernando Cuesta tuviese que salir de la habitación fue la expresión y el rictus de horror de su rostro. No era la primera vez que veía un cadáver; durante su paso por la Unidad de Homicidios de Bilbao había tenido que enfrentarse a unas cuantas autopsias y a escenas de todo tipo. Pero parece que el tiempo se lo había hecho olvidar.

La forense comenzó a recoger su instrumental mientras los operarios de la funeraria metían el cuerpo en una bolsa de plástico negra y lo sacaban en una camilla. Un policía recogía una caja de plástico en la que se movía inquieto un sapo verde y marrón, realmente repugnante.

—Creemos que puede ser un sapo bufo. Es un tipo de sapo venenoso que se usa en algunas prácticas chamánicas que se han puesto muy de moda últimamente —expuso la forense—. Marta Torrealdai —se presentó extendiendo la mano hacia el juez después de deshacerse de los guantes de goma.

José Antonio Fernández de Ubieta mostró su identificación.

—Doctora, si me permite la pregunta, ¿han podido determinar la hora y las causas de la muerte?

—Es difícil hasta que no tengamos los resultados de la autopsia, pero todo parece indicar que puede ser algún tipo de envenenamiento.

—¿No han encontrado ninguna lesión o herida en el cuerpo? ¿Algún signo de violencia?

—Lo más significativo son las letras C y H estampadas a fuego en la frente. Con toda seguridad, han sido realizadas *post mortem* y con algo parecido a un pirógrafo. El cadáver también muestra diferentes marcas de mordeduras en sus manos y antebrazos y un desgarro en el pectoral izquierdo que puede ser compatible con un arañazo profundo. Lo curioso es que ambas heridas han podido ser autolesiones. Parece como si hubiera querido devorarse a sí mismo. ¡Ah!, y una pequeña punción, prácticamente inapreciable, tras la oreja derecha. Pero hay que esperar a la autopsia para tener datos más concluyentes.

Mientras la forense abandonaba el escenario, el juez se dirigió a Fernando Cuesta:

—¿Qué le parece a usted, querido Fernando? —preguntó.

—Pues me da la impresión de que estamos ante un caso endiablado.

—Eso parece —asintió el juez.

Al subcomisario Bringas no le había gustado la buena sintonía entre el juez y Cuesta.

«¿Querido Fernando? ¡Hay que joderse!», pensó. Entretanto, el juez había sacado unas pinzas y un tarro de plástico con tapa roja para recoger unas pequeñas bolitas de color negro que se encontraban entre las sábanas. Las olisqueó antes de mostrárselas al suboficial Cuesta.

—¿Qué es?

—La hierba de las brujas, amigo mío. *Atropa belladonna.*

Capítulo 2

Era 23 de octubre y Balmaseda estaba de fiesta. En ese día, los balmasedanos celebraban la fiesta que esperaban durante todo el año, San Severino, patrón de la villa. Pero el verdadero espectáculo era el ambiente que se respiraba en las calles a rebosar de grupos de jóvenes y no tan jóvenes que se arremolinaban alrededor de un extraño artilugio en el que pilpileaba un cocido de alubias y carne que era la base de uno de los concursos gastronómicos más reconocidos a nivel internacional: la *putxera*, una olla integrada en un recipiente metálico donde se prepara un fuego con brasas de carbón para que el cocido se elabore lentamente durante cuatro horas, haciendo que la alquimia del fuego, el agua, el tiempo y el saber del cocinero transformen algo tan seco y duro como unas humildes alubias en un plato de reyes.

El juez Fernández de Ubieta y Fernando Cuesta decidieron evitar el jolgorio del centro de la villa y se acercaron al Hotel El Convento para comer en un lugar más tranquilo.

El edificio había sido convento de clausura de la Orden de Santa Clara desde 1666 y ahora, tras una remodelación muy respetuosa, el edificio original se había transmutado en un coqueto y elegante hotel en el que las austeras celdas de las monjas se habían convertido en cómodas habitaciones y el refectorio en un elegante comedor.

Fernández de Ubieta había reservado una mesa alejada de la entrada junto a una gran chimenea que en otro tiempo sirvió para atemperar el cuerpo de las monjas y novicias de Santa Clara. El juez y el *ertzaina* se acomodaron en una mesa perfectamente presentada con mantel de hilo, cubiertos relucientes y cristalería de calidad, todo dispuesto con sumo detalle. Tras el olor, el moho y la penumbra del cuarto de Mikel Olaeta, aquello era como estar en la gloria.

Una mujer cuya madurez no mermaba su encanto avanzó con paso ligero, ondeando una melena que centelleaba como campos de trigo bajo el sol del atardecer.

—Señor juez, ¿qué tal está? —Jamás tuteaba a los clientes en su local, aunque fuesen de total confianza. Fue una de las primeras cosas que aprendió cuando trabajó a las órdenes de Antón Zárate, en el Hotel María Cristina.

—Muy bien, muy bien. Ya veo que tú cada día estás más guapa. Mira, te presento a Fernando Cuesta, un amigo.

—Mucho gusto, encantada —dijo mostrando una agradable sonrisa—. Supongo que hoy no necesitarán la carta. Hoy es día de plato único.

—Por supuesto, hoy hay que comer alubias sí o sí —asintió el juez.

Cuesta se reafirmó con un movimiento de cabeza mientras desdoblaba la servilleta sobre las rodillas.

—¿Qué van a beber? El vino de la casa está bastante bien. Pero si quieren otra cosa… —dijo con malicia.

—Ya que estamos en un convento —respondió sonriendo el juez—, nos apañaremos con una botella de Pago de los Capellanes del 2018, de momento.

La mujer hizo un gesto de aprobación y se fue tras una sonrisa. Cuesta miró a la dueña mientras se alejaba.

—Cuénteme, ¿qué ha sido de usted estos años, Fernando? —preguntó el juez.

José Antonio Fernández de Ubieta no había cambiado mucho desde su último encuentro. Sin embargo, él tenía diez kilos de más y un galón menos. La vida tenía esas cosas, pensó Fernando Cuesta.

Llegó un camarero con la botella de vino y se la mostró al juez para seguidamente descorcharla suavemente, sirvió una pequeña cantidad en su copa, esperando a que diese su aprobación. El juez dio el plácet y el sumiller procedió a llenar las copas de ambos comensales.

—Mi vida estos años se resume muy deprisa, señoría. Me fui a probar suerte en Málaga, de donde es mi mujer, para montar una pequeña empresa de seguridad que no funcionó. Regresé al cabo de cuatro años, pero como no había puesto para mí en la comisaría de Bilbao tuve que aceptar uno, como suboficial de Seguridad Ciudadana, en la comisaría de Balmaseda.

—Que no es un mal sitio para trabajar —apuntó el juez.

—Lo cierto es que no es para mí. Estoy harto de patrullar día tras día por estos pueblos de Dios, de detener a borrachos los fines de semana y de acudir a llamadas de vecinos que les molesta el ruido de los bares. Además, como en esta zona todos son conocidos, se creen que los *ertzainas* somos uno más de la cuadrilla.

El juez tomó un pequeño sorbo de su copa.

—¿Qué tal es trabajar con el subcomisario Bringas?

—Es un trepa. Quiere ascender a toda costa, solo le preocupa su posición y quedar bien con los de arriba.

Fernández de Ubieta miró directamente al suboficial Cuesta, que sentía cómo la mirada del juez le hacía sentir incómodo.

—Pero no parece un mal tipo.

—Es un gilipollas —sentenció Cuesta, que sentía cómo el juez Ubieta era capaz de hurgar en su interior y sacar todo lo que no deseaba exponer.

—No me has contado todo, Fernando. Creo recordar que tenías esposa y una hija, Nekane, ¿verdad?

Fernando Cuesta asintió molesto.

—Es correcto, ahora las dos viven en Málaga. Con todos los problemas económicos y que a mí me costaba hacerme a la vida fuera de la Ertzaintza, Isabel y yo no pasábamos por un buen momento y decidimos darnos un tiempo. —Alzó los hombros en un gesto de resignación y sonrió—. Ya sabe cómo son estas cosas.

—Tutéame, por favor, al menos en privado.

—De acuerdo, José Antonio.

—Antonio es suficiente —dijo sonriendo.

—Pues eso, Antonio, que mi mujer y yo vivimos separados desde hace un par de años y mi hija se quedó con ella. Nos pareció lo mejor para todos.

Otro camarero, completamente vestido de negro, llegó con una pequeña *putxera*, sirvió una generosa ración a cada uno y depositó en el centro de la mesa una bandeja con chorizo, morcilla de arroz y costilla de cerdo.

—Les dejo la *putxera* por si desean repetir.

—Seguro que sí, muchas gracias —dijo el juez frotándose las manos.

Fernando Cuesta vio que era un buen momento para cambiar de conversación.

—¿Y tú? —preguntó con expresión seria—. ¿Qué has hecho este tiempo? ¿Mucho lío en Bilbao?

—Lo cierto es que acabo de regresar de Madrid. He estado unos meses en la Audiencia Nacional, haciendo una suplencia, donde me ocupé de un par de casos modestos, aunque tenían sus cositas.

—¿Y ahora estás aquí de manera oficial?

—Ya sabes mi costumbre de meterme donde no me llaman. Reconozco que es molesto, pero

me resulta muy difícil cambiar. Pero sí, estoy de manera oficial.

Dio una palmadita al móvil que tenía sobre la mesa y dijo:

—Hace media hora que me acaban de llamar del juzgado para decirme que el titular de Balmaseda se ha inhibido del caso.

El juez cortó una pequeña porción de morcilla y otra de chorizo y los depositó en el plato de legumbres, probó una cucharada del guiso y mordisqueó una piparra.

—¡Espectacular! —exclamó.

Cuesta le imitó en silencio y tomó un poco de vino.

—Necesito que me ayudes en esto, Fernando.

—¿Yo? Pero si… estoy… ¿En qué voy a ayudarte yo?

—Nos vamos a ayudar mutuamente. Seguramente, ahora me necesites más tú a mí que yo a ti.

Fernando Cuesta se puso a la defensiva.

—¿Por qué lo dices?

Su tono fue más duro de lo que hubiera deseado y la escrutadora mirada del juez volvía a desnudarle por dentro.

—Estás desaprovechando tu talento trabajando muy por debajo de tus capacidades y eso se te nota. El subcomisario Bringas puede que tenga cierto conocimiento, pero no está a tu altura y tu relación con él irá a peor.

—O sea que has venido a sacarme del agujero. ¡Tiene cojones que todo el mundo me quiera organizar la vida!

—No es que haya venido a meterme en tu vida, pero necesitas volver a ser el que eras, Fernando, ¿no me digas que no? Este es el caso que te va a devolver la ilusión que has perdido.

Cuesta permaneció en silencio mientras el juez seguía comiendo. Acabó su plato, bebió un poco de vino y se secó la boca con unos pequeños golpecitos de la servilleta en los labios. Seguidamente, extrajo un papel del bolsillo de su chaqueta y se lo entregó a Fernando.

—Son los nombres de las personas que estuvieron en la fiesta de Mikel Olaeta. Por alguna parte hay que empezar.

El inspector Cuesta asintió, sentía cómo en su interior se activaba la agradable emoción de trabajar otra vez en un caso. “Joder, ¡un buen caso!”

—¿Y qué hacemos con Bringas?

—Déjalo de mi cuenta, voy a solicitar a la comisaría de Balmaseda que te nombren enlace como policía judicial adscrito a mi juzgado.

—No lo permitirá.

—Es un trepa, tú lo has dicho. Hará lo que le digan sin protestar. Además, estará encantado de librarse de ti —dijo sonriendo el juez.

—Casi las seis. Hala, venga, manos a la obra, vamos a ver qué nos cuenta el párroco.

Se levantaron de la mesa y el juez se acercó a despedirse de la dueña del local con un par de besos.

—Cárgalo a mi cuenta, Rebeca. Nos vemos.

Capítulo 3

Fernández de Ubieta había llamado a Pedro Uribe para concertar una cita y este le había citado a las seis de la tarde en la iglesia de San Severino.

—Igual es mejor que vayamos por El Paseo —propuso Cuesta—. A estas horas el centro del pueblo estará lleno de gente.

—Perfecto, así bajamos la comida.

Fueron hacia la antigua judería y cruzaron por el Puente Viejo, que a esas horas estaba poco transitado. Al llegar a la torre, se detuvieron un momento para observar la vista del río Cadagua a su paso por la villa. Media docena de patos nadaban plácidamente entre los arcos del puente y una parejita se besuqueaba bajo los tilos de la orilla. En la margen izquierda destacaba la torre barroca de la iglesia de San Juan del Moral y el antiguo matadero municipal, tras el que se adivinaba el Palacio de Horcasitas. En la margen derecha, el paseo Martín Mendía serpenteaba siguiendo el curso del río Cadagua. La serenidad que impregnaba el ambiente era un remanso de calma, ajena al frenesí que, a esas horas, bullía en las arterias de la villa, donde la vida se tejía como una sinfonía de incontables notas urbanas.

Continuaron su paseo hasta la plaza, que en esos momentos se encontraba extrañamente tranquila, ya que la mayoría de la gente aún estaba de sobremesa, cantando habaneras en *txokos* y bares. Entraron en la iglesia por la puerta principal, que los balmasedanos llaman los huequillos por las hornacinas vacías que se encuentran en el pórtico. El kirie de la *Missa solemnis* de Beethoven se elevaba majestuosamente, inundando las tres naves góticas que se unían en un presbiterio de ábside pentagonal. Las vidrieras, altas y esbeltas, fragmentaban la luz como un caleidoscopio divino, bañando el sagrado espacio de una armonía resplandeciente.

Pedro Uribe rezaba, bajo la solemnidad del Cristo de la Misericordia, en la capilla de Urrutia. Un ademán del párroco les invitó a avanzar. La luz del día, filtrándose por las ventanas ojivales, danzaba sobre la bóveda estrellada que coronaba el recinto. El aire, impregnado de la esencia de incienso, antigüedad y madera encerada, urdía una atmósfera de reverencia y tiempo detenido.

—Buenas tardes, padre. Le presento a mi colega el suboficial Cuesta. Llevamos juntos la investigación del homicidio de Mikel Olaeta.

—Mucho gusto —dijo Pedro Uribe extendiendo la mano hacia el *ertzaina.*

En ese momento, en el reloj de la torre de la iglesia sonaban seis campanadas. El sacerdote estrujó la mano de Cuesta, que se sorprendió por la fuerza del saludo. El suboficial se sentó, pero no encontraba postura en aquel banco de madera.

—Espero poder serles de ayuda. Todo este asunto ha sido muy trágico.

—Intentaremos no molestarle más de lo estrictamente necesario —añadió el juez—. Tengo entendido que Mikel Olaeta le llamó por teléfono. ¿Qué puede contarnos?

—Ya se lo dije a los otros *ertzainas.* Según consta en el contestador, me llamó a las tres y doce minutos de la madrugada, pero no contesté. Me acuesto pronto y siempre apago el teléfono para ir a descansar. Yo me levanto a las seis de la mañana y fue sobre las seis y cuarto cuando oí el mensaje. Salí inmediatamente, pero ya era tarde, como se vio después.

—¿Conocía bien a Mikel Olaeta?

—Conocí a Mikel en el 86. Yo fui destinado como secretario del obispo Camps en la archidiócesis de Sevilla y él hacía un máster en la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría. En aquel tiempo, los dos estábamos… digamos que… espiritualmente confusos y

nos pasábamos horas debatiendo sobre cuestiones de fe, de creencias y verdades inmutables, sobre la naturaleza del pecado y de esas cosas.

—Continúe, por favor —dijo el juez.

—Yo regresé a Bilbao. Él se casó con una chica italiana y se separó al cabo de un par de años. Le visité varias veces en su casa de Roma. Finalmente, se instaló en Dublín y se puso a trabajar para el Aareal Bank. Estuvimos un tiempo sin contacto hasta que, hace catorce años, me llamó para decirme que había comprado una casa en Balmaseda y que se iba a instalar aquí.

—¿Llegó a conocer a su mujer? —intervino Cuesta.

—Sí, claro, Paola. Pedro y ella eran muy felices y estaban muy enamorados, pero le dejó de la noche a la mañana. No exagero si les digo que se quedó destrozado.

—Comprendo —dijo Cuesta.

—Él se sintió traicionado y se embarcó de manera deliberada en una vida de pecado y autodestrucción. Abandonó sus estudios de Arte y se metió en el mundo de las finanzas; una jungla que da licencia para la práctica del vicio al margen de todo comportamiento civilizado. No existe pecado más repudiable que el de la avaricia —sentenció el párroco.

—No le falta razón, padre —apuntó el juez.

Pedro Uribe continuó con el relato:

—Me limitaré a decir que ganó mucho dinero. Se rodeó de las personas más viles e inmorales que se encontraba. No dejó ninguno de los pecados capitales sin cometer. Todo en su vida era excesivo: la comida, la bebida, el sexo, el dinero… Todo.

—¿Eso fue lo que les distanció? —preguntó Cuesta.

—Nuestra relación no tenía futuro en esas condiciones. Sin más.

El juez Fernández de Ubieta se revolvió en su asiento.

—Hemos oído el mensaje que le dejó. Me gustaría saber qué piensa usted sobre eso, padre. ¿Qué cree que pudo pasarle por la cabeza?

—Creo que, de alguna manera, supo que la hora de su muerte estaba cerca y quiso obtener el perdón y la gracia de Dios antes del final. Para él fue más importante llamarme a mí que llamar a la policía. Lo cierto es que nunca dejó de creer.

—Ha visto el lugar del crimen, ¿qué opinión le merece la escenografía?, ¿cómo lo explicaría?

—Si me pregunta si pudiera ser obra de algo sobrenatural, le diré que no. Esto ha sido un acto de maldad humana —dijo Pedro Uribe—. El mal no tiene nada de sobrenatural. La maldad es una característica intrínseca del ser humano, señor juez. Está presente continuamente. Yo lo veo todos los días. —Tras una pausa sonrió—. Además, no creo que Satanás dejase tantas pistas sobre su forma de obrar. Él es mucho más sutil.

Se despidieron. Fernando Cuesta y el juez Fernández de Ubieta salieron a la plaza, que ya estaba atestada. Un grupo musical había comenzado su actuación que se mezclaba con el fragor de la batalla que se libraba en las *txoznas,* abarrotadas por cientos de búfalos sedientos acercándose al abrevadero.

—Es extraño cómo la muerte nos despoja de la esencia misma de la existencia —reflexionó el juez como si estuviese pensando en voz alta.

—¿Qué? —Fernando le miró receloso.

—Me refiero a que es como si estuviesen aquí, pero a la vez no. Sus cuerpos permanecen como inertes testigos de lo que fueron, mientras que su esencia se disipa en la noche, suavemente, como el rocío con los primeros rayos del alba.

—¿Una copa? —propuso con sarcasmo—. Creo que te vendrá bien.

Capítulo 4

Se había acostado tarde. Los seis *gin-tonics* de Tanqueray le habían dejado la cabeza embotada y un pequeño dolor en las sienes que seguía el ritmo de los latidos de su corazón. «Ya no tengo edad para esto», pensó. Se levantó de la cama con la boca pastosa y seca, bebió un buen trago de agua directamente del grifo del lavabo y se dispuso a orinar. El chorrito débil y entrecortado le dio muy mala espina.

En su fuero interno sabía que no era buena idea, pero tenía unas ganas tremendas de oír la voz de su hija. Marcó el número memorizado en su teléfono.

—El teléfono al que ha llamado se encuentra apagado o fuera de cobertura —respondió la voz de siempre.

Esta vez marcó el número del fijo. Ojalá cogiera el teléfono Nekane, no le apetecía nada hablar con su mujer.

—¿Sí?

—Soy yo.

—Ya sé quién eres. ¿Qué quieres? —dijo secamente Isabel.

—Dile a Nekane que se ponga, por favor.

—No está.

Fernando Cuesta notó que empezaba a ascender desde su estómago aquella marea roja que amenazaba con desbordarse cada vez que discutía con Isabel. Respiró profundamente e intentó serenarse.

—¿Y se puede saber dónde está?

—Dónde crees que va a estar. ¡Pues en clase!

¡Joder! Claro, pensó, ¡si es que eran casi las doce del mediodía de un viernes!

—Quería hablar un momento con ella. Dile que me llame cuando llegue.

—Se va a dormir a casa de una amiga este fin de semana —contestó secamente Isabel.

—Bueno, tú dile que me llame. ¡Joder!

¿Qué estaba pasando? Una vez más se habían enzarzado en una discusión absurda a las primeras de cambio.

—Se lo diré. Otra cosa es lo que quiera hacer ella.

Sus palabras, desprovistas de convicción, quedaron flotando en el aire como un *xirimiri* matinal, tupido y frío.

—Tengo cosas que hacer, ¿quieres algo más? —añadió.

La respuesta de Fernando sonó como un eco distante pronunciado con la brevedad del último deseo de un reo.

—Sí, que volváis.

—¡Joder, Fernando! ¿Quieres dejarlo ya? Nuestra vida está aquí. Tengo un buen trabajo y Nekane, un montón de amigos. Y ahora que nos va bien quieres que volvamos.

Como si intentara agarrar un rayo en la oscuridad, Fernando replicó con la frustración brotando de su boca como una fuente amarga:

—Mira, Isabel, la vida puede cambiar, podríamos encontrar una solución.

Pero la mujer, con la firmeza de quien ha visto desvanecerse demasiados amaneceres, sentenció:

—¿Qué solución, Fernando? Te lo repito una vez más, ya va siendo hora de que cada uno tome

su camino y nos divorciemos de una vez.

Su voz sonó como un cuchillo afilado cortando los últimos hilos de un lazo desgastado.

Fernando Cuesta colgó sin responder. «Vaya mierda de llamada», pensó mientras resonaba en su mente el eco de la desazón. Había buscado la voz de su hija y, en su lugar, encontró el silencio que ahora sepultaba los restos de su matrimonio. Y, como si no fuera suficiente, el lunes lo aguardaba Bringas, como una nube oscura en su horizonte personal.

La comisaría de Balmaseda se encuentra situada en un alto del camino que da acceso al antiguo castillo medieval. La otrora mansión, que había albergado los sueños de un empresario local, ahora se erguía como la austera sede de la Ertzaintza; y ahora el linóleo, las paredes desnudas y la luz artificial habían usurpado la calidez de las maderas nobles y el brillo de las lámparas de Murano.

Alejado de la comisaría durante el fin de semana, el inspector había mantenido a Bringas al tanto solo por teléfono. Ahora llegaba el momento de hacerlo en persona.

Caminó entre los despachos sin saludar, mostrando la misma indiferencia con la que le recibían sus colegas. Para él, su estancia en Balmaseda no era más que un paréntesis en su carrera, un interludio antes de retomar su puesto en la Central de Homicidios. No le veía sentido a invertir esfuerzos en hacer amigos.

El despacho del subcomisario estaba abierto. No obstante, el inspector golpeó levemente con los nudillos en la puerta.

—Pase, Cuesta.

El subcomisario Bringas estaba sentado tras una impersonal mesa de despacho. En la pantalla del ordenador se proyectaba la página web de *El Correo* y un café de la máquina de *vending* humeaba sobre un legajo de carpetas.

Con un bufido, Bringas le indicó que tomase asiento.

—¿Hay algo nuevo?

Fernando Cuesta le puso al corriente de los pasos dados con el juez Fernández de Ubieta. Después de escucharle atentamente, el subcomisario se pasó una mano por la cara y suspiró.

—Dentro de diez días regresa el comisario y no tenemos nada. Ni rutas de acceso, ni horas, ni huellas, ni ADN, ni testigos, ¡ni hostias! ¡Nada!

Lo veía todo tan negro y estaba tan desesperado que incluso Fernando sintió un atisbo de compasión. Sin embargo, desechó esa emoción fugaz de inmediato, dejando lugar solo para un pensamiento frío y distante: «Que se joda».

—Sígame —ordenó Bringas mientras se levantaba de la mesa.

Los dos *ertzainas* entraron a una estancia en la que las paredes estaban cubiertas de estanterías metálicas llenas de cajas con pruebas de casos antiguos que esperaban ser resueltos en algún momento. En el centro de la habitación se almacenaban, perfectamente identificadas, ordenadas y etiquetadas en una mesa, todas las evidencias recogidas en el lugar de los hechos. El juez José Antonio Fernández de Ubieta se encontraba ya en la sala, examinando las pruebas con detenimiento.

—¿Qué le parece, señoría? Demasiado material y pocos resultados, ¿verdad? —dijo Bringas.

—¡Ah! Buenos días. ¿Qué tal el fin de semana, suboficial Cuesta? —Miró el juez a Fernando, con una sonrisa cómplice.

—Me duele un poco la cabeza, pero, por lo demás, perfectamente.

—Buen trabajo, subcomisario —respondió el juez a la pregunta de Bringas—. Pero me da la impresión de que el asesino no ha dejado ninguna prueba que no quisiera dejar. Por el momento, nos deberíamos limitar a un examen preliminar.

—¿Ve usted algo interesante, Fernando? —preguntó el juez.

El suboficial se deslizó a lo largo de la mesa y se fijó en un listado telefónico.

—Esta mañana he emitido la orden judicial —dijo el juez—. Están todos los nombres, las direcciones y la identificación de las personas a las que llamó esa noche.

—Parece que estuvo atareado —apuntó Cuesta hojeando el documento.

—Sí —intervino Bringas—. Fueron llamadas un poco raras.

Cuesta llegó a la última página del listado. En efecto, había llamadas muy extrañas: una llamada internacional a La Sapienza Universidad de Roma, al despacho del profesor Donato Esposito, del Departamento de Estudios Medievales. Varias llamadas comarcales a Renata Sánchez y a Sergio Andrade. Una a las dos y media de la madrugada al empresario Mikel Ansuátegui y otra a las dos y treinta y siete a un tal Antonio Suárez. Y la última, como ya sabían, al padre Uribe.

—Queremos hablar con todos. Por lo que sabemos, el profesor Esposito es una autoridad internacional sobre brujería en la Edad Media —explicó el subcomisario.

—Y un reconocido militante de Avanti Italia, el partido de extrema derecha italiano —añadió el juez.

—Renata Sánchez y Sergio Andrade son los propietarios de Umami Catering. Los llamaría para organizar la fiesta. En cuanto a Mikel Ansuátegui, aún no sabemos por qué le llamó ni nos consta que tuviesen relación. Antonio Suárez es otro misterio. Es el propietario de varias discotecas y clubs de moda en Berlín, Madrid y Barcelona. Tampoco sabemos la relación que pudiese mantener con la víctima, pero lo cierto es que el señor Mikel Olaeta tenía sus números privados.

—Veo que también estuvo buscando en internet a un tal Rafael Santacoloma —apuntó Cuesta.

—Aún no sabemos quién puede ser, no consta nada en nuestros archivos.

Fernández de Ubieta dejó sobre la mesa una bolsita con evidencias, que había estado examinando.

—Buen trabajo, subcomisario. Si no tiene inconveniente, me gustaría hablar personalmente con algunas de estas personas.

—Por supuesto, señoría, sin problema.

Fernández de Ubieta y Fernando Cuesta abandonaron las dependencias policiales en el Mercedes SLK del juez. Mientras se alejaban, Fernando casi podía oír la maquinaria mental del juez Fernández de Ubieta funcionando a pleno rendimiento, intentando buscar algo de claridad tras el velo de los hechos.

—Demasiados sospechosos —dijo al fin—. Aunque creo que la lista se irá reduciendo. Tenemos trabajo, Fernando. Habla tú con Mikel Ansuátegui y con Antonio Suárez. Yo me presentaré en el funeral del pobre Mikel Olaeta.

—¿Tengo que buscar algo en concreto?

—No, simple rutina, y a ver si alguien se pone más nervioso de lo normal.

Cuesta sonrió.

—De acuerdo.

Capítulo 5

El atrio era uno de los espacios más admirados del Palacio de Horcasitas. De entre todas las plantas del edificio, esta era la más impresionante y austera. Por eso había sido elegida para el oficio fúnebre en memoria de Mikel Olaeta.

José Antonio Fernández de Ubieta entró en el velatorio con la soltura y la seguridad de quien sabe lo que hace. Le sorprendió la vista de una barra repleta, más propia de una celebración nupcial que de un adiós. A pesar de la premura en los preparativos, el ambiente distaba de ser el de un velatorio tradicional. Era más un crisol social, un lugar de encuentro e interacción.

Desde un rincón, los acordes del *Concierto de Aranjuez* brotaban de una guitarra española, luchando en vano por imponerse sobre el bullicio de conversaciones y risas contenidas. Los invitados, lejos de mostrar duelo, parecían sumergidos en la trivialidad de un evento social.

El juez circulaba entre el gentío con habilidad. Entretanto, el alcalde de Balmaseda se había subido a un pequeño estrado y reclamaba la atención de los presentes con unos golpecitos en el micrófono.

—Bienvenidos todos —dijo sin presentarse, ya que todos le conocían—. Estamos hoy aquí para despedir a nuestro vecino y amigo Mikel Olaeta, como él hubiese deseado: juntos, comiendo y bebiendo con alegría.

El juez seguía con atención el discurso del orador, pero su mirada profesional seguía fotografiando el momento.

—Personalmente, conocí a Mikel cuando decidió instalarse en nuestra villa y quiso reconstruir Quitapesares. Fue…, cómo decirlo…, muy del estilo Olaeta.

Se oyeron varias risitas de complicidad.

—Ante todo, Mikel era un hombre de convicciones; inflexible cuando tenía una idea e irreverente a la hora de compartir alegrías con sus amigos.

Fernández de Ubieta se desentendió del discurso y empezó a moverse muy despacio, como un *setter* que ha detectado el rastro de una perdiz. A la derecha de la barra, una hermosa mujer de mediana edad, que desprendía un enloquecedor aroma de rosas, estaba tomando un vino blanco. Sorprendía el tamaño y el color de sus ojos, enormes y de un verde esmeralda profundo y sólido.

El juez la conocía. Era la reconocida galerista de arte Marta Basagoiti, exmujer de un importante constructor muy bien relacionado con el PNV y, según se comentaba, amante ocasional de Mikel Olaeta.

—Hola, Marta. ¿Qué tal?

La mujer frunció el ceño intentando recordar.

—¿Nos conocemos?

—Perdón. Me llamo José Antonio Fernández de Ubieta, hace un tiempo charlamos en la presentación de la colección de Santos Urkiola en el Hotel Ercilla. Me gusta mucho su obra y, de hecho, estoy pensando en adquirir alguna para mi casa de Madrid.

En la boca de la mujer se perfiló una medialuna escarlata.

—Encantada —dijo ofreciendo su mano de perfecta manicura en la que destellaba un solitario —. Pase cuando quiera por la galería. Tenemos varias cosas que podrían serle de interés.

—Ah, pues estupendo. ¿Podría darme un teléfono de contacto para concertar una cita?

—Por supuesto —dijo extendiéndole una tarjeta en la que apuntó su teléfono personal con un Mont Blanc de oro que extrajo de un bolso diminuto, pero con pinta de ser muy caro.

La voz del alcalde seguía oyéndose de fondo.

—Cuando las personas que queremos se van, pasan de vivir entre nosotros a vivir en nosotros…

—Marta —susurró el juez—, me gustaría poder hablar con usted sobre Mikel Olaeta y su…

Con una absoluta falta de educación, una mujer entrada en años, de cuerpo enjuto enfundado en unos vaqueros y una camisa de Chanel se interpuso entre el juez y Marta Basagoiti.

—Marta, cariño, ¡qué ganas tenía de verte! Tu última exposición ha tenido unas críticas estupendas.

—… y ahora brindemos por Mikel.

La gente alzó sus copas.

—¡Por Mikel! —corearon todos.

—Perdone, José Antonio, ¿verdad? —El juez asintió con una sonrisa—. Pase por la galería cuando desee, estaré encantada de atenderle personalmente. —Extendió la mano para despedirse.

El panegírico del alcalde había finalizado. El murmullo de las conversaciones, el ruido de las copas chocando y las notas de la guitarra, en esta ocasión interpretando el *Capricho árabe,* de Francisco Tárrega, habían vuelto a llenar la estancia.

El alcalde de Balmaseda se acercó al juez con la mano extendida.

—Buenos días, señoría. Acabo de enterarme de que se hace usted cargo de la instrucción de este desagradable suceso.

Fernández de Ubieta asintió respondiendo al saludo con un apretón de manos.

—No sé si usted llegó a conocer a Mikel. Yo sí, y le puedo asegurar que, en el fondo, no era mala persona, pero hacía algunas cosas que…, bueno.

—¿Podría ser más explícito?

—Podía ser bastante despectivo, incluso cruel, con algunas personas. Recuerdo una ocasión, durante una comida, que le preguntó a una señora que tenía a su lado si había servido como modelo a Picasso en su juventud porque se parecía mucho a la obra *La mujer con cuello de armiño.* La señora, en un primer momento, no se dio por aludida y continuó comiendo como si nada, pero Mikel siguió y al rato le pidió que no hiciese tanto ruido al comer porque parecía que, en lugar de estar con una persona, estaba comiendo con un jabalí. ¿Qué se puede pensar de alguien así? —dijo riendo el alcalde.

El juez se fijó en un grupito de cuatro que estaban hablando un poco apartados del resto.

—Perdone, alcalde, ¿conoce a las personas que están hablando con Marta Basagoiti?

—Sí, claro. La señora mayor con pantalón vaquero es doña Cruz Salmerón, viuda del último marqués de Horcasitas, antiguo propietario de este palacio que vendió al ayuntamiento. El joven que está con ella es Gonzalo Sastre, su «asistente» —aclaró con intencionalidad—. El caballero jocundo que está junto a Marta Basagoiti es Mateo Villacís, un terrateniente sevillano con fincas por toda España, especialmente en el sur. Es dueño de una bodega en Peñafiel y varias almazaras en Priego de Córdoba y Carcabuey. Todo heredado porque él no ha dado un palo al agua en su vida. Viene de una de las familias más antiguas y ricas de Andalucía. Se jacta de que varios miembros de su familia estuvieron junto a Isabel la Católica en las Capitulaciones de Granada frente al mismísimo Boabdil. Si lo desea, puedo presentarle —se ofreció el alcalde.

—Si es tan amable, se lo agradecería. Pero omita mi condición de juez y mi interés profesional, por favor.

Fernández de Ubieta siguió al alcalde, que se encaminó resueltamente hacia el grupo de cuatro.

—Señores, si me permiten, les presento a José Antonio Fernández de Ubieta.

En ese momento, una persona hizo una seña y el político se despidió cortésmente del grupo y se

fue.

El juez hizo amago de saludar con don besos a Cruz Salmerón, pero esta eludió el saludo con una elegante cobra.

—¿Nos conocemos?

—Por desgracia, no —dijo el juez.

—Qué pena lo del pobre Mikel, ¿verdad? Y seguro que la policía aún no tiene ningún sospechoso —terció el joven Gonzalo Sastre, con malicia intencionada mirando a su protectora.

—Una verdadera pena, sí —dijo el juez—. Dicen que la misma noche de su asesinato Mikel celebró una fiesta en su casa.

El silencio que siguió fue como un telón cayendo sobre el escenario, pesado y expectante.

—¡Coño! Mira qué casualidad —exclamó Cruz Salmerón con la voz cargada de emoción fingida—. Aquí mismo estamos los tres que estuvimos con Mikel en la fiesta. ¿Cree que alguno de nosotros podría ser el asesino? ¡Qué emoción! Como en las novelas de Agatha Christie. La verdad es que no somos los únicos que pudiéramos tener motivos para eliminar al pobre Mikel. —Miró con malicia furtiva al resto—. A que sí, Iker.

Lo dijo en alto para que un joven treintañero que se encontraba a unos metros lo pudiese escuchar.

—¿A que sí qué? —contestó el joven, acercándose al grupo.

—Que aquí hay más de uno que no le importa mucho que se hayan cargado a Mikel. Se mata por dinero o por amor. Tú no tienes dinero, pero dicen que eres muy celoso.

—¡Vete a tomar por culo! —dijo el joven alejándose visiblemente irritado mientras Cruz Salmerón se reía.

—Igual que nuestra querida Marta —continuó la anciana—, que, aunque dinero no le falta, en el amor no es igual de afortunada y, cuando te enamoras de un sátiro vicioso, la vida se convierte en *Cincuenta sombras de Grey* versión gore.

Marta Basagoiti ni se inmutó.

—Y qué decir de nuestro Grande de España. ¡Mírele! Se nota algo turbio en su mirada. Es que estos del sur…

El aristócrata sonrió.

—Es la sangre española —dijo aceptando la broma.

—Por no hablar de mí. Soy la que más motivos puede tener. Tuvimos una larga relación financiera que acabó dejando mis cuentas en rojo y las del bueno de Mikel, extrañamente saneadas. Pero, bueno, *C'est la vie*. El dinero no lo es todo, ¿no le parece?

El juez sonrió mientras la mirada inquisidora de Mateo Villacís lo escrutaba y en sus labios se insinuaba una sonrisa.

—Señor Fernández —dijo—, ¿sería muy descortés preguntarle sobre su interés por Mikel Olaeta?

Marta Basagoiti tomó del brazo al juez.

—El señor Fernández de Ubieta es, en realidad, el juez Fernández de Ubieta y está al cargo de la instrucción del asesinato de Mikel. ¿Me equivoco? —terció.

El juez, por toda respuesta, esbozó una sonrisa.

—Veo que en este pueblo no hay secretos.

—¿Jueeez? —exclamó Cruz Salmerón alejándose inconscientemente.

—¡Lo sabía! —dijo alborozado el aristócrata.

—¡Serás zorra! —recriminó la anciana a Marta Basagoiti—. Lo sabías y no has dicho nada. ¡Ahora somos sospechosos de manera oficial!

Lo que había sido hasta entonces una conversación distendida y elegantemente irreverente había cambiado de forma radical.

—Espero que se haya tomado esta conversación como lo que es, una serie de tonterías sin ningún rigor ni fundamento, señor juez. Aunque espero que la información facilitada por nuestra indiscreta Cruz le haya servido de algo —expuso sonriendo Mateo Villacís.

—Sin duda, sin duda, señor Villacís. Y ya que estamos, si me permite la descortesía, usted y Mikel Olaeta tenían una relación de amistad de muchos años, ¿verdad?

—Teníamos aficiones y negocios en común, sí.

—Fue usted la última persona que vio a Mikel Olaeta con vida, según consta en el registro de salida del sistema de seguridad. ¿Podría decirme en qué estado se encontraba? ¿Estaba asustado, preocupado…?

—Disculpe mi estupefacción, señor juez, pero no estoy habituado a que se me investigue y no me siento muy cómodo en esta situación.

—A nadie le gusta ser investigado y entiendo que tal vez prefiera contestar a mis preguntas en el juzgado asistido de su abogado.

—En absoluto, señor juez. Siempre he sido un devoto admirador de los servidores públicos, no me malinterprete, por favor. Estoy encantado de responder a sus preguntas. Y, sobre lo anterior, le diré que sí, Mikel estaba asustado.

—¿Por algún motivo especial?

—Estaba ausente, casi ni probó bocado en toda la noche. Hubo un momento en que sin razón alguna se puso a llorar y al rato siguiente salió corriendo hacia su habitación.

—¿Sabe por qué actuaba de esa manera?

—Sí, pensaba que estaba siendo objeto de una maldición. De algún tipo de brujería.

Las dos mujeres cruzaron una mirada nerviosa.

—¿Se lo dijo él?

—Mikel sabía de mi afición por lo esotérico y sabe que siempre llevo conmigo un Eguzkilore de oro como protección y me pidió que se lo dejase.

—¿Se lo dejó?

—Claro, supongo que estará entre las pruebas recogidas por la Ertzaintza.

—Pues lamento decirle que no, no hemos encontrado nada similar.

—No vea cómo lo lamento. Era un recuerdo de mi bisabuela materna, que era muy creyente de la mitología vasca. Nació en un caserío de Ibañeta, ¿sabe? ¡Maldita sea! Eso me pasa por bueno. —Enseguida retomó su serenidad—. En fin, cosas que pasan. ¿Puedo serle de más utilidad, señor juez?

—No, gracias. De momento, es todo.

Ya se iban, cuando el juez les interpeló:

—Perdonen. Una cosa más, si me lo permiten. ¿Les dicen algo las letras C y H?

La pregunta quedó suspendida en el aire, provocando un coro de miradas, que convergían en Fernández de Ubieta, tras un mosaico de asombro y expectación pintado en la cara de los presentes.

Capítulo 6

En el apartamento 235 de la Torre 1 de Isozaki, Antonio Suárez se deshizo de su americana de cachemira y se aflojó el nudo de la corbata. Eran las diez de la mañana de un día otoñal en Bilbao, pero sudaba como en pleno agosto. Se estaba preparando para ir a su oficina, en el Edificio Sota, pero con este maldito calor tendría que volverse a duchar. Dejó sobre la mesa el portátil, en el que estaba siguiendo el último concierto de J. Balvin, este año su empresa de eventos iba a organizar el BBK Live y Balvin sería la sorpresa. Basculó la ventana, desde la que se divisaba el puerto de El Abra y en algunos días sin bruma incluso el mar Cantábrico, para que la brisa de la ría refrescase la estancia. En la última semana habían estado dos veces los inútiles del aire acondicionado y no habían solucionado nada.

—Marina, ¿tú no tienes calor? —le preguntó a su esposa, dieciocho años más joven que él, mientras ella se cepillaba insistentemente la melena negra y lisa.

Ahora tenía treinta y nueve años, pero seguía manteniendo ese cuerpo de bailarina del Moulin Rouge que le había embrujado desde la primera vez que la vio en Pandemónium, su local de Madrid. Y lo que en un principio fue el capricho de un cuarentón se convirtió en una relación que acabó en una boda en Bali hacía ya más de diez años.

—Pues no, la verdad —contestó mientras se encajaba en unas coloridas y ajustadas mallas.

En otro tiempo, Antonio se las habría arrancado y habrían hecho el amor allí mismo, pero ahora hasta le irritaba ver cómo todos los días dedicaba media mañana a acicalarse para ir al gimnasio que estaba en los bajos del edificio.

La mujer se tensó la coleta, la ajustó con una goma, que hasta entonces había tenido colocada en la muñeca como si fuese una pulsera, y comenzó a maquillarse.

—Estoy más que harto del servicio de este edificio. He pagado tres millones de euros y parece que estemos viviendo en una chabola. Haz el favor de volver a llamar a mantenimiento.

—Llama tú si quieres, que yo llego tarde a mi clase de *boxing* —contestó mientras cerraba la puerta del baño.

En el interior sonó la cisterna del inodoro y al rato se escuchó el ruido de la puerta principal al cerrarse. Marina se había ido.

Antonio se dejó caer en el sofá. Cualquier día la mandaba de vuelta a su casa. Ya empezaba a estar cansado de aguantar sus desplantes. Estaba buena, sí, pero como ella había cientos esperando a un madurito con dinero.

Se levantó inquieto a mirar el termostato, 29 °C. «Esto no es normal», pensó.

Recordó que también, en su extraña llamada, Mikel Olaeta le decía que estaba ahogándose de calor y un montón de tonterías más, pero tampoco les iba a dar más importancia a las locuras de un yonqui maricón.

El zumbido metálico del interfono le sobresaltó. Se acercó al aparato, pulsó un botón y en la pantalla apareció una cara morena que no era la del amable Gustavo, el portero del edificio.

—Señor Suárez, hay un *ertzaina* que desea hablar con usted.

—¿Quién eres tú? ¿Dónde está Gustavo?

—Está enfermo. Soy Fredy, el sustituto —contestó el mulato, con acento caribeño.

—¿Y qué dices que quiere ese *ertzaina*?

—No me lo ha querido decir, señor.

—OK, dile que suba.

Ya suponía que era lo que quería. Antonio Suárez recuperó su aplomo y respiró profundamente.

Hizo pasar al agente de la Ertzaintza y con un gesto le invitó a tomar asiento.

Estaba claro que venía por lo de Olaeta. No tenía que haber respondido a la llamada de ese tarado y menos sabiendo que dejaría rastro. Pero quién se iba a suponer que la cosa acabaría como acabó.

—Inspector Fernando Cuesta —se presentó el *ertzaina* mostrando su placa identificativa.

—Pues usted dirá en qué puedo ayudarle, inspector —dijo Antonio Suárez sin mirar la placa.

El inspector Fernando Cuesta se encontraba ahora en un escenario que desafiaba su concepción de la realidad cotidiana. La luz se filtraba a través de los ventanales, bañando el espacio con una claridad que realzaba el brillo del Bösendorfer y los vibrantes colores de las alfombras de seda. La opulencia del lugar le envolvía en una atmósfera ajena, un mundo paralelo donde la riqueza se manifestaba en cada detalle, en cada resquicio de aquel inmenso dúplex que nada tenía que ver con su piso de alquiler, con muebles abandonados por los antiguos inquilinos y alguno más comprado en IKEA. «Los ricos también lloran —pensó—, pero sus lágrimas son de un color diferente».

El trabajo y la vida de Fernando Cuesta, y de cualquier policía, estaban marcados por el contraste crudo de la realidad. Su día a día se desplegaba en un escenario donde la miseria y la desespe ración eran los protagonistas, donde tras cada puerta se revelaba una historia más terrible que la anterior.

En su mundo, los lujos suponían una rareza, un destello fugaz en la monotonía del gris cotidiano. Las personas que frecuentaba eran ecos de vidas rotas, donde la esperanza parecía tan desgastada como el papel pintado que se desprendía de las paredes de sus casas. Personas con la dignidad a menudo colgando de un hilo más fino que la aguja en el brazo de un yonqui, donde la justicia se medía en la capacidad de perdonar lo imperdonable.

En ese momento, recordó la imagen del cadáver de Mikel Olaeta y el inspector comprendió que, independientemente de la fachada que presentáramos al mundo, al final de la partida el peón y el rey acaban en la misma caja. Y que ya sea en un piso desolado o en un dúplex lujoso, todos buscamos lo mismo: ser queridos, ser entendidos, ser recordados.

Pero ahora estaba en un inmenso dúplex con el piso superior abierto y ventanales de suelo a techo de quince metros de ancho. El salón aparecía como un espacio diáfano que con toda seguridad no bajaría de los doscientos metros. Junto a la mesa de comedor, que se encontraba a la izquierda del sofá, Cuesta se quedó mirando un cuadro que representaba el rostro color naranja de una mujer sobre un fondo negro.

—Es un Kiefer —dijo Antonio Suárez sentándose en el sofá, mientras el inspector Cuesta se acomodaba en un sillón Le Corbusier blanco.

—¿Es usted aficionado a la pintura, agente?

—No entiendo nada de pintura, solo puedo decir si me gusta o no me gusta un cuadro cuando lo veo —respondió Cuesta mientras dejaba su móvil en modo grabación sobre la mesa de cristal.

—Sin grabar, por favor —pidió Suárez.

—Como quiera —contestó el *ertzaina* encogiendo los hombros.

Cuesta se guardó el móvil en el bolsillo sin desconectar el sistema de grabación, lentamente abrió y hojeó su libreta durante unos segundos. Suárez permanecía en su sillón a la espera con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Tengo un poco de prisa, agente. Si le parece…

—¿Qué relación tenía usted con Mikel Olaeta? ¿Era amigo suyo? —preguntó de improviso Fernando Cuesta.

—¿Amigo? No —respondió Suárez visiblemente incómodo—. Y relación, ninguna. No le conozco de nada.

—Pues nos consta que le hizo una llamada en la madrugada del 23 de octubre.

—Recibo muchas llamadas al cabo del día, pero ahora que lo dice es posible.

—Es más que posible, se lo ratifico.

Antonio Suárez, que seguía con los brazos cruzados sobre el pecho, cruzó las piernas. ¡Quién le habría mandado dejar entrar a la policía en su casa!, pensó.

—Si usted lo dice, seguro que es así.

—¿De qué hablaron? —continuó preguntando el *ertzaina.*

—Me gustaría saber en condición de qué estoy siendo interrogado, inspector.

—Pura rutina, señor Suárez. Puede negarse a contestar si lo desea, aunque lo podemos hacer de manera más oficial en comisaría, si lo prefiere —expuso Cuesta con una sonrisa oblicua en los labios.

La cosa empezaba a complicarse y a Suárez no le gustaba el rumbo que iba tomando la conversación.

—No hay nada que ocultar. Poseo una buena bodega de vinos muy exclusivos y licores de colección. Mikel Olaeta sabía que tengo una de las trece botellas de la selección Anecdote of Agnes que Macallan produjo en 1967 con la etiqueta de sir Peter Blake y me hizo una oferta, que lógicamente rechacé.

—¿Qué precio tiene esa botella?

—No veo la relación, pero le diré que es una botella de coleccionista, por lo que el precio es el que se esté dispuesto a pagar. La última se subastó por más de trescientos cincuenta mil euros hace cinco años en Tokio.

Fernando cuesta anotó algo en su libreta.

—¿Y no vio extraño que le llamase de madrugada?

—Los coleccionistas funcionamos por impulsos. Ni sé ni me interesa cuál pudo ser la motivación del señor Olaeta —respondió Suárez levantándose del sillón, dando por terminada la conversación sin mucha sutileza. Fernando Cuesta no se dio por aludido.

—Señor Suárez, ¿conoce a Rafael Santacoloma y a Mikel Ansuátegui?

Oír esos dos nombres provocó que el estómago de Antonio Suárez se encogiera. Lo negó moviendo la cabeza para evitar que las palabras delataran lo que sus gestos no podían ocultar.

—¿No conoce de nada a estas dos personas? —insistió el *ertzaina*—. ¿Tampoco a Mikel Ansuátegui?

—Ya le he dicho que no, inspector. No conozco a ninguno de los dos —dijo visiblemente incómodo.

Fernando Cuesta se le quedó mirando fijamente y anotó algo en su libreta durante un tiempo que a Suárez se le hizo eterno, mientras notaba cómo las gotas de sudor le bajaban por la espalda. Se acercó al minibar y abrió una botella de Evian. Tenía la boca seca como un estropajo.

«Pero ¡cuándo se marchará de una vez este cabrón!», pensó.

El *ertzaina* continuó mirándole fijamente, cerró su libreta y se levantó con una expresión de desagrado.

—Gracias por su tiempo, señor Suárez.

—De nada. Espero haberle sido de utilidad —contestó evidentemente aliviado.

El *ertzaina* se despidió con un apretón de manos mientras le decía:

—Es mejor no contestar que mentir, señor Suárez. Es una de las normas básicas cuando se habla con la policía. Cualquiera que nos conozca se lo podría haber dicho. Ha sido un placer.

Antonio Suárez se quedó petrificado sin saber qué decir.

Cuando el *ertzaina* desapareció por la puerta, se dirigió a su habitación, tiró una maleta encima de la cama y empezó a sacar cosas del armario: una chaqueta, bañadores, camisetas, zapatillas, un reloj, pasaporte y dinero; todo el dinero que tenía en casa, en total casi veinte mil euros. Con eso bastaría de momento. Cogió el móvil y marcó el número de su oficina.

—¿Nuria? Soy Antonio. Consigue un billete de avión a Fráncfort. Sí, el primero que salga… No, para mí solo. Y reserva una *suite* en el Steigenberger. Ah, y no le digas a nadie adónde he ido, ¿eh? Sí, Fráncfort… Sí, ya, ya lo sé.

Colgó el teléfono. Nadie le iba a joder si no le encontraban; ni la policía ni los otros. Fráncfort era el primer destino, de allí a Abu Dabi y luego desaparecer del todo.

Capítulo 7

El inspector Cuesta estaba empezando a notar la marea roja en su cara y eso no era bueno. El portero de la Bilbaína, así es como se conoce en Bilbao a La Sociedad Bilbaína, un elitista club privado en el que se reúne lo más selecto del mundo empresarial y político de Bizkaia le había impedido entrar, ya que era obligatorio el uso de americana y corbata para acceder al interior. De nada había servido mostrar la placa e indicarle, a ese «estirado hijo de puta», que don Mikel Ansuátegui le estaba esperando. Por no liarla, pensó, pero había estado a una mirada de ponerle contra la pared y esposarle por resistencia.

Tuvo que dar la vuelta a la manzana y acceder por la calle José María Olabarri para entrar por la puerta trasera en lugar de por el elegante *hall* principal y subir por la escalera de servicio. Daba igual que fuese inspector de la Ertzaintza o el mismísimo ; si no llevas corbata, no entras. Punto.

No quedaba otra que tragar, ya le pillaría al mamón ese del portero. Arrieritos somos.

Mientras caminaba, iba pensando que estaba seguro de que Antonio Suárez no le había dicho ni una verdad. Ni Mikel Olaeta le llamó de madrugada para comprar una botella de *whisky*, ni era cierto que no conociese a Mikel Ansuátegui o a Rafael Santacoloma. Su comunicación no verbal le había delatado. Para algo había servido el grado de Psicología que había obtenido en la UPV antes de hacer la OPE de acceso a la Ertzaintza. Pero a pesar de todo era consciente de que tenía muy difícil probarlo y que la próxima vez que quisiera hablar con él primero tendría que hacerlo con su abogado y con una orden judicial de por medio.

Cuando llegó a la puerta de servicio, Cuesta pulsó el interruptor del portero automático, sonó el zumbido típico y accedió al interior por un pasillo mal iluminado.

«Vaya mierda de luz para un sitio tan elegante», pensó.

Subió hasta la primera planta, donde lucía un pequeño letrero de madera con unas letras doradas que ponía «Bar Primera Planta». «Vaya —dedujo—, no se habían roto mucho la cabeza para poner el nombre al garito». Empujó la puerta. Otro pasillo, este más elegante y mejor iluminado, por el que se accedía al local por una puerta secundaria. Curiosamente, para estar en el bar no hacía falta corbata. Se volvió a acordar de la madre del portero.

La sala, que conservaba el mobiliario original con maderas nobles y muebles de cuero, estaba decorada al estilo inglés, como los clubs de caballeros de la época victoriana de finales del siglo XIX, principios del XX, tan del gusto de la burguesía bilbaína. Gran cantidad de cuadros, seguramente de artistas vascos, con motivos costumbristas y paisajes urbanos, colgaban de las paredes del elegante espacio. A esa hora la luz de la tarde se iba debilitando, pero aún entraba con suficiente intensidad por la gran cantidad de ventanales que se abrían a la ría y al puente del Arenal en una de las mejores fotografías de Bilbao.

Olía a dinero viejo y a humo de habano de los buenos.

«Aquí, por lo que se ve, no rige la ley antitabaco», caviló con envidia.

Había dejado de fumar hacía tres años porque se lo pidió su hija, pero todavía tenía mono de vez en cuando y el olor de un buen puro habano le traía muchos recuerdos.

«Cualquier día vuelvo a fumar. Total, qué más me da», pensaba mientras accedía la interior del bar.

Un camarero, vestido con chaquetilla blanca y pajarita negra, le salió al paso.

—Perdón, caballero, ¿le puedo ayudar?

Costa le ignoró y buscó con la mirada, al fondo junto a uno de los ventanales, la figura de un hombre vestido con un traje oscuro, de unos sesenta años, alto y delgado como un galgo, bigotito facha sobre el labio superior, pelo canoso y escaso peinado con fijador, que disfrutaba de una copa de licor mientras de la brasa de su Lancero se elevaba un hilito de humo que, a medida que ascendía, se iba rizando para desvanecerse en una nube azulada.

—¿Podría decirme que des…?

Sin decir una palabra, Cuesta le puso delante de la cara la placa que le identificaba como agente de la Ertzaintza. Apartó al empleado con el brazo y pasó entre las mesas captando la atención de algunos socios que seguían sus pasos con la misma pasividad bovina con que las vacas contemplan el paso de un tren. Mientras tanto, otros, centrados en sus conversaciones, ni siquiera notaron su presencia.

Eran las siete de la tarde y el resplandor de las luces del Arenal igualaban las que poco a poco iban desapareciendo del cielo crepuscular. En el interior, el color ámbar de las lámparas de sobremesa difuminaba el rostro de los socios sentados en los ajados sillones de cuero viejo, recreando un ambiente de otro tiempo.

Fernando Cuesta se dirigió con decisión hacia la mesa donde se encontraba Mikel Ansuátegui mirando distraído a los viandantes que cruzaban el puente del Arenal a paso rápido —en Bilbao todo el mundo camina rápido— por la calle Navarra en dirección al Casco Viejo, que ya empezaba a bullir a la hora del tardeo.

Se detuvo a un par de metros del empresario con el móvil y su libreta negra en la mano. Permaneció unos segundos esperando a que Mikel Ansuátegui se dignase a recibirle. El empresario continuaba mirando por la ventana sujetando el Cohiba entre los dedos índice y corazón de la mano derecha, mientras sostenía con la izquierda una enorme copa con un tercio de brandi. Dio una larga calada paladeando el sabor del habano, depositó la copa en la mesa y exhaló lentamente el humo sin dejar de mirar por el ventanal.

—¿Señor Ansuátegui?

El hombre hizo girar el licor de su copa sin hacerle el menor caso. Era tremendamente delgado con una espalda y unos hombros muy estrechos que rellenaban la americana del traje gracias a que seguramente estaría cortado a medida por algún buen sastre de Londres o Milán. Cuesta se fijó en el dorso de las manos; huesudas y repletas de venas como gusanos de cobalto. Ansuátegui dejó reposar suavemente el licor en la copa y dio otra calada al puro.

De repente, justo cuando el inspector Cuesta se disponía a volver a hablar, Mikel Ansuátegui giró la cabeza, se quitó el puro de la boca y dijo:

—No dispongo de mucho tiempo, ¿qué quiere?

Cuesta se le quedó mirando durante unos segundos antes de contestar. Era un tipo atractivo que probablemente, en su juventud, no habría tenido problemas de relación con las mujeres. La delgadez la compensaba con el metro ochenta de estatura que le daba unas proporciones clásicas y elegantes. La mandíbula angulosa y masculina contrastaba con unos labios gruesos, casi femeninos, sobre los que se extendía un estrecho bigotito muy delatador. Los ojos pequeños y rasgados, que podrían ser tanto verdes como azules, dependiendo de la luz que se reflejase en ellos, denotaban dureza y determinación y se enmarcaban bajo unas cejas muy negras que no se correspondían con el cabello canoso y escaso que lucía peinado hacia atrás.

La impresión que dejaba era la de un hombre acostumbrado a ser escuchado, a ser obedecido, como si la vida nunca se hubiera atrevido a llevarle la contraria.

Pero a Cuesta algo en aquel hombre le resultaba inquietante. Era una sensación visceral, una luz roja girando, silenciosa, en su instinto de veterano. Había algo en la forma en que el hombre

sostenía su mirada, en la quietud de su postura, que le hacía estar en guardia. Era como si detrás de esa fachada de control y confianza se escondiera algo más, algo que no se atrevía a nombrar, pero que su intuición le advertía que debía temer.

—Quisiera hacerle unas preguntas sobre Mikel Olaeta. ¿Creo que se conocían?

Mikel Ansuátegui se giró, volvió a dar otra calada y se puso a mirar la pantalla de su móvil.

—Si aquí no se encuentra cómodo, podemos hacerlo en otro lugar, señor Ansuátegui.

—Un segundo.

El empresario abrió la aplicación de WhatsApp y se puso a escribir. Un silbidito desesperante indicaba que él, a su vez, estaba recibiendo mensajes también. Se dispuso a enviar otro mensaje.

—Se acabó el tiempo, señor Ansuátegui —exclamó visiblemente molesto el *ertzaina.*

El empresario siguió mandando mensajes como si no hubiese oído nada.

¡Le estaba vacilando, el muy cabrón!, pensó.

—¿Sabe que me está empezando a poner de mala hostia, señor Ansuátegui? Si es lo que buscaba, lo ha conseguido.

—Pues tenga cuidado, agente, eso no es bueno para el corazón, se lo digo por experiencia.

Otro silbidito y otro mensaje enviado. «¡Se acabó!», pensó Cuesta.

—Mire, Ansuátegui, estoy a punto de detenerle por desacato y ponerle las esposas delante de todos estos. Y le llevaré esposado por todo Bilbao hasta los juzgados de Jardines de Albia, donde tengo aparcado el coche. ¿Lo quiere así?

Mikel Ansuátegui se le quedó mirando inmóvil y al rato marcó un número en su teléfono.

—Ahora mismo estoy llamando al alcalde de Bilbao para decirle que me está usted amenazando gravemente. Es amigo mío, ¿sabe?

—Usted mismo, pero no sé si se ha dado cuenta de que soy inspector de la Ertzaintza de la comisaría de Balmaseda y no policía municipal de Bilbao, así que lo que diga el señor alcalde, con todos mis respetos, me importa una mierda.

—Entonces, usted aquí no pinta nada, está fuera de su zona y sus amenazas son un farol.

—Estoy aquí comisionado por la audiencia provincial a las órdenes del juez José Antonio Fernández de Ubieta. Aquí tiene su número. Hable con él si lo desea —dijo Cuesta, dejando sobre la mesa una tarjeta del Juzgado n.º 3 de la Audiencia Provincial con el nombre y el teléfono de José Antonio Fernández de Ubieta.

Ansuátegui guardó lentamente su teléfono en el bolsillo interior de su americana y aplastó con rabia el puro en un cenicero de cristal, donde continuó humeando, ahora ya con un olor menos agradable que antes.

—Adelante, agente. Dispare.

No estaba dispuesto a pasarle ni una más a este chuloputas, pensó.

—En la madrugada del 23 de octubre, concretamente a las dos y media, recibió una llamada de Mikel Olaeta a su número privado. La llamada duró cinco minutos y veintitrés segundos, ¿es cierto?

—No me consta.

Cuesta le mostró una fotocopia del listado de llamadas.

—Pues a Movistar, sí. ¿Es posible que alguien, aparte de usted, pudiese coger esa llamada? Si es así, quiero un listado con el nombre de todas las personas que a esa hora estaban con usted.

Cuesta preparó el bolígrafo y la libreta.

Se hizo un silencio incómodo para Ansuátegui.

—Esa noche estaba yo solo en mi casa.

—Entonces, ¿cómo explica esa llamada? ¿Quién respondió? ¿El perro? —dijo Cuesta

provocador.

Ansuátegui se hizo el ofendido y se puso en pie. Parecía a punto de abofetearle.

—No voy a seguir con esto. Y menos si no es en presencia de mis abogados. ¿Quién se ha pensado usted que es? —contestó Ansuátegui, envarándose.

La voz del empresario era el reflejo perfecto de su cara. Tan seca y dura que cada palabra sonaba como martillo golpeando un clavo en la frente del inspector Cuesta.

—Está usted mintiendo, señor Ansuátegui —exclamó elevando el tono para que todos los presentes pudiesen oírle.

El camarero galleó con la intención de acercarse, pero la mirada de Cuesta le dejó clara la situación.

—Esto es un club de caballeros, le agradecería que bajase la voz.

—Yo no soy un caballero. ¿Va usted a contestar o seguimos dando espectáculo?

Cuesta esperó mirando fijamente a Mikel Ansuátegui, que empezó a dejar ver su sonrisa de político en campaña electoral.

—Déjeme pensar. Ahora que lo dice, hacía mucho tiempo que no sabía nada de él, pero sí. Es posible que me llamase Mikel Olaeta.

—¿Ve qué fácil? ¿De qué hablaron?

—Un poco de todo, ponernos al día. Ya sabe.

—No, no sé. Por eso se lo pregunto, dígamelo usted.

—Pues eso, me contó a qué se dedicaba últimamente. Que se había ido a vivir a Balmaseda. Nada concreto.

El muy cabrón no decía la verdad ni al médico, pensó. Mentiras y más mentiras igual que Antonio Suárez.

—¿Y usted qué le dijo?

—Pues lo mismo. Hablamos algo de política y de la familia. Ya sabe.

—Ya le he dicho que yo no sé nada. ¿Cuál cree que fue el motivo real de su llamada?

—Pues eso tendría que preguntárselo a él —contestó sonriendo Mikel Ansuátegui.

—¿Ve usted normal que alguien le llame a esas horas para hablar de política y ponerse al día?

—Pues exactamente eso es lo que ocurrió, inspector Cuesta.

Fernando Cuesta le miró en silencio durante unos segundos. El empresario le mantuvo la mirada, estaba acostumbrado a mentir y lo hacía sin que se le moviese un músculo de la cara.

—¿Le dio la impresión de que estuviese preocupado por algo? —insistió.

—Creo que no. Si lo estaba, a mí no me dijo nada —continuó Ansuátegui sin dejar de sonreír.

El inspector decidió cambiar de estrategia.

—¿Conoce a Antonio Suárez?

—No.

—¿Y a Rafael Santacoloma?

—Tampoco.

—¿Mateo Villacís?

—Creo que es un bodeguero. Alguna vez le he visto en la televisión.

—¿Cruz Salmerón? ¿Marta Basagoiti?

—No. No las conozco de nada —contestó sin perder la sonrisa que no había abandonado desde que Cuesta le apretó las tabas.

El inspector se le quedó mirando sin pestañear. «No hay nada que hacer. Ansuátegui es un tipo fogueado y hacer que hable, si no quiere, es más difícil que limpiarse el culo con un brazo enyesado», pensó Cuesta.

Ansuátegui había ganado por goleada. El *ertzaina* se levantó para marcharse. Junto a la barra, el camarero le miraba desafiante con las manos cruzadas sobre sus testículos en un gesto muy explícito. Al pasar a su lado, Cuesta le lanzó su mirada de Robert de Niro en *Taxi Driver* y la sonrisa del empleado se borró de golpe.

Esta vez, el *ertzaina* bajó por la escalera de honor y salió a la calle Navarra por el vestíbulo principal. «¡Que se joda el portero y toda esta banda de mamones!».

Eran las siete y media y la ciudad ya se había envuelto en un manto nocturno. Mikel Ansuátegui fumaba un cigarrillo junto a la ventana con la mirada perdida en el abismo de sus pensamientos. No había tiempo para dudas; cada segundo contaba. Mientras el humo del cigarrillo se disipaba, buscó su teléfono. Había que hacer algo cuanto antes. Nada ni nadie iba a poner en riesgo la misión que tenía encomendada y menos un policía de pueblo con pretensiones.

Capítulo 8

La luz indirecta de los focos dirigidos al techo bañaba con una claridad mortecina las estanterías repletas de volúmenes perfectamente ordenados —cualquier observador pensaría que por colores y tamaños— en la biblioteca del Palacio Ubieta, atestada hasta el último resquicio de libros antiguos encuadernados, como ya no se encuaderna hoy en día. El aire olía a cera de abeja, madera y cuero viejo. Dos sillones orejeros ofrecían su abrazo gastado, uno a cada lado de la chimenea que intentaba encender, sin mucho éxito, José Antonio Fernández de Ubieta.

Sentada en uno de los sillones, con las piernas cruzadas y ligeramente ladeadas bajo un vestido de cóctel con estampado de hojas verdes sobre fondo morado, una mujer delgada y esbelta de pelo blanco con corte carré hojeaba *El País* frente a dos tazas de café expreso y los restos de una *pantxineta* de crema.

—Bueno, esto parece que ya va —dijo el juez cuando logró que una pequeña llama surgiese, como una bailarina dorada, desde el fondo del volcán de troncos dispuestos en el hogar.

Esther Llarena le miró con incredulidad por encima de los cristales de sus gafas progresivas. Se conocían de su época en la Universidad de Deusto; él estaba en último curso de Derecho y ella había comenzado primero de Filosofía. Se habían gustado, pero nunca pasaron de ahí. De haber dado el paso alguno de los dos, quién sabe, pensó Esther. Pero cuando pasó lo de su padre…

José Antonio tuvo que abandonarlo todo e irse a Madrid, donde comenzó a preparar las oposiciones a juez y ella, cuando se licenció —por supuesto, nadie contrata a una licenciada en Filosofía— estuvo una temporada dando clases de apoyo en la Ikastola Zubi Zaharra hasta que sacó la plaza de bibliotecaria en el Ayuntamiento de Balmaseda.

Pasaron muchos años hasta que José Antonio volvió a Gordexola y pudieron retomar su amistad. Solo eso, amistad, porque ahora ella estaba casada y era madre de dos bigardos adolescentes a los que quería con locura, pero que lamentaba no haberse comido cuando pudo.

El reloj de la repisa de la chimenea inició un leve tintineo con las primeras notas del *Agur Jaunak* seguido de nueve campanadas. Era uno de los pocos recuerdos que aún conservaba de su *aita* y se negaba a dejar de escuchar, cada hora del día, la melodía que le recordaba por qué estaba allí y por qué era quien era: José Antonio Fernández de Ubieta y Chávarri, hijo de José Antonio Fernández de Ubieta y Garay; un buen hombre asesinado, un buen padre asesinado, un buen amigo asesinado por el odio y la depravación salvaje.

Aún resonaban en sus oídos las palabras que le dijo monsieur Vincent, director del Liceo Francés, cuando le sacó de la clase de Literatura y se lo llevó agarrado del hombro a su despacho:

—*José Antonio tu dois être fort. Ton père est très sérieux à l'hopital.*

La tragedia que había oscurecido su juventud, aquel acto de violencia sin rostro que había arrebatado la vida de su padre, los disparos, resonando como un trueno sordo en su memoria, habían difuminado su existencia tras un velo permanente. Aquel día, la inocencia de José Antonio se había desvanecido, dando paso a un mundo donde la luz y la sombra se entrelazaban en un baile eterno, donde cada momento de felicidad llevaba consigo el peso del pasado.

Se sentó en el sillón mirando la hipnótica danza de las llamas. En ese momento, se desmoronó parte de la hoguera con un crepitar de brasas y las bailarinas de fuego desaparecieron en un infierno rojo e incandescente. José Antonio añadió un poco más de leña.

—Cada vez me cuesta más entender qué está pasando en este mundo, parece que todo está patas

arriba y nosotros permanecemos como un conejo deslumbrado por los focos de un camión que nos va a pasar por encima sin remedio —dijo Esther dejando el periódico doblado sobre la mesa.

José Antonio movió afirmativamente la cabeza en señal de estar de acuerdo.

—Cierto, estamos en un mundo que se tambalea al borde del caos en el que quien no es esclavo de la miseria es prisionero del terror. Un mundo que hace que veamos a los demás como una amenaza.

—¿Qué nos queda, entonces? —preguntó Esther, buscando en el rostro del juez alguna señal de esperanza.

—Nos queda la resistencia del espíritu humano —respondió él—, la capacidad de encontrar luz en la oscuridad, de construir puentes donde solo vemos muros. A pesar de todo, seguimos adelante, hundidos en la vorágine, buscando la humanidad en nosotros mismos y en los demás.

El resplandor incandescente se reflejaba en la cara de Esther mientras José Antonio igualaba las brasas con un atizador.

—Y ahora, ¿qué tal si nos dejamos de filosofar y nos ponemos a trabajar un rato? ¿Has encontrado lo que te pedí? —preguntó.

Esther sacó de su bolso un iPad con funda rosa.

—He puesto en una carpeta los grimorios de brujería y satanismo que me han parecido más interesantes: el *Ars Notorium*, *La clave de Salomón*, el *Necromicón.* Por supuesto, *Maellum maleficarum.* Y, cómo no, la *Biblia de las brujas*, que es la recopilación de los dos mayores libros sobre prácticas de brujería, *Los ocho* sabbats *de las brujas* y *El camino de las brujas.*

—Manuales de magia negra y brujería. La mayoría pertenecen a sectas y órdenes secretas —añadió.

—Casi todas se remontan al Medievo, pero algunas permanecen activas hoy en día. Chico, no sabía yo que el satanismo y la brujería estuviesen tan de moda. Hay cantidad de información en internet, la mayoría son sacaperras, pero si bicheas un poco salen cosas que inquietan un poquito —dijo Esther.

—Me interesa especialmente lo relacionado con los rituales de brujería.

—Hay cantidad. —La bibliotecaria hizo doble clic sobre el *Maellum Maleficarum*—. Pero este es el más completo. Seguramente es el tratado más importante sobre la brujería y su persecución durante la Edad Media. Se publicó en 1487 por los monjes dominicos Heinrich Kramer y Jacob Sprenger y fue la causa de la histeria que se vivió en aquel tiempo en torno a la caza y persecución de brujas y herejes. Aquí también tuvimos lo nuestro, no te creas.

—Sigue, por favor —pidió el juez, que no perdía una palabra del relato de Esther.

—Todo Euskal Herria, y en especial el territorio de Enkarterri, era considerado zona de brujas y brujos. La más conocida fue Lucía de Aretxaga, que vivió en Zalla junto a la ermita de San Pantaleón. Cuentan que, debido a sus poderes adivinatorios, un día se acercó a su casa un vinatero navarro para que la anciana le ayudase en un tema de infidelidad; pensaba que su mujer se la estaba pegando con otro porque había perdido su anillo de casada. Lucía, viendo que era un hombre de dinero, pero ya entrado en años, supuso que su esposa se lo estaría montando con alguno más joven y con más brío que el pobre vinatero, así que dedujo que le habrían adornado la cabeza en la bodega y le recomendó que mirase en el fondo de alguna barrica. Un criado, testigo de las artes que empleó la pobre Lucía, la denunció a la Inquisición, que ordenó quemarla tras encontrar el anillo en el fondo de un barril, tal como ella había predicho. Lo más curioso es que la quemaron junto a su casa, al lado de la ermita de San Pantaleón, que se había encargado de cuidar y mantener durante toda su vida.

—No conocía esa historia. ¿Algo más?

—Como dato, hay que destacar que existen muchos topónimos que hacen referencia a la brujería de Enkarterri: en Bolunburu está el Corro de las Brujas; en Güeñes, el Palacio de las Brujas, que también tiene una inquietante historia que otro día te cuento, si quieres. También se han mantenido algunas tradiciones, como la de acudir a la ermita de San Pedro Zarikete para deshacerse de los malos espíritus y del mal de ojo. Y dicen que en Aranguren se hacían aquelarres en la Campa de Oreña. Como ves, no es extraño que a los de Zalla se les llame brujos.

José Antonio miraba atentamente a la bibliotecaria. Esther se recostó, se quitó las gafas, las dejó sobre la mesa, sonrió satisfecha y continuó:

—Como ves, la brujería y lo mefistofélico no están muy alejados: unas sanadoras o adivinadoras, un cura inquieto, un vecino envidioso y un final llameante. Cuestión de poder. Lo mismo que la prototípica historia de Fausto, que vendió su alma al príncipe de las tinieblas a cambio de poseer todo lo que deseaba, pero que a la hora de pagar la deuda se hizo el longuis.

—«Miro lejos de mí cuanto poseo y lo que huyó, realidad lo creo» —comenzó a recitar el juez, cuando el sonido del teléfono móvil interrumpió la conversación.

—Dime, Fernando… ¿Cómo? ¿En el hospital? Pero ¿qué te ha pasado? Ahora mismo voy. En Zalla dices, ¿no? Vale, ahora nos vemos.

Capítulo 9

Fernando Cuesta se paró frente a la entrada principal de la Bilbaína, miró a derecha e izquierda de la calle Navarra, tranquilo, sin prisa. Con calma desafiante, se giró buscando la mirada del portero y se quedó un buen rato en el dintel de la puerta principal, solo por joder. El portero, con una mirada oblicua cargada de desdén, observaba a Fernando desde la distancia, aunque evitó confrontarlo directamente.

Las siete y media, aún era pronto. Le daba tiempo a tomar unos potes por Ledesma y, a lo mejor, algún *pintxito* para quitar la mala hostia que le había puesto el mamón de Ansuátegui.

Entró en la taberna Taurina, pidió un crianza y un *pintxo* de jamón que le supo a gloria después del mal rato con Ansuátegui. Ya más entonado, se dirigió al aparcamiento oficial de los juzgados, donde había dejado aparcado su viejo Audi A4 color plata del 99. Al cruzar el semáforo de Mazarredo, casi le atropella un escúter que se había saltado descaradamente la luz roja. Después de la dedicatoria de insultos, cruzó el jardín pasando entre la estatua de Sabino Arana y Sabin Etxea, la imponente sede del PNV. Entró en el aparcamiento del Palacio de Justicia y, tras saludar al agente de guardia, salió en dirección al ayuntamiento, dejando tras de sí una nube tóxica por toda la calle Buenos Aires.

El reloj del ayuntamiento marcaba las ocho y cuarto y en la plaza de Ernesto Erkoreka, entre el carril bici, el semáforo, el ceda el paso y la propia rotonda, había un buen lío de tráfico.

«Tenía que haberme quedado un rato más por Ledesma», pensó.

Después de varios bocinazos y algún «mecagoentuputamadre», consiguió encaminarse en dirección al Sagrado Corazón. Al pasar frente a la Universidad de Deusto, se fijó en un motorista, quien, a horcajadas sobre la moto y hablando por teléfono, se le quedó mirando a través del visor del casco. Cuesta le devolvió la mirada por la ventanilla, que no pudo accionar porque estaba estropeada. No le pudo ver bien y no estaba seguro de que fuese el de antes, que, si no, se hubiese bajado y le habría plantado un par de hostias a mano abierta.

La noche había caído por completo y la ría, luminosa como un espejo de obsidiana, reflejaba las formas danzantes del Museo Guggenheim. El tráfico por esta zona era mucho más razonable y no le fue complicado girar por el puente Euskalduna para salir de la ciudad. Insertó un CD en el reproductor del coche y subió el volumen hasta que la etílica voz de Jim Morrison silenció el traqueteo del motor diésel.

—*L. A woman, L. A. woman, L. A. woman sunday afternoon* —se desgañitaba Fernando, dando golpecitos acompasados en el volante.

El reencuentro con el pulso de la ciudad le había venido bien. Las arterias urbanas, abarrotadas de gente en constante movimiento, las melodías callejeras de la Gran Vía y el resplandor casi etéreo de las farolas del Casco Viejo, todo ello se amalgamaba en una sinfonía de sensaciones que lo elevaban por encima del embriagador *collage* olfativo de Bilbao: un aroma compuesto por notas de café recién hecho, bollos de mantequilla aún calientes, el perfume delicado de una mujer que pasa, el hedor acre de los tubos de escape y la fragancia salobre de la ría. «Algún día —pensó tras un suspiro—, algún día».

Poco a poco fue dejando atrás la miscelánea urbana para adentrarse en la monótona conducción por la autovía, que a esas horas estaba muy tranquila. Miró por el retrovisor y vio, a unos cien metros, un foco solitario que se iba acercando. Unos segundos después, una escúter le adelantaba y tuvo la impresión de que aminoraba la velocidad cuando se puso a su altura antes de tomar la

salida en dirección a Sodupe. Se movió inquieto en el asiento.

«Hay cientos de motos como esa, pero ya es puta casualidad», pensó.

Continuó hacia Zalla mirando cada diez segundos por el retrovisor. Nada, todo tranquilo, pero, por si acaso, extrajo la Glock del costado y la colocó bajo su muslo derecho.

Pasó por el centro de Zalla, que a esa hora estaba casi vacío, y se dirigió al barrio de Artebizkarra.

Estacionó el vehículo a unos doscientos metros de su casa, junto al Antzokia. Mientras se acercaba al portal con las llaves en la mano, casi por casualidad, se percató. Bajo el cono de luz de farola, un BMW X5 negro con dos personas en su interior y, un poco más alejada, una Suzuki. Si hubiese sido un gato, se le habría erizado el pelaje del lomo de manera inmediata. Una cosa era haber olvidado la tensión de sentirse objetivo de una banda terrorista y otra, perder su instinto de policía veterano para detectar el peligro. Y estaba claro que esto era una encerrona. De forma instintiva, su mano buscó el costado derecho.

—¡Mierda! —Se había olvidado la pistola en el coche—. ¡¡Me cago en mi puta vida!! —masculló para sí mismo.

Tenía que actuar y rápido. Se dio la vuelta y comenzó a correr hacia las vías del tren. Antes de perderse en la oscuridad, vio dos sombras que corrían tras él. Oyó cómo uno de ellos gritaba algo y recibió una respuesta que sonó a su izquierda. Había otro más, así que ya eran tres como mínimo y se habían dividido para darle caza. No sabía si estarían armados, pero tampoco importaba mucho. Estaba seguro de que, si lo cogían, podría darse por jodido.

Notó cómo el agrio sabor del miedo le impregnaba la boca de saliva pastosa mientras luchaba por mantenerlo a raya. La respiración agitada, el corazón golpeando con fuerza en su pecho, impulsado por una adrenalina desbordante. Con cada segundo que pasaba, aumentaba la certeza de que el tiempo se agotaba. Sabía que pronto la delgada línea que separa el autocontrol del pánico acabaría por romperse. Mientras corría, valoró sus opciones: sacar el teléfono para pedir ayuda estaba descartado y volver al coche era imposible. Sabía que no podía hacer otra cosa que correr. Cruzó las vías sin mirar atrás. Se agazapó en el talud para que el oxígeno retornase al cerebro y a sus pulmones. No podía dudar; tenía que fiarse de su instinto.

Unos trescientos metros le separaban de la estación de RENFE, pero el flanco izquierdo estaba cubierto por uno de sus perseguidores y a su derecha la vía se perdía en la oscuridad. De frente, unos doscientos metros de huertas hacían complicado el avance, ya que podría quedar expuesto al verse enredado en la maleza. «Piensa, Fernando, piensa».

No era su mejor idea, seguro. Había hecho muchas tonterías y esta podría ser la más grande, pero decidió aprovechar el factor sorpresa, darse la vuelta y hacerles frente.

—¡Ertzaintza! ¡Al suelo o te vuelo la cabeza, hijo de puta! —gritó extendiendo los brazos hacia delante con las manos agarradas simulando llevar un arma.

Lo primero que sintió fue el sonido; un estallido sordo en el interior de su cabeza. Lo siguiente fue un fogonazo de luz blanca y dolor; un dolor agudo, lacerante como una puñalada. Sus rodillas se volvieron gelatina y se desplomó como un muñeco de trapo. A pesar del pitido constante que salía de sus oídos, pudo escuchar cómo llegaban los dos matones a los que se enfrentó. Estaba claro que el tercero era quien le había golpeado por detrás.

Arrodillado y vulnerable, Fernando sintió el impacto brutal de una patada en el estómago que lo dobló, seguida de un golpe certero en el hígado. El aire se escapó de sus pulmones y, con el último hilo de conciencia, protegió su cabeza con las manos. La agresión no cesó: dos patadas más en los riñones, un golpe contundente en la espalda. La precisión era fría, profesional, sin palabras ni amenazas; solo la comunicación cruda de la violencia y una advertencia implícita en

cada golpe.

—No te metas donde no te llaman, puto cipayo —dijo uno de ellos, agarrándole del pelo para dejar caer su cara contra el asfalto.

Otra patada en el estómago como despedida y Fernando quedó en el suelo como un clínex usado.

«Por lo menos, ha durado poco», pensó.

Cuando se pudo recuperar, se sentó en la acera y sacó su teléfono móvil.

—José Antonio, estoy en Zalla y voy al hospital. Nada, que me estaban esperando tres tíos y me han inflado a hostias… Creo que no tengo nada roto, pero voy a que me miren. Sí, al hospital de Zalla. Vale, aquí estaré.

Capítulo 10

Fernando Cuesta se acomodó en un sillón con un evidente rictus de dolor en su cara. En Urgencias le habían hecho un reconocimiento general; aún estaba mareado y había vomitado. No había heridas internas ni ningún hueso roto; solamente magulladuras, contusiones y un bulto enorme y doloroso en su orgullo. Así que, con un par de Enantyum y un volante para el traumatólogo, le dieron el alta.

Enseguida se había presentado el juez y fueron a su casa de Gordexola. Al entrar se notaba la humedad y el frío típicos de los caserones antiguos. No entendía cómo José Antonio había decidido instalarse en ese mausoleo de muebles viejos y humedad, pudiendo hacerlo en un ático en el centro de Bilbao. Menos mal que la biblioteca ordenada, iluminada y atemperada con una buena chimenea encendida era la excepción.

Alguien llamó a la puerta y pasó sin esperar respuesta.

—Esther Llarena. Una buena amiga. Esther, este es Fernando Cuesta, colaboramos en el caso Olaeta —presentó el juez.

«¿Una buena amiga?», pensó Cuesta. La mujer era guapa, de una belleza madura y serena. Vestía discreta, pero bajo el vestido se adivinaba un cuerpo esbelto. El inspector no pudo evitar que su mirada se posase en el escote abultado por los pechos y notó un poco de inquietud en la entrepierna.

—Encantado —dijo Cuesta, intentando levantarse.

—Tranquilo, no se mueva. ¿Le duele mucho?

—Prácticamente, todo. ¿Podría tomar un café? —pregunto el *ertzaina.*

—Por supuesto, ahora mismo se lo traigo.

—Mejor olvide el café y traiga algo un poco más fuerte, si es tan amable.

La mujer se giró con una media sonrisa coqueta y abandonó la habitación.

—Amiga, ¿eh?

—Nos conocemos desde la universidad. Esther es la bibliotecaria de Balmaseda y le he pedido ayuda. No pienses mal, Fernando.

—Pues está bien buena —dijo Cuesta, que al ver la mirada del juez cambió el sentido de la conversación—. ¿Y a ti cómo te ha ido en el funeral?

—Lo primero que hice fue enviar un correo al profesor Esposito, pero no aportó gran cosa. Me contestó para indicarme que Mikel Olaeta le dejó un mensaje en su oficina preguntando sobre cómo hacer para evitar el mal de ojo. El profesor no hizo caso porque está habituado a que le llame mucho pirado con ese tipo de preguntas. Puede que haya algo que se calla, pero no me dijo nada más. En cambio, el funeral ha sido mucho más interesante.

—¿Has encontrado alguna relación con el asesinato? —preguntó Cuesta.

—Nada concluyente, pero todos los que estuvieron en aquella cena tenían algún motivo para acabar con la vida de Mikel Olaeta. Motivación, oportunidad y capacidad son los tres pilares para la comisión de un delito. Motivación, aunque en algún caso insuficiente, había. Oportunidad, es evidente porque todos estuvieron con la víctima. Falta saber si alguno o varios son capaces de matar.

Entró Esther con dos tazas de café, una botella de ron Zacapa y dos vasos en una bandeja.

—Bueno, yo me voy ya. Os dejo que habléis de vuestras cosas. Ha sido un placer, Fernando —dijo.

—Encantado.

Se despidió de José Antonio Fernández de Ubieta con un par de besos.

—Ya nos veremos, José Antonio.

—Te llamo —dijo el juez—. Conduce con cuidado.

El juez llenó las dos copas y le pasó una a Cuesta, que bebió un buen trago para pasar el Enantyum.

—Bueno, cuenta. ¿Qué te ha pasado? —preguntó José Antonio.

—Empezaré por el principio. A primera hora me presenté, sin avisar, en casa de Antonio Suárez. Un mentiroso de cojones. Me ha mentido sobre el motivo de la llamada de Olaeta y ha contestado con evasivas. Creo que le he metido un poco de miedo en el cuerpo porque sabe que no me he creído nada de lo que me ha dicho, pero no he podido sacarle gran cosa.

—¿Cómo sabes que mentía?

—Me dijo que Olaeta le llamó para comprarle una botella de coleccionista y que no conocía a Mikel Ansuátegui ni a Rafael Santacoloma. Le apreté un poco y su mirada y sus gestos le delataron.

José Antonio Fernández de Ubieta asintió.

—No ha sido muy inteligente por su parte —dijo.

—Es que no es muy espabilado. Aunque para ganar pasta sí ha andado listo. Está forrado.

—El ganar dinero con discotecas no está muy asociado con la inteligencia ni con la cultura. Sigue, por favor, Fernando.

—Luego he concertado una entrevista con Mikel Ansuátegui, un hijo de puta integral. Ha negado la llamada de Olaeta hasta que le he apretado las tuercas. Me dice que le llamó para ponerse al día y que hablaron de política, pero que desconoce el motivo que pudo tener para llamarle de madrugada. En definitiva, otro mentiroso como Suárez, pero este con más cojones. Los dos saben más de lo que dicen. Creo que podemos sacar algo de Suárez porque está acojonado, pero de Ansuátegui… nada de nada. Al menos, por el protocolo oficial —dijo el *ertzaina.*

Al juez no le agradó el comentario.

—Sigue, Fernando. No te líes —cortó secamente.

El inspector puso cara de circunstancias y continuó hablando:

—El resto ya lo sabes. He salido de Bilbao, seguramente me habrán seguido hasta casa y ya has visto el resultado. Lo que me ha quedado claro es que los que me han puesto las pilas sabían lo que hacían. Vamos, que lo habían hecho más veces.

—La cuestión es quién los mandó —cuestionó el juez.

—Si tengo que apostar, yo diría que esto es cosa de Ansuátegui. A Suárez le faltan huevos, pero al otro se le ve mucho más bragado y no está acostumbrado a que le acorralen.

—Eso me parece a mí también. De momento, tenemos que centrarnos en encontrar el hilo conductor entre Suárez, Ansuátegui y Mikel Olaeta. Ahí puede estar la clave para solucionar este caso.

Capítulo 11

Había accedido al Juzgado de Balmaseda desde el aparcamiento subterráneo del edificio, donde tenía una plaza reservada junto a la del fiscal. Subió por las escaleras tras pasar por el control de seguridad y se dirigió por un largo pasillo de paredes blancas hacia la sala de reuniones. La puerta estaba abierta y entró a oscuras. Pulsó a tientas el interruptor y varios parpadeos fluorescentes iluminaron la estancia. La sala no tenía ventanas. El centro estaba ocupado por una larga mesa presidida por un sillón de dirección con un alto respaldo y varias sillas de color azul. De la pared izquierda colgaba una pizarra blanca, donde alguien había anotado con rotulador negro *«Briefing 9:30»*. Miró su reloj, eran las nueve y veinte de la mañana. Se sentó y repasó, una vez más, el informe que iba a presentar. No era la primera vez que se enfrentaba a un caso de asesinato, pero sí era la primera vez que iba a exponer el resultado ante el juez José Antonio Fernández de Ubieta, de quien tanto había oído hablar.

Marta Torrealdai era la médica forense encargada de la autopsia del cadáver de Mikel Olaeta y sentía en su estómago una punzada de ansiedad. Efectuó una última mirada a la sala de crisis; no era precisamente confortable ni agradable, pero presentaba un aspecto profesional. Dejó sobre la mesa su teléfono móvil, donde había escrito unas pequeñas anotaciones que no necesitaba, porque se sabía al dedillo lo que iba a exponer, pero que le servían, más que nada, para sentirse segura. No quería cometer el error de valorar los resultados de la autopsia. Ella se iba a limitar, escrupulosamente, al ámbito de la medicina. La especulación criminal era labor de los investigadores, que para eso les pagaban.

Los pensamientos de la forense se vieron interrumpidos por el sonido de movimiento en el exterior seguido de tres toques de nudillos en la puerta. Antes de que pudiese reaccionar, la puerta se abrió bruscamente y entró el juez José Antonio Fernández de Ubieta ataviado con una americana de Hugo Boss color beis, camisa blanca sin corbata y unos vaqueros. Tras él, el subcomisario Bringas de uniforme; el inspector Cuesta, con un aspecto horrible; y dos agentes de menor rango, a los que se les notaba la excitación al ser partícipes en un caso como este.

—Buenos días.

—Hola. Buenos días —contestó la forense.

El juez ocupó la cabecera. A su izquierda lo hizo el subcomisario Bringas y a su derecha, el inspector Cuesta. Los otros dos agentes permanecieron de pie, mientras Marta Torrealdai, sentada frente al juez, ocupaba el otro lado de la mesa. No había charla ni comentarios. Todos permanecían en silencio mientras iban abriendo sus documentos y sus tabletas. Solo el tamborileo de los dedos de Bringas sobre la mesa rompía el silencio, mientras uno de los agentes se ocupaba de conectar su portátil con la pantalla montada en la pared. A la doctora Torrealdai le sorprendía la tensión generada y el recelo para hablar hasta que el juez tomase la palabra. Las pruebas estaban siendo analizadas y ahora le tocaba a ella poner la guinda al pastel. La sensación de que su estómago era una jaula de tigres donde alguien hubiese abierto las puertas se apoderó de ella cuando el juez la miró sonriendo.

—¿Ya estamos listos? —comentó—. Perfecto, empecemos, pues. Doctora Torrealdai, cuando quiera.

La forense hizo una indicación y el agente proyectó una primera imagen en la pantalla.

—Cuando lo consideren, pueden interrumpirme y preguntar, por favor. Para eso estamos aquí.

La doctora Torrealdai miró unos segundos la pantalla de su teléfono móvil y la apagó. Extrajo

una hoja de su informe, se subió las mangas del jersey y echó un vistazo a los presentes. Su mirada se detuvo en Cuesta antes de empezar su exposición.

—La víctima murió por fallo cardíaco posiblemente producido por una intoxicación. En un primer momento, detectamos la presencia en sangre de una concentración altísima de atropina, exactamente 35 mg/l. Como saben, la atropina es un alcaloide de la *Atropa belladonna*. Una droga que deprime el SNC…

—Perdone que la interrumpa. ¿A qué se refiere con SNC? —preguntó Bringas.

—Sistema nervioso central. Perdone, subcomisario, deformación profesional. Como decía, deprime el sistema nervioso central, interacciona con el músculo liso y reduce la secreción bronquial. También afecta al músculo vago e incrementa la frecuencia cardíaca y puede llegar a ocasionar la muerte.

—¿Cómo pudo ingerir esa cantidad de atropina? —interrumpió el juez.

—Posiblemente por vía oral, pero también hemos detectado una cantidad muy apreciable de alfa PV, un potente estimulante del grupo de las fenetilaminas. Se conoce vulgarmente como *flakka* y pudo ser inyectada mediante una pequeña punción, que aparece en el cuerpo de la víctima, bajo la oreja derecha.

Hizo una seña al agente y apareció en la pantalla la fotografía de un pinchazo en la piel junto a la oreja.

—Posiblemente esta última dosis fue la que le causó la muerte.

—Joder, ¡la droga zombi que los vuelve locos! —exclamó Cuesta—. Este verano ha habido algún caso en la zona de Magaluf.

—Efectivamente, inspector. Es una droga de diseño que produce fuertes efectos alucinógenos. Tiene compuestos muy parecidos a los del ácido lisérgico, las benzodiacepinas y la morfina; una combinación letal. Afecta a la capacidad psicomotriz de quienes la consumen, dándoles la apariencia de ser zombis. Produce efectos similares al LSD y la heroína; es un cóctel de reacciones químicas que ocasionan alucinaciones visuales y auditivas, agresividad, convulsiones, aumento de la frecuencia cardíaca y de la temperatura corporal, daños irreversibles en el organismo y, finalmente, la muerte por fallo cardíaco. Pero lo más aterrador es que, aparte de los delirios, también ocasiona brotes paranoicos, desorientación y una violencia desmedida.

—Dice que la atropina pudo ser ingerida por vía oral y la *flakka*, por vía intravenosa. ¿Podría ser que le hubiesen administrado la primera dosis para anular su voluntad y posteriormente inyectarle la droga zombi? —preguntó el juez.

—Esa pregunta rebasa el ámbito forense y no me corresponde a mí entrar en la especulación. Yo me limito a exponer los datos objetivos.

—Entiendo, doctora. Continúe, por favor.

Marta Torrealdai se disponía a continuar, cuando la interrumpió Fernando Cuesta:

—¿Cuánto tiempo pasó desde que ingirió la droga hasta que murió?

—Hemos determinado la hora de la muerte entre las cuatro y las cinco de la madrugada del 23 de octubre. El tiempo que estuvo bajo los efectos de las drogas no es fácil determinarlo, pero según su corpulencia y la cantidad detectada en sangre entre dos o tres horas.

—Sabemos que a las tres y doce de la madrugada hizo una llamada, un tanto extraña, al padre Uribe. Entonces, ¿pudo ser drogado entre la una y las tres de la madrugada?

—Pudo ser drogado o ingirió la droga *motu proprio* —apuntó la forense.

—¿Está diciendo que puede tratarse de un suicidio? —intervino el subcomisario Bringas.

Fernando cuesta le miró sonriendo.

—Hombre, todo es posible. Pero visto el escenario del crimen y que rara vez se ha visto que

alguien se inyecte tras la oreja, es una hipótesis poco realista —ironizó Fernando Cuesta.

La mirada de Bringas cortó el aire como una promesa silenciosa. «Estás acabado, colega».

—Si les parece, continuamos —dijo la forense.

—Avancemos —pidió el juez.

Marta Torrealdai miró al agente, que proyectó otra imagen en la pantalla.

—Aquí vemos un desgarro en el pectoral izquierdo. Por favor, amplíe la imagen, agente.

La imagen aumentó de manera progresiva, dejando ver la herida nítidamente.

—Las muestras de piel bajo las uñas del cadáver nos dan la certeza de que fue él mismo quien se produjo el desgarro, que, como se puede apreciar, es bastante profundo.

Un gesto de la forense hizo que apareciese otra imagen en la pantalla.

—Esto son marcas de mordeduras en ambos brazos. También son autolesiones.

—Espere un momento —apremió el inspector Cuesta—, ¿podríamos volver a ver la imagen anterior?

El agente volvió a proyectar la fotografía del pecho desgarrado.

—Amplíe la zona del desgarro.

La imagen creció ante los ojos de los presentes hasta definir tres pequeños puntos, en forma de triángulo, sobre el pezón.

—¿Qué cree que puede ser?

—Es un tatuaje. Está recogido en el informe —aclaró la forense.

—Parece que se lo quería arrancar. ¿Podría ser ese el motivo de las heridas? —preguntó Fernando.

—No puedo pronunciarme sobre el motivo. Lo que sí puedo asegurar es que es muy difícil que alguien pueda producirse estas lesiones de manera consciente. Sin duda, el efecto de las drogas pudo ser determinante.

—¡Vaya tontería! —murmuró el subcomisario Bringas, lo suficientemente alto para que le oyesen.

—Agente, por favor, pase a la siguiente imagen —ordenó el juez.

Con un movimiento de ratón en la pantalla, apareció la frente de Mikel Olaeta con las letras C y H marcadas a fuego.

—Esta es la más extraña desde el punto de vista forense. Puede ser conciliable con quemaduras hechas con un hierro de marcar ganado, aunque yo me inclino a pensar que fue hecho con un utensilio de bricolaje.

—¿Un pirógrafo? —apuntó Cuesta.

—Algo inusual, a lo que hay que sumar la particularidad de que los bordes están perfectamente delimitados.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Bringas, que no quería perder protagonismo.

—Que mientras se aplicó la fuente de calor la persona estaba inerte.

—Alguien le estaba sujetando —apuntó, entusiasmado como un niño que se sabe la lección.

—No lo creo. Las quemaduras en zonas tan sensibles provocarían movimientos espasmódicos que se observarían en los bordes de la herida. Pienso que se lo realizaron mientras se encontraba inconsciente bajo el efecto de las drogas.

—A los caballos los sujetan para marcarlos —insistió.

José Antonio Fernández de Ubieta rescató a la forense.

—¿Se le ocurre algo sobre el porqué de las letras C y H?

—Les deseo suerte con eso, señores. Yo soy médico.

Los agentes y el juez mantuvieron un denso silencio, lo que animó a la forense a seguir con su

exposición. Consultó brevemente su teléfono móvil y continuó:

—Finalmente, hemos analizado su estómago y hemos encontrado este colgante.

Mostró una bolsa de plástico con una cadena de la que colgaba un Eguzkilore de oro.

—¡Mira!, el colgante de la abuela de Villacís —dijo Fernando, provocando unas tímidas risas entre los presentes.

—Quiere decir que se lo tragó —dijo Bringas.

—Efectivamente, se lo tragó. El colgante no muestra ningún deterioro. Se lo tragó como un pavo —expuso la forense, totalmente circunspecta, desatando una carcajada de Cuesta, a la que se unieron los demás.

Marta Torrealdai quiso mantener la compostura, pero finalmente se unió al resto con una tímida risita, escondida tras un mechón de pelo.

Enseguida se restableció el orden.

—¿Tiene alguna hipótesis, Marta? —preguntó el juez.

—No suelo hacerlo, señoría.

—¿Qué opina de las teorías que se han lanzado en la prensa?

El brusco cambio de tema hizo que la forense quedase, momentáneamente, sin saber qué contestar.

—Lo siento, pero no suelo hacer caso de lo que publican los medios. Lo mío es la evidencia forense. No especulo.

—Han publicado que Mikel Olaeta fue víctima de actos de brujería llevados a cabo por una secta satánica.

—Pues mire, señoría, yo no creo en esas cosas.

—¿No?

—Soy atea, y para mí lo verdaderamente diabólico y lo auténticamente divino está en el interior de cada persona. La dualidad del bien y el mal es inherente a la condición humana y cada individuo dispone de su libre albedrío y de la capacidad para elegir entre ambos. Yo, como Nietzsche, estoy más allá del bien y del mal.

El juez, con un gesto mecánico, pasaba los dedos por el tallo de un bolígrafo barato, lo invertía, volvía a pasar los dedos por el tallo y volvía a invertirlo. Todos pensaron que José Antonio Fernández de Ubieta estaba de broma. ¿O tal vez no? Desde luego, él no se reía lo más mínimo.

Capítulo 12

Antonio Suárez despertó sobresaltado por el sindiós de disputas y exclamaciones que emanaban del televisor. Los dos vasos de ginebra lo habían sumido en un sopor profundo y aún se encontraba bajo los efectos de la borrachera del sueño. Se levantó del sofá y, con un sonoro bostezo, se despojó de la pesadez abotargada que, como una niebla densa, llenaba su cabeza. Tomó un trago directamente de la botella de Bombay. Una serpiente de inquietud se enroscaba en su estómago; no sabía por qué, pero la sentía tan palpable como la ginebra deslizándose por su garganta.

Después de la conversación con el *ertzaina*, había llamado a Mikel Ansuátegui. El cabrón de Cuesta también le había apretado mucho, pero seguro que no sabía nada. Estaba dando palos de ciego a ver si sonaba la flauta.

«La próxima vez… ¡Qué coño! No iba a haber próxima vez», pensó.

Llevaba dos días sin salir y había convencido a Marina para que se fuese unos días a la casa de Plentzia. El primer vuelo que pudo conseguir salía a las seis y media de la mañana del aeropuerto de Loiu. Miró su reloj: las siete menos cuarto de la tarde. «Joder, ¡todavía faltan once horas!». Menos mal que ya habían venido los de mantenimiento para arreglar el aire acondicionado. Por lo menos, ahora se podía estar a gusto.

En la televisión, la jauría de comentaristas había dado paso a una cortina musical que abría las noticias. Se acercó al ventanal y deslizó la puerta acristalada. Un agradable soplo de aire fresco alivió sus pensamientos. Respiró hondo y sintió que recuperaba la tranquilidad. La ría estaba a sus pies, lenta, calmada, crepuscular y melancólica, segura y racional; igual que siempre. El puente de Calatrava engarzaba las dos orillas como una muralla aérea lumbrosamente blanca. A lo largo del paseo de Uribitarte, una procesión de luces serpenteaba, un río de estrellas terrenales que marcaba el pulso de la ciudad que comenzaba a aletargarse.

Volvió a respirar hondo y entró. Tenía escalofríos y se notaba mareado. Era una sensación extraña como de calor y frío a la vez. ¿A ver si iba a estar incubando la mierda esa de COVID?, pensó. Este año aún no se había puesto la vacuna y ya sería casualidad que justo antes de salir para Fráncfort lo pillase. Se acercó al mueble bar y se tomó dos tabletas de oxicodona acompañadas de un generoso trago de ginebra. Cerró el ventanal y se quedó mirando a través de la pared acristalada que daba al norte, al Palacio Euskalduna y a la desembocadura del Abra.

Desde la localidad de Balmaseda, Saioa Larrea nos trae la última hora sobre la muerte en extrañas circunstancias de Mikel Olaeta.

En la pantalla del televisor apareció una joven de unos treinta años que modulaba la voz, adaptando las pausas y las cadencias para dar mayor énfasis a su comentario. Tras ella, un grupo de personas se arremolinaba frente a los arcos de la Casa de la Villa; uno de ellos llevaba una pancarta en la que se leía «Justicia para Mikel. Basta ya de inseguridad».

Cientos de personas se han reunido en la plaza de San Severino de Balmaseda para exigir el rápido esclarecimiento del asesinato de Mikel Olaeta. Las extrañas circunstancias en las que apareció su cadáver están dando pie a múltiples especulaciones y los vecinos tienen miedo —dijo la reportera con tono circunspecto.

Los manifestantes subieron el tono de sus consignas al ver las cámaras.

—¡¡¡Basta de inseguridad!!! ¡¡¡Queremos saber la verdad!!! —gritaban acompasadamente, haciendo difícil que se pudiese oír a la periodista, mientras una línea de cinco policías se interponía entre la muchedumbre y el ayuntamiento.

Antonio Suárez se quedó inmóvil frente a la pantalla.

—Ya ha empezado —pensó en alto.

Notó gotas de sudor resbalando por su espalda. Cada vez se notaba más excitado y le costaba concentrarse. Se sentía raro; como si cientos de orugas estuviesen caminando por su piel, haciéndole cosquillas con sus cuerpos peludos. Volvió a pensar en Mikel Olaeta; se había trastornado, nada raro en él teniendo en cuenta la vida que llevaba. Sin embargo, había otra cosa, algo que ya había pensado, pero que no quería creer. Borró la idea de su cabeza.

Con el último trago notó que ya empezaba a hacerle efecto la mezcla de alcohol y de opiáceo, pero no conseguía la sensación de ataraxia de otras veces. El cosquilleo cada vez era más intenso. Se miró por debajo de la ropa para comprobar que no había ningún bicho. Sentía mucho calor y sus pulsaciones se estaban disparando como tambores en una batalla resonando en su interior. Aumentaba la comezón y sus brazos, piernas, torso, cara, todo su cuerpo se estaba cubriendo de un pelaje largo y negro.

«¡Qué mierda está pasando! No puede ser».

Las luces del salón cobraron vida propia, girando en un frenesí estroboscópico que transformaba la habitación en una pista de baile psicodélica. Los contornos de los muebles comenzaron a distorsionarse, su solidez se derretía como un helado bajo el sol de verano, goteando en un charco de desesperación y confusión. Antonio parpadeó, intentando aferrarse a la realidad que se desvanecía entre visiones de desorden y caos.

Recordó que también Olaeta le había contado que sufría alucinaciones. ¡Eso es! Se había pasado con la oxicodona y estaba alucinando.

De repente, la casa quedó completamente a oscuras. Solo el resplandor lejano de las luces de la ciudad se atrevía a desafiar la penumbra, irradiándose a través de las ventanas para dibujar siluetas fantasmales en las paredes.

—Ojo malo no me mira.

Se volvió bruscamente. No había nadie.

¿Quién cojones había dicho eso?

—Boca mala no me habla.

Era una voz suave, casi un susurro. Siguió buscando. Estaba solo en la casa.

—Mano mala no me toca.

—¡¡*Mecagoendios!!* ¿Quién anda por ahí? —gritó.

Tenía la boca seca y casi no podía hablar. Nadie contestó.

—No es posible. Estamos en Europa, en el siglo XXI, estas cosas no pasan aquí —razonó con la poca lucidez que le quedaba.

—*Malignus fecit ut id facerem.*

Se giró bruscamente, provocando que la copa de ginebra se cayese al suelo.

¿Qué coño era eso? ¿De dónde salía? ¿Alguna puta broma?

—Bueno, ¡ya estoy hasta los cojones! ¡Ya vale de chorradas! ¡Sal de una puta vez! —chilló casi gimoteando.

Un estruendoso silencio llenó la estancia. Estaba temblando como un enfermo de párkinson.

Es imposible, ¿verdad? Mikel se había trastornado y se estaban diciendo muchas tonterías sobre su muerte… «¡Por Dios! ¿Qué estoy pensando? ¿También yo me estoy volviendo loco? —Subió a trompicones hasta la habitación—. La prensa había dicho que estaba embrujado y que era todo

obra del demonio y un montón de tonterías más. A ver si…».

Estaba zollipando como un niño mientras revolvía el fondo de un cajón lleno de anillos, relojes y cadenas de oro, pero no encontraba lo que estaba buscando. Se le escapó un grito de alivio.

—¡Aquí está! —Era el crucifijo que conservaba desde que hizo la comunión. Lo agarró con fuerza, se santiguó con él y rezó—: Cristo, sé mi escudo hoy contra venenos, contra quemaduras, contra sofocación, contra heridas. Cristo delante de mí, Cristo dentro de mí. Cristo bajo mí. Cristo sobre mí. Cristo a mi…

Notó una presencia en la habitación; una criatura con probóscide y ojos de insecto se dirigía hacia él en la oscuridad.

—Es el momento —susurró una voz desde las sombras.

Se puso de rodillas y levantó el crucifijo moviéndolo de arriba abajo y de izquierda a derecha.

Las palabras brotaron deprisa, como el temblor de la amenaza de un niño asustado.

—¡Vete! —gritó.

De repente, un dolor agudo le traspasó la base del cráneo. Retrocedió tambaleándose y cayó al suelo.

Una nebulosa parduzca le nubló la vista y sintió cómo la vida se le derramaba, arrebolando la alfombra, mientras el cosmos se contraía tras un velo de oscuridad carmesí.

Se encontraba en el umbral de la nada, escuchando el eco de una existencia que se desvanecía en el caos, la aceptación de ser uno con la furia y la calma, el destructor y el creador, el principio y el fin. Aún estaba vivo cuando lo oyó.

—Observa la tormenta y verás lo que hay en su interior. Yo soy la tormenta.

Soledad Ibarra se puso la bata y buscó las gafas para marcar el número de la conserjería. Era ya la tercera vez que llamaba por los ruidos del vecino de arriba, sin que nadie respondiese. Mañana mismo pondría una queja; no era de recibo que Gustavo, por muy buena persona que fuera, no cumpliese con sus obligaciones. Ella era una persona mayor y no tenía por qué aguantar esos ruidos. Bajó al entresuelo, donde vivía el conserje, decidida a localizarle. Llamó insistentemente, primero al timbre y luego con los nudillos. Notó que la puerta estaba entreabierta y se adentró cautelosamente.

—Gustavo, ¿puedo pasar? Vengo para pedirle que le diga al vecino de arriba que deje de dar golpes. ¿Gustavo? —llamó mientras seguía andando por el pasillo.

La vivienda estaba envuelta en un abandono pestilente; olía fatal.

«Se ve que este hombre vive solo; tiene la casa hecha una porquería», pensó, arrugando la nariz.

Al fondo, se oía la argentada voz de los comentaristas de un programa radiofónico.

—Gustavo, ¿está por ahí?

Abrió la puerta de la cocina. Un grito quedó ahogado en su garganta. El corazón le latía con fuerza mientras corría por el pasillo, tratando de alejarse de aquel lugar, macabro y espeso como un sudario. ¿Por qué había entrado? ¿Por qué no se había detenido antes de entrar? Ya no importaba. Lo único que sabía era que no podía quedarse allí. No podía enfrentarse a lo que había visto. Así que siguió corriendo, con el corazón en la garganta y el miedo en los ojos, hasta que finalmente salió y se alejó del apartamento.

Jamás olvidaría aquella noche. Y aunque nunca supo qué había ocurrido realmente en la cocina, siempre llevaría consigo la imagen de Gustavo, sentado sobre un charco de excrementos, con la cabeza hacia atrás, las manos atadas a la espalda y una brida encarnando su cuello, observándolo todo con una mirada penetrante y una lengua violácea, testimonio mudo de su último suspiro, asomando por la comisura de la boca.

Capítulo 13

Subió directamente a la *suite* presidencial del Hotel Carlton. Llamó levemente con los nudillos y quien le abrió fue un asistente mulato impecablemente vestido. Le ayudó a quitarse el abrigo y le invitó a tomar asiento.

José Antonio Fernández de Ubieta había recibido una nota de Mateo Villacís en la que le invitaba a la representación de la ópera *I puritani,* en el Teatro Arriaga.

—Si es tan amable de esperar…

Con una leve inclinación, el asistente se alejó por el pasillo. Se oyó una puerta al cerrarse y, pasados unos minutos, regresó.

—Si hace el favor de seguirme…

Pasaron a un salón decorado con maderas nobles y sillones tapizados en terciopelo de color crema. El juez permaneció de pie junto a la chimenea.

—El señor Villacís le recibirá enseguida. ¿Puedo ofrecerle un jerez?

—Gracias, muy amable.

El asistente regresó con una bandeja de plata donde reposaba un catavino, con tres cuartos de un licor ámbar; lo dejó sobre una mesita y se fue con la misma discreción que había llegado.

El juez dio un pequeño sorbo al jerez, seco y de gusto exquisito, mientras observaba el salón; un equilibrio perfecto entre elegancia y comodidad. El suelo de mármol brillaba bajo una alfombra Isfahán con motivos florales, como un camino hacia la escalera que conducía a la zona de descanso. Objetos decorativos adornaban la estancia: figuras de bronce, jarritas de plata y varias piezas de Lladró. Al juez le llamaron la atención tres cuadros que decoraban las paredes; dos de ellos eran de Zuloaga y un tercero, de Darío de Regoyos. Los tres eran auténticas joyas, pero estaban expuestos más para el disfrute del huésped que para la ostentación elitista.

Oyó pasos y se abrió la puerta.

—El señor Villacís le recibirá ahora mismo.

José Antonio Fernández de Ubieta se levantó y siguió al asistente por las escaleras hasta la terraza de la *suite,* desde la que se tenía una privilegiada vista de la plaza Moyúa con el Palacio Chávarri enfrente. El aristócrata se encontraba de espaldas, contemplando el atardecer de pie con las manos apoyadas en la balaustrada del balcón. Desde allí, personajes como Federico García Lorca, María Callas, Ava Gardner o Ernest Hemingway habían contemplado la misma vista.

Villacís era un hobachón de baja estatura y facciones agradables. Le recibió, aún vestido con la bata del hotel, recién salido de la ducha. Su rostro lucía fresco tras un buen afeitado y peinaba hacia atrás su rala cabellera de canas. A pesar de estar al aire libre, toda la estancia desprendía un intenso aroma a Eau Sauvage.

—Bienvenido, señor juez. Siento haberle hecho esperar.

—No ha sido nada. Ya que aún tenemos tiempo antes de ir al Arriaga y si no le parece descortés, me gustaría hacerle algunas preguntas —dijo el juez.

El aristócrata hizo un gesto con la mano.

—Por supuesto, pero si me promete que, a partir de ahora, me tuteará y me llamará Mateo. ¿Puedo yo tutearle, José Antonio?

El juez permaneció serio.

—De momento, prefiero mantener un tono más formal.

—Por supuesto, como desee. Ya veo que Fredy le ha ofrecido algo de beber. Es un amor. Y

muy guapo, ¿no le parece? —dijo con cuquería, buscando la complicidad del juez, que se ruborizó levemente.

—¿Podemos centrarnos en lo que nos ocupa, señor Villacís?

Mateo Villacís tomó asiento en un sillón, mirando fijamente al juez, en actitud colaborativa.

—Por supuesto, perdóneme. Estoy a su disposición.

—En relación con la fiesta, ¿a qué hora llegó usted? —preguntó el juez.

—Mikel nos citó a las siete de un jueves. Algo que en principio podría parecer raro, pero, teniendo en cuenta que era la fiesta de Balmaseda, no le di mayor importancia. Fuimos llegando por separado entre las siete y las siete y media. Yo llegué el primero.

—¿Cómo describiría el estado anímico del señor Olaeta?

—Ya le dije que no le vi en su mejor momento. Parecía nervioso, pero no tanto como para no poder atender a sus invitados.

—Doy por supuesto que todos ustedes ya se conocían, ¿estoy en lo cierto?

Mateo Villacís, seguro y de muy buen humor, continuó la conversación:

—A Cruz la conozco muy bien. Somos viejos amigos. Con Marta Basagoiti he tenido una muy buena relación comercial, le he comprado algunos cuadros. Tiene muy buen ojo para detectar artistas con proyección y me ha hecho ganar bastante dinero con sus consejos. Y, en cuanto a Gonzalo Sastre, habré hablado con él un par de veces. Le conozco por su relación con Cruz.

—¿De qué hablaron durante la cena?

La sonrisa, que no había abandonado en ningún momento a Mateo Villacís, se agrandó.

—Pues fue muy curioso, la verdad.

El juez se echó hacia delante con interés.

—¿A qué se refiere?

—En un primer momento, daba la impresión de que iba a ser una reunión relajada, tratando de temas intrascendentes, cotilleos de sociedad y poca cosa más. Pero Mikel enseguida empezó a tratar temas más serios.

El aristócrata se mantuvo en silencio unos segundos.

—Continúe, por favor —apremió el juez.

—No sé si ya sabe que Mikel Olaeta nos había hecho la puñeta, por decirlo de una manera cortés, a todos los que allí estábamos. Y si no lo sabe se lo digo yo.

Su voz había cambiado y el tono jovial y desenfadado pasó a otro más circunspecto. Hizo una pausa y continuó:

—Hace un tiempo pasé por un momento financiero digamos que comprometido y me vi en la necesidad de poner a la venta unos terrenos en Sigüenza. Mikel era, en aquel momento, mi asesor inmobiliario y le encargué la venta. Para no entrar en detalles aburridos, le diré que Mikel Olaeta vendió los terrenos por cuatro millones de euros, por lo que se llevó una comisión de ciento veinte mil euros. Pero lo curioso fue que los terrenos los compró él por medio de una sociedad interpuesta y que al de un mes los revendió por quince millones de euros a la comunidad de Castilla-La Mancha. El muy canalla sabía que Bombardier proyectaba implantar una fábrica en esa zona y la comunidad estaba dispuesta a comprar el terreno para facilitar su instalación. Unos buenos contactos en el Gobierno central y en el de la comunidad y un pequeño «engrase» hicieron el resto. Y yo perdí once millones. No está mal, ¿verdad?

—¿De eso hablaron? ¿De negocios?

—Al principio, sí. Luego continuamos con Cruz y Marta. Las dos mantuvieron una relación amorosa con Mikel.

—Sabía lo de Marta Basagoiti, pero ¿también la señora Salmerón? —preguntó mostrando

admiración.

—Para no aburrirle, engañó a Cruz con Marta y a Marta con Iker, el joven que conoció usted en el velatorio. No sin antes sacarle unos cuantos cientos de miles de euros a Cruz y un par de buenos cuadros a Marta Basagoiti.

—Parece que fue una fiesta muy movida.

—No se lo puede usted ni imaginar.

—¿Cómo reaccionaron Marta Basagoiti y Cruz Salmerón?

—¿Cómo quiere que reaccione alguien a quien se ha engañado? ¿Además, con una aventura que rompió sus matrimonios? Pues muy mal.

—Parece que todos tenían motivos para tenérsela jurada —dijo el juez.

Mateo Villacís suspiró.

—Muy cierto. Todos le aborrecíamos. Hasta Gonzalo, el amigo de Cruz. No le conozco, pero tengo entendido que trabajaba como técnico en el Museo de Bellas Artes y cuando empezó a relacionarse con Cruz hizo algunos comentarios sobre Mikel que llegaron a sus oídos. Mikel se enteró y como tenía amigos muy influyentes hizo que lo despidieran de la noche a la mañana. Desde entonces no ha conseguido otro trabajo.

—¿Y por qué cree usted que Mikel Olaeta invitó a cuatro personas que le odiaban el día que lo asesinaron? ¿No me negará que a cualquier investigador se le pondrían los dientes largos?

—Claro, y por eso precisamente quería darle a usted todas las explicaciones, que, sin duda, me iba a pedir. —Villacís continuó visiblemente satisfecho de cómo se estaba desarrollando la conversación—. Lo cierto es que fue el propio Mikel Olaeta quien nos lo dijo: quería pedirnos perdón y disculparse. Borrón y cuenta nueva. De hecho, dijo que había hablado con la directora del Museo de La Encartada para que Gonzalo Sastre se incorporase como técnico el próximo mes de noviembre.

—¿Y de los demás? ¿Qué hizo para disculparse con el resto?

—Mikel no podía arreglar ni los matrimonios ni los corazones de Marta ni de Cruz, pero durante la cena les regaló, a cada una, unos pendientes de diamantes, preciosos, de al menos cinco quilates cada uno. No bajarían de los cien mil euros la pareja. Marta no se lo podía creer y Cruz casi se cae de espaldas.

—Increíble. ¿Y qué hizo por usted?

—Pues lo cierto es que conmigo fue tremendamente generoso y me dejó el usufructo de la finca Quitapesares. Quién iba a suponerse lo que pasó después —dijo, apesadumbrado como un pájaro con el ala rota.

—Le confieso que estoy asombrado.

—Pues imagínese cómo estoy yo. Pero ahora lo verdaderamente importante es que vamos a pasar una velada deliciosa, disfrutando de la Orquesta Sinfónica de Euskadi, en el incomparable marco del Teatro Arriaga. Y, por supuesto, de su compañía, José Antonio.

—Una cosa más para terminar: usted reside en Madrid. ¿El hecho de que se haya desplazado hasta Bilbao únicamente obedece a la invitación de Mikel Olaeta o es por un asunto particular?

Mateo Villacís se enderezó en el sofá y adoptó una actitud de confidencialidad.

—Supongo que ya estará al corriente de que en noviembre se celebra la feria Gastrofest. Tengo varias marcas que expondrán y… —mantuvo una pausa vacilante— ¿quién mejor que el propietario para hacer promoción?

Villacís, titubeante, bajó el tono de voz acercándose aún más al juez.

—Voy a quedarme por aquí una temporada, tengo planes para Quitapesares, la finca que me ha dejado Mikel. Así que vamos a vernos muy a menudo, espero.

En ese mismo instante, el juez sintió, en el bolsillo interior de su chaqueta, la vibración del teléfono móvil.

—¿Sí? Dígame, Bringas… De acuerdo, entiendo. Sí, sí, por supuesto. Avise al inspector Cuesta… Ahora mismo voy; estoy en Bilbao… Sí, sí, muchas gracias, subcomisario.

—Ya veo que se nos ha estropeado la velada —dijo con gesto contrariado Villacís—. Otra vez será.

Capítulo 14

Las edificaciones del paseo de Uribitarte azuleaban intermitentemente al ritmo de los rotativos de los vehículos policiales que estaban en la zona perimetrada. Dos cuerpos, con evidentes signos de muerte violenta, habían sido descubiertos y la maquinaria de SOS Deiak se había puesto a funcionar a pleno rendimiento.

Soledad Ibarra, la vecina que había encontrado el cadáver del conserje, lloraba desconsoladamente mientras estaba siendo interrogada por una agente de la Policía Municipal que intentaba calmarla para poder sacarle algo de información.

Cuando Fernando Cuesta llegó al lugar, sobre las diez de la noche, el juez Fernández de Ubieta ya estaba allí, pero no pudieron acceder hasta pasada la una y media de la madrugada. Fue necesario que los bomberos efectuasen una inspección, ya que se había detectado una fuga de gas en el lugar del crimen. El olor que flotaba en la estancia daba idea de lo que se iban a encontrar. Fernando Cuesta, aún magullado por su percance de la noche anterior, ya no sentía dolor a esas horas. La tensión del trabajo funcionaba como un eficaz analgésico. Lo atontado que pudiera estar a esa hora de la madrugada, los golpes y el enojo que tenía consigo, desde que fue cazado como un novato, quedaban en segundo plano. Ahora, toda su atención estaba puesta en ese apartamento del que había salido un par de días antes.

Había visto muchos cadáveres, pero ninguno con el cráneo abierto como una nuez. Y, por supuesto, ninguno al que se le hubiesen extraído el cerebro, los ojos y la lengua para depositarlos en un caldero lleno de sangre de la víctima. Miró al juez y notó que, incluso a él, se le veía más pálido de lo normal. Estaba atípicamente estático, sin curiosear ni preguntar a los investigadores. Su estampa, trajeado para acudir a la ópera, y su cara de incredulidad daban a la escena un carácter surrealista.

Una agente circundaba el cadáver gateando; su misión era buscar cualquier tipo de evidencia física, pelos, fibras o restos orgánicos. Un trabajo que obligaba a estar muy cerca del cuerpo de la víctima; lo que hacía que la cara de la joven *ertzaina* mostrase un tono lechoso.

Apareció un oficial.

—¿Qué tal vas, Susana? ¿Ya has terminado?

—Prácticamente.

José Antonio Fernández de Ubieta y Fernando Cuesta se presentaron mostrando sus carnés profesionales. El oficial se untó un poco de Vick VapoRub en el surco nasolabial y les ofreció.

—¿Me permite unas preguntas, oficial? —requirió el juez.

—Por supuesto. Adelante.

—¿Tienen ya una idea de cuál pudo ser la causa de la muerte?

—Aún no. A primera vista, parece algún tipo de ritual o liturgia macabra, tendremos que investigarlo. De momento, lo que es evidente son las lesiones y amputaciones. Pero no es probable que eso haya sido la causa de la muerte.

—¿Algún tipo de intoxicación, tal vez? —insistió el juez.

—Hasta que no se haga la autopsia, no lo sabremos con seguridad. Los bomberos detectaron la presencia de algún tipo de gas tóxico, pero aún no tenemos el informe técnico. En principio, no descartamos ninguna hipótesis.

—Muchas gracias, oficial. Seguiremos en contacto.

El investigador asintió, alejándose para intercambiar unas palabras con sus subordinados.

Fernando necesitaba tomar el aire. Estaba hiperventilando debido al esfuerzo de respirar oralmente para evitar el hedor afrutadamente rancio de la putrescina y se arrepintió de no haber aceptado el Vick VapoRub.

El murmullo de conversación que venía del exterior le sacó de sus pensamientos. Era el Grupo de Homicidios de la comisaría de Bilbao. Desde su llegada al escenario del crimen, Cuesta había intentado pasar desapercibido porque no quería que sus antiguos compañeros le vieran en su actual situación.

El juez, que parecía haber recuperado su entereza, examinaba el cadáver agachado a cuatro patas. Sin saber de dónde habría podido sacarlas, recogía muestras con una lupa, unas pinzas y una bolsita de plástico en la que en ese momento estaba metiendo algo. Acto seguido, acercó la lupa a una mancha de sangre y se concentró en examinarla de manera minuciosa. Estaba tan abstraído en la observación que, finalmente, también el inspector se puso a mirarla. No se apreciaba nada extraño, pero al fijarse más empezó a verlo aparecer ante sus ojos. Era algo confuso e impreciso, como las manchas de tinta de la prueba de Rorschach, pero ahí estaba.

—¿Lo ves? —dijo volviendo la cabeza.

—No estoy muy seguro, pero creo que sí. ¿Es una cara?

—¿Qué cara ves?

—Una fea de cojones. Parece la cara de un carnero.

José Antonio se quedó con la mirada en algún punto del vacío perdido en sus pensamientos.

—Es la cara de *El aquelarre*, un cuadro de Goya en el que aparece el demonio, representado como un gran macho cabrío, como una figura lasciva, sentado y coronado con hojas de parra, rodeado por viejas y jóvenes brujas que le ofrecen niños. Creo que está en el Museo Lázaro Galdiano de Madrid.

—Pues ni idea. Pero si tú lo dices…

—¿Te suena de algo la leyenda de Mefistófeles?

—Sí, claro, el demonio que aparece en *Fausto,* el tipo que vendió su alma al diablo de la novela de Goethe. La leí de chaval.

—Es una leyenda que aparece en varios manuscritos de la Edad Media y se repite, con alguna variante, hasta nuestros días. Y en todas aparecen muertes horribles y amputaciones.

—¿No me estarás diciendo que esto es obra del diablo?

—Es solo una observación sin más —contestó el juez.

Cuesta miró al techo. Era todo tan espeluznante… No podía ser más tétrico, pero su formación y su pensamiento analítico le impedían creer en patrañas alejadas de la evidencia razonada. Y esta muerte solo podría ser obra de la maldad humana, ¿o no?

—Buenas noches —sonó una voz femenina a su espalda.

Se volvieron para ver entrando a una mujer, tras la que iban varios inspectores de la Unidad de Homicidios. Rondaría los cuarenta, pero aún desprendía sensualidad bajo su discreto y formal traje-pantalón gris que apenas podía englobar el evidente abombamiento de su pecho. No era muy alta y estaba delgada. El cabello negro recogido, en una coleta alta y prieta como un látigo, hacía mucho más intensa su mirada zarca. Fernando la conocía muy bien. Un nudo se tensó en la boca de su estómago.

—Buenas noches, señores. Si son tan amables de identificarse… —dijo con un tono que no admitía réplica.

—Con mucho gusto. —El juez mostró su carné profesional.

La mujer lo examinó y levantó la mirada hacia Fernando Cuesta. Se mostraba levemente turbada; también ella le había reconocido.

—Señor juez…

—Encantado. ¿Y usted es…?

—La intendente Altuna. Y responsable de la investigación.

Arantza Altuna miró a Cuesta sin decir nada. El inspector estaba frente a ella con su identificación en la mano, pero la inten dente le miraba directamente a los ojos. Los recuerdos volvieron al pensamiento de Fernando y sintió como si Mike Tyson le hubiese lanzado un directo al estómago. La sala parecía encogerse a su alrededor. La figura de Arantza Altuna, ahora jefa de la Unidad de Homicidios, se presentaba como una puerta sin cerrar. ¿Qué hacía allí? ¿Qué conexiones tenía con este caso macabro? Cuesta sabía que no podía permitirse distracciones. Debía mantener la mente clara y enfocada en la investigación. Pero la presencia de Arantza revolvía algo en su interior, algo que creía haber dejado atrás.

—Buenas noches, oficial Cuesta —saludó, extendiendo la mano.

—Ahora suboficial Cuesta.

Un calor incómodo subía por su cara llegando al cuero cabelludo. Se estaba sonrojando como un adolescente. «Mal empezamos», pensó.

—¿Suboficial? ¿Ya no está en Bilbao?

—Ahora trabajo en la comisaría de Balmaseda. Pero en este caso estoy como adjunto a las órdenes de su señoría, aquí presente.

Estrechó la mano, deliberadamente flácida, que le extendía la intendente. Era cálida, suave y levemente húmeda, lo que le proporcionó la impresión de que Arantza no era tan indiferente como quería aparentar.

—Por mi parte, estoy encantado de que se haga cargo usted de la investigación de este caso. Han llegado a mis oídos muy buenas referencias suyas, intendente —terció el juez.

—Muchas gracias, señoría. Pero antes de nada me gustaría dejar claras ciertas cuestiones, más que nada para evitar malentendidos —interpeló con solidez—. No sé si le habrán informado sus fuentes de que yo tengo un método de trabajo y no soy muy partidaria de aceptar injerencias, vengan de donde vengan.

José Antonio Fernández de Ubieta asintió.

—Me parece bien.

—El caso es mío y quiero que se me informe previamente sobre las citaciones, declaraciones y órdenes de detención. No sé cómo funcionará usted, pero este es mi método y me va bien.

—Entendido. Pero no se confunda, intendente. Aquí quien manda soy yo —respondió con severidad.

—Por supuesto, señoría. Estamos a sus órdenes y corresponderemos, como no puede ser de otra manera. Me gusta seguir las normas y soy muy estricta en ese aspecto. ¿Sabe por qué? Porque es la forma en que se consiguen resultados —contestó Arantza Altuna.

—Bueno, pues por mi parte no hay más que añadir. Será un placer y un honor trabajar con usted.

Cuesta miró su reloj.

—Estoy seguro de que vamos a colaborar muy a gusto, intendente Altuna. ¿Tiene algún dato más que pueda aportar? —requirió el juez.

—El único testigo es la vecina de abajo, que, sobre las ocho de la tarde, oyó ruidos y se fue a quejar a conserjería, donde se encontró al conserje degollado.

Arantza Altuna sacó una libreta de tapas negras, comprobó unos datos y continuó:

—Los vecinos avisaron a SOS Deiak; dos patrullas llegaron a las ocho y treinta y siete de la tarde, precintaron la conserjería y una de ellas subió al apartamento de Antonio Suárez.

Encontraron la puerta cerrada, no contestaba nadie y salía un olor extraño, por lo que decidieron derribarla. A las nueve y tres de la noche entraron y encontraron la escena del crimen tal como está ahora. Los agentes han tenido que ser atendidos porque habían respirado algo que había en el ambiente. No sabemos qué es, pero hemos tomado muestras para analizar.

—¿Cómo se encuentran los agentes? —preguntó Cuesta.

—Están bien. Los van a mantener en observación esta noche, pero están fuera de peligro.

—¿Qué sabemos de los vecinos?

—El conserje vivía en el bajo desde hace más de doce años. Su muerte parece ser un daño colateral. No estaba vinculado a nada extraño. Era un hombre que se dedicaba a su trabajo y no consta que tuviese relación con Suárez más allá de la estrictamente laboral. En esta planta solo hay dos apartamentos: uno es este y el otro está vacío. El propietario es Roberto González, el presentador de televisión que está en Madrid y no viene casi nunca. Y abajo están los apartamentos de la señora Ibarra y el de una de directiva de Iberdrola que ha llegado de Londres y lo tiene alquilado, desde hace tres meses, a nombre de la empresa.

La intendente anotó los nombres en su libreta, arrancó la hoja y se la dio al juez.

—Aquí tiene los nombres y los teléfonos por si quiere interrogarlos.

—De momento, no es necesario. Muchas gracias.

Arantza Altuna se quedó mirando la mancha de sangre.

—También usted se ha dado cuenta. ¿Alguna opinión? —solicitó el juez.

—Hace tiempo, un buen policía me aconsejó que no anticipase observaciones sin poseer todos los datos y no me ha ido mal siguiendo esa recomendación.

Fernando sonrió.

—Lo que bien se aprende, tarde se olvida —dijo, expresando la complicidad de dos náufragos en una tabla.

—Me lo enseñó el mejor. Por cierto, inspector, mañana a las nueve le espero en mi despacho.

Se volvió y salió seguida por su equipo.

—¿Me he perdido algo, Fernando?

El inspector sonrió con un guiño silencioso, se dio media vuelta y salió de la habitación.

Capítulo 15

Cuando Arantza Altuna estacionó su BMW X1 frente al imponente Palacio Arriluce de Neguri, un agotado Fernando Cuesta se desperezó estirando los brazos. Intentaba no pensar en lo machacado que estaba; la agotadora sesión de la noche anterior había concluido a las tres de la madrugada y apenas había podido disfrutar de un par de horas de sueño. No comprendía cómo Arantza podía estar tan impecablemente maquillada, radiante y perfecta después de la noche de ayer. Desde luego, él estaba como un trapo, pero se fue reconfortando al sentir la maresía en la cara.

El cielo, típicamente tristón como el otoño de la costa vasca, parecía acoger la irisada luminiscencia verdemar de las olas, mientras la marejada hostilizaba contra la escollera del puerto, ante la vigilante mirada del Serantes. Bajo un alboroto de gaviotas, abarloaba un velero. Olía a mar.

—Ya sabrás que sin una orden nos va a mandar a la mierda, ¿no? He hablado con Ansuátegui y sé cómo se las gasta.

—¿No confías en mis dotes de persuasión? Fernando, ten fe.

—No creo que con este elemento tus dotes de persuasión sirvan de nada. A los tipos como Ansuátegui hay que hablarles en su idioma —dijo el inspector, dando unos golpecitos en la funda de su Glock.

—Entonces, pasaremos al plan B.

Se encaminaron a la entrada, donde un guardia de seguridad, a punto de reventar la camisa del uniforme, salió al paso.

—¿Qué queréis?

Los *ertzainas* mostraron sus identificaciones.

—Venimos a ver a Mikel Ansuátegui.

El vigilante los miró desconfiado.

—Sin cita va a ser difícil. ¿Para qué queréis ver al señor Ansuátegui?

—Es un asunto oficial.

—Dejadme los carnés, que tengo que llamar —dijo con desagrado mientras anotaba sus nombres en una hoja de papel.

Entró en la garita y, al cabo de unos minutos, volvió a salir con un teléfono inalámbrico.

—Quiere hablar contigo —dijo, tendiéndole el teléfono a Fernando Cuesta.

—Dígame, soy el inspector Cuesta.

—Me imaginaba que no tardaría en volver. —La áspera voz de Ansuátegui, el mismo que le había humillado y mandado apalear, tensó a Fernando Cuesta.

—Mire, Ansuátegui, no estoy para aguantar sus bobadas, así que esto podemos hacerlo de dos maneras: por las buenas o por las malas. Yo prefiero la segunda opción. Usted decide.

—Hay que reconocer que es usted un gallo —añadió Ansuátegui, dejando oír una carcajada—. Las mismas fantasmadas del otro día. Supongo que las mismas que le dedicará a su mujer, que lleva seis meses tirándose a otro. ¿No lo sabía? ¡Qué pena! Mire, puede que ahora mismo estén follando y usted mendigando volver con ella.

Su tono de voz adoptaba un matiz burlón y penetrante, como si cada palabra pronunciada estuviera escupida de sarcasmo y desdén.

—A lo mejor cuando se aburra de su mujer sigue con ese bomboncito de Nekane. Es hija suya,

¿no?

Su risa resonaba estridente como una burla cruel.

Fernando apretó inconscientemente los dientes y tensó los músculos de la mandíbula hasta sentir dolor.

—Por cierto, me han dicho que tiene usted problemas de próstata. Normal que no se le suba. A lo mejor es por eso por lo que su mujer se tiene que aliviar con otros. ¡Eso sí que es una pena! ¿Ya se ha tomado la doxazosina? Dicen que es buenísima para eunucos como usted.

Sus carcajadas resonaban con una malicia palpable, penetrando el aire con una ofensiva mordacidad. Cada risotada se le clavaba igual que un dardo envenenado cargado de desprecio y crueldad. La mirada de Fernando Cuesta se nubló tras un velo de furia, sus manos apretaban el teléfono con saña, mientras la voz de Ansuátegui resonaba en su mente como el sonido de una navaja arañando una pizarra.

—Eres un hijo de puta y voy a ir a por ti. Te juro por mi vida que…

Otra carcajada y colgó.

Cuesta estaba rojo de ira.

—¡Qué hijo de puta! ¡Qué hijo de puta!

Trató de serenarse y respiró profundamente. Arantza también había oído la conversación.

—Tranquilo, Fernando, solo está buscando que pierdas el control. No vamos a entrar en su juego. ¿Estás bien?

—Sí. De puta madre —dijo masticando las palabras.

—Se acabó la buena educación; es hora de aplicar el plan B. Habrá que darle a Ansuátegui un poco de jarabe de palo. En el maletero tengo una barra de uña; vete a por ella —ordenó con determinación.

Cuesta la miró sorprendido y sin decir una palabra se fue a coger la herramienta. Entretanto, la intendente marcó un número desde el sistema multimedia del coche oficial y, tras un par de tonos, la voz de José Antonio Fernández de Ubieta resonó en el interior del vehículo.

—Dígame, Arantza.

—Señoría, vamos a proceder a la detención y registro domiciliario de Mikel Ansuátegui, por lo que necesitamos una orden.

—¿Cuál es el motivo?

—Obstrucción a la justicia y desacato.

—Como no me lo justifique más… Ansuátegui es uno de los empresarios más importantes del país y con buenas conexiones políticas. Si quiere que me meta en ese jardín, tiene que darme algo con más sustancia.

—Puede tener información e incluso estar involucrado en los asesinatos de Mikel Olaeta y Antonio Suárez y se niega a colaborar.

—Algo más, Arantza. Usted es consciente de que con eso no se puede justificar un registro. Sería un caso fácil de tumbar para cualquier abogado mediocre. Y Ansuátegui tiene a los mejores.

—Ha amenazado al inspector Cuesta.

—¿En serio?

Ahora mostraba más interés.

—Ha intentado chantajearle amenazando con divulgar datos de su vida personal.

Se produjo un silencio repentino, como si la línea se hubiera cortado.

—Entonces, adelante. Considere la orden expedida. No obstante, se la mando firmada por correo electrónico. Y, Arantza…

—Dígame.

—No haga ninguna tontería. Nos la estamos jugando los dos.

No habían pasado ni cinco minutos, cuando el teléfono móvil de la intendente Altuna le avisó de la entrada de un correo que rápidamente envió a la impresora portátil. Se acercó con la hoja en la mano y se la mostró al vigilante barrigón.

—Ahora apártese y ni se le ocurra decir ni una palabra a nadie o incurrirá en un delito de obstrucción a la justicia. ¿Me ha entendido?

—Perfectamente, señor. Perdón, señora —respondió, atropellando las palabras.

—¡Acompáñenos! Queda usted habilitado como agente de la autoridad.

El vigilante siguió los pasos decididos de la pareja de *ertzainas,* ilusionado con su nuevo nombramiento. Caminaron unos cincuenta metros hasta la entrada de la mansión de Mikel Ansuátegui. Fernando Cuesta comprobó que la cerradura de la puerta que daba acceso al jardín estaba cerrada. «No hay problema».

Aplicó palanca con la barra de uña y la puerta cedió mansamente. Cuando el vigilante vio que sacaron sus armas, no dudó ni un segundo en exhibir su viejo revólver del 38. Estaba encantado.

Corrieron hacia la puerta principal y efectuaron la misma maniobra. De nuevo la puerta cedió sin dificultad. Entraron y, de pronto, se vieron rodeados por un mundo completamente ajeno al suyo, opulento y excesivo, como si hubiesen traspasado el umbral del país de las maravillas.

—Usted quédese vigilando y que no entre ni salga nadie —ordenó la intendente.

—A la orden, señ-señora —respondió el vigilante, en primer tiempo de saludo.

—¡Ertzaintza! ¡Que nadie se mueva!

Una mujer con uniforme de servicio dejó caer una cafetera y se tiró al suelo con las manos en la cabeza. Se dirigieron al salón, allí estaba Mikel Ansuátegui en chándal, desayunando. Su cara era una mezcla de asombro, miedo, alarma y rabia.

—¡Al suelo, cabrón! ¡No te muevas! —gritó Cuesta, poniendo la boca del cañón de su Glock frente a la cara de Ansuátegui, que ni se inmutó.

—Eres muy valiente con una pistola en la mano, ¿eh, cornudo?

Fernando Cuesta se abalanzó sobre él, pero Arantza se interpuso.

—Tranquilo, Fernando, no merece la pena. Ya lo tenemos.

—¡Venga, hombre! —dijo Ansuátegui escupiendo las palabras—. ¡A ver esos cojones, pichafloja!

La intendente Altuna miraba fijamente a Fernando, que resoplaba elevando la mirada al techo.

—¿Y tú qué miras, zorra?

—Señor Ansuátegui, queda usted detenido por desacato y obstrucción a la justicia. Tiene derecho a no declarar y a guardar silencio, a designar abogado y a comunicar su situación. ¿Ha comprendido sus derechos? —dijo pausadamente la intendente.

—¡Vete a tomar por culo y llama a mi abogado! ¡Hija de la gran puta!

—Inspector Cuesta, proceda con el registro. Para empezar, retire el portátil que está sobre el escritorio y todos los elementos informáticos o de telefonía que encuentre.

—¡Eh!, ¡eh! Ni se te ocurra. Para eso necesitas la orden de un juez.

La intendente le entregó el mandamiento judicial.

—Inspector, cachee al detenido.

—¡Quiero que venga mi abogado, ya!

—En cuanto acabemos con el registro, le avisamos. De momento, esté tranquilo y colabore o será esposado. ¿Hay alguien más en la casa?

—¡Vete a la mierda!

—Si me permite un consejo, cálmese y no haga más comentarios.

—¡Que te vayas a-la-pu-ta-mier-da! ¿Así de calmado te vale?

La intendente sacó un transmisor de radio portátil que tenía anclado en la cintura del pantalón.

—Entzun, entzun. Ugarteko para Japón 5.

—Aurrera, Japón 5 —sonó una voz metálica tras la estática de la emisora.

—Pero ¿qué hace? ¿No sabe que todo Dios escucha la frecuencia de la Ertzaintza? —dijo Ansuátegui.

—Estamos en el Palacio Arriluce. Repito: Palacio Arriluce. Y vamos a proceder a la detención de Mikel Ansuátegui. Repito: vamos a proceder a la detención del empresario Mikel Ansuátegui para ser interrogado como investigado por los asesinatos de Mikel Olaeta y Antonio Suárez.

Mikel Ansuátegui estaba blanco como un silencio. Sabía que en ese momento todas las agencias de noticias estaban a la escucha de la frecuencia de la Policía.

—Oiga, ya vale de ir de poli duro, ¿no? —dijo tratando de mostrarse negociador—. ¿No podríamos arreglar esto de otra manera?

—QSL, le envío dos recursos de apoyo —se oyó tras el crujido de la estática del transmisor.

—Afirmativo, Ugarteko. Pero es posible que necesitemos algún recurso más.

—QSL.

Ansuátegui permanecía en silencio. Sabía las intenciones de la intendente y tuvo que hacer un esfuerzo para aparentar calma.

—¿Tardarán mucho?

—El tiempo necesario. Las cosas hay que hacerlas con minuciosidad, ¿verdad, inspector Cuesta?

—Afirmativo, intendente. ¿Le parece que nos llevemos también el álbum de fotos?

Los ojos de Fernando brillaban de alegría y en su boca se dibujaba la sonrisa del vencedor.

—Buena idea, inspector.

Pasaron diez minutos y Ansuátegui seguía nervioso. Arantza Altuna, en cambio, se sumergía en las fotografías, con la misma indiferencia con la que un río arrastra las hojas secas.

El ulular de las sirenas se oyó desde la distancia y la intendente cerró el álbum con una sonrisa satisfecha.

—Hora de salir, señor Ansuátegui.

En la calle, los recibió una multitud expectante: tres vehículos de policía, fotógrafos, reporteros y cámaras de televisión. La primera en hacer su aparición fue la intendente, firme y decidida, sujetando a Mikel Ansuátegui por el brazo. Fernando Cuesta, un paso atrás, cargaba la barra de uña al hombro. Y, por último, el vigilante, ufano y orgulloso, se lucía ante los periodistas, como uno de los intocables de Eliot Ness.

—Maldita puta, ¡has esperado para dar el espectáculo!

—No sea modesto. Esto le encanta, señor Ansuátegui.

—¡Ya lo creo! —dijo Cuesta—. Además, vas a quedar de lujo en la portada de *El Correo,* con el chándal de rayas y las esposas. ¡Mamón!

Fernando Cuesta ya no recordaba la estudiada escenografía de la sala de interrogatorios situada en el sótano de la comisaría de Bilbao. La austeridad del lugar, con su mobiliario mínimo y las paredes blancas, evocaba una sala de disección de hospital. Sin embargo, para el inspector, era un escenario de regocijo. Mikel Ansuátegui, aún vestido con su chándal verde y mocasines de borlas, estaba esposado al otro lado de la mesa, mirando con odio a la intendente Arantza Altuna. Ella, sentada frente a él, hojeaba los papeles con desgana.

Cuesta permanecía al fondo, junto al agente de custodia, esperando la llegada del abogado de

Ansuátegui, quien aparentemente estaba atrapado en un atasco cerca del Guggenheim. La tensión flotaba en el aire, como un cristal a punto de romperse.

La puerta se abrió y entró el juez Fernández de Ubieta, serio y circunspecto. Cuesta se sintió incómodo cuando el juez les indicó con una seña que salieran al pasillo. Juntos entraron en un despacho vacío y la puerta se cerró tras ellos.

—¿A qué ha venido este circo, intendente Altuna? —Las palabras del juez, cortantes como una catana, rasgaron el silencio.

—Era la única solución.

—Espero que no me esté tomando por tonto. Esto estaba pensado, organizado y dirigido desde el principio por la misma persona y esa es usted, intendente Altuna. Ha actuado negligentemente y contraviniendo mis órdenes. Tenemos fuera unos veinte periodistas que les han seguido desde Neguri y eso es lo que le dije que evitara. Justo lo que no necesitamos para esclarecer este caso y usted va y hace lo que le da la gana.

—Le aseguro, señoría, que Ansuátegui no nos ha dejado otra opción.

—Debería haberme avisado o haber organizado un registro con su abogado presente y evitar que se pusiese a la defensiva.

—Si le hubiésemos advertido, lo más probable es que se hubiera ido.

Fernando resopló pasándose la mano por el pelo.

—¿Ocurre algo, inspector Cuesta? —preguntó el juez, su voz fría como un escalpelo.

Los ojos del inspector se clavaron desafiantes en el juez.

—Con todo el respeto, creo que se está pasando —respondió Cuesta, incómodo pero firme.

—Y yo creo que ustedes han mostrado una total falta de profesionalidad. Otra más y me veré en la obligación de tomar medidas disciplinarias.

—Asumo la responsabilidad, señoría. Pero que conste que no me parece justo —replicó Arantza, con voz tensa.

—Lo que sea justo o injusto, lo decidiré yo. Queda relevada del interrogatorio. El inspector Cuesta se hará cargo.

—¡Vete a la mierda! —masculló entre dientes Fernando.

—Decía algo, inspector.

—Nada, señor. A mandar —respondió con una mezcla de obediencia y de desafío.

Volvieron a la sala de interrogatorios. Ansuátegui se levantó bruscamente y señaló, con las manos esposadas, a Fernando Cuesta.

—¡Tú, puto gordo, y la guarra esa me las vais a pagar!

—Le advierto que todo lo que ocurre aquí está siendo grabado y que se podrá utilizar como prueba en sede judicial —dijo, sin levantar la voz, la intendente Altuna.

—¡Me la suda! —respondió Ansuátegui con dos puntos de ira concentrados en su mirada.

Tras unos momentos de tensión silente, llamaron a la puerta.

Un agente uniformado franqueó el paso a un hombre con un caro traje de color gris marengo, en el que destacaba en la solapa, el brillo de una insignia con el símbolo de una lámpara encendida y una cruz.

Tenía el pelo muy corto y un rostro amistoso. Casi monacal.

—¡Ya era hora! —rugió Ansuátegui mirándole fijamente—. ¡Llevo aquí más de cuatro horas! ¡Venga, sácame de aquí de una puta vez!

El abogado, sin perder en ningún momento la sonrisa, saludó con una leve inclinación de cabeza, luego se dirigió a la intendente Altuna.

—Genaro Menéndez. De Menéndez & Uribe, abogados. Represento al señor Ansuátegui —se

presentó con una voz melódica y afable mientras realizaba una silenciosa observación de la sala —. ¿Serían tan amables de facilitarme la orden de detención?

Arantza Altuna le extendió el documento, que el abogado examinó con detenimiento.

—Gracias. ¿Hay algún motivo para que este interrogatorio no pueda haberse realizado en el domicilio del señor Ansuátegui? —preguntó sin dirigirse a nadie en concreto.

—Hace unos días el señor Ansuátegui se negó a responder en su club y hoy me ha amenazado e insultado. Creemos que puede tener información relativa al asesinato de Mikel Olaeta —se adelantó a contestar Fernando Cuesta.

—¿Está imputado?

—No, pero es un testigo esencial.

—¡Vete a la mierda, mentiroso!

—Silencio, por favor, señor Ansuátegui.

El abogado lo dijo con amabilidad, pero con un tono imperativo que le hizo enmudecer.

—Mi cliente estará encantado de colaborar. Pero antes de contestar a sus preguntas hablaré en privado con él y, a continuación, les dará su respuesta. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —aceptó Arantza Altuna.

—Tengo que hablar un momento con mi cliente.

El abogado y Mikel Ansuátegui salieron al pasillo y al cabo de un minuto regresaron.

—Cuando quieran.

Fernando Cuesta, de pie, consultó sus notas y con voz tranquila preguntó:

—Señor Ansuátegui, en la madrugada del día 23 de octubre entre las dos y media y las dos treinta y cinco recibió una llamada de Mikel Olaeta. ¿De qué hablaron?

—Ya dije…

El abogado posó su mano en el antebrazo de Mikel Ansuátegui y salieron al pasillo.

—¿Esto va a ser así a cada pregunta? —preguntó, molesto, el inspector.

—Tiene derecho a confidencialidad con su abogado —dijo Arantza Altuna.

Ansuátegui y su abogado regresaron.

—Mikel Olaeta me llamó para charlar, fue una llamada de cortesía.

—¿De qué hablaron?

—Ya lo he dicho. Un poco de todo: de la familia, de política, de fútbol. De cosas así.

—O sea que hablaron de fútbol y al de unas horas Olaeta fue asesinado.

—Eso no procede, inspector. Limítese a preguntas concretas y no a especular, por favor —apuntó el abogado.

Fernando Cuesta pasó la página de su bloc de notas.

—¿De qué conocía a Mikel Olaeta?

—No lo sé.

—¿Eran muy amigos?

—No

—¿Tenían negocios en común?

—No me consta.

—¿Cuándo se vieron por última vez?

—No me acuerdo.

El mismo juego de la otra vez. Fernando Cuesta buscó por otro frente.

—El pasado martes le llamó Antonio Suárez, ¿de qué hablaron?

Ansuátegui se quedó mirando a su abogado, que asintió.

—Fue también una llamada de cortesía.

—Antonio Suárez también fue asesinado a las pocas horas de hablar con usted. ¿Notó algo extraño en su comportamiento?

—No lo recuerdo.

—¿Le pareció asustado?

—No me acuerdo.

—¿Le pidió algo?

—Que yo recuerde, no.

—¿Qué relación le unía con el señor Suárez?

—Ninguna.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

Tras una fracción de segundo de vacilación respondió:

—No me acuerdo.

—¿Se conocían desde hace mucho tiempo?

—Ni idea.

Genaro Menéndez había logrado lo que buscaba: convertir el interrogatorio en una telaraña. Pero el inspector Cuesta no estaba dispuesto a rendirse ni prestarse a su juego.

—Después de la llamada de Antonio Suárez, ¿pasó usted la noche solo en su domicilio?

—Sí.

—¿No abandonó su casa en ningún momento?

Mikel Ansuátegui miró a su abogado, que le conminó a salir nuevamente al pasillo.

—El señor Ansuátegui ya ha contestado. Siguiente pregunta —dijo el abogado cuando regresaron.

—Da igual, ya lo comprobaremos —conminó Cuesta—. Así que ¿estuvo hablando de política y del tiempo durante media hora con Antonio Suárez, pocas horas antes de que fuese asesinado?

—Exactamente —retó Mikel Ansuátegui mirando con prepotencia a Cuesta.

Estaba volviendo a ganar y lo sabía.

—Señor Ansuátegui —insistió el inspector—, ¿tiene previsto salir del país?

—¿Tengo que contestar? —dijo mirando a su abogado.

Otra salida al pasillo.

—Sí —respondió al entrar de nuevo en la sala.

—¿Adónde piensa ir?

—No conteste —ordenó Genaro Menéndez—. Esa pregunta está fuera de lugar, inspector. Mi cliente está dispuesto a colaborar, pero exige respeto hacia su intimidad.

Arantza Altuna se dirigió al abogado.

—Su cliente aún no está imputado —dijo remarcando el «aún»—, pero podría ser considerado como testigo fundamental y no sería descartable solicitar que le fuese retirado el pasaporte. A título preventivo, naturalmente.

El abogado sonrió educadamente, sin mostrar demasiado entusiasmo.

—Si me lo permite, intendente, esa es una afirmación completamente incongruente y sin fundamento jurídico. Estoy atónito. La sola mención de esa contingencia podría ser considerada como una amenaza hacia mi cliente.

Cuesta miró alarmado a su compañera.

—Intendente… —comenzó a decir.

Levantando una mano, Arantza Altuna le hizo callar.

—Señor Ansuátegui, ¿le dicen a usted algo las letras C y H? —preguntó la intendente.

Una mueca fugaz, que Cuesta no tuvo tiempo de interpretar, surcó la cara de Ansuátegui. Se

recostó en el respaldo de la silla, sonrió y cruzó las piernas lentamente.

—¿C y H? Déjeme pensar… No. No me dicen nada. ¿Y a usted?

El abogado se levantó.

—Bueno, puesto que ya son las cinco de la tarde y si no tienen nada más… Si les parece, damos por terminado el interrogatorio. Gracias por todo, agentes. Ha sido un placer —dijo llenando la sala de sonrisas y apretones de mano—. La próxima vez que tengan algo para el señor Ansuátegui, hablen primero conmigo. En la tarjeta está mi número personal. Es posible que mi cliente salga de viaje —añadió con toda la intención, mirando a la intendente.

—No te lo crees ni tú —murmuró Arantza Altuna mientras abandonaban la sala de interrogatorios.

Arantza y Fernando esperaron a que Mikel Ansuátegui y su abogado traspasasen el alboroto desaforado de periodistas que esperaban en la entrada. Mientras los reporteros recogían el material, los dos *ertzainas* salieron caminando en dirección a San Ignacio. El cielo de Bilbao mantenía un coqueteo agrisado con la claridad, apenas una mancha dorada, que se agazapaba detrás de Artxanda.

—¿Tienes algo que hacer? —preguntó Fernando.

Arantza le miró, reticente.

—Pues pensaba irme a casa.

—¿Te apetece tomar algo? En plan colega, ¿eh? Conozco un local cerca de Sarriko que está muy bien. Bueno, lo conocía.

La intendente percibió que aún centelleaban restos de rabia contenida en la mirada de Fernando.

—Vale. Pero una y me voy, ¿eh?

Salieron por la avenida Lehendakari Agirre y luego cruzaron el parque. Cuesta reconoció el garito, que no tenía pinta de haber cambiado mucho. El local era un reflejo del Bilbao decadente y contracultural de los ochenta; un tugurio perfecto para ahuyentar a las tribus posmodernas y a policías crossfiteros. Por eso le gustaba; por eso y por los cubalibres en vaso de tubo, con un gajo de limón, que aún servían sobre la barra de capitoné rojo.

—No sabía que aún quedaran sitios así —dijo Arantza al entrar, mientras Fernando le sujetaba el cortinón que daba acceso a un local pequeño, con olor a ambientador de fresa.

Se sentaron al fondo y se acercó el camarero limpiando la barra con un paño mugriento.

—Una cerveza, en botella. -especificó ella.

—Otra para mí.

Las palabras de Ansuátegui aún le reconcomían y, sin poder evitarlo, la imagen de su mujer jineteando sobre otro hombre le vino al pensamiento. No podía ser verdad. Aunque, pensándolo bien, llevaban más de dos años separados y su matrimonio hacía tiempo que era un capítulo cerrado. ¿Para qué engañarse?

El camarero depositó las dos cervezas sobre la barra. Fernando levantó la botella y bebió la mitad de un trago, hasta sentir que el líquido frío y amargo aliviaba el nudo de su estómago.

—¿Va todo bien? —preguntó Arantza.

—De lujo.

Volvió a beber para no tener que dar más explicaciones.

—Aún me cuesta creer la bronca que nos ha caído —dijo, para cambiar de tema.

—Ya —murmuró Arantza, con un deje de amargura en su voz—. Como si fuéramos niños.

—¡Y por una tontería! —añadió Fernando, golpeando la barra con la indignación dibujada en el rostro—. Un simple error de procedimiento y el muy cabrón casi nos abre un expediente.

El silencio se apoderó de ellos durante unos instantes, solo roto por los acordes de la guitarra de

Mark Knopfler.

—No es justo —continuó Arantza—. Nos ha tratado como si fuéramos incompetentes. Después de esto, ¿cómo nos van a tomar en serio?

—Pero lo que más me jode es la falta de confianza —se lamentó Fernando—. Por mi parte, ya le pueden ir dando. Al final, son todos iguales; se les encoge el esfínter en cuanto aparece la prensa.

Arantza asintió con la cabeza, pero la duda persistía en su mirada. La bronca había hecho mella en su ánimo.

—No podemos permitir que esto nos afecte —aseguró Fernando, intentando mostrarse firme—. ¡Que le den por culo a ese estirado de los cojones!

Después de un silencio, Arantza cambió de tema:

—Por cierto, has estado increíble en el interrogatorio de Ansuátegui.

Fernando estaba sorprendido. Ni cuando trabajaron juntos en el caso de los asesinatos de Grindr tuvo la sensación de haber impresionado a Arantza Altuna. O, al menos, nunca lo había notado.

—En serio. La… —Arantza pestañeó—, la última vez que colaboramos, yo era una *ertzaina* con muchas ganas y ese era mi primer caso importante. Para mí eras el ejemplo; por eso no entendí que lo dejases todo. No me entraba en la cabeza que un *ertzaina* con tus conocimientos renunciara.

Las botellas vacías descansaban sobre la barra.

—¿Otra? —preguntó él.

—Vale —aceptó ella—. Mira, Fernando, aún me cuesta creer que no estés en el Grupo de Homicidios. No es lógico que desaproveches tus cualidades en Seguridad Ciudadana de Balmaseda.

Fernando atrajo la atención del camarero y dibujó un círculo con el dedo índice por encima de los botellines de cerveza.

—Es la vida —respondió.

—Lo pasamos bien en el caso de Grindr, ¿eh?

—Ya lo creo. ¿Te acuerdas del cristo que se montó en el Queens?

Arantza negó sacudiendo la cabeza mientras daba un trago a su cerveza.

—¡Menuda movida! Aún me tiemblan las piernas —continuó Fernando.

—Yo estaba en Cantalojas con Andoni Uribe. ¿Te acuerdas de Andoni? —preguntó Arantza.

—¡Cómo no! El cabronazo de Andoni.

—¿Ya sabes que se pegó un tiro en el vestuario de la comisaría?

—Algo había oído.

Arantza se quedó en silencio mientras hacía girar la botella sobre la barra.

—Ahora las cosas no son como antes. La Ertzaintza ya no es lo que era. ¡Menudos personajes que me encontré al principio! Yo que salía como un angelito de Arkaute.

—¿Qué fue de Arruti, el cabo de juego? —siguió Fernando.

—¿Quién, el que olía a mono frito?

Fernando Cuesta soltó una carcajada.

—El mismo.

—Como para no acordarme. Me tuvo patrullando con él seis meses. Aquellos años no eran buenos para ser mujer en la Ertzaintza.

—¿Te tiró los tejos?

—Si entiendes por tirar los tejos arrimarse más de la cuenta, echarme el aliento, poner ojitos y decirme lo buena que estaba, entonces sí.

—¿No lo denunciaste?

—Para qué, si era un pobre desgraciado que daba más lástima que otra cosa. Ahora seguramente lo habría hecho. La Ertzaintza es otro mundo. No creo que hoy en día a ningún *ertzaina* se le ocurra decir o hacer según qué cosas a una compañera.

Continuaron bebiendo y Fernando seguía escuchando los chascarrillos y anécdotas de Uribe, Arruti y tantos otros *ertzainas* de los de antes.

Tras un momento de silencio, sonrió y meneó la cabeza de un lado a otro.

—Si es que para trabajar no hay nada como Bilbao.

—De eso no hay duda.

—Tengo que volver, Arantza. Este es mi sitio.

Ella no dijo nada, pero Fernando vio un punto de compasión en su mirada.

—Te entiendo —dijo.

Se creó un muro de silencio incómodo.

—Oye, ¿al final por qué volviste de Málaga? —dijo ella, volviendo al tema personal para cambiar de conversación.

—Me arruiné y mi mujer no aguantó mis malos rollos. Así que decidimos separarnos.

—¿Estás divorciado?

—Técnicamente, no. Realmente, sí. Mi matrimonio se acabó hace tiempo.

—Pues peor para tu mujer. Brindemos por ella.

Parecía que Arantza se había alegrado al saber que Fernando estaba separado. ¿O eran ilusiones suyas?

Al final, iba a resultar que Ansuátegui le había hecho un favor abriéndole los ojos. Tal vez el mejor favor de su vida.

Sumido en sus pensamientos, Mikel Ansuátegui estaba en el balcón de su casa contemplando el resplandor azul de las luces en la playa de Ereaga. Era medianoche y ya lo tenía todo preparado para marchar en cuanto amaneciese. El plan estaba trazado y a punto de llevarse a efecto, pero había cometido algunos errores que debería solucionar. El primero, no haberse cargado a Fernando Cuesta. Tenía que haber ordenado que, en lugar de darle una paliza, le metiesen dos taponazos en la cabeza y lo hiciesen desaparecer. Pero, claro, para dar matarile a un poli hay que hacer las cosas bien. Y los tres macarras que contrató no eran precisamente John Wick. Había sido un estúpido. No era digno de él que, porque el mierda de Cuesta le acorralase, se hubiese dejado intimidar; sería cosa de la presión, pero llevaba unos días temeroso y desconfiado, sin poder pensar con claridad. Debería haber visto, desde el principio, que el verdadero enemigo no es Fernando Cuesta; ese no pinta nada. El verdadero peligro es el juez. Él era la cabeza pensante y no dudaba en ir a por todas. A él era al que había que tumbar, porque con el juez fuera de la ecuación la investigación quedaría muerta.

Entró en su habitación, cerró la puerta y consultó su reloj; ya era casi la hora. En el registro se habían llevado el ordenador y algunos archivos, pero sus equipos estaban conectados en red y toda la información encriptada mediante GnuPG, con claves de 3400 bits, imposibles de descifrar.

Pulsó unas teclas y apareció en la pantalla una cara irreal generada mediante inteligencia artificial.

—Ya lo tenemos todo preparado. Espero que estéis a la altura —dijo Ansuátegui.

—No tiene por qué haber ningún problema si se mantiene lo acordado —respondió una voz distorsionada, como si un demonio estuviese utilizando su garganta como altavoz.

—Falta cerrar un par de flecos. Hemos pactado trescientos millones y quiero ver la transferencia a mi cuenta antes de mover un dedo —exigió Ansuátegui.

—Yo no negocio. Tendrá el dinero cuando veamos los planos. Ya hemos ingresado diez millones por adelantado y no hay vuelta atrás. La palabra hay que cumplirla. En este negocio quien no cumple lo paga y ya se sabe cuál es el precio.

Ansuátegui dudó.

—De acuerdo —se limitó a decir.

La imagen se deshizo. Estaba acostumbrado a tener el control y ahora se sentía expuesto. Tras un momento de desazón, respiró hondo y retomó la calma. No era la primera vez que trabajaba con ellos y siempre eran igual: extravagantes, misteriosos y muy peligrosos. Pero no tenía otra opción. No sabía ni le importaba lo que iban a hacer. Lo que sabía era que ya nada volvería a ser igual.

Capítulo 16

José Antonio Fernández de Ubieta, Arantza Altuna y el subcomisario Bringas ya ocupaban su lugar alrededor de la mesa, cuando Fernando Cuesta entró en la sala de crisis de la comisaría de Balmaseda. Llegaba tarde porque el papeleo de lo acontecido el día anterior con Ansuátegui le había llevado media mañana. Se estaba llegando a tal situación de paranoia burocrática que un *ertzaina* no podía ni tirarse un pedo sin tener que redactar un informe.

—Buenos días —dijo tomando asiento al lado de Bringas, que le dirigió un gesto de indiferente frialdad. Seguro que estaba encabronado porque no le había informado de lo ocurrido en los últimos días, pensó.

—Buenos días —dijo el juez—. Perdonen la urgencia de esta convocatoria, pero, a la vista de los últimos acontecimientos, creo que es necesario coordinar el trabajo de las dos comisarías involucradas en los asesinatos de Mikel Olaeta y Antonio Suárez.

Hubo un murmullo general de asentimiento.

—Por el momento, tenemos dos casos muy similares por las mutilaciones de los cadáveres y la escenificación chamánica. Sabemos que las víctimas se conocían y que estaban relacionadas con Ansuátegui, pero no sabemos en qué grado ni hemos podido probarlo —continuó el juez.

—Hemos consultado los extractos bancarios, las facturas telefónicas y los movimientos de las tarjetas de crédito de Mikel Olaeta y Antonio Suárez, pero nada nos da una pista de cuál era su relación. En cuanto a Ansuátegui, la mayoría de los archivos localizados en su ordenador están encriptados y son imposibles de abrir. Aunque hemos encontrado una referencia, en el historial de búsqueda de Google, sobre un tal Rafael Santacoloma.

—Se ve que también Ansuátegui le estaba buscando —dijo la intendente Altuna.

—No obstante, Ansuátegui negó conocer a Rafael Santacoloma durante el interrogatorio que le hice en la Bilbaína. Está claro que está enrabietado y a la defensiva. Y para mí que también está asustado. Me gustaría saber de qué, porque de nosotros es evidente que no —apuntó Fernando Cuesta.

—De que le acusemos de asesinato —intervino Bringas—. Para mí, es el principal sospechoso. Lo he comentado con la intendente y los dos pensamos que tampoco tiene una coartada creíble para la muerte de Olaeta. Dijo que esa noche la pasó solo. Pero Balmaseda está a menos de media hora de Neguri, por lo que nada le impediría haber ido, hacer el trabajo y en menos de una hora estar de nuevo en Los Tamarises tomándose un negroni.

Cuesta le miró con una mezcla de pasmo y de descreimiento, pero no dijo nada.

—No lo creo —dijo el juez—. El hecho de no tener coartada para ninguno de los dos asesinatos refuerza su relato. Además, ¿cuál era el móvil? ¿Por qué matarlos y hacer que pareciera un acto de brujería? Nadie corre tantos riesgos sin un motivo.

—El que tiene un porqué siempre encuentra el cómo. Igual quiere despistarnos o mandar un mensaje —añadió Fernando Cuesta.

—Es posible, pero ¿a quién? ¿Y para qué?

—Deberíamos tener abierta la hipótesis de que fuera algún desequilibrado que se crea un enviado de Dios o del diablo —dijo Arantza Altuna, que de manera inconsciente se sorprendió tocando su medalla de san Miguel.

El teléfono del juez comenzó a desplazarse sobre la mesa tremolando intermitentemente.

—Dígame, señor Villacís.

Pasaron tres minutos en los que el juez se limitó a asentir y a decir algún «de acuerdo», algún «muy bien» y «muchas gracias». Colgó. Los tres *ertzainas* estaban mirándole de manera inquisitiva, esperando, sin saber muy bien el qué.

—Era Mateo Villacís. Según parece, ayer estuvo comiendo con Cruz Salmerón. Le dijo que, pocos días antes de su muerte, Mikel Olaeta le había preguntado si conocía algún detective que pudiese recomendarle porque quería localizar a una persona. Y esa persona era Rafael Santacoloma.

El juez hizo una parada escénica para comprobar el efecto de la noticia en los agentes. Esbozó una sonrisa taimada.

—¡Qué bueno! Hay que hablar con ese detective —exclamó Bringas, con ilusión impostada.

Villacís ha pagado la minuta del detective y tiene el informe. Según parece, no pudo conseguir ningún tipo de información y cuando se enteró de la muerte de Olaeta dejó el caso.

Sin decir nada, la intendente Altuna sacó su teléfono y marcó un número memorizado.

—Ander, mira a ver si entre los documentos de Antonio Suárez aparece alguna referencia a un tal Rafael Santacoloma… Sí, espero.

Tras unos minutos de incertidumbre, Arantza Altuna escuchó de nuevo la voz de su subordinado.

—Dime… ¿Sí?… OK, muchas gracias.

Dejó el teléfono sobre la mesa y tras una pequeña pausa dijo:

—Hay un cuadernillo con una sola anotación en la primera página. El único nombre que aparece es el de Santacoloma, el resto está en blanco.

La cara de José Antonio Fernández de Ubieta se iluminó de entusiasmo.

—Al fin tenemos un nexo en común con Olaeta, Suárez y Ansuátegui; los tres buscaban a Rafael Santacoloma.

—Hay que localizarle cuanto antes —apremió la intendente Altuna—. Es muy posible que su vida también corra peligro.

Capítulo 17

El juez había invitado a cenar a Fernando Cuesta. No se sentía a gusto después de la reprimenda del otro día y quería suavizar las cosas. Era consciente de que no había estado a la altura y tocaba recoger velas.

Esther Llarena se había encargado de cocinar y Fernando no sabía muy bien qué hacer frente a la dramática imagen que había sobre la mesa: tres almejas flotaban sobre una amalgama inidentificable de verduras, que emergían de un cuenco con salsa azafranada y un vago olor a col fermentada. Se animó a sí mismo convenciéndose de que, al menos, le vendría bien para su dieta.

Su reencuentro con Arantza le había estimulado un cierto interés por retomar la vanidad seductora que había perdido los últimos años y había decidido ponerse en forma.

José Antonio presidía la mesa. A su derecha, Esther se mostraba resplandeciente, tal vez animada por la compañía. Todo lo contrario que el añejo comedor del caserón, donde todo era oscuro; incluidos los muebles de castaño, los cuadros y los medallones granate del papel pintado. Con todo lo refinado que parecía, ¿cómo podía vivir en un sitio así?, pensó Fernando, que se lamentó de haber aceptado la invitación.

Borró la imagen de su mente e hizo amago de meter la cuchara en el cuenco.

—¿No te gusta la sopa?

—Pues si te digo la verdad… —contestó Fernando, torciendo el gesto.

El juez observaba la escena con una sonrisa divertida. Le hizo una seña a Esther, que se levantó, llevándose el plato. Al rato volvió con una chuleta, patatas fritas y unos pimientos del piquillo confitados, que le hicieron salivar como un *rottweiler*.

—Perdona la broma, Fernando —dijo riendo el juez—. Es mi forma de pedirte disculpas por lo del otro día. No estuvo bien y lo siento de veras. Perdí los nervios.

—Disculpas aceptadas. La verdad es que me dolió bastante y a la intendente Altuna también, pero entiendo que estabas bastante estresado.

—Es cierto, lo estaba. Pero eso no justifica mi comportamiento; no debí de trataros así.

—Me alegra que hayamos podido hablar y aclarar las cosas. Por mi parte, olvidado.

Se dieron un apretón de manos.

—Por cierto, la carne está de muerte. Como a mí me gusta: poco hecha.

Cortó el último trozo que acompañó con la última patata frita que quedaba en el plato, rematando la faena con un buen trago de Remelluri.

—Vale, ¿y ahora qué? —preguntó el *ertzaina*—. ¿Cuáles van a ser los siguientes pasos en la investigación?

—Pues para eso estamos aquí, Fernando. Por una parte, lo más urgente es localizar a ese tal Santacoloma. Y, por otra, Esther nos va a poner al día de lo que ha averiguado.

Esther se dio unos golpecitos con la servilleta en los labios. La bibliotecaria había traído un ordenador portátil que abrió sobre la mesa y comenzó su exposición.

—Me dijiste que indagara acerca del significado que pudieran tener las letras C y H y sobre el hecho de que hayan aparecido en los dos escenarios.

Pulsó una tecla y la pantalla mostró una cruz de Borgoña roja sobre un fondo blanco.

—Voy a empezar por lo que más me ha sorprendido: la página web de un grupo jingoísta de supremacistas nazis que dicen estar preparados para llevar a cabo acciones armadas. Aseguran que existe un plan para iniciar una guerra contra la cultura cristiana occidental y llevar a cabo lo

que ellos llaman el gran reemplazo.

—Que me supongo que será otra chorrada de fachorros, sin pies ni cabeza —intervino Fernando, con evidente desagrado.

—No es algo que haya que subestimar, Fernando —aclaró Esther—. El gran reemplazo es un concepto que nace en 1973 con la novela *El campamento de los santos,* a la que se suma la teoría de Eurabia, creada en el 2005 por la escritora judía Gisele Littman. Esta idea conspiranoica desarrolla la teoría de que Europa se ha rendido al islam y está sometida, obligada a renegar de la cultura occidental, pagar un peaje en forma de apoyo económico y a aceptar la inmigración masiva de musulmanes. Todas estas extravagancias vesánicas sentaron las bases sobre las cuales Renaud Camus escribió *El gran reemplazo* en el 2012, afirmando que, en el plazo de una generación, Europa será musulmana.

La bibliotecaria hizo un receso mientras tecleaba en el ordenador.

—La extrema derecha ha convertido estas ideas en punta de lanza de la guerra cultural que está llevando a cabo para intentar llegar al poder; ejemplos como los de Hungría, EE. UU. e Italia hacen que no podamos trivializar con estas cosas. Además, desde el 2018, han añadido un nuevo elemento: que detrás de la operación del gran reemplazo estaban las élites políticas y económicas de Occidente y los financieros judíos George Soros y Mark Zuckerberg, con lo que de esta forma ya tenemos el cóctel com pleto de islamofobia y antisemitismo que han prohijado Meloni, Orban y Abascal en Europa y Trump y Bolsonaro en América.

Fernando Cuesta no acababa de ver la relación que tenía la muerte de Mikel Olaeta y de Antonio Suárez con las disparatadas teorías de grupos racistas neonazis. No obstante, esperó a ver cómo avanzaba la explicación de Esther Llarena.

—Pues bien, volviendo al tema, los miembros de este grupo están convencidos de que los emigrantes son una lacra que planea una guerra contra Occidente y que ni el Ejército ni la Policía van a poder evitar porque están infiltrados de extranjeros, apoyados por comunistas y liberales defensores de la mezcla de razas. Este grupo se creen los elegidos para llevar a cabo la misión, encomendada por Dios, de ejecutar y eliminar la amenaza anticristiana para salvar a Occidente.

—¿Ejecutar? —dijo Fernando Cuesta.

—Efectivamente, con esas mismas palabras aparece en su página web: ejecutar. —Esther continuó—: Han incluido en su página las imágenes del atropello de Charlottesville, rotulado con la expresión *«Endlösung»,* que es el nombre que se le dio en la Alemania nazi a la Solución Final. Pero eso no es lo más importante. Mirad y prestad atención.

Pulsó una tecla y en la pantalla del portátil comenzó a visionarse la reproducción de un vídeo en el que un grupo de diez hombres con estética *skin,* ejecutando el saludo fascista, entonaban una canción ininteligible, tras una bandera con un extraño símbolo en su centro. El distintivo dibujaba dos círculos concéntricos de cuyo punto central partían doce radios quebrados de forma esvástica. El vídeo era de mala calidad y el sonido, horrible. Las caras de los miembros del grupo, desastrados con ropa paramilitar, estaban tan desenfocadas que era imposible identificar a ningún componente del grupo.

—Por si lo desconocéis, ese escudo es el Schwarze Sonne, o ‘sol negro’ en castellano. Simboliza la unión entre el ocultismo y la ideología nazi. Aparecía decorando la Sala de los Generales, en la torre del castillo de Wewelsburg, que era el lugar en el que se reunían los líderes de la SS. No es un símbolo tan conocido como la cruz gamada o la runa odal, pero últimamente ha sido adoptada por grupos neonazis.

Fernando Cuesta se había desentendido de la explicación de Esther y miraba fijamente las imágenes.

—No entiendo nada de lo que dicen. ¿Vosotros?

—No hay problema —dijo la bibliotecaria—. Afortunadamente, son tan tontos que han colgado la letra en su página.

Pinchó un enlace y apareció un texto mecanografiado.

—Os la voy a leer en alto para ver si encontráis respuesta a una cuestión importante.

> Somos jinetes en la tormenta,
> asesinos en la carretera que limpiamos la tierra
> con la pistola humeante.
> Somos Centuriones Hispanos,
> traemos el fuego y la guerra.
> Muerte a los gusanos.
> Somos la soga de la horca ardiente.
> Centuriones Hispanos. Centuriones Hispanos.
> Somos la mordaza que cierra la boca de los marranos.
> Ojo por ojo, diente por diente.
> Tenemos la espada que se hunde en la roca.
> La llama que arrasa la estrella y la luna saliente.
> Muerte a los gusanos.
> Somos los Centuriones Hispanos.

—¡Joder! —barboteó Fernando Cuesta cuando Esther terminó de leer—. ¡Estos están como una cabra!

—Eso está claro, pero ¿qué más podemos sacar de la letra? —preguntó Esther, con la sonrisa y la voz de quien disfruta cuestionando cosas cuya respuesta ya conoce.

—Nos da la pista de cuál es el significado de las letras C y H —dijo el juez.

—¡Claro! Ahora lo veo —exclamó Fernando, dándose un golpe con la palma de la mano en la frente—: Centuriones Hispanos. C y H. Pero me parece un poco rebuscado establecer una relación entre estos locos y los asesinatos de Olaeta y Suárez, por esa coincidencia.

—No son solo las iniciales —corrigió Esther—. En toda la página, hablan de acciones terroristas para acabar con las élites, glorifican la acción armada y buscan un levantamiento social desde el fascismo. Mantienen contacto con grupos sectarios ultracatólicos y evangélicos como los Cruzados del Yunque, Los Kikos y El Bloque. Además, en su página tienen abierta una sección titulada «Frente del norte», que denomina los asesinatos de Olaeta y Suárez como acciones de autodefensa. Esto, sumado a la coincidencia de las iniciales marcadas en los cuerpos de las víctimas, es algo más que una simple casualidad.

—Desde luego. Al menos, es una vía de investigación que deberíamos explorar. Tampoco es que tengamos mucho más —apuntó el juez.

Fernando Cuesta se mostraba cada vez más inquieto.

—¿Qué sabemos de esta gentuza? ¿Están fichados?

—Al menos, tenemos una sospecha sobre quién puede estar tras ellos.

—¡No me jodas que es el que estoy pensando!

José Antonio apuntó con el índice a Fernando.

—¡Ansuátegui! ¿Me equivoco?

—Sabíamos desde hace tiempo que Mikel Ansuátegui ha estado relacionado, desde su juventud, con grupos de extrema derecha e incluso se le vinculó con los GAL y la guerra sucia. Entre sus anotaciones bancarias (las que hemos podido descifrar) aparecen varios pagos con un destinatario extraño, «treinta y ocho».

Fernando se le quedó mirando, perplejo como un gato frente a un pepino.

—Tres y ocho se corresponden con las letras C y H del abecedario. C y H: Centuriones Hispanos —aclaró Esther.

—Me quedo loco —exclamó, arrastrando la silla.

—No sería de extrañar que los que te dieron la paliza sean algunos de estos centuriones.

Justo en ese momento, alguien hizo sonar la aldaba de la puerta principal.

—¿Esperamos a alguien? —preguntó Esther.

—No.

Otra vez dos golpes secos e insistentes tronaron por las estancias del viejo caserón.

—Voy yo —dijo Esther.

Un minuto después, apareció seguida de un hombre. Era alto de labios finos y cabello ralo. Vestía una chamarra negra y un jersey de cuello alto de color gris como las arrugas de su cara.

Su aspecto reflejaba el de un hombre anodino, como el de un funcionario de Hacienda. Aunque a Fernando Cuesta le dio la impresión de que su enigmática falta de exteriorización era impostada.

El visitante se quedó mirando al grupo y se dirigió a José Antonio Fernández de Ubieta.

—Tiene que acompañarme.

Se hizo un tenso silencio y, tras unos segundos, José Antonio dijo:

—Primero me tendrá que decir quién es usted.

—Acompáñeme, por favor. No desearía tener que volver a pedírselo —dijo el hombre con la misma inexpresividad mostrada desde el principio.

—¡De eso nada! —amenazó el inspector, levantándose de la silla en actitud desafiante.

—Tengo información reservada.

El juez se quedó pensativo unos segundos. Abrió el cajón de una cómoda, de la que extrajo una Beretta. Comprobó el cargador y se la guardó en los riñones.

—¿Algún problema con que vaya armado?

La cara del hombre no reflejó ni una emoción.

—¿Si se siente más seguro? Pero nada cambia que la lleve o no —añadió como una estatua de hielo.

—Yo también voy —dijo Fernando.

—¡No! —exclamó secamente el hombre.

—¡Y una mierda!

José Antonio se interpuso entre los dos.

—Es mejor que te quedes con Esther, Fernando.

—Pero ¡si no sabes quién es este tío ni qué quiere!

La única muestra de expresividad que mostró el desconocido fue mirarle. Sin decir una palabra, se dio la vuelta y abandonó la estancia seguido de José Antonio Fernández de Ubieta. Fernando los vio salir. Tenía un mal presentimiento, como cuando se escucha aullar un perro en la noche.

El anónimo desconocido condujo por la carretera para llegar a la plaza de Gordexola. Dejó la parroquia de San Juan a la derecha y giró en dirección a San Kosme. Había comenzado a llover. Estaban llegando al alto y las luces de la ermita iluminaban la carretera, pero justo antes se desvió por un camino de grava lleno de baches, que llegaba hasta un caserío abandonado entre la espesura de la noche.

El hombre, que no había despegado los labios en todo el trayecto, finalmente se decidió a hablar:

—¿Lleva el móvil encima?

—No.

—Perfecto, es por su seguridad.

—¿Me va a decir de una vez quién es usted y qué quiere de mí?

—Primero quiero su palabra de que esta conversación quedará entre usted y yo.

—La tiene.

El desconocido extrajo una carpeta marrón de la guantera y se la entregó al juez. En la portada solo constaban dos palabras: «Ansuátegui», «confidencial».

—¿CNI? —preguntó José Antonio.

El desconocido asintió sin quitar los ojos del parabrisas, emborronado por las gotas de lluvia.

—Llevo dos años investigando a Ansuátegui. Está todo ahí.

José Antonio Fernández de Ubieta abrió la carpeta y hojeó su interior.

—Mikel Ansuátegui es el presidente y accionista mayoritario de AIG (Ansuátegui Ingeniería Geotérmica). Esta empresa ha diseñado un revolucionario cañón de plasma capaz de alcanzar profundidades de perforación de más de veinte mil metros. El sistema, básicamente, acelera haces de electrones a velocidades extraordinarias, ampliando radicalmente la energía de las microondas para deshacer cualquier tipo de roca. Este tipo de perforación es muy diferente a la perforación mecánica, ya que no necesita taladros físicos y puede alcanzar mayores profundidades. Hasta la fecha el pozo más profundo es el de Kola, que inició Rusia hace veinte años. Alcanzó más de doce mil metros, pero los ingenieros rusos vieron que, al llegar a los diez mil, los medios mecánicos fallan irremisiblemente y tuvieron que abandonar el proyecto. Con la tecnología de AIG, ese problema desaparece y abre infinitas posibilidades de conseguir nuevos minerales y recursos energéticos ilimitados y sostenibles al proporcionar acceso a la energía geotérmica en cualquier parte del mundo. Eliminaría la dependencia de las fuentes renovables intermitentes pudiéndose retirar todas las plantas solares, hidroeléctricas, nucleares y eólicas. Se dejaría de depender de las energías fósiles, eliminando las centrales térmicas, que podrían convertirse, directamente, en geotérmicas. Tampoco necesitaríamos la energía nuclear, ya que el calor generado por el núcleo terrestre puede alimentar a la civilización durante veinte millones de años utilizando únicamente la décima parte del calor generado. Como ve, es algo revolucionario que traería una nueva era a la humanidad.

—Entiendo —dijo Fernández de Ubieta, que no perdía detalle de la explicación.

El hombre continuó hablando:

—AIG es una empresa líder y cuenta con los mejores ingenieros del país. Ansuátegui la ha llevado a lograr unos beneficios extraordinarios, pero últimamente está teniendo problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Ahora es cuando debe prestarme atención —dijo el agente—. El sector de la energía es estratégico para el país y, por lo tanto, todo el proceso de producción, venta y exportación de tecnología está sometido a controles muy estrictos y a todas las prohibiciones de la UE, que es quien ha aportado más de ocho mil millones de euros para el desarrollo de esta tecnología. Ansuátegui, por su parte, también ha invertido una millonada en el desarrollo del sistema de perforación por microondas. Pero hace un año el Gobierno decidió paralizar el proyecto y las acciones de AIG han bajado más de un 60 %. Hay muchos inversores importantes que están poniéndose muy nerviosos porque van a perder una fortuna si el negocio fracasa. El proyecto es muy ambicioso, pero en el Gobierno no tienen muy claro que se puedan superar las dificultades técnicas de perforar a tales profundidades. Y todavía está por ver que lo que se ha conseguido en el laboratorio pueda trasladarse al terreno.

José Antonio no perdía detalle de la conversación, pero no acababa de fiarse de la información

facilitada por el inicuo personaje que tenía a su lado. Con un silencio prolongado, le animó a continuar.

—Ansuátegui no es alguien que se quede de brazos cruzados cuando tiene un problema. Muy al contrario, Mikel Ansuátegui es una mala bestia capaz de cualquier cosa con tal de conseguir su propósito. Y cuando digo «cualquier cosa» lo digo en toda su extensión. No dudaría en eliminar a cualquiera que se interponga en su camino.

El sonido rítmico y persistente de la lluvia seguía insistiendo sobre el techo del vehículo. Tras los pinos, un relámpago iluminó el cielo seguido de un estallido que retumbó en la lejanía.

—Hasta la fecha ha mantenido un perfil bajo, al menos a ojos del Gobierno. El problema son las instalaciones abandonadas de una antigua cantera, a las afueras de Sevilla, que Ansuátegui compró hace unos años. Son pabellones muy grandes rodeados de una gran cantidad de terreno vallado y vigilado día y noche.

—¿Qué está queriendo decir?

—La verdad es que no sabemos con qué finalidad ni podemos asegurarlo con certeza, pero creemos que Ansuátegui está tratando de utilizar esta tecnología en el campo militar con el fin de vendérsela a una potencia extranjera.

—¿Y por qué me cuenta todo eso a mí? —se extrañó el juez.

El hombre miró a José Antonio, que vio, más allá de la máscara tras la que se ocultaba, el rostro hastiado de un hombre totalmente abatido.

—Por la misma mierda de siempre: la política. Ansuátegui aporta mucho dinero, tanto a derecha como a izquierda. Sabe dónde pulsar cuando es necesario y tiene buenas conexiones con gente muy importante e influyente en el Gobierno. En definitiva, que me han ordenado que deje la investigación.

—De eso sé algo yo también.

—¡Pues que se jodan! Ese tío es un peligro para el país y yo soy un patriota. He investigado a Ansuátegui día y noche y no voy a tirar el trabajo de dos años. Estoy seguro de que está organizando algo muy gordo y quiero que usted acabe con él.

—¿Por qué yo?

El agente se permitió una sonrisa lacónica.

—He visto de lo que es capaz. Vi la forma en que han detenido a Ansuátegui; a la vista de todo el mundo, dejándole como un chorizo cualquiera. Los tiene usted bien puestos, amigo.

—No es del todo así, pero, bueno.

—Si quiere un consejo, no se relaje ni por un segundo. Ansuátegui es peligroso. Peligroso de verdad.

—Descuide —respondió el juez, cerrando la carpeta.

Condujo marcha atrás, únicamente iluminado por la luz blanca de los testigos traseros. Encendió los faros, dio media vuelta y se dirigió de nuevo hacia Gordexola.

—Nunca hemos hablado. No nos conocemos de nada y yo no he estado aquí. La Casa no va a poder relacionarnos. Me he ocupado en borrar cualquier rastro de este encuentro.

—Pero era usted quien llevaba el caso. ¿No encontrarán sospechoso que yo disponga de esta información?

—No se preocupe por mí. Bastante tiene con lo suyo, amigo.

Dejó a José Antonio en la parada de autobús a unos doscientos metros de su casa y se fue sin despedirse.

La lluvia había cesado y un frío húmedo recorrió el cuerpo del juez.

Capítulo 18

Pasaba la medianoche cuando el inspector Cuesta entró por la puerta principal de la comisaría de Deusto. Se encaminó al despacho de la intendente Altuna, que, a esas horas, aún seguía sentada en su escritorio con la mirada clavada en la pantalla del ordenador.

«Lo de esta mujer es increíble», pensó. Arantza Altuna vivía por y para el trabajo. No era de extrañar que hubiese llegado tan alto en tan poco tiempo.

En la comisaría solo se encontraban trabajando los agentes del turno de noche. En el Departamento de Homicidios, únicamente la luz del despacho de la intendente se encontraba encendida. El resto de las mesas de la sala permanecían en penumbra.

No hacía ni una hora desde que José Antonio había vuelto de su extraña reunión. Apenas había dado explicaciones, pero se había mostrado misteriosamente excitado. Y, sin esperar, le había encomendado lo que él no podía hacer: reunirse con Arantza Altuna, ponerla en conocimiento de lo acontecido y pedirle algo casi imposible de conseguir de alguien como la intendente Altuna.

La puerta se encontraba abierta, pero, no obstante, la golpeó levemente con los nudillos.

—Pasa y cierra la puerta, Fernando. Desde que recibí tu llamada, estoy en ascuas. ¿Qué haces por aquí a estas horas? —preguntó extrañada.

—Traigo noticias de nuestro amigo Ansuátegui.

La intendente minimizó la pantalla del ordenador y se dispuso a escuchar.

—Siéntate.

Fernando Cuesta no pudo evitar mirar a la intendente Altuna, que se había desabrochado el segundo botón de la camisa. Su pelo suelto se derramaba en sinuosos centelleos dorados sobre sus hombros. ¿Serían imaginaciones suyas o ella estaba enviando señales que le estaba costando interpretar? No, pensó, todo era producto de su imaginación y de la media botella de Remelluri que se había tomado en la cena.

Fernando le entregó la carpeta.

—Esto es confidencial, Fernando. Si la abro, estaré cometiendo un delito. No pienso ni tocarla. ¡Guárdala! —exclamó espantada.

—El juez quiere que intervengas el teléfono de Ansuátegui.

—Pues que extienda una orden. Que para otras cosas ya es bien estricto.

—Quiere que lo hagas extraoficialmente.

—¿Extraoficialmente? ¡Ni de coña! —contestó, visiblemente irritada.

—Si me hubieras dejado explicarte la situación, sabrías que Ansuátegui puede estar intentando vender tecnología militar a una potencia extranjera de manera ilegal.

—¡Te he dicho que no quiero saber nada!

—Ansuátegui tiene amigos importantes en altas instancias y nadie parece decidido a meterle mano —intentó aclarar el inspector.

Arantza Altuna se levantó de la silla y comenzó a recorrer el despacho como un tigre enjaulado.

—Mira, Arantza —insistió—. Este tío es un cabrón sin escrúpulos que puede poner en peligro la seguridad de la gente. Y nadie parece dispuesto a pararle los pies. Solo te estamos pidiendo que te impliques un poco más de lo que deberías por tu condición. Es un favor que te pide el juez Fernández de Ubieta. No digo que sea lo que manda el protocolo, pero…

—El protocolo es fundamental en nuestra profesión, Fernando —cortó secamente, sin dejarle terminar la frase.

—Ya, pero hay ocasiones en que hay que hacer lo que hay que hacer —aseveró el inspector.

—Lo que hay que hacer es cumplir la ley y las normas, inspector Cuesta. Y se me está pidiendo que haga algo de lo que siempre he renegado.

Arantza Altuna suspiró, dio unas cuantas vueltas por el despacho y se encaró a Fernando Cuesta.

—Esto me sobrepasa y no es problema de la Ertzaintza. La respuesta es no.

Lo había intentado. Fernando Cuesta lo había intentado, pero no pudo convencer a Arantza. Era inútil. Una mujer no llega a ser intendente de la Ertzaintza incumpliendo las normas; debería haberlo supuesto.

—Sabía que era inútil. Siento haberla importunado, intendente. Tengo que irme —replicó, con una expresión de decepción en su mirada.

—¡No te columpies conmigo, Fernando! —exclamó furiosa y roja de indignación—. Crees que no tengo lo que hay que tener y que pienso más en mi carrera que en hacer lo correcto porque soy una arribista, ¿verdad?

—Lo ha dicho usted, intendente.

—Eres igual que todos: un cabrón que piensa que si un hombre es ambicioso es algo bueno. Pero cuando es una mujer la que muestra ambición es una trepa y una zorra.

Ahora era Fernando Cuesta quien se mostró irritado al ver cómo la intendente estaba desviando el asunto.

—Mira, Arantza, esto es muy sencillo: puedes hacer lo correcto o quedarte en la zona segura. Has optado por lo segundo. Perfecto. Pero no me salgas con el tema de la discriminación sexual, porque este asunto no va de eso.

Se levantó y recogió la carpeta que estaba sobre la mesa. Al darse la vuelta, se encontró frente a frente con la intendente Altuna, que no hizo mención de moverse. Estaban tan cerca uno del otro que sentía el aliento cálido de la mujer y el olor a vainilla y lirio que irradiaba su melena. Aún estaba enfurecida. Fernando permanecía frente a ella esperando que le facilitase el paso, pero Arantza no se movía. El inspector dio un paso adelante y se quedó en silencio a unos pocos centímetros de la cara de la mujer. Notaba su enfado, el olor floral de su perfume y el calor que desprendía su cuerpo. Empezó a respirar con dificultad. Los dos se quedaron respirando el mismo aire mientras la ira se iba diluyendo, dando paso a otra cosa muy diferente, pero igual de intensa. Sin decir nada, Arantza se alzó sobre sus tacones haciendo que sus labios se unieran con los de él, en un beso lento y profundo. Fernando la agarró por la cintura, acercándola hasta que el contacto de sus cuerpos fue total. Estaba tan excitado que le costaba respirar. Ella apretaba su cuerpo suspirándole al oído mientras le mordisqueaba el lóbulo suavemente. Se inclinó hacia atrás para sentarse sobre la mesa, haciendo que Fernando la acompañase en su movimiento, sin despegar sus cuerpos. Él le desabrochó los botones de la camisa, mientras ella le perfilaba con sus manos el pecho y el abdomen hasta llegar a la cintura para seguir bajando, acariciando lentamente. Fernando pasó las manos por debajo de la falda y le estaba quitando las bragas, cuando en ese momento alguien llamó a la puerta.

—¡Me cago en mi puta vida! ¿Será posible? —maldijo mientras salía del abrazo de las piernas de la mujer, subiéndose, como podía, la cremallera de la bragueta.

—Intendente Altuna, hay novedades en el caso Ansuátegui —dijo alguien desde fuera del despacho.

Mientras Fernando se atusaba el pelo, oyó cómo Arantza se reía lentamente a su espalda.

—Dile al juez que lo haré —dijo poniendo un dedo en sus labios—. No vayas a pensar que esto ha tenido nada que ver, ¿eh? Hace tiempo que lo estaba deseando. Y creo que tú también. Pero

una cosa es el trabajo y otra, el placer. Y voy a hacer lo que me pide el juez Ubieta, porque creo que eres un *ertzaina* íntegro, Fernando. Pero no te olvides de una cosa.

—¿De qué?

—De que me debe una, inspector Cuesta —dijo, con una sonrisa sensual.

—Y usted a mí, intendente Altuna. Y no sabe usted las ganas que tengo de cobrármela.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño. Lo ocurrido en casa de José Antonio y el súbito e insospechado encontronazo con Arantza Altuna le habían hecho revivir circunstancias que no había previsto. Dio vueltas en la cama y encendió la luz para leer el libro que tenía empezado hacía tiempo sobre la mesita de noche, pero no podía concentrarse. Permaneció un buen rato escuchando el monótono golpeteo de la lluvia y se quedó, desnudo e inmóvil, frente a la ventana de la habitación contemplando los cristales salpicados de finos y chispeantes regueros que resbalaban entrelazándose de manera impredecible.

No podía comprender por qué, pero, por alguna extraña razón, se encontraba apesadumbrado, presa de un desasosiego interior que lo tenía desconcertado e incluso entristecido. «¡Es absurdo!». Había encontrado algo bueno con Arantza, por fin tenía el trabajo que había estado esperando y un futuro esperanzador. No aparecían nubarrones en su horizonte, más allá del desconcertante caso que estaba investigando y de la figura amenazante y peligrosa de Mikel Ansuátegui. En definitiva, nada por lo que no hubiese pasado cientos de veces a lo largo de su carrera. Y, sin embargo…

En el conticinio de la noche, el insistente golpeteo de la lluvia en los cristales le traía recuerdos de otros sonidos que agitaban su memoria. Explosiones, disparos. Recuerdos del fogonazo tras el ruido de una botella que se rompe a tus pies. Olor a gasolina. Compañeros sudorosos con el miedo oculto tras la pantalla del casco, corriendo bajo una lluvia de piedras. Galope negro y rojo, estallar de cohetes. Zumbidos de goma y humo, dilatándose contra un cielo de plomo extraordinariamente gris. Retorcidas espirales de fuego saliendo por las ventanas de un autobús cruzado en la calle.

Aquel tiempo, y lo que representaba como aporía de la existencia, lo había marcado para siempre. El caos, la violencia, la muerte y el odio; de todas esas experiencias había aprendido a desentrañar los misterios de la vida con la clarividencia de un lunático. Y, sin embargo, seguía sin ser capaz de entender la banalidad del mal; de cómo alguien puede ser capaz de infligir tanto dolor a otro ser humano sin pestañear. Había aprendido a leer en el corazón de las tinieblas, a discernir la sombra que se esconde detrás de cada sonrisa, a detectar la ponzoña en las palabras más dulces. Había desarrollado una intuición casi animal para el peligro, una capacidad para anticipar la desgracia que le había convertido en un ser hosco y melancólico a la vez. Pero seguía siendo vulnerable a la traición, a la desconfianza, al miedo. Seguía siendo un hombre, con todas las debilidades y flaquezas que ello conlleva. A veces le gustaría ser como una roca, inmune al dolor y a la aflicción, pero sabía que eso era ya imposible. Ya solo podía seguir luchando por todos aquellos que, como él, habían perdido lo último que se pierde.

Apoyó la frente contra la ventana para notar el frío del cristal empañado con su aliento. El recuerdo de la piel tersa y suave de Arantza, de sus labios carnosos, de sus ojos brillantes y llenos de deseo volvió a su mente como un hechizo del que no podía escapar. Fue al baño y se masturbó.

Regresó a la cama y durmió profundamente; como un soldado tras una larga batalla, finalmente en paz.

Capítulo 19

—Aquí estoy —anunció José Antonio Fernández de Ubieta, entrando en la sala de intervención telefónica de la Ertzaintza.

Un despacho, como cualquier otro de la central de Erandio, con fluorescentes en el techo, suelo de linóleo y media docena de mesas separadas por paneles. Todo de lo más anodino y lóbrego.

—Señoría —saludó Arantza Altuna, extendiendo su mano—, ya estamos listos.

Fernando Cuesta permanecía en silencio sin hacerse notar. No sabía muy bien si estaba nervioso o eufórico; la presencia, competente y empoderada, de Arantza le causaba una cierta sensación de empequeñecimiento.

—Disculpen el retraso, el tráfico está imposible a estas horas —se disculpó el juez.

—Es por aquí —indicó la intendente, serpenteando entre los compartimentos paneleados, dejando un rastro de perfume suave y dulce con aroma de lirio y vainilla.

—Buen trabajo, Fernando. Ya me contarás cómo has logrado convencer a la intendente Altuna —susurró el juez, mientras seguían a la mujer, que caminaba con decidida rotundidad sobre unos *stilettos* de suela roja.

—Ya te contaré, ya —contestó Fernando, que aún no podía creer lo ocurrido la noche anterior.

La extraña visita en casa de José Antonio y la inesperada reacción de Arantza Altuna le tenían como en un sueño. Por otra parte, estaba inquieto ante la duda de si lo ocurrido supondría un problema en el trabajo. Siempre se había guiado por el famoso dicho de «donde tengas la olla…», pero llegó a la conclusión de que le daba igual.

—Aquí es —indicó la intendente, entrando a uno de los cubículos.

Frente a un ordenador con altavoces se encontraba un joven agente de pelo rubio, cortado a cepillo en los parietales, pero con un abundante flequillo que le caía sobre la frente.

—Les presento al agente Solana —dijo la intendente—. Está interviniendo el teléfono de Genaro Menéndez, el abogado de Mikel Ansuátegui. En el resto de los teléfonos tenemos monitorizados a otros de sus colaboradores.

El joven *ertzaina* se puso en pie y saludó militarmente a la intendente Altuna, que no hizo mención de devolverle el saludo.

—Agente Solana, estos son el inspector Cuesta y el juez Fernández de Ubieta.

El joven agente extendió la mano para saludar, un poco abrumado.

—¿Algo reseñable?

—Nada importante, intendente. Hace un momento el señor Menéndez ha recibido la llamada de su secretaria. Está a la espera de que Ansuátegui le llame.

Mientras la intendente y el joven agente comprobaban unos datos en la pantalla, José Antonio hizo una leve seña a Fernando Cuesta para que le acompañara fuera del pequeño espacio.

—Hemos localizado a Santacoloma —indicó el juez, bajando la voz.

Cuesta se le quedó mirando, sin entender muy bien lo que le estaba diciendo.

—¿Santacoloma? ¿Rafael Santacoloma? ¿Cómo no me lo has dicho antes?

—Me enteré cuando te fuiste anoche. Esther tiene contacto con un informático que controla bastante y le pidió que buscase algún dato de Rafael Santacoloma. Te estuve llamando al móvil, pero lo tenías apagado.

—Ah, ya. Es verdad, me quedé sin batería —mintió Fernando.

—Está entrando una llamada —anunció el joven, rescatando a Fernando de su azoramiento. —

Es de su casa. Lo pongo en altavoz.

—¿Sí?

—Papá, soy yo —una voz femenina surgió del altavoz.

El geolocalizador por triangulación cambió de área de antena.

—Se está moviendo muy rápido —dijo el agente.

—¿En qué zona está? —preguntó el juez.

—Ha pasado de la antena de Neguri a la de Las Arenas. Ahora está en un área de cinco metros del repetidor de Artaza.

—Va en dirección a Bilbao —dedujo Arantza Altuna.

Un leve rumor sonaba como fondo de la conversación telefónica.

—Sí, ¿qué quieres, cariño? —contestó una voz meliflua, que Arantza y Fernando ya conocían.

—Laura me ha invitado a su cumple y me va a hacer falta el coche.

—Pídeselo a tu madre. Yo estoy ocupado y no voy a ir hasta la noche.

—Gracias, papi. También voy a necesitar algo de dinero. ¿Puedo usar la tarjeta?

—Claro, cariño. Pero ahora cuelga que estoy esperando una llamada importante. Si te hace falta alguna cosa, llama a la oficina y habla con Marisa.

—Vale, papi. Eres el mejor.

—Venga, cuelga ya. Cansina.

Un clic dio paso a un pitido continuo. La línea se había cortado.

—Qué tierno. Un padre ejemplar —dijo con sorna Fernando Cuesta.

Con un movimiento de cabeza, le hizo una seña al juez para seguir hablando en privado.

—¿Dónde está Santacoloma?

—Entra otra llamada —advirtió el joven *ertzaina.*

—¿De quién es? —preguntó la intendente Altuna.

—No lo sé. No recibo datos. Debe de ser un número vía satélite.

—Dime, Mikel.

La voz del abogado volvió a surgir de los altavoces.

—¿Lo tienes todo listo? —tronó la voz de Ansuátegui—. No quiero errores. Si algo sale mal, tú serás el responsable de lo que ocurra.

—Tranquilo. Estamos en camino y todos los hombres están preparados —intentó parecer seguro—. Seguimos el plan establecido. Doña Casilda dentro de una hora.

—Los chinos estarán a su hora y hay que darles lo que están esperando. Lo sabes, ¿no?

—En cuanto lo tengamos, te llamo.

—No la cagues. Ya sabes las consecuencias —advirtió Ansuátegui, interrumpiendo la conversación abruptamente.

Se escuchó un clic y el ordenador volvió a pitar.

—¿Qué está pasando? —preguntó Fernando Cuesta, girándose hacia el juez.

—Va a reunirse antes de lo esperado. Venga, tenemos menos de una hora para preparar el dispositivo —apremió Arantza Altuna.

Fernando Cuesta conducía a toda velocidad serpenteando entre el tráfico, que a esas horas ocupaba los cuatro carriles del puente de Rontegui. A su lado, José Antonio Fernández de Ubieta colocó el rotativo de emergencia sobre el techo del vehículo y activó la sirena.

La intendente Altuna ya había avisado a la comisaría de Bilbao para que estableciesen un discreto dispositivo de vigilancia en el entorno del parque de Doña Casilda.

El inspector giró en dirección a Bilbao por la A-8 y pisó a fondo. El motor del Peugeot 308 rugía respondiendo con toda su potencia, abriéndose paso entre el resto de los vehículos que se

apartaban al oír el ulular de la sirena. El juez tensó el brazo en la agarradera, miró el velocímetro y vio que iban a más de ciento cuarenta por hora.

—Suave, Fernando, que lo importante es llegar —murmuró, con un punto de angustia en la voz.

Se oyó el crepitar de la frecuencia de la emisora.

—Askar dos, en posición. Tenemos a la vista una Vito negra estacionada en el aparcamiento del paseo del Parque. Le paso matrícula: sexto, segundo, séptimo, octavo, Japón, yanqui, papa.

Fernando Cuesta aceleró mientras descolgaba el micrófono. José Antonio Fernández de Ubieta le miraba sin dar crédito.

—QSL. Estamos a tres minutos, permanezcan a la espera.

—Tranquilo —dijo sonriendo al ver la cara de susto del juez—, que no nos vamos a matar.

La operación se había montado en un tiempo récord. Desde Erandio, Arantza Altuna había monitorizado la señal de móvil de Genaro Menéndez, que en ese momento permanecía estática en la zona del parque de Doña Casilda, por lo que dedujo que estaba en la furgoneta negra. Tenía un recurso policial vigilándola y había dispuesto dos patrullas de agentes de paisano por las inmediaciones.

—Tendremos que disimular un poco si no queremos dar el cante —dijo Fernando—. En el maletero hay un par de buzos del servicio de limpieza, que nos pueden servir.

—Perfecto, buena idea —respondió el juez, visiblemente más tranquilo al comprobar que Fernando había reducido la velocidad al entrar en la ciudad.

—Voy a entrar por Abandoibarra. Y dejaremos el coche en Zubiarte —indicó.

—Vamos a tardar más —apuntó el juez, que se mostraba impaciente.

No entendía que se hubiesen jugado la vida para llegar cuanto antes y que ahora perdiesen el tiempo ganado estacionando en un centro comercial alejado de la zona cero.

—Es mejor que no nos vean llegar. Así podremos ponernos los buzos y pasar más desapercibidos. No vaya a ser que algún policía municipal se mosquee y mande toda la operación al carajo.

La rivalidad entre la Policía Municipal y la Ertzaintza, era algo que se había mantenido desde siempre. Y la intendente Altuna, como era habitual, no había informado de la operación a los municipales. Lo haría, pero más tarde. A toro pasado, no vaya a ser que algún avispado quisiera meter el morro donde no debe.

El aparcamiento del centro comercial se encontraba prácticamente vacío. Pasaron frente a los escaparates de la primera planta y salieron en dirección al Museo de Bellas Artes, ataviados con el mono verde y naranja del servicio de limpieza. Había dejado de llover y un jirón azul rasgaba el gris permanente del cielo. Los dos hombres cruzaron por el parque, hacia el estanque de los patos. Estaban en la zona más elitista de la ciudad, donde el espectáculo de edificios de lujo y palacetes, reliquias de una época en la que Bilbao fue el centro del mundo, dejaba claro el nivel económico de sus ocupantes.

—Vamos a ir dando un rodeo para cogerlos por detrás —sugirió Fernando.

—Perfecto. Salimos por el museo —apostilló el juez.

Fueron bordeando el parque dejando la zona boscosa a un lado y doblaron a la derecha, cruzando la terraza de la cafetería Tximeleta. El sonido cálido y redondo de *A love supreme,* de John Coltraine, brotaba del saxofón de un grupo de *jazz* que actuaba bajo la pérgola.

Fernando Cuesta avistó la furgoneta negra que estaba aparcada junto a las pistas de baloncesto, donde un grupo de escolares, todos con una gorrita roja, comían un bocadillo bajo la distraída mirada de dos jóvenes tutoras. Un hombre alto, de pelo rapado, había salido del vehículo y vigilaba desde el exterior.

—Han elegido un buen punto de encuentro; en medio del parque y junto a un grupo de niños. Se nota que esta gente sabe lo que hace —comentó Fernando.

Un Mercedes negro, con los cristales tintados, se había detenido a la entrada del aparcamiento. Dos hombres, con traje negro y gafas de sol, bajaron del vehículo y tomaron posiciones después de inspeccionar el entorno cercano. Uno de ellos habló a su muñeca izquierda. Acto seguido, un hombre con rasgos asiáticos, de unos sesenta años, completamente calvo y de menor estatura que los otros salió del vehículo caminando hacia la furgoneta por la acera contraria.

—¡Atento! —advirtió—. Parece que algo se mueve.

—¡Esto parece de película! —exclamó el juez, mientras se iban acercando por la desenfilada de la loma, fuera de la vista de los centinelas

—Tú quédate aquí. Yo voy a intentar acercarme todo lo que pueda. Tómate un café —indicó el inspector, señalando el bar que hacía esquina con la Gran Vía—. Luego entra por el otro lado y quédate en la parte de atrás. Desde allí tendrás una buena posición por si hay que tirar de hierro.

—¡No seas gafe! Con todos estos críos, esperemos que no se líe.

Al juez, inexperto en este tipo de situaciones, se le notaba visiblemente nervioso. Le temblaban ligeramente las manos y su mirada inquieta no podía centrarse en lo esencial. A pesar de todo, se esforzaba por mantener la compostura, consciente de la importancia de la situación.

—Siempre hay que esperar lo mejor, pero prepararse para lo peor. Y esta gente no tiene pinta de andar cogiéndosela con papel de fumar —dijo Fernando.

El juez asintió con la cabeza y, dando un rodeo, se dirigió, caminando lentamente, al bar. Pidió un café para llevar y volvió al parque .

Los gritos y risas infantiles resonaban contra la calma sibilante del parque. Todas las miradas de los escolares se centraban en las tutoras, que habían comenzado a organizar dos equipos para el juego del pañuelo. Los niños aplaudieron y se fueron distribuyendo por el campo de baloncesto.

José Antonio se sentó en un banco situado frente a la furgoneta, al otro lado del campo de juego. Le extrañó que el centinela rapado se acercase al grupo de niños. Estaba seguro de que en el interior de la furgoneta se encontraba Genaro Menéndez con el asiático. El juez no perdía de vista a Fernando, que se había acercado al vigilante rapado y le comentaba algo señalando al grupo de escolares que corrían para coger el pañuelo sujeto por una de las cuidadoras. El hombre le miró con mala cara, mientras seguía cerca del grupo de niños.

A José Antonio Fernández de Ubieta se le encogió el estómago. Algo no iba bien. Tener tan cerca el grupo de chavales le producía vértigo. Mientras tanto, Fernando seguía merodeando disimuladamente.

«Pero ¡qué está haciendo! —pensó al ver cómo Fernando volvía otra vez a insistir. No se lo podía creer—. ¡Este loco está llamando a la puerta de la furgoneta!». Al verlo, el rapado se le acercó por un costado y le dio un empujón, gesticulando con evidentes signos de enfado. La puerta lateral de la furgoneta se abrió y rápidamente volvió a cerrarse después de que Genaro Menéndez le lanzase una mirada de reproche desde el interior.

José Antonio se dio cuenta de que una patrulla de paisano observaba desde la distancia, pero sin perder detalle de todo lo que estaba ocurriendo. Los dos vigilantes asiáticos estaban más pendientes de la furgoneta que de lo que ocurría a su alrededor y el rapado bastante tenía con espantar a Fernando. Se percibía la tensión. Algo iba a pasar. Seguro. José Antonio se temía lo peor. No entendía por qué tomaban tantas precauciones si no sabían que los estaban vigilando. Estaba claro que lo que hacían era vigilarse entre ellos, pensó. Los chinos no se fiaban de los hombres de Ansuátegui ni estos de los chinos. Ahora entendía por qué habían elegido ese lugar con los niños tan cerca; esperaban algo y los escolares eran su escudo humano, su protección.

José Antonio cada vez temía más que a alguna de las dos partes le diese por liarse a tiros con la otra. En ese momento, se abrió el portón de la Vito y el asiático calvo salió dirigiéndose a grandes zancadas hacia sus hombres. Les hizo una seña y comenzó a correr hacia el Mercedes, que le esperaba con el motor en marcha.

Fernando, que se había situado entre los escolares y la furgoneta, no dudó en sacar su arma y efectuar dos disparos hacia los dos escoltas asiáticos, cuando vio cómo habían extraído de sus costados sendos subfusiles MAC-11. Uno de los disparos alcanzó al tirador más alto a la altura de la cadera y cayó al suelo de bruces.

El hombre de Menéndez también sacó su arma, pero antes de que pudiese utilizarla recibió una ráfaga y fue trastabillando hasta quedar sentado, con la cabeza sobre una mancha roja del pecho, contra el portón trasero de la furgoneta.

El parque se había convertido en una locura de gritos, carreras y detonaciones. Las cuidadoras, con los ojos desorbitados, empujaban a los niños hacia la esquina más alejada del campo. Los pequeños, confundidos y asustados, se aferraban a las piernas de las mujeres. Las lágrimas y las voces ahogadas por el pánico mezclándose con los chillidos de terror. En la cafetería, la escena era caótica: las sillas volcadas, las mesas abandonadas y los vasos y botellas rodando como dados enloquecidos. La gente corría en todas direcciones, desesperada por escapar. Algunos se arrojaban al suelo, buscando refugio detrás de cualquier cosa. Otros huían sin mirar atrás con los rostros pálidos y desencajados como máscaras de terror.

El tirador disparó hacia Fernando, que intentaba proteger a los niños. José Antonio apareció por un costado para descerrajarle un disparo a quemarropa en la sien derecha y se desplomó como un saco vacío. Mientras ponía a cubierto a los niños y a sus cuidadoras, Fernando notó una mancha parda y caliente que caía por su brazo izquierdo.

—José Antonio —gritó, mientras la furgoneta se alejaba chirriando—, ¡dispárales! ¡Que no escapen!

Los dos agentes de paisano ya corrían tras la furgoneta acribillándola, pero ni siquiera conseguían hacer pequeñas abolladuras en ella.

El Mercedes, al oír los primeros disparos, salió a toda velocidad marcha atrás. Otros dos agentes de paisano comenzaron a disparar contra el vehículo consiguiendo reventar los neumáticos traseros. El Mercedes continuó circulando, dando bandazos de izquierda a derecha, hasta el puente Euskalduna, donde perdió el control y se precipitó contra el muelle del Museo Marítimo, convirtiéndose en una inmensa bola de fuego al chocar con el suelo. Mientras tanto, la furgoneta, que había salido del parque pasando por encima del hombre abatido por Fernando, escapaba entre el tráfico de la Gran Vía, saltándose semáforos y golpeando a varios vehículos que se interponían en su huida.

El parque era un caos de niños y adultos llorando abrazados y corriendo de un lado a otro. José Antonio se acercó al lugar en el que había sido alcanzado Fernando y comprobó, aliviado, que la herida era superficial. No habían corrido la misma suerte el rapado, que yacía muerto en el suelo sobre un charco de sangre, ni los hombres de traje negro, dos guiñoles con las cuerdas cortadas, que hacían compañía al rapado en su viaje al infierno.

Parecía un milagro, pero no había ninguna víctima inocente. José Antonio se arrodilló junto a su compañero.

—¿Estás bien?

El inspector hizo un gesto levantando el pulgar. No podía articular palabra.

El ruido de multitud de sirenas se oyó convergiendo en el parque, mientras José Antonio ayudaba a Fernando a levantarse del suelo.

—Solo es una rozadura —consiguió decir, finalmente—. Lo que pasa es que no puedo ni respirar. Me sale la adrenalina por las orejas.

Poco a poco se fueron juntando grupos de curiosos. Unos se acercaban al parque y otros se asomaban a la barandilla del puente por donde se había precipitado el Mercedes. Cada vez llegaban más patrullas que intentaban acordonar la zona, entre órdenes y gritos, para que la gente no invadiese el área.

José Antonio echó un vistazo al caos en que se había convertido la tranquila y elitista zona del parque y el Teatro Euskalduna. En su vida se había visto envuelto en algo parecido.

—A ver cómo le explicamos esto a la intendente Altuna —dijo sonriendo—. Va a dar saltos de alegría.

Fernando asintió con la cabeza mirando el Mercedes que aún ardía mientras un grupo de bomberos se empleaba a fondo para apagar las últimas llamas.

—Pues que te conste que debería estar contenta. ¿Te imaginas qué habría pasado si no llega a ser por las escuchas? Cada vez tengo más claro que la gente de Ansuátegui sabía que los chinos no iban a aceptar el acuerdo y se han querido cubrir las espaldas, organizando una reunión en un lugar público y lleno de niños. Si no, ¡a qué santo se presentan con una furgoneta blindada! Sabían que los chinos no iban a irse, así como así —dedujo mientras caminaba apoyado en el brazo de José Antonio—. ¿Y sabes lo que te digo, colega?: que este asunto no hay hijoputa que lo entienda.

Capítulo 20

Sentado en la barra del bar Skamata, Fernando saboreaba un café americano frente al Puente Viejo de Balmaseda. El plato, con vestigios de huevo y un pedazo de pan, atestiguaba su desayuno habitual: café sin azúcar, tortilla de patatas y un vaso de agua. Más allá de la ventana, el bramido persistente y exasperante de la barredora de limpieza competía con el murmullo de las conversaciones cotidianas.

Tras el último sorbo de café, no pudo evitar la tentación de rebañar los restos de tortilla licuada con el resto del pan. Se chupó el pulgar y depositó la taza con suavidad en el plato. La lectura matutina de los periódicos era uno de los momentos más placenteros para el inspector Cuesta; café, tortilla y noticias frescas: una combinación insuperable. Había comprado *El País, El Correo, Deia* y *Gara,* preparándose para la ocasión. José Antonio Fernández de Ubieta lo había citado para una misión relacionada con Rafael Santacoloma, pero antes quería conocer los titulares sobre el tiroteo de ayer. En todas las portadas, la noticia ocupaba un lugar destacado. Mientras estaba absorto en la lectura, un coscorroneo en la ventana captó su atención. José Antonio, impaciente, le hacía señas para salir, dando unos golpecitos con el dedo índice en su Rolex.

—Vaya prisas. No le dejas a uno ni desayunar tranquilo —se quejó Fernando mientras se limpiaba la boca con una servilleta de papel—. ¿Dónde dices que hemos quedado con Santacoloma?

—En Begoña.

—¿Y estás seguro de que va a hablar con nosotros? Lo digo porque ya hemos tenido la experiencia de Ansuátegui.

—Hablar, lo que se dice hablar… No creo que hable mucho. Pero seguro que algo nos cuenta —respondió enigmático el juez.

A la vuelta de la calle, los esperaba Esther Llarena, al volante de un Renault Megane que parecía salido de un desguace.

—¿En esta chatarra vamos a ir?

—Sube y calla, que tampoco tú es que te pasees con un Ferrari —replicó, risueña.

Mientras pasaban frente a la iglesia de San Severino, Fernando escuchaba sin prestar atención la conversación animada entre José Antonio y Esther. Hablaban de «la llama inmortal de no sé qué», el último libro de un tal Paul Auster del que nunca había oído hablar. Sin embargo, su mente estaba ocupada en asuntos más prosaicos. El papeleo se acumulaba, amenazando con sepultarlo bajo montañas de informes. Este caso en particular iba a generar más documentación que cualquier otro en su carrera. Si José Antonio no le echaba una mano, Fernando estaría atrapado entre papeles hasta el final de sus días.

Después de veinte minutos recorriendo la autopista, llegaron al bullicioso barrio de Santutxu en plena vorágine de una mañana de martes. Pronto pasaron por la empinada cuesta de Santa Clara, dejando atrás el Hotel Occidental, y se adentraron en el entramado de calles de la parte alta hasta llegar al barrio de Begoña. Allí, los bloques de apartamentos se mezclaban con talleres mecánicos destartalados, tiendas tradicionales y acogedores bares de barrio.

José Antonio y Esther, que habían charlado sin parar durante todo el trayecto, ahora se mostraban reacios a responder las pre guntas de Fernando. Mientras tanto, él se distraía observando el paisaje urbano del extrarradio. La torre campanario de la basílica de Begoña se

alzaba como un imponente guardián entre el conglomerado metropolitano. Sin embargo, no era allí a donde se dirigían. «¿Adónde coño vamos?», se preguntó.

Dieron otra vuelta a la derecha, adentrándose por una calle sin salida. Esther paró frente a un solar. El frío grisáceo de la mañana hizo que el inspector Cuesta se estremeciera; solo llevaba una fina chaqueta vaquera para protegerse del frío.

El solar, invadido por la maleza, conducía a un muro de bloques que se abría hacia un pórtico neoclásico. La verja de forja, corroída por dentelladas de óxido, clausuraba la entrada con un aire de abandono y desamparo. En el frontispicio, apenas legible, se inscribía la frase *«Pater Noster»*.

José Antonio empujó la puerta, que cedió con un lamento herrumbroso. El camposanto se reveló ante ellos y Fernando quedó atónito al contemplar su estado de decadencia.

Rodeado por edificios de nueva construcción, el solar emergía como un oasis de olvido. Entre los envoltorios de zarzas, lápidas y cruces de piedra asomaban tímidamente. Una solitaria palmera se inclinaba sobre un ángel del dolor, cuya cabeza había desaparecido. Al fondo, arbustos secos rodeaban las ruinas de lo que alguna vez fue un panteón neogótico, en el que cuatro arcos ojivales sostenían los restos de una techumbre abatida bajo una corona de espesura.

Continuaron caminando entre la maraña de hierbajos y trozos de pavimento levantado por las heladas. A los lados del camino, más allá del desconcierto de lápidas caídas, la maleza había conformado una auténtica selva, un ecosistema impenetrable en el que todo crecía con una intensidad y una vitalidad extraordinarias.

—Es por aquí —dijo José Antonio después de mirar un papelito que extrajo del bolsillo del pantalón.

Cruzaron entre los arbustos. Fernando seguía los pasos del juez, que parecía estar contando entre las hileras de lápidas, cada una con un nombre y dos fechas, que ya nadie recordaba.

—¿Aquí vamos a encontrarnos con Santacoloma? —preguntó el inspector.

Fernández de Ubieta no contestó. Continuaba concentrado en comprobar el nombre grabado en las tumbas. De pronto, se detuvo frente a una cruz oxidada, con una placa de porcelana manchada de barro, no muy diferente del resto. La limpió con la mano. «Rafael Santa Coloma. 1967-2021».

—¡La madre que te parió! —exclamó Fernando—. ¡Está muerto! Hay que ver cómo te gusta lo melodramático, macho.

Un viento frío hizo que el *ertzaina* se arrebujase subiendo el cuello de la chamarra vaquera. Estaba empezando a chispear.

—No he querido decírtelo hasta estar seguro —aclaró el juez—. El amigo de Esther ha aportado datos muy poco concretos. Si te das cuenta, nos ha costado tanto localizarle porque el apellido estaba mal escrito. Hemos estado buscando a Santacoloma, cuando había que haber buscado a Santa Coloma. Un error de novato.

—Pues aquí se cierra una vía de investigación.

—Parece mentira que digas eso, Fernando. Los muertos cuentan cosas. A veces más que los vivos. Así que a ver que si este nos revela el enigma que solo él conoce.

Capítulo 21

Marrakech había amanecido bajo una frontera de niebla que a esas horas ya cedía ante la fuerza implacable del sol. Desde la terraza de su casa, Mikel Ansuátegui vislumbraba el dibujo escarpado del Atlas desplegándose como un antiguo pergamino, revelando el camino hacia el valle de Oukira.

Mientras bebía un té con hierbabuena, miraba fijamente el lugar donde se desvanecía el horizonte cerúleo tras el filo cobrizo de las montañas. Una suave y cálida brisa del desierto envolvía la estampa de un mundo que se reducía a lo intrínsecamente primario y esencial. En días así, se sentía en el centro singular de un universo eterno y abrumador. Tenía la impresión de poder desvanecerse en la inexistencia y de alguna manera lo deseaba: desaparecer, diluirse en la nada y acabar de una vez. Era fácil. Nada le impedía coger la pistola que estaba sobre la mesa y buscar la calma en la espiral oscura del ánima del cañón. Una leve presión en el disparador y se acabó. Solo le echaría de menos su asistente y no inmediatamente.

Se mezclaban en su interior emociones contrapuestas de rabia, terror, desconcierto y pesadumbre. No podía entender lo que estaba ocurriendo, no sabía explicar cómo había podido llegar al punto de tener que huir como un cobarde para esconderse en ese lugar recóndito. Jamás habría previsto un desenlace así. «En fin —pensó—. Llegados a este punto, no puedo hacer otra cosa que seguir hacia delante. No tengo otra opción».

Notó la presencia de su secretario, que había aparecido, silencioso, tras subir por la escalera.

—Señor, faltan tres minutos para la videoconferencia.

Ansuátegui asintió con la cabeza, tiró el resto de té en el alcorque de un naranjo y encendió un Marlboro que extrajo de un paquete arrugado. Cogió la pistola y bajó a su despacho.

—Todo está listo, solo tiene que…

—Es suficiente. Déjeme solo. Salga y cierre la puerta. No quiero que se me moleste por nada —cortó.

El asistente obedeció con tanta prisa que tropezó con la esquina de la mesa al salir.

Ansuátegui tomó asiento frente al portátil, tecleó la contraseña, esperó unos segundos y en la pantalla apareció el símbolo de una huella dactilar. Colocó su dedo pulgar sobre ella y la pantalla mostró dos imágenes del mismo tamaño. Por un lado, Genaro Menéndez, su abogado y mano derecha. Por otro, Fadal Serhane, director de Ansuátegui Ingeniería Geotérmica de Sevilla.

—¿Me puedes explicar qué cojones está pasando? —interpeló Ansuátegui al abogado.

Genaro Menéndez, visiblemente nervioso, se pasó la mano por la cara y se tomó unos segundos en contestar. Sabía que había fallado y la reacción de Mikel Ansuátegui era imprevisible.

—Esos cabrones venían preparados. Se cargaron a Carlos y casi nos matan a todos.

Ansuátegui asintió en silencio.

—Y otra cosa —continuó Genaro Menéndez—, allí había más gente.

Mikel Ansuátegui notó un vacío en el estómago. «¿Quién podría saberlo? ¿El puto juez y el gordo de Cuesta? Si era así, las cosas se estaban complicando y mucho. ¿Cómo se habían enterado?». Por la información del ordenador que le incautaron, no. Era imposible que hubiesen podido descifrar los códigos encriptados.

—Al final, pudimos escapar de la encerrona.

Ansuátegui ni siquiera oyó lo que decía su abogado. Seguía dándole vueltas a la idea de que, o le habían pinchado el teléfono, o tenía alguna rata en su entorno pasando información.

—Destruid todos vuestros móviles y que nadie se comunique conmigo. Casi seguro que nos han pinchado los teléfonos. —Miró al directivo marroquí—. ¿Lo tienes ya todo preparado?

—Sí —respondió temeroso—, pero…

—¡Ni pero ni hostias! ¿Lo tienes preparado o no? —abroncó Ansuátegui, que sintió cómo un volcán de ira incontrolable surgía de su interior.

Genaro Menéndez seguía la conversación sin decir una palabra.

—Es que no entiendo por qué —balbuceó Serhane.

—¡Ni una palabra más! Cuando llegue, lo recogeré y no quiero oír otra cosa. Tenlo preparado.

La nuez del marroquí se movía arriba y abajo, con el ritmo fascinante de una ola en miniatura bajo la piel del cuello.

—Pero, señor Ansuátegui, después de todos los riesgos que hemos corrido, creo que tengo derecho a saber por qué se abandona el proyecto. Se lo digo con todo el respeto, como director de la fábrica. Solo pienso en lo mejor para la empresa.

—¡Creo que he sido lo suficientemente claro! ¡Haga lo que le digo y no se le ocurra volver a cuestionarme!

El abogado Menéndez observaba, nervioso, la reacción de su jefe.

—La empresa es mía —continuó gritando Ansuátegui, mostrando una zapatilla, con la que amenazaba a Serhane, a través de la pantalla—. ¡Yo sé lo que es bueno y lo que es malo! Y como vuelva a oír otro comentario te corto los cojones, ¿ha quedado claro?

—Esto es intolerable —respondió el árabe indignado.

—¡Pues vete a tomar por culo! ¡Estás despedido!

Ningún árabe podía aguantar un insulto así. Y Ansuátegui lo sabía. Bajó bruscamente la pantalla del portátil y la conversación se interrumpió.

Se quedó un momento en silencio, tratando de calmarse y pensar. Si, como sospechaba, la Ertzaintza estaba al corriente y les habían seguido hasta el parque, también lo estarían de sus planes para vender la tecnología del cañón de plasma. Lo que en otro momento hubiera sido una tragedia, ahora carecía de importancia. Aún no tenían nada contra él ni contra AIG. Además, eso le daba igual. En esos momentos, tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Mikel Olaeta, Antonio Suárez y Rafael Santacoloma estaban muertos, pero él seguía allí. Eso era lo que importaba.

Necesitaba respirar. Se levantó de la mesa, abrió la puerta y subió los peldaños de la escalera de dos en dos. Volvía a estar en la terraza frente a las montañas y el cielo, increíblemente azul, de Marruecos. «Qué lástima no poder desaparecer en ese infinito horizonte».

Capítulo 22

Fernando Cuesta salió con rapidez del taxi y dio la vuelta por detrás para abrir, galantemente, la puerta a Arantza Altuna, que miraba la deslumbrante variedad de luces que adornaban la marquesina del edificio.

—¿Aquí vamos a cenar?

Fernando asintió.

—En el Artagán.

—¡Madre mía! —exclamó Arantza llevándose las dos manos a la boca, en un gesto de fascinación—. Cuando me invitaste a cenar, ¡no pensaba en algo así!

Fernando la cogió de la cintura y entraron bajo la majestuosa cúpula elíptica, inundada por una embriagadora luz almibarada que se diseminaba por la estancia desde la vidriera del techo.

—Te mereces esto y más. Si vamos a empezar algo, que sea como Dios manda. Ya he tenido bastante cutrez en mi vida. Quiero que esto funcione, Arantza.

Arantza ya había estado en restaurantes de lujo en más ocasiones y sabía que el restaurante Artagán era de lo más selecto y caro de Bilbao. No era muy dada a que la invitasen a sitios así. Siempre le había incomodado el galanteo profuso que algunos hombres utilizaban como arma de seducción. Pero esta vez tenía otra sensación. Fernando le gustaba. En realidad, le había gustado desde siempre y la forma en que se estaban desarrollando las cosas le hacía albergar ilusión y esperanza de cara al futuro. Algo se removió en su interior. Pero ¿qué estaba pensando? ¡Si solo era la primera cita! «Bueno, sin contar el calentón del otro día». Además, Fernando aún no estaba divorciado y tenía una hija adolescente. «Nada, no te agobies, Arantza —pensó—. Las cosas irán saliendo. Lo que tenga que ser será».

A la entrada del restaurante, que estaba lleno, les recibió el *maître* tras un atril y comprobó su reserva con una actitud de zalamería afable, combinada con ese almidonado desdén que caracteriza a los jefes de sala de los grandes restaurantes.

—Tendrán que esperar unos minutos, aún no tenemos preparada su mesa. Lo sentimos mucho, pero es que hoy hemos tenido una boda que se ha alargado un poco. Si les apetece, pueden esperar en el bar. Están invitados. No tardaremos más de quince minutos. Si son tan amables… —dijo invitándolos a seguirle hasta El Búnker, un bar privado, decorado con maderas nobles y cómodos asientos, situado en los bajos del hotel, que durante la Guerra Civil sirvió como refugio para las reuniones del Gobierno vasco durante los bombardeos de Bilbao.

—Los señores están invitados —indicó al camarero que atendía tras la barra de nogal.

Pidieron dos copas de champán.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Arantza.

—Por los felices encuentros y por el futuro —respondió Fernando, alzando la copa.

Un tintineo cristalino quedó flotando en el aire.

—Por el futuro —brindó Arantza, que dio un pequeño sorbo mientras observaba a Fernando.

Lo veía más apuesto. Se notaba que había empezado a cuidar su aspecto. Estaba algo más delgado y la americana de lana azul, la camisa blanca y la corbata gris le sentaban de maravilla, otorgándole una apariencia de distinción estilosa. Además, parecía haberse bañado en un agradable y varonil perfume amaderado que le hacía muy sensual. Se fijó en lo definido de sus rasgos faciales, en su pelo castaño, bien peinado con un leve toque de fijador, y en la sinceridad de su mirada. Era un hombre atractivo, muy atractivo. Y era una buena persona, sin aditivos ni

engaños; con valores. Un hombre del que te podías fiar. Algo muy difícil de encontrar hoy en día.

—Me indican que ya tienen su mesa lista. Pueden pasar cuando lo deseen —anunció el camarero.

Pasaron al comedor, una amplia sala decorada en color ocre y blanco, con arañas de cristal de Bohemia y sillas de nogal tapizadas en Jacquard amarillo. El *maître* los acompañó hasta la mesa y, después de acomodar a Arantza, les cedió las cartas. Mientras Fernando hojeaba la carta de vinos, Arantza buscaba el plato más barato. Daba lo mismo. Ninguno bajaba de los treinta y cinco euros.

«Bueno, pues nada —pensó—. Al lío». Y comenzó a elegir sin mirar a la derecha de la carta.

Fernando seguía muy animado y, en apariencia, no se mostraba espantado pensando en la factura.

—¿Tinto o blanco? —preguntó.

—Me da lo mismo.

—Entonces, podemos seguir con el champán. —Pidió una botella de Taittinger.

Arantza estaba alucinada con la exhibición de clase y saber estar de Fernando. No se lo esperaba para nada, sobre todo estando en el lugar que estaban.

—Tienes el morro fino —dijo Arantza, sorprendida.

—¿Quieres que te diga la verdad? No tengo ni idea de lo que he pedido —susurró.

—Pues no lo parece. A mí me ha dado la impresión de que estás en tu salsa —respondió Arantza poniendo su mano sobre la de él.

—Algo bueno debe de tener estar tanto tiempo con un finolis como José Antonio. Siempre se pega algo.

Arantza le miró con los ojos muy abiertos reclamando su atención.

—¿El de la esquina no es Plácido Domingo?

—Puede ser.

Y se volvió sin mostrar interés.

Ella enmascaró un gesto con la cabeza.

—Y mira quién está con él —susurró.

Frente al tenor, una mujer comía un plato de ensalada, con un placer y una sensualidad palpables.

—Me suena de algo. ¿Quién es?

—¿En qué mundo vives, Fernando? Es María Ros, la periodista más famosa del mundo del corazón.

—Pues ni idea.

Llegaron tres camareros con los primeros platos, seguidos del *sommelier,* que sirvió el champán mientras otro auxiliar se encargaba de llenar las copas de agua.

—Si no te molesta que te lo pregunte —dijo Fernando cambiando de tema—, ¿cómo llegaste tan rápido a ser intendente? No me malinterpretes, no dudo de que tengas las capacidades necesarias, pero es un caso poco habitual el tuyo.

—No hay ningún misterio. Cuando entré en la Ertzaintza, estaba terminando Derecho en la Universidad de Deusto. Después de trabajar contigo, me surgió la oportunidad de irme, con una beca del departamento, dos años a Estados Unidos y obtener un máster en Criminología por la Universidad de Pensilvania. Y allí que me fui. Vi la oportunidad y la aproveché. Tampoco me supuso una traba ser mujer. Al contrario.

—Rompiste el techo de cristal —rio Fernando.

—Más bien, pude abrir la ventana. Cuando a alguien del departamento se le encendió la bombilla de la igualdad, algunas pudimos sacar la cabeza y, claro, al darse cuenta de que no había suficientes mujeres en puestos de alto rango, aparecieron las urgencias políticas y comenzaron a promocionarnos, que, por cierto, ya era hora después de tantos años. Yo estaba en el sitio adecuado en el momento adecuado y con la cualificación adecuada. A veces el factor suerte es determinante —dijo con un punto de modestia.

—Y con una pizca de ambición y toneladas de talento —apostilló Fernando.

—Yo no diría tanto —sonrió.

Fernando Cuesta levantó la burbujeante copa de champán y bebió un sorbo.

—Cuéntame algo de tu vida. ¿Dónde naciste?

—En Bilbao, nací y crecí en el barrio de Santutxu. *Aita* trabajaba en Metacal en Bolueta y la *ama* regentaba una mercería en la calle Iturribide. Tenía un hermano mayor que murió a los veintitrés años en un accidente de moto en Durango.

—Lo siento.

Arantza hizo un gesto quitándole importancia.

—Yo tenía diez años. Mis padres nunca lo superaron. *Ama* murió de pena a los dos años y *aita* hace ya ocho años que murió de cáncer. Pero hasta su muerte sufrió depresión. Mi *amama*, que es un sol, vino a vivir con nosotros y ella me crio. Ahora está en una residencia. Yo la visito casi todos los días, pero ya ni me conoce. Tiene alzhéimer, la pobre.

—Tuvo que ser muy duro para ti.

—El tiempo lo cura todo. Así que, ya ves, entendí pronto que la vida es una lucha constante y nadie regala nada. Que, o te espabilas, o te espabilan.

—Pues has sabido sacar provecho de una experiencia tan dura —se admiró Fernando.

—Es lo que hay.

—Supongo que no te vas a quedar aquí. ¿Vas a por la superintendencia?

Arantza sonrió.

—Estoy contenta de trabajar contigo, Fernando —dijo mientras levantaba la copa invitándole a un brindis.

—No sabes cuánto he echado de menos estas calles y este trabajo. Bilbao es el mejor lugar para un *ertzaina*

Fernando chocó su copa contra la de Arantza.

—Lo es —afirmó ella.

—Hubo un tiempo en que no me di cuenta. Estaba quemado y soñaba con vivir tranquilo, dejar las calles para irme lejos de todo aquello; harto de mirar debajo del coche, de cambiar recorridos, de miradas oblicuas y de toda aquella mierda. Soñaba con alejarme de aquí para respirar, poder salir a pasear cada mañana, oír el canto de los pájaros. Pero ¿sabes qué? Pasear es un coñazo, los pájaros te despiertan por la mañana y en Málaga hace un calor que no hay quien lo aguante. Además, no me gusta nada el pescaíto frito —sonrió Fernando.

—Pero allí tienes un clima envidiable.

—¿Y qué gracia tiene pasear bajo el sol cuando puedes hacerlo entre el *xirimiri*?

Arantza rio.

—Es lo bueno de Bilbao, que nada es previsible. Puede pasar cualquier cosa. Aquí estamos cenando, dos almas en pena, con Plácido Domingo y hace unos días estábamos jugándonos la vida sin saber muy bien por qué.

—Lo que está claro es que Bilbao será lo que sea, pero nunca te aburre —dijo Arantza, mientras un camarero rellenaba de nuevo sus copas.

—¿De verdad que no te gusta el pescaíto frito?

—Lo digo de broma. La gente de Andalucía es encantadora y se come muy bien. Pero la verdad es que nunca llegué a sentirme cómodo. Siempre tuve la sensación de ser un pez fuera del agua. No sé si me entiendes. Además, yo no vivía en Málaga capital. Vivíamos en Cómpeta, un pueblecito de la Axarquía. Y aquello es muy tranquilo. Con tanta calma casi me vuelvo loco. Donde esté el bullicio del Casco Viejo, que se quiten los pajaritos y los aguacates de la Axarquía.

Mientras Arantza reía, fruto de las bromas de Fernando, pero también de las tres copas de champán que se había tomado ya, llegaron los segundos platos a manos de otros tantos camareros con guantes blancos.

—A esto se puede uno aficionar enseguida —añadió Fernando recostándose contra el respaldo de la silla mientras degustaba un bocado de *tataki*.

Arantza se esmeraba en preparar un bocado perfecto con el tenedor y la pala de pescado. Se lo puso en la boca y lo saboreó con delectación sintiendo que aquello era lo más delicioso que había probado en su vida.

—No es el momento ni el lugar, pero tendremos que hablar de lo ocurrido en el parque —comentó la intendente.

—Tienes razón, no es el momento ni el lugar —replicó Fernando moviendo los hombros de manera despreocupada, como si estuviera restándole importancia al asunto.

—Cada vez entiendo menos a los policías como tú.

Arantza esbozó una sonrisa.

—Aunque pasen los años, seguís pensando que hay que quebrantar la ley para mantenerla.

Se quedó en silencio, escuchando la música. Tomó un sorbo de champán con un gesto de aprobación. Parecía satisfecha con su reflexión.

—Está bueno, ¿verdad? —contestó Fernando apurando su copa. Era ya la cuarta y se sentía eufórico.

—Niños malcriados, esa es la definición que mejor os define —insistió Arantza, que no quería cambiar de conversación.

—Creo que no eres justa porque… ¿qué es, a fin de cuentas, el procedimiento? ¿Es algo real o es una justificación fingida? ¿Debemos respetarlo siempre o únicamente cuando no se interpone en el conocimiento de la verdad? —divagó Fernando, que empezaba a ponerse etílicamente trascendente.

—Lo digo como lo pienso, Fernando. Los *ertzainas* de la vieja escuela sois cerriles, inmaduros e insufribles. Con esas incomprensibles y perversas lealtades. Entiéndeme, que no lo digo como crítica. Solo que, como *ertzaina* y como mujer, me cuesta entenderlo.

—Las mujeres lo veis de otra manera porque no entendéis el concepto de compañerismo como lo entendemos los hombres. Una mujer ve en otra a una rival. Un hombre ve en otro hombre a un cómplice.

—¿Se puede ser más machista? —rio secamente con una sola sílaba—. Las mujeres somos más prácticas. Estamos más centradas en la realidad. ¿No te has fijado nunca cuando coinciden, jugando, un niño y una niña? El niño es un trozo de carne con ojos que se entretiene viendo volar a una mosca. Y la niña está atenta a todo, examinando, analizando, calibrando y evaluando sus actos porque sabe que está en un mundo que no le va a poner las cosas fáciles. Eso la hace astuta, prudente y calculadora. Le proporciona una lucidez innata de la que carece el niño porque no la necesita. Las mujeres tenemos que demostrar valía, a los hombres se os supone.

Se le quedó mirando, con la cara sonriente enmarcada sobre las palmas de las manos, viendo el efecto que sus palabras estaban causando en Fernando.

El silencio de Fernando la animó a continuar hablando:

—Los hombres sois simples y previsibles por vuestra irracionalidad. Las mujeres somos complejas y misteriosas por nuestra impenetrabilidad.

—Puede ser —admitió, sin mucha convicción.

—Estate seguro. Miles de mujeres de todos los tiempos corroborarían mis palabras.

No respondió porque realmente ignoraba la respuesta. Observaba pensativo la copa que hacía girar entre sus dedos índice y pulgar. Arantza puso una mano sobre la suya.

—No me digas que te he asustado.

—A lo mejor.

—Venga, tú lo que quieres es seguir jugando —añadió sonriendo.

Salieron del restaurante, pasadas las doce y media de la madrugada, agarrados del brazo en silencio, escuchando el eco de sus pasos en el mutismo sosegado de la Gran Vía. Los semáforos cambiaban de verde a ámbar y de ámbar a rojo con lánguida soledad. Había dejado de llover y un zarpazo en la oscuridad del cielo permitía ver el tenue fulgor de la luna y algunas estrellas.

Al cruzar el puente del Arenal, llegó hasta ellos una brisa fría que se entreveraba con el olor a lluvia reciente y calle mojada. Fernando estaba cansado, pero era una sensación de agradable debilidad; una extraña armonía que le hacía sentirse en paz con el mundo y consigo mismo. Tal vez el alcohol ayudaba a ello.

Caminaban en silencio, agarrados de la mano, absortos el uno en el otro. Y así, de ese modo, llegaron a casa de Arantza. Subieron despacio la escalera, ella delante de él, hasta el último piso. Entraron, únicamente iluminados por las luces de la noche. En la penumbra de la habitación, se abrazaron frente a la cama. Fernando hundió sus manos bajo la ropa interior de la mujer hasta sentir su carne trémula, cálida y palpitante. Ella se giró fundida en un tibio abrazo lleno de besos. No se dijeron nada. Todo ocurrió como era inevitable que ocurriera: con naturalidad, penetrando en el florido pensil en el que anidan las hadas, donde ni la fatali dad, ni la muerte ni la desdicha tienen cabida. Donde los sueños se tejen con hilos de luz y la esperanza se convierte en realidad. Y aunque el mundo siga girando, allí, en este rincón escondido, el tiempo se detiene.

Capítulo 23

Fernando se había quedado en la cama hasta pasadas las diez de la mañana. La sugerencia del *sommelier*, de pedir una botella de Montilla-Moriles para maridar la degustación de postres, aparte de que le había costado un ojo de la cara, había sido el clavo que aún sentía remachado entre sus cejas. Pero mereció la pena porque se podría decir que era el mejor vino que había probado en su vida. De hecho, toda la velada mereció la pena, aunque la factura había supuesto el sueldo de una semana.

Y ahora estaba allí, una vez más, enfrentándose a la desalentadora familiaridad de los efluvios cáusticos del formaldehido y el desinfectante, que no conseguían enmascarar el hedor de un cuerpo humano en descomposición. En el centro de la sala, José Antonio Fernández de Ubieta observaba el trabajo del patólogo y su ayudante. Junto a ellos, la estrella del espectáculo: el cadáver putrefacto de Santa Coloma, tendido sobre una mesa de acero inoxidable increíblemente brillante. Un círculo focal de cinco luces iluminaba la necropsia. El cuerpo, o lo que quedaba de él, se encontraba segmentado y flanqueado por una serie de órganos ajados y cortados en láminas: el corazón, los pulmones, el hígado y varias glándulas parduzcas, que Fernando no hizo el esfuerzo de reconocer, estaban repartidos alrededor del cuerpo putrefacto, que, a pesar de todo, no era de los peores que había tenido que ver. El olor supurante de los fluidos corporales se amalgamaba con el de tierra húmeda y el moho. Los dípteros y coleópteros necrófagos habían dejado poca carne en los huesos, pero daba lo mismo; ante un cadáver siempre tenía la misma sensación de arcada reprimida rebotando en las paredes de su estómago. Se alegró de haber tenido la prudencia de no desayunar.

El médico, un hombre de pocas palabras, hojeaba unas notas levantando unas gafas negras que tenía sobre la punta de la nariz.

—Según el acta de defunción, murió de cirrosis hepática —apuntó el juez.

—Eso ya lo sé —contestó el médico con evidentes signos de crispación en su voz—. De hecho, fui yo quien certificó su muerte.

—Gracias, doctor.

El forense asintió con un bufido y continuó consultando sus notas.

—Tengo ya los resultados del laboratorio y le puedo adelantar que…

—Un segundo, doctor. Vamos por partes, si no le importa. ¿Supongo que ya han corroborado que este cadáver corresponde a Rafael Santa Coloma? —interrumpió el juez.

—Sin ninguna duda. Hemos comprobado su historial dental —contestó secamente.

—Perfecto, siga, por favor.

—Según el expediente hospitalario, el paciente ingresa en Urgencias del Hospital de la Virgen Blanca el 6 de agosto del 2021 con síntomas de hepatitis. La exploración posterior determina la presencia de un carcinoma hepático en fase 5 avanzada con metástasis. Por acortar, que no tenía cura. El cáncer se había extendido por todo el cuerpo y el fallo multiorgánico era inminente. Murió a los dos días. Yo mismo certifiqué su defunción.

—¿Por qué no se le hizo la autopsia?

—Estábamos en plena pandemia. ¡Contento de que se le ingresara! —exclamó el forense—. Además, la causa de la muerte era evidente, no hubo nadie que lo solicitase y no había sospechas de que la defunción pudiera ser irregular, por lo que se siguió el procedimiento habitual.

—Siga, por favor —conminó el juez.

—La necropsia que se le ha realizado, a instancias de usted, no ha revelado patología, dolencia o herida fuera de lo común, ni ninguna irregularidad en la causa de la muerte. Por lo que mantengo mi conclusión, Rafael Santa Coloma falleció por un fallo multiorgánico a consecuencia del tumor hepático que padecía.

El médico miró a José Antonio Fernández de Ubieta, que permanecía impasible con un gesto de escepticismo, sin decir ni una palabra, y prosiguió hablando con una cierta calma irritada:

—El tumor principal estaba alojado en el lóbulo derecho del hígado, tenía el tamaño de una naranja y pesaba trescientos cincuenta gramos. También aparecen tumores metastásicos en riñones, páncreas y pulmones. Aparte del cáncer, se detectan síntomas vinculados al alcoholismo y cierto grado de desnutrición.

—¿Algo más? —preguntó el juez.

—Algo como qué.

—Drogas, toxinas…

—Los tejidos no presentan restos de toxina alguna. Tampoco aparecen heridas ni patologías. Al menos, que se puedan detectar a un cadáver después de dos años enterrado.

—El micro carcinoma hepático es causado, principalmente, por el alcoholismo, ¿no es así, doctor? —intervino Fernando Cuesta.

—No, exclusivamente, pero sí. Es una de las causas principales.

—Entonces, podemos afirmar sin ninguna duda que Rafael Santa Coloma murió de cáncer provocado por una cirrosis hepática producto de su alcoholismo. ¿Lo certifica usted, doctor? —insistió el juez.

El médico, exasperado, cogió el hígado apergaminado y negro y lo puso frente a la cara de José Antonio Fernández de Ubieta, que ni se inmutó.

—¿No me cree? ¡Cójalo! ¡Pálpelo, joder! Es un tumor maligno y este pobre desgraciado murió a consecuencia de él. Tan seguro como de que me llamo Miguel Ángel Egurrola Artetxe.

Fernando, ausente de la discusión, estaba concentrado mirando el cuerpo.

—Un momento, doctor. ¿Tiene una lupa?

Había detectado algo en el pectoral, a medio descomponer, del cadáver. El inspector Cuesta y el forense examinaron el área con atención. La luz de las lámparas quirúrgicas delineaba los contornos de los puntos, revelando su disposición triangular. Fernando, con una lupa en mano, analizó cada detalle: la pigmentación, la profundidad de la tinta y la precisión de la marca.

—Aquí está. El mismo tatuaje que los otros dos.

Abandonaron el Anatómico Forense en silencio. José Antonio estaba inmerso en sus pensamientos y no despegó los labios hasta que tomaron la calle Buenos Aires en dirección al puente del Ayuntamiento.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó.

—Interesante. Interesante y asqueroso —contestó Fernando.

—Tengo que reconocer que me lo esperaba.

—¿Lo del tatuaje? Sí, también yo, pero no me negarás que esto crea muchas incógnitas. Podría ser una coincidencia.

—No lo creo. ¿Qué posibilidades hay de que tres personas diferentes elijan exactamente el mismo diseño?

—¿Podría ser un símbolo de algún grupo, hermandad o algo parecido?

—Es posible, pero necesitamos más información. Tenemos que verificar si existe algún registro de este tatuaje en algunas bases de datos.

—Exacto. Debemos considerar todas las posibilidades. Pero una cosa está clara: ese tatuaje no

es una coincidencia.

Al llegar a la plaza de Ernesto Erkoreka, dio un giro para dirigirse a la calle Sendeja.

Fernando puso cara de sorpresa.

—¿No vamos a la comisaría?

El juez negó con la cabeza.

—Llevamos más de dos semanas investigando las muertes de Mikel Olaeta y Antonio Suárez. Hemos encontrado a Rafael Santa Coloma y tenemos que averiguar el nexo que les une. Estamos aquí para obtener respuestas y no nos vamos a ir sin conseguirlas.

Según el certificado de defunción, el domicilio de Santa Coloma constaba en número 67 de la calle Cortes. José Antonio condujo hasta allí, pasando despacio entre el marasmo maleante de camellos, yonquis, prostitutas y chaperos. Detuvo el vehículo unos metros más adelante, frente a un club de alterne. Eran las once y media de la mañana, pero ya tenía encendidas las luces de neón, de las que la D y la N de la palabra «Edén» estaban fundidas. Frente a la entrada, tres viejos borrachos hablaban con un travesti embutido en una minifalda de lentejuelas y un top del que sobresalían dos lorzas de grasa. Los cuatro miraron fijamente a los dos hombres.

—Otra vez aquí —suspiró Fernando, contemplando el edificio desconchado y engalanado con tomas ilegales del alumbrado público—. Es bonito esto, ¿verdad?

—Precioso —ironizó el juez.

De los balcones pendían tendederos improvisados con ropa colorida y de mala calidad. Fernando indicó con la mirada a los cuatro tertulianos que habían vuelto a su ocupación anterior: pasarse el cartón de Don Simón y apurar la chicharra de un canuto, aplastando el filtro con los dedos pulgar e índice muy cerca de la brasa.

—Seguro que estos nos pueden decir algo. Otra cosa es que quieran. Ya nos han tomado la matrícula —dijo Fernando.

—Pues hala, Fernando. Procede.

—¿Quién, yo?

—Quién mejor que tú, un poli de calle que conoce los códigos del lumpen.

—¡Hay que joderse!

Fernando entró en un pequeño colmado regentado por una familia china. A los pocos minutos, salió con una botella de J&B en una bolsa de plástico blanca.

José Antonio le miró sorprendido.

—Buena idea. Un regalito siempre ayuda a romper el hielo.

—Y si falla, tenemos el plan B.

—¿Plan B?

—Priva o pasta. Cualquiera de las dos opciones vale. Así que dame cincuenta euros, que me he dejado la cartera en casa —reclamó Fernando, muy serio.

José Antonio echó mano a la ingle.

—Bien jugado, inspector. Bien jugado.

Fernando se acercó al grupo con la botella en la mano.

—¿Qué tal, colegas? ¿Todo bien por aquí?

Silencio.

—Soy el inspector Cuesta y aquel baranda que está allí es el juez Ubieta.

Silencio indiferente.

—Solo queremos un poco de información. No venimos a putearos. Ni siquiera os vamos a pedir que os identifiquéis. Solo queremos saber si alguno conocía a un tal Santa Coloma, Rafael Santa Coloma, que vivió en este portal hace un par de años.

Uno de los indigentes levantó la vista y sin perderle la mirada dejó caer suavemente un salivazo entre los pies.

Fernando mostró la botella de *whisky* y se la ofreció.

—¡J&B! —exclamó.

—Este cipayo tiene clase —dijo el más viejo, mostrando una dentadura infectada de piorrea.

—A la policía poco y al revés —apuntó otro de corta estatura, enfundado en una chaqueta que le venía tan grande que las mangas le llegaban por los nudillos—. El que quiera saber que vaya a la escuela. ¡No te jode!

José Antonio, desde la acera opuesta, no perdía detalle. Apoyado en su Mercedes, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, observaba atentamente.

—Venga, hombre, no me dejéis en ridículo delante de este pureta. ¿Eh? Por los viejos tiempos.

El travesti aceptó la botella, dio un buen trago y se la pasó a los demás.

—Anda, siéntate, bujarrón.

Fernando se sentó, con cuidado de no pringarse, en el bordillo chicloso de la acera. El yonqui desdentado dio un trago.

—¿Tú no quieres un poco, pureta? —le ofreció a José Antonio, levantando la botella.

—No bebo, gracias.

Todos rieron.

Con un marcado amaneramiento, el travesti se atusó la peluca de pelo sintético.

—Me llamo Luchi —se presentó—, pero todos me llaman Colorines. Tú puedes llamarme como quieras, maricón. ¿A quién dices que buscáis?

—A Rafael Santa Coloma —dijo José Antonio, que se había unido al grupo.

—Claro que conocía al Rafa —desveló Colorines—. Vivía aquí, en una habitación del segundo piso, en la pensión de la Puri. Creo que murió de la mierda esa de COVID, hará un par de años.

—Sí, ya me acuerdo. Estaba mucho con el Chapas, que también la palmó. Todo el puto día discutiendo de chorradas —barboteó el borracho desdentado, que aprovechó para dar otro lingotazo.

—Era un tío listo. Había ido a la universidad y sabía un mogollón de cosas de religión y filosofía. Pero estaba siempre solo. Nunca le visitaba nadie —apuntó el otro drogadicto, que hasta el momento no había despegado los labios—. Yo también tengo estudios, ¿sabes, colega? Por eso lo sé.

Fernando Cuesta se levantó del suelo sacudiéndose el culo del pantalón.

—¿Sabéis si alguien reclamó sus cosas?

—Ni idea, maricón. Aquí cuando alguien la palma se limpia la habitación… y a otra cosa. Bueno, a lo mejor la Puri guardó algo. Le tenía bastante aprecio. Ya sabes cómo te digo —dijo Colorines, golpeando repetidamente los índices de sus manos llenas de baratijas.

—¿Por qué no subís a preguntar? Es el segundo derecha. No pone nada de pensión ni nada. Pero seguro que está la Puri. Siempre está —dijo el desdentado.

José Antonio les dio las gracias.

El portal olía a orines y porquería acumulada. Comenzaron a subir por la escalera de madera que crujía de manera alarmante.

—Has andado listo al preguntar por sus pertenencias —apuntó el juez—. ¿Te encargas también de camelarte a la Puri?

—Dalo por hecho. ¿Qué tal si me das otros cincuenta pavos? Lo digo por si acaso.

—No te pases, Fernando.

—Vale, vale. Por intentarlo que no quede.

Llamaron a la puerta y les abrió una mujer menuda, de unos setenta años, pulcramente peinada y ataviada con un delantal reluciente. La casa era vieja, pero la madera se mostraba lustrosa al igual que el anticuado mobiliario. Toda la estancia olía a lejía perfumada y desde el pasillo llegaba el aroma de un guiso de legumbres con carne.

—¿Sí?, ¿qué desean? —demandó la mujer, educadamente.

—Somos el inspector Cuesta y el juez Fernández de Ubieta. Estamos investigando un asunto relacionado con Rafael Santa Coloma, que vivió aquí. Y nos preguntábamos si, por casualidad, usted guardó algunas de sus cosas cuando falleció —dijo Fernando, mostrando su identificación.

—No la molestaremos más de lo necesario —continuó el juez.

La mujer se frotó las manos en el delantal y les invitó a pasar.

—Pasen, pasen. La verdad es que no suelo guardar nada de los huéspedes, pero el caso de Rafael es distinto. El pobre murió aquí, ¿saben? No tenía muchas cosas y las he guardado por si alguien las reclamaba, pero hasta la fecha ustedes son los únicos que han preguntado por él.

Fernando miró a José Antonio.

—¡Bingo! —pronunció moviendo los labios en silencio.

—Usted que es más alto… Es aquella caja que está arriba —dijo la mujer, indicando una caja de cartón situada en un armario empotrado del pasillo. Fernando llegó con dificultad a la caja, que estuvo a punto de caerle encima, y la depositó en el suelo.

—¿Le importa que miremos? —preguntó el juez.

—No, no. Como si se la quieren llevar. A mí no me hace falta para nada.

La caja contenía algunos libros y una pequeña caja metálica de galletas Fontaneda, descolorida por el paso del tiempo.

—*El extranjero,* de Albert Camus —murmuró José Antonio, examinando el lomo de los libros —; *Sapiens,* de Noah Harari; *Un mundo feliz,* de Aldous Huxley; *Cien años de soledad.* Parece que a nuestro amigo le interesaba la literatura.

Fernando Cuesta abrió la caja de galletas, que estaba algo oxidada. Del interior se desprendió un olor a papel viejo y polvo. En la caja había varios objetos: un llavero del Athletic, una fina cadena de oro con un Eguzkilore y una postal de la bahía de La Concha con una dedicatoria: «Para Rafa de su profesor y amigo Salvador Salcedo». También encontró dos billetes de mil pesetas, algunas monedas y un mechero Zippo con el anagrama del sol negro.

José Antonio sacó de la caja el libro de García Márquez y pasó rápidamente las hojas. Una fotografía cayó al hojearlo. Era una foto, ajada por el paso del tiempo y la humedad, de cinco jóvenes posando frente a una fuente de mármol, en un parque con naranjos. El juez la recogió y la examinó con detenimiento.

—Juraría que el de la derecha es Olaeta. ¿Reconoces a los otros?

Fernando Cuesta miró la fotografía y enseguida distinguió la cara avinagrada de Ansuátegui, con su pelo engominado. Los que estaban a su lado, sin lugar a duda, eran Rafael Santa Coloma y Antonio Suárez. Al quinto no lo pudo identificar.

—Este no sé quién es.

—Yo tampoco. Lo cierto es que me suena, pero no sé de qué —dijo el juez.

—Da lo mismo —replicó Fernando, con los ojos brillantes de alegría—. Ya lo tenemos. Sabemos que Olaeta, Suárez, Ansuátegui y Santa Coloma se conocían. Es la prueba que andábamos buscando y ya la tenemos.

Se despidieron de Puri, que les invitó a un café, y salieron a la calle. Al abandonar el edificio, se encontraron con los tres yonquis. Colorines ya no estaba con ellos.

—¿Qué?, ¿habéis encontrado algo, maderos? —les preguntó el desdentado.

—Algo hemos encontrado, muchas gracias —contestó Fernando, que se acercó y le dio los cincuenta euros. El borracho los cogió con rapidez y se volvió hacia sus compañeros, dando unos pasos de baile, mostrándoles el billete, levantándolo sobre su cabeza.

—¿A qué hora volvéis mañana? —preguntó con una risa enfisémica mientras entraba en el puticlub.

—Hemos avanzado mucho —dijo el juez, abriendo la puerta del Mercedes—. Ahora sabemos que estuvieron juntos en algún lugar de Andalucía, juraría que Sevilla, en los años noventa.

Fernando le miró incrédulo.

—¿De dónde sacas eso?

—Por los billetes de mil pesetas anteriores al 1986. La fuente que aparece en la foto bajo ese cielo azul intenso y los naranjos es la típica plaza andaluza. Y me suena que pueda ser el barrio de Santa Cruz de Sevilla. Y no creo que sea una casualidad que vuelva a aparecer el sol negro.

—¿Y todo eso lo has deducido de un par de fotos y una cajita de galletas?

—Tras los pequeños detalles están los grandes hallazgos, inspector —respondió didáctico el juez.

Mientras conducía por la calle en dirección a Atxuri, José Antonio se dirigió a Fernando.

—Busca en Google al profesor Salvador Salcedo. A ver qué podemos saber de él.

Aún no habían llegado al puente de San Nicolás, cuando Fernando ya tenía localizado al profesor.

—Aquí pone que es catedrático de Historia en la Facultad de Vitoria. Y, según esto, aún está en activo.

—Por la edad, será profesor emérito —apuntó José Antonio—. Llama a la universidad a ver si podemos localizarle.

Fernando marcó el número de la UPV y consiguió concertar una cita.

—Ha costado, pero lo tenemos. Nos ha citado hoy a las cinco de la tarde en su despacho.

—Pues no hay tiempo que perder. Vamos a Vitoria. Es hora de comer, pero ya picaremos algo allí. Estamos en la buena senda, Fernando. Sabemos que los cuatro estuvieron juntos, al menos en una ocasión. Nos falta por determinar en qué lugar y qué les unía.

Pisó el acelerador para incorporarse a la A-68. El inspector Cuesta le observó desde su asiento. Estaba como un sabueso tras la pista, concentrado y entusiasmado a partes iguales.

Una hora después, el Mercedes circulaba por la avenida de Gasteiz en dirección al campus alavés. José Antonio aparcó en las inmediaciones de la estación de ferrocarril. Fernando dedicó una sonrisa a un grupito de chicas sentadas en la terraza de un bar. Cruzaron la calle y caminaron hacia la austera fachada de ladrillo de la Facultad de Letras. Entraron en el edificio por la altísima puerta acristalada, donde ya les esperaba un tipo de aspecto pedante, pelo ralo y agrisado, vestido con un jersey de lana gris, un fular morado y una pipa apagada entre los dientes.

—El juez Fernández de Ubieta, supongo —dijo mirando su reloj de pulsera—. No dispongo de mucho tiempo.

José Antonio le extendió la mano.

—Este es el inspector Cuesta, de la Ertzaintza.

El profesor estrechó la mano del juez, pero evitó el saludo a Fernando Cuesta.

—No se me ha informado de que vendría con un policía.

Al *ertzaina* no le gustó la forma en que dijo la palabra «policía». «Mal empezamos», pensó.

Fernando Cuesta ya conocía el tipo de profesor que era Salcedo. Era de esos disidentes del orden que aborrecen profundamente el trabajo de la policía. Alguien que se siente agredido y

amenazado ante la presencia de un agente y que iba a utilizar todos los tópicos sobre la intimidad, la protección de datos y cualquier cosa que le sirviese para tocar las narices al sistema.

—Desde ahora le informo que no voy a facilitarles datos de mis alumnos, a menos que vengan con una orden —aclaró, muy serio.

—Por supuesto, profesor —acató el juez—. ¿Dónde podemos hablar?

—Aquí mismo. No voy a dejar que la policía entre en mi despacho. Y, por favor, sea breve, tengo mucho trabajo.

Salieron caminando hacia un banco situado bajo las ramas desnudas de unos ciruelos japoneses. José Antonio se sentó junto al profesor, mientras Fernando permanecía a unos metros con las manos en los bolsillos.

Salcedo sacó una cajita de picadura de latakia de la marca Commonwealth, comenzó a recargar su pipa de madera, sacó una caja de cerillas y la encendió inhalando el aire con bocanadas constantes.

—Usted dirá.

—¿Recuerda usted a Rafael Santa Coloma? Fue alumno suyo.

—Claro que recuerdo a Rafael. Un alumno brillante. Pero ¿por qué no habla usted con él y deja de molestarme a mí?

—Murió hace dos años. Me extraña que no lo sepa.

—Perdimos el contacto cuando se licenció.

—Entonces, profesor, tal vez no sea usted la persona más indicada para hablar sobre Rafael Santa Coloma —añadió, como quitando relevancia a las palabras del profesor.

José Antonio mostró intención de levantarse y el profesor Salcedo se movió incómodo en el banco.

—Era un alumno excelente. Discutimos y perdimos el contacto cuando regresó de Sevilla. Fue allí a recopilar información para su tesis y al regresar lo dejó todo. Abandonó sus estudios. Algo impensable de alguien que, como él, poseía una inteligencia privilegiada. A mí no me pareció bien y nos distanciamos. Le regalé un libro, creo que fue *Cien años de soledad*, el día de su graduación y no volvimos a tener contacto.

El profesor continuó tras una pausa que aprovechó para volver a encender su pipa.

—¿De qué murió?

—Lo siento, profesor, pero esa información es secreto de sumario.

—¿No moriría asesinado?

—Ya le digo que no puedo darle esa información. A no ser que conozca usted a algún familiar o a alguien cercano a Rafael Santa Coloma. Porque conocerá usted a algún familiar, ¿verdad? —preguntó taimadamente el juez.

Salcedo parecía frustrado.

—Nunca hablaba de su familia y no recuerdo que nadie viniera nunca a visitarle. Ni el día de su graduación vino nadie.

—Una pena que no pueda aportar mucho a la investigación, profesor —continuó sibilino el juez —. ¿Y dice usted que no ha tenido contacto con él desde que se graduó en 1986?

—En octubre de ese mismo año me llamó por teléfono para despedirse. Se iba a una especie de voluntariado a una comunidad religiosa. Siempre mostró interés por los temas relacionados con la religión, hasta el punto de que su tesis doctoral fue sobre la lanza de Longinos. Yo mismo fui su tutor, hasta que decidió dejarlo. Pensé que era una etapa que debía cubrir y que en algún momento volvería a retomar su actividad académica. Si le soy sincero, nunca perdí la esperanza de ver su nombre en alguna publicación o en algún libro.

José Antonio Fernández de Ubieta mantuvo un silencio cómplice y Fernando Cuesta no pudo evitar una sonrisa al ver cómo funcionaba la estrategia del juez.

—Esto es algo irregular, pero en vista de que es usted la persona más cercana le informo de que Rafael Santa Coloma era un alcohólico que murió de cirrosis en una pensión de Bilbao.

—¡Qué me dice!

El profesor Salcedo se había quedado en *shock*, incapaz de reaccionar a la noticia que había recibido. Fernando se sorprendió al ver que sus ojos se humedecían.

—No me lo puedo creer. ¡Con el futuro que tenía por delante!

José Antonio dejó que el silencio se prolongara durante unos segundos y aprovechó para sacar *Cien años de soledad* del bolsillo de su abrigo.

—Es el libro que le regalé. ¿De dónde lo ha sacado?

—Estaba entre sus efectos personales. Puede quedárselo, si quiere.

El profesor lo abrió y se encontró la fotografía.

—Es él. Está tal como lo recuerdo —dijo al ver la imagen—. Estaba en Sevilla.

—¿Está seguro de que es Sevilla?

—Sin ninguna duda. Esa fuente está en la plaza de Doña Elvira, en el barrio de Santa Cruz. Un lugar de reunión de estudiantes y turistas. He estado allí varias veces. Es inconfundible.

El juez le retiró la foto y, con un ademán indiferente, señaló a los que estaban junto a Santa Coloma.

—Y a los otros, los que están con él, ¿los reconoce? ¿Eran también alumnos suyos?

—No. No reconozco a ninguno. Ya le digo que el barrio de Santa Cruz es lugar de reunión de Erasmus y estudiantes de todo el mundo. Seguramente los conocería allí.

El juez se levantó para despedirse, pero el profesor Salcedo estaba absorto en sus pensamientos acariciando la portada del libro. Parecía abatido.

—Era tan brillante —pensó en voz alta.

Regresaron a Bilbao ya entrada la noche. Fernando se mostraba ilusionado con el avance de la investigación.

—Al principio, estaba un poco borde, pero al final le has sacado más información de la que esperábamos. Y, encima, ha quedado agradecido. Y mira que era altivo el hijo de puta, ¿eh?

—A veces es mejor ir de torero que ir de toro —aseveró José Antonio—. La información del profesor Salcedo nos abre un camino nuevo. Sabemos que estuvieron en Sevilla en verano de 1986. Y que treinta y siete años después al menos dos de ellos han sido asesinados. ¿Qué les unió y qué ocurrió en aquel año? Esa es la clave, Fernando.

—Oye, ¿qué ha dicho sobre la lanza de no sé qué? —preguntó el inspector.

—La lanza de Longinos. Es la lanza con la que el soldado romano Longinos atravesó el cuerpo de Jesús cuando estaba en la cruz. Hay mucha literatura sobre ello. Algunos historiadores hasta la relacionan con Hitler y el III Reich.

—Cada loco con su tema —dijo Fernando.

Permanecieron unos minutos en silencio mientras José Antonio disminuía la velocidad para incorporarse a la A-8. El juez miró al inspector Cuesta mientras entraban a Bilbao.

—¿Sabes quién dijo: «No es lo malo que los sevillanos piensen que tienen la ciudad más bonita del mundo, lo peor es que tienen razón»?

—Ni idea.

—Antonio Gala. Y ahí es a donde vamos a ir.

—¿A Sevilla?

—Exactamente.

—¡Joder! Me alegro de trabajar contigo. ¡Un viajecito a Sevilla! —exclamó, alborozado.

—Tu trabajo y tu instinto de policía veterano nos han traído hasta aquí y vamos a seguir juntos hasta el final. Así que vete reservando los billetes. En *business* y con la vuelta abierta, a poder ser.

—¿Cuándo vamos?

—Mañana por la mañana en el primer vuelo.

Capítulo 24

Mikel Ansuátegui, absorto en sus pensamientos, contemplaba el Guadalquivir mientras el Audi A8 cruzaba majestuosamente el río por el puente de los Remedios. El conductor tomó la salida por la avenida de María Luisa, ofreciendo vistas panorámicas del parque que llevaba el mismo nombre. Ansuátegui, sin embargo, apenas prestaba atención al hermoso jardín que la infanta María Luisa de Borbón había generosamente cedido a la ciudad en 1893. Ese mismo parque había sido la sede de la Exposición Hispanoamericana en 1929, un evento que dejó una huella imborrable en la historia de la ciudad.

El abundante arbolado que rodeaba la avenida apenas permitía distinguir las torres de la impresionante plaza de España. El vehículo enfiló la avenida del Cid hacia los Reales Alcázares.

—Cruza por la universidad —ordenó.

El conductor giró por la calle San Fernando, adentrándose en el entramado enmarañado de callejuelas y plazoletas del centro histórico de la ciudad. A medida que avanzaban, los edificios blancos y los palacios barrocos cedían su lugar a bloques de viviendas anodinas y barriadas populares de mediados del siglo xx. Finalmente, llegaron a una zona de centros comerciales, pabello nes industriales y poblados de chabolas, todo ello enmarcado por un intrincado laberinto de calles. Aquí y allá, algún lupanar en decadencia se asomaba al borde de la carretera.

Treinta minutos después, el Audi se adentraba en las solitarias calles de Valdezorras, un suburbio cercano al aeropuerto, carente de belleza. La ropa se oreaba en los tendederos de las modestas casas de la calle principal, bajo un cielo aborregado que apenas recordaba que estaban en la hermosa Andalucía. Ansuátegui permanecía abismado en sus pensamientos, sin mirar a través de los cristales tintados del Audi ni dirigir palabra al conductor. Su rostro, imperturbable como el mármol, no mostraba ninguna expresión. Sin embargo, el continuo movimiento de su pierna derecha y la tensión en su mandíbula eran síntomas evidentes de su furia interior.

La limusina tomó un camino de tierra que desembocaba frente a la puerta de una finca rodeada por una malla de acero galvanizado. El Audi se detuvo junto al control de acceso. El conductor mostró su identificación al guardia de seguridad, quien, tras verificarla, anotó la matrícula del vehículo en una tablilla portapapeles. Mientras tanto, el otro guardia inspeccionaba los bajos del automóvil con un espejo de pértiga. Cuando todo estuvo en orden, los vigilantes saludaron con un gesto militar y permitieron el acceso al vehículo.

El camino, plagado de escombros, se asemejaba a un paisaje distópico, como si perteneciera a una zona de guerra. Más adelante, una estructura marrón, en realidad un edificio derruido, estaba tan invadida por una maraña de zarzas que parecía un accidente geológico. Su presencia avizoraba la entrada a un paisaje irreal y fantasmagórico. El Audi continuó su recorrido, dejando atrás las antiguas viviendas de jornaleros y los esqueletos de invernaderos, cuyos jirones de plástico colgaban como cadáveres de ballenas varadas en una playa desolada. Cruzaron una acequia seca, rodeada de juncos y sauces, hasta llegar a una segunda verja de acceso. Esta estaba delimitada por una doble valla rígida de tres metros de altura, vigilada por cámaras de seguridad y sensores de movimiento y coronada por una brillante y amenazadora concertina de arpón.

De la garita emergieron tres vigilantes armados con subfusiles Heckler & Koch, acompañados de un pastor belga. Sometieron al vehículo a una exhaustiva inspección, mucho más intensa que la primera. Una vez finalizada, el responsable hizo una seña a una de las cámaras y la puerta se deslizó suavemente, dejando paso franco a una zona ajardinada. El césped, envuelto en una nube

irisada creada por el sistema de riego, conducía hacia un edificio deconstructivista de hormigón, vidrio y acero, que resplandecía bajo la intensa luz del sur.

Frente al edificio, tres hombres visiblemente nerviosos aguardaban. Uno de ellos, con evidentes signos de agitación, se acercó al coche y abrió la puerta.

—Bienvenido, señor Ansuátegui. Es un privilegio tenerle aquí. Espero que haya tenido un buen viaje —dijo, realizando varias reverencias.

El empresario salió del vehículo mirando a un punto indeterminado, ignorando el saludo como si no hubiese oído nada. Su expresión seguía siendo inescrutable.

—Nos hemos tomado la libertad de prepararle un pequeño refrigerio antes de…

—¿Está listo? —cortó Ansuátegui.

Se produjo un silencio desazonado.

—Es por aquí. Si es tan amable…

Mikel Ansuátegui avanzó tras los tres hombres, que apresuradamente se dirigieron al interior del edificio. El directivo que encabezaba el grupo se detuvo frente a un lector dactilar, deslizando su mano para acceder a una zona de laboratorio donde una gran cantidad de ingenieros permanecían fijados frente a las pantallas de sus ordenadores, elaborando complicados diseños de líneas y formas entrelazadas, como en un *ballet* digital, incomprensibles para el común de los mortales.

—Señor Ansuátegui —gritó un hombre de aspecto árabe que se acercaba por el pasillo—, ¡exijo una explicación! Ser el presidente no le da derecho a…

No le dio tiempo a decir nada más. En cuanto se acercó lo suficiente, Mikel Ansuátegui le lanzó una fuerte patada a los testículos que le dejó postrado en el suelo dando bocanadas, como un pez fuera del agua.

—¿No había despedido yo a este payaso? —preguntó Ansuátegui—. ¿Qué cojones hace aquí todavía?

—Lo lamento mucho, señor Ansuátegui. No sé qué ha podido pasar.

—Saca a esta basura de aquí. Y denúncialo por agresión y allanamiento. Todos habéis visto que ha intentado atacarme y he tenido que defenderme, ¿no es cierto? —dijo mirando al agente de custodia que estaba en la entrada del laboratorio.

—Sí, señor. Por mis muertos, que ha sido así —asintió el joven, con un marcado acento sevillano.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

Pasó por encima del cuerpo de Fadal Serhan sin ni siquiera mirarle. Sacó una tarjeta magnética y la acercó a un lector láser. Puso la barbilla en un soporte y un pequeño rayo de luz verde escrutó su retina. La puerta metálica se abrió con un leve clic. Entraron en una sala vacía, donde una caja rectangular de titanio reposaba sobre una mesa rodeada de dispositivos de seguridad y sensores de humedad y de temperatura.

—Listo —dijo.

Se dirigió a la salida con la caja en sus brazos, a modo de bandeja. Sus acompañantes se mostraban claramente desconcertados, sin saber cómo reaccionar.

—¿Os pensáis quedar ahí o qué? ¡Abre la puerta, cojones!

Uno de ellos abrió rápidamente la puerta metálica y salieron tras él. Como si no lo vieran, volvieron a pasar sobre el cuerpo dolorido de Serhan, que aún no se había recuperado. Cruzaron por los accesos de seguridad y, a los pocos minutos, Mikel Ansuátegui volvía a montar en la limusina que esperaba con el conductor fuera y el motor en marcha. Los directivos no sabían cómo actuar. Uno de ellos intentó despedirse, pero el chófer se lo impidió.

—A la hacienda —ordenó Ansuátegui, poniendo la caja sobre sus piernas.

Capítulo 25

Desde la ventana de la habitación 415 del Hotel Alfonso XIII, Fernando Cuesta contemplaba, extasiado, la mixtura colorista que entramaba el cuerpo de campanas de la Giralda, las palmeras del Patio de las Doncellas, el verde del Guadalquivir y el amarillo albero de las casas señoriales del paseo de Roma, bajo el cielo intensamente azul de la ciudad de Sevilla.

Se sentía dominado por una emoción primaria; una fluidez hedonista y cautivadora, que no discernía si era responsabilidad de la magia del entorno o de la emoción al encontrarse de nuevo frente a la perla del Guadalquivir.

Los recuerdos que le traía aquella ciudad hicieron que notara un nudo en la garganta. Abrió la ventana y respiró profundamente. Unos golpes en la puerta le devolvieron a la realidad.

—¿Qué tal la habitación? —preguntó José Antonio Fernández de Ubieta al entrar en el cuarto.

Fernando miró a su alrededor. En su vida había estado en un hotel de esa categoría. Aquella habitación era el paradigma del buen gusto y de la elegancia propia de la aristocracia andaluza. Por no hablar del tamaño; había pisos en el centro de Bilbao más pequeños que aquella *suite*, que se asemejaba más a un aparta mento con dormitorio, sala de estar, baño y terraza asomada al Guadalquivir que a una habitación de hotel. Aquello tenía que costar un ojo de la cara, pero pagaba José Antonio. Suponiendo que no lo cargase a la cuenta de gastos de su juzgado. En cualquier caso, le daba igual. Él estaba en Sevilla y… ¡qué coño!, pensó. No se merecía menos.

—Podría estar mejor —contestó con una desgana fingida—. El espacio es escaso, las campanas de la iglesia son un tormento y las vistas del río dejan mucho que desear. Pero no te preocupes, me acostumbraré.

—Vale, Fernando —aceptó la ironía—. ¿Qué te parece si salimos a comer? Conozco una taberna en el barrio de Santa Cruz, muy cerca de la plaza de Doña Elvira.

Fernando aceptó la idea con entusiasmo.

—Ya era hora de que propusieras algo sensato.

Salieron del hotel por la Puerta de Jerez. La temperatura era agradable y el sol tímido de noviembre invitaba a adentrarse en las sinuosas y angostas callejuelas de la Sevilla más genuina. Pasaron el Patio de las Doncellas y la Puerta del León, llegando a una plazoleta rodeada de casitas blancas y amarillas, adornadas con naranjos que perfumaban el aire con una fresca sombra verdosa y cítrica. En el centro, un pequeño jardín con jazmines de invierno y galanes de noche albergaba algunas naranjas caídas cerca de una fuente de mármol de Macael, de la cual manaba, sosegado y ondisonante, un arco de agua. Los bancos, ornamentados con azulejos nazaríes de colores vivos que circundaban el jardín, desbordaban rasgueos de guitarra y conversaciones animadas de estudiantes, mientras grupos de turistas iban y venían por las empedradas callejuelas del barrio de Santa Cruz.

José Antonio extrajo la foto de Santa Coloma y buscó el ángulo exacto desde el que fue tomada hace treinta y siete años.

—Se hizo desde aquí. Y justo ahí es donde posaron los cinco, delante de esa pensión —enmarcó la fuente, uniendo los pulga res y formando un marco con las palmas de sus manos. Tras ella, se apreciaba una antigua taberna con un cartel: «Casa Roldán, desde 1907. Se alquilan habitaciones para estudiantes».

—No será fácil, pero, por si acaso, preguntaremos si recuerdan a alguno de nuestros amigos —dijo el juez—. Ahora a comer, que ya es hora. Me apetece un gazpacho y un guiso de rabo de

toro. Aquí al lado hay un bar que los prepara de maravilla. ¿Te parece bien?

—Pues claro. Tengo un hambre que da calambre —respondió Fernando.

Dejaron atrás la judería por la plaza del Triunfo, pasando junto a la catedral para disfrutar de la vista del Patio de los Naranjos y de la torre mudéjar de la Giralda. Siguieron caminando hasta llegar a la Taberna del Alabardero, que estaba muy cerca de la Maestranza, la icónica plaza de toros de Sevilla. En el exterior del local había una terraza en la que la gente comía y bebía con animación.

—¿Prefieres comer fuera o pedimos mesa en el comedor? —preguntó José Antonio.

—Mejor fuera —respondió mientras marcaba el número de Arantza. Tras un par de tonos, la llamada se cortó—. ¡Vaya! —se lamentó—. Estará ocupada.

El juez se dirigió al *maître* y, disimuladamente, depositó un billete de veinte euros en su mano. El jefe de sala hizo una indicación a un camarero que se acercó y les acomodó en una mesa discreta, pero muy bien situada.

—Fernando, tengo unos papeles que me tienes que firmar. Burocracia.

—Ya me lo suponía.

—Este documento es la autorización para llevar armas fuera de Euskadi, este otro la acreditación como agente de policía judicial y este último el compromiso de mantener informada a la Policía Nacional de los pasos que demos en la investigación.

Estampó su firma en cada uno de ellos sin leerlos.

—Supongo que ya habrás imaginado que no estamos aquí solo para seguir los pasos de Santa Coloma —dijo José Antonio mientras tomaba una aceituna aliñada.

—Conociéndote, me espero cualquier cosa.

Ajustó su silla para acercarse más a Fernando.

—Ansuátegui ha establecido aquí un laboratorio y el área de investigación de AIG. Ayer contacté a Mateo Villacís para obtener información sobre las actividades de la empresa. Estaba dispuesto a colaborar, pero me confesó que le ha sido imposible obtener datos. Parece que Mikel Ansuátegui es intocable. Solo ha descubierto que llegó hace dos días desde Marruecos.

Fernando señaló discretamente hacia un grupo de tres guardaespaldas que escoltaban a un hombre de aspecto distinguido, vestido con un traje a medida, alto y esbelto, con un pequeño bigote distintivo y cabello canoso peinado hacia atrás con gel.

—La información es buena, porque mira quién se acerca.

«Esto se pondrá interesante», pensó José Antonio Fernández de Ubieta.

El empresario observaba desde la distancia a los dos hombres sentados en la terraza del restaurante. «Esos dos… ¿no serán ellos? ¡Por supuesto que lo son!». Ansuátegui apenas podía creerlo. Allí estaban las dos últimas personas que esperaba ver. Los había subestimado; eran profesionales y representaban una amenaza para sus planes. Justo lo que menos necesitaba en medio de asuntos tan críticos. Hizo una señal a su escolta.

—Llama a quien sabes y averigua qué hacen aquí estos dos y quién diablos les informa.

La sorpresa inicial se transformó en una furia controlada. Se sentía menospreciado y humillado. Se acercó lentamente a la mesa y, con una sonrisa cínica, se enfrentó a Fernando Cuesta.

—¡Vaya, Cuesta! Qué sorpresa verte de nuevo. Veo que sigues igual de gordo. ¿Sigues tomando viagra para animar a tu amigo del alma? —bromeó, arrancando sonrisas contenidas de sus escoltas.

Fernando permaneció inmóvil, sin apartar la mirada de los ojos de Ansuátegui. Serio y silencioso como un asesino, sosteniendo la mirada cargada de odio del empresario. «Esta vez no vas a descontrolarme, cabrón».

—Y usted, «su señoría», o lo que sea, ¿sería descortés si le pido que me cuente qué hacen por aquí, parejita? —dijo el empresario con sarcasmo.

Silencio tenso, con miradas que se cruzaban afiladas como cuchillos.

—Me han informado de que ha estado metiendo la nariz en mis negocios. Pero ya veo que está aquí para seguirme y acosarme porque no tiene nada. No tenéis nada y no sabéis qué hacer para joderme, ¿verdad?

Silencio.

Ansuátegui sabía que no ganaría nada provocando un enfrentamiento. Lo único que iba a conseguir es que medio cuerpo de Policía de Sevilla empezase a hacerse preguntas. Aunque contaba con amigos influyentes, desafiar a un juez eran palabras mayores. Sin embargo, estaba decidido. Sus trescientas hectáreas de terreno a las afueras de Sevilla eran suficientes para ocultar cualquier cosa. Incluso un par de cadáveres.

—Pero dime, Cuesta —continuó provocador—, ¿tu mujer sigue divirtiéndose con todo el que se pone por delante?

—Oye, tío, sabes que eres un poco plasta —no pudo evitar responder el inspector—. ¿A ti qué te pasó de pequeño? ¿Te traumatizó tu padre?, ¿o es que simplemente eres un imbécil obsesionado conmigo?

Ansuátegui, aparentemente tranquilo, tomó una aceituna del cuenco.

—Te salió mal el asunto con los chinos —insistió el inspector señalando a los guardaespaldas —. Y por eso tienes que rodearte de estos gorilas. Estás acojonado.

Ahora ya estaba claro, pensó. Eran ellos dos los que estaban tras el asunto del parque.

—Lástima que no estuvieras allí para haber podido meterte un par de taponazos entre las orejas —continuó Fernando Cuesta—. Pero tranquilo, al final caerás. Todos caen. Y cuando estés en el talego ya te buscaré un novio que te arregle el ojete. Seguro que algún nazi, de esos que te gustan a ti, se encapricha y te convierte en su putita.

Ansuátegui jadeaba de ira. Pensó en coger la botella de manzanilla y estamparla contra la cabeza del inspector. Le sudaban las palmas de las manos y se las secó en el interior de los bolsillos del pantalón. Aquel juego del gato y el ratón no daba más de sí. Miró su reloj: las dos y media. «No puedo perder más tiempo con tonterías —pensó—. Tengo cosas mucho más importantes que resolver. Y estos dos ya huelen a muerto».

Se giró y se fue. Mientras se alejaban, lanzó una mirada a su jefe de seguridad.

—Matadlos y que no quede rastro de los cadáveres.

Capítulo 26

La intendente Altuna consultó su reloj de pulsera y constató que eran las nueve de la mañana. La sala estaba ocupada por jefes policiales de alto rango y responsables políticos. Mientras esperaba el inicio de la reunión, se sirvió un café de la jarra térmica de acero inoxidable que se encontraba junto a una bandeja con minicruasanes y *sablé bretóns* de mantequilla. La sala, pintada de un elegante color vainilla, se abría al exterior a través de un amplio balcón desde el que se veía la bandera de Bilbao ondeando al viento.

Presidía la mesa concejal de seguridad, cuya expresión reflejaba cierto desconcierto. A su derecha, Markel Martín, jefe de la Policía Municipal, contemplaba el centro de la mesa con los dedos entrelazados sobre el borde y dirigió un breve saludo a la intendente Altuna.

—Markel, cuando quieras —dijo el concejal, dando comienzo a la reunión.

El responsable se aclaró la garganta y extrajo un dosier de una carpeta de cartón con el logotipo del Ayuntamiento de Bilbao.

—Como ya saben, a raíz de los últimos acontecimientos, se ha creado entre la ciudadanía una sensación de inseguridad que ha dado como resultado una serie de manifestaciones y concentra ciones en diversos puntos de la ciudad. Tenemos información de que estos disturbios son el resultado de una clara organización, que se corresponde con el *modus operandi* usado por elementos de extrema derecha y grupos neonazis, expertos en provocar altercados. Grupos, algunos rivales entre sí, que aprovechan manifestaciones multitudinarias para infiltrarse con el fin de provocar cargas policiales que acaben en una batalla campal.

Markel Martín hojeó el dosier que tenía sobre la mesa y continuó:

—Algunos son viejos conocidos en los ficheros policiales, después de años de intensa actividad. Otros como Bastión Frontal, Hacer Nación o Centuriones Hispanos son más noveles, pero están igual de organizados.

El concejal interrumpió la explicación:

—Un momento, Mikel. Antes de liarnos más, ¿cómo sabemos que estos grupos son lo que dices?

—Por los símbolos que usan en las redes y por los tatuajes que llevan.

Con un silencio, el concejal le animó a continuar con la explicación.

—Estas organizaciones saben que son objeto de vigilancia y han ido perfeccionando sistemas de comunicación y reconocimiento entre ellos. Saben que son fuertes en grupo, pero vulnerables en solitario. Así, al igual que las organizaciones secretas, han incluido determinados símbolos y tatuajes con mensaje para identificarse.

—En la Ertzaintza, hace tiempo que sabemos que los grupos neonazis son muy devotos de la numerología, como lo era el propio Hitler —interrumpió Arantza Altuna—. Los números que más se usan contienen continuas referencias a su persona. Así, cuando vemos a alguien tatuado con el 4/20, 420 o 4:20, sabemos que corresponden al mes y día de su nacimiento.

—Eso es, intendente, gracias —cortó Markel Martín—. Y el 18 es el puesto que ocupan las letras A y H en el alfabeto: Adolf Hitler. Y el 88, a las letras HH de *Heil Hitler* —continuó con la explicación—. También se usan acrónimos como HMF para referirse al saludo nazi *Heil Mein Führer* o la triple H (HHH) en referencia a los nombres de los tres nazis más importantes que han existido, según estos grupos, Himmler, Hess y el propio Hitler. Estos mensajes han aparecido en algunos elementos que ya tenemos identificados. Ayer mismo una patrulla

denunció a un joven por llevar una camiseta con el número 1312. —Markel Martín permaneció en silencio, esperando ver la reacción de los presentes—. Que se corresponden con la posición de las letras ACAB del abecedario: acrónimo de *All Cops Are Bastards*, 'todos los policías son bastardos' en castellano —volvió a interrumpir Arantza, desarmando la sorpresa que buscaba el jefe Martín.

—¡Joder! Pues sí que hiláis fino —exclamó el concejal.

—Pero eso no tiene nada que ver con estos grupos. Este acrónimo es utilizado por otro tipo de grupos delincuenciales, más ligados a antisistemas o a moteros. Esto se popularizó mucho a raíz de la serie *Hijos de la anarquía* —aclaró Arantza.

—Habéis estado muy didácticos los dos —apuntó el concejal—. Ahora vamos a lo que importa. Porque todo esto está muy bien, pero ahora mismo nos encontramos con cientos de personas acampadas frente a la Delegación del Gobierno. ¿Algo que decir, Markel?

—En un principio, no intervenimos creyendo que la situación se iría normalizando y la gente volvería a sus casas. Pero la realidad es que la cosa se ha desmadrado, creándonos un grave problema de seguridad.

El concejal se pasó la mano por la cara y se atusó el pelo con los dedos. Fue la única reacción visible de su preocupación. Visto desde fuera, su aspecto aparentaba ser de inquietud controlada.

—Ya, eso ya lo sabemos. Pero se han instalado en la zona más céntrica y turística de la ciudad. Allí comen, beben, mean y cagan tras los arbustos sin ningún control. Todos los días recibimos cientos de llamadas de vecinos y comerciantes, exigiéndonos que hagamos algo. Y lo cierto es que tienen razón. Esa gentuza no puede estar ahí —recriminó, elevando la voz.

Arantza Altuna se removió en su asiento. Había sido convocada a una reunión de orden público, cuando su labor era resolver los asesinatos de Mikel Olaeta, Antonio Suárez y de Genaro Galíndez. «Esto es una pérdida de tiempo», pensó.

—Se podría pensar que estamos ante una concentración de ciudadanos ejerciendo su derecho a protestar, pero no tiene nada que ver con eso.

Markel Martín continuó con su exposición:

—Han sido citados por redes sociales y han venido de todo el Estado. Los lidera un tal Germán Urdiales; un elemento con antecedentes por tráfico de drogas, agresión y delitos de odio.

Nada de esto le importaba a Arantza; hacía tiempo que había desconectado de la reunión. Su pensamiento estaba en Sevilla con Fernando, que aún no la había llamado para ponerla al corriente de los avances en la investigación. No pudo evitar que el recuerdo de la última noche le provocase un agradable estremecimiento.

—Esto se sale de nuestra competencia —continuaba con su alegato el jefe de la Policía Municipal—. Será necesaria la intervención de la Brigada Móvil de la Ertzaintza para que entre y disuelva esa concentración antes de que degenere aún más.

—Tranquilo, Markel. Para eso estamos aquí —dijo el concejal, dirigiendo ahora su mirada hacia la persona que se encontraba a su izquierda sin despegar los labios.

—¿Haizea?

Arantza la conocía. Haizea Mugarza, psicóloga del Departamento de Seguridad.

La doctora Mugarza parpadeó levemente, respiró hondo y, juntando las yemas de los dedos, tomó la palabra con aire académico:

—Me gustaría tener algún dato más sobre ese Germán Urdiales. Normalmente, este tipo de concentraciones actúan bajo el liderazgo de quienes toman el control. Estos sujetos suelen responder a un tipo de personalidad psicopática y sectaria. En este caso, es posible que el cuadro se complique por su tendencia hacia comportamientos violentos. Pero, como comprenderán, no

puedo elaborar un patrón psicológico sin haberle entrevistado. —La psicóloga permaneció unos segundos pensativa antes de continuar—: Si piden mi opinión, les diría que, en principio, no es aconsejable disolver la concentración mediante una actuación violenta. Es preferible proceder contra el líder, porque sin él el movimiento se desactivará por sí mismo.

—No es tan fácil —replicó Markel Martín—. Para poder anularle primero hay que detenerle. ¿Y cómo vamos a detenerle si tenemos que entrar en la plaza? Para entrar a por él hay que hacerlo a hostias (con perdón).

Haizea Mugarza respiró profundamente y, con su dedo corazón, se recolocó las gafas de pasta sobre la nariz.

—Hay personalidades violentas que responden de manera agresiva ante lo que ellos consideran una amenaza —dijo la psicóloga mirando directamente al jefe de la Policía Municipal—. Creo que sería más efectivo mandar a dos o tres agentes de paisano, preferiblemente negociadores formados en Psicología, que puedan dialogar con él y convencerle para que los acompañe fuera de la plaza y, posteriormente, detenerle de una manera discreta y sin provocación.

Arantza Altuna no pudo evitar un gesto de descreimiento que no pasó desapercibido al concejal.

—¿Qué opina usted, intendente Altuna?

—Pues que, estando de acuerdo con el análisis de la doctora Mugarza, no comparto su propuesta. Cualquier intento de entrar en la plaza, aunque sea de manera discreta, y de arrestar a Germán Urdiales está destinado al fracaso. En cuanto se percaten de lo que vamos a hacer (que se percatarán, porque no son tontos), la cosa se pondrá muy fea para esos dos o tres agentes de paisano formados en Psicología —respondió con sarcástico retintín.

El antagonismo entre las dos mujeres era evidente.

El jefe de la Policía Municipal interrumpió la disputa:

—Germán Urdiales es un delincuente. La centralita no para de recibir llamadas de vecinos y comerciantes que nos exigen que solucionemos el problema. No podemos perder el tiempo. Hay que actuar ya.

—Seguramente la intendente Altuna tiene alguna idea alternativa. Sería muy interesante oírla —dijo Haizea Mugarza, como si estuviese acariciando el lomo de un gato.

Sin hacer caso al comentario de la psicóloga, Arantza Altuna se dirigió al jefe de la Policía Municipal:

—Markel, no podemos permitirnos actuar con precipitación. No sé cómo lo haréis vosotros, pero la Ertzaintza no trabaja así.

—Si tuvieses que aguantar todos los días las quejas de los vecinos y las presiones de la prensa, no dirías lo mismo, Arantza. Para ti es muy fácil hablar. Pero si hubierais resuelto los asesinatos y no hubieseis montado el cristo que montasteis en el parque no tendríamos este problema —se enfadó Markel Martín.

El asunto estaba derivando a un terreno que no era del agrado del concejal y trató de reconducir la reunión.

—Nos estamos desviando del tema. ¿Cuál sería su plan, intendente?

—Yo no forzaría la situación. Creo que lo más efectivo sería proponerles una salida. Una salida que puedan aceptar sin que parezca que han perdido. Negociaría con ese tal Urdiales y le ofrecería que, a cambio de abandonar la acampada, pudiesen hacer una manifestación. Incluso le propondría una reunión con el alcalde para que le trasladen sus quejas. Hay que hacer que se crea importante. Reconocerle como líder. Yo lo enfocaría desde el punto de vista de poco palo y muchas zanahorias. Y, una vez que hayan abandonado la acampada, acordonamos la zona con el pretexto de que hay que limpiar y replantar la plaza y les damos autorización para que se puedan

manifestar por el Casco Viejo, que es peatonal y no se ocasionarían problemas de tráfico. Dudo de que, una vez duchados, comidos y calentitos fuera de la plaza, quieran volver a pasar frío y dormir a la intemperie.

—¿Que le reconozcamos como líder? —exclamó Markel Martín—. ¿Líder de qué? ¿De una cuadrilla de fachas? ¡Con gentuza así no se puede hablar, hombre!

Haizea Mugarza sonrió condescendientemente. Por la mirada huidiza y cómplice del concejal, supuso que la decisión ya estaba tomada.

—Bueno —dijo levantándose—, vamos a enviar un grupo reducido. Tan solo dos agentes. Uno serás tú, como responsable de la Policía Municipal. Y, como creo que la presencia femenina puede ser de utilidad, lo más adecuado es que te acompañe la intendente Altuna. Ya habéis colaborado anteriormente. Seguro que a Urdiales le gustará que sean los dos policías de mayor rango quienes se dirijan a él. De esa manera se sentirá importante, como propone la intendente Altuna. Será una acción rápida como propone el jefe Martín y se llevará a cabo con discreción, como propone la doctora Mugarza. Así todos contentos. ¿Alguna duda?

Nadie abrió la boca. Pero Markel Martín se quedó mirando a Arantza Altuna. «¡Vaya marrón! A ver cómo salimos de esta».

—Se levanta la sesión.

Mientras descendía por la escalera, Arantza sacó su móvil y le envió un mensaje de WhatsApp a Fernando para informarle de la reunión. Una llovizna fina, casi inapreciable, empezaba a caer cuando la intendente Altuna salió del estacionamiento del ayuntamiento. Aunque se activaban cada medio minuto, el chirrido entrecortado de los limpiaparabrisas no la dejaba pensar con claridad. Apenas había tráfico por la carretera de la ría en dirección a Erandio. Ñiik, ñrak. «Tengo que cambiar los limpias», pensó.

Durante la mayor parte del trayecto, la intendente Altuna le daba vueltas a la posibilidad de que la conexión de los asesinatos de Mikel Olaeta y Antonio Suárez estuvieran relacionados con los negocios de Antonio Basagoiti, pero había alguna cosa que no le acababa de encajar. Ñiik, ñrak. «En cuanto llegue a la central, dejo el coche en el taller».

Ya había quedado claro que se conocían y que conocían a Rafael Santa Coloma. Todos habían coincidido en Sevilla y allí había ocurrido algo que aún no habían podido establecer. «A ver si Fernando y el juez Ubieta han conseguido avanzar en la investigación», pensó.

Ñiik, ñrak. Arantza activó los eyectores del parabrisas justo en el momento en que una llamada entraba en el sistema telefónico del coche.

—¿Sí?

—¿Intendente Altuna? —apeló una voz masculina—. A sus órdenes, le habla el teniente Molina desde la Delegación del Gobierno.

—¿En qué puedo servirle, teniente?

—El delegado desearía hablar con usted.

—¿Ahora?

—A la mayor brevedad, intendente.

—De acuerdo. Estoy dentro de media hora.

—Perfecto. Informo al delegado. A sus órdenes, intendente.

Capítulo 27

Fernando Cuesta entornó los ojos bajo el sol de media tarde. Ya habían terminado de comer y, tras una prolongada sobremesa, José Antonio y él regresaban a la plaza de Doña Elvira dando un paseo por la ribera izquierda del Guadalquivir.

—¿Sabemos algo de la intendente Altuna? —le preguntó el juez mientras se dirigían hacia la Torre del Oro.

—Esta mañana me ha mandado un WhatsApp. Salía de una reunión en el ayuntamiento.

—¿Hay algo nuevo?

—Parece que están en un callejón sin salida. Ni las cámaras de seguridad del edificio de Suárez ni las declaraciones de las personas de su entorno están aportando nada relevante. Y las pistas que están siguiendo sobre el asesinato de Olaeta tampoco están dando resultados. Además, ahora toda la jerarquía política está preocupada por el campamento que se ha montado en la Gran Vía. Para eso la habían convocado. En lugar de priorizar la investigación de los asesinatos, pierden el tiempo con temas de orden público. En fin, lo de siempre.

Continuaron caminando por la calle San Gregorio, adentrándose en el laberinto de callejuelas de Santa Cruz, hasta llegar a la plaza de Doña Elvira. La plaza estaba mucho más animada que por la mañana. Un grupo de turistas japoneses ametrallaban con sus enormes Nikon todo lo que se cruzaba en su camino: un gato, una rama caída, una barra de tapas y, por supuesto, la pensión Casa Roldana.

—¡Qué maravilla de ciudad! —exclamó el juez—. Mira, Fernando, seguro que no sabías que en este hostal nació Inés de Ulloa.

—¿Y esa quién es?

José Antonio sonrió.

—Seguro que te suena de algo don Juan Tenorio.

—Ese sí, claro. El de «No es verdad ángel de amor…» —recitó Fernando, llevándose la mano al pecho.

—Pues su ángel de amor era Inés de Ulloa. Y, según dicen los sevillanos, vivía aquí.

Ingresaron al zaguán. El edificio era una casa señorial sevillana típica, con planta baja, patio y ventanas enrejadas rebosantes de azahar y gitanillas. Las paredes, construidas con piedra caliza, y los pisos superiores, adornados con estuco amarillo albero. El último piso se presentaba como una galería de columnas, cubierta por la techumbre. El conjunto era espectacularmente hermoso.

—¿Y esperas que alguien se acuerde de unos estudiantes que, a lo mejor, se alojaron aquí hace treinta y siete años? —preguntó Fernando, con cierto escepticismo.

—Hay que intentarlo. Según me ha comentado el capitán Escamilla de la Policía Nacional, esta pensión la sigue regentando la misma persona desde hace más de cincuenta años. Una tal Carmen Roldán. Creo que por eso se llama La Roldana —aclaró José Antonio, bajando la voz—. Y es la última descendiente de los Roldán. Un apellido que se remonta al siglo xv.

Pasaron por una doble puerta de madera con remaches de hierro. El patio se abría, como una combinación perfecta entre el estilo árabe y el mediterráneo, entablando un diálogo de colores y formas en un idílico juego de luz y agua que estimulaba los sentidos. Una escalera los condujo al rellano donde estaba la recepción; un abigarrado habitáculo limpio y ordenado. Tras un pequeño mostrador de madera se encontraba una anciana elegantemente ataviada con un vestido estampado. Teñida y peinada a la perfección y con los labios pintados de un discreto color

rosado. Un collar y unos pendientes de perlas remataban el conjunto.

José Antonio la saludó con una pequeña inclinación de cabeza.

—Encantado de conocerla, señora Roldán. Es un placer. Permítame que me presente. Mi nombre es José Antonio Fernández de Ubieta y mi compañero es Fernando Cuesta.

Fernando se adelantó extendiendo la mano, que la anciana estrechó levemente.

—El placer es mío, caballeros —contestó lacónicamente—. Lamento comunicarles que estamos al completo. Pero puedo recomendarles algún otro alojamiento, si lo desean.

—No, no. Muchas gracias —dijo el juez mostrando su identificación.

—¿Son policías? —preguntó extrañada—. No sé en qué puedo serles de utilidad. Esta casa es muy decente y nunca hemos tenido ningún problema.

—No nos cabe duda, señora Roldán —la tranquilizó el juez—. Pero estamos aquí para preguntarle por unos estudiantes vascos que se alojaron en el otoño de 1986. Somos conscientes de que es muy difícil, pero si pudiera hacer el esfuerzo…

Extrajo la fotografía de Santa Coloma y se la mostró.

—No se moleste. Aparte de que no veo bien, ¡no pretenderá que vaya a recordar a todos los huéspedes que se han alojado aquí! —refunfuñó la anciana sin mirar la fotografía—. Este hombre es tonto —murmuró.

La anciana salió del mostrador y se dirigió hacia una puerta que daba acceso a una sala mucho más grande.

—¿Tienen sus nombres?

—Sí, claro. Se llamaba Raf…

—Síganme —le cortó la anciana.

Fernando exploró la habitación con la mirada: un viejo tocadiscos, junto a un sillón de piel ajado por el paso del tiempo, destacaba entre la librería de estanterías apolilladas que enmarcaba un escritorio de madera oscura con un aire señorial.

—Aquí están los libros de registro desde que mi abuelo abrió la pensión en 1907 —expuso la anciana.

La estancia olía a cera de abeja y azahar.

—Tiene usted un registro impresionante —se admiró Fernando.

—Para mí, el mejor. Gracias.

Se dirigió a una estantería de la que extrajo un volumen con pastas de color chocolate, rematadas en las esquinas por unos pequeños triángulos dorados. Las guardas, de un regio azul, aparecían decoradas con patrones florales en blanco y detalles granate. Depositó el libro en la mesa y lo abrió por el centro, quedando a la vista cientos de anotaciones escritas a mano: nombres, fechas y pagos, con una caligrafía de rasgos perfectamente formados.

—Dice usted que fue en 1986. ¿Sabe en qué mes?

—Casi seguro que en octubre. Octubre de 1986 —aclaró Fernández de Ubieta.

La anciana comenzó a pasar las páginas, rociando el aire con motas de polvo que reverberaban en un solitario rayo de sol que entraba por la ventana.

—¿Nombre?

—Rafael Santa Coloma, Antonio Suárez, Mikel Olaeta y Mikel Ansuátegui.

La anciana examinaba cada página con una rapidez inimaginable en una persona de su edad.

—Aquí —dijo deteniendo su dedo huesudo—. Santa Coloma. —Siguió bajando por la lista—. Olaeta, Suárez y Ansuátegui. Sí, todos estuvieron aquí en octubre. Entraron el 29 y se fueron el 30 de noviembre. —Cerró el libro de golpe—. ¿Puedo ayudarle en algo más?

—Lo único —pidió el juez—, si tuviese la amabilidad de mirar esta fotografía.

—Tengo noventa y tres años, caballero. Y ni mi memoria ni mi vista son las de antes. Pero traiga, traiga esa foto a ver —añadió, poniéndose las gafas.

La mujer examinó la fotografía con detenimiento. Su rostro fue cambiando de la incredulidad inicial a la sorpresa final.

—No, no me acuerdo de estos cuatro. Pero a este… —dijo señalando la imagen del joven desconocido—, a este sí le conozco.

—¿Sabe su nombre?

—¿Y quién no? Es Mateo Villacís. Ahora está más cambiado, el tiempo pasa para todos, pero es Mateo. Seguro.

Abandonaron La Roldana cuando el espectáculo de colores y sensaciones del atardecer impregnaba el aire y envolvían la ciudad en una atmósfera mágica. Caminaron en silencio, envueltos en el fragante aroma de azahar y jazmín, mientras las melancólicas notas de las guitarras flamencas danzaban en el aire desde algún rincón oculto. El sol se silenciaba pausadamente detrás de la esbelta silueta de la Giralda, pintando el cielo con tonos cambiantes de rojo, oro y naranja. Una suave luz se derramaba sobre la catedral y la Torre del Oro, llenando las estrechas calles de la judería con un cálido y mágico resplandor que invitaba a perderse entre sus secretos.

—¿Qué piensas de lo que nos ha contado esta mujer?

El juez no contestó. Su mente estaba a kilómetros de allí.

El río Guadalquivir destelleaba, crepuscular, con los últimos rayos que desaparecían tras el eco de las campanas de la Giralda y el murmullo de las conversaciones de los sevillanos, que aprove chaban ese momento para pasear. El aire, levemente fresco, continuaba siendo suave y reconfortante.

—Esta noche vamos a hacer una visita a Ansuátegui —dijo al fin—. Ya va siendo hora de actuar.

Fernando estaba confundido y no sabía qué pensar. El cerebro de José Antonio, en cambio, parecía una máquina perfectamente engrasada.

—¿Actuar? Por mí, encantado. La acción es lo mío.

—Iremos a visitar a Mikel Ansuátegui en su propia casa. No tenemos mucha información, pero ya he echado un vistazo a su cortijo con el Google Earth. Lo que está claro es que por las vías normales no estamos avanzando mucho y así no vamos a llegar muy lejos.

Fernando Cuesta asintió.

—Al menos, será divertido.

—Eso seguro, Fernando.

Capítulo 28

La llamada la había dejado intrigada. «¿Qué coño querrían saber?». Este era un asunto que quedaba fuera de las competencias estatales. «En cualquier caso, no es el conducto habitual. Tendré que informar de esto».

Al aproximarse a la Delegación del Gobierno, en la intersección con la Gran Vía, se encontró la calle cortada. Alguien había instalado una especie de jaima hecha con lonas de plástico azul. A medida que se iba acercando, vio aparecer más tiendas de campaña; un campamento de banderas rojigualdas que ocupaba todo el entorno de la plaza y las calles aledañas. Había gente de todo tipo; sobre todo, *skinheads,* moteros y chavales con la bandera de España atada a modo de capa. Algunos bebían bajo palios improvisados con maderas y cartones de embalajes, que los comerciantes iban depositando en los contenedores, y otros rezaban el rosario. Un joven, ataviado con el casco de los tercios de Flandes, ondeaba una bandera con la cruz de San Andrés entre grupos de chicas de pelo trigueño y ropa de marca. Un pasodoble de Manolo Escobar sonaba a todo volumen.

Entró en la Delegación del Gobierno por una puerta lateral que dos guardias civiles mantenían despejada. En las calles aledañas, furgonetas de la Brigada Móvil de la Ertzaintza permanecían a la espera, impidiendo que grupos antifascistas se acercasen a la plaza.

Mostró su identificación. La agente de la Guardia Civil saludó militarmente y le franqueó el paso indicándole el lugar en el que debía aparcar. En la puerta de entrada, otro agente uniformado se cuadró con un golpe de tacón y la acompañó hasta la primera planta, donde, después de golpear levemente con los nudillos abrió la puerta del despacho del secretario del delegado del Gobierno.

—¿Da usted su permiso, mi teniente?

—Adelante, adelante —contestó un joven oficial, extendiendo la mano para saludarla—. El delegado la espera, intendente. Sígame, por favor.

El teniente Molina abrió la puerta del despacho tras un leve toque con los nudillos.

—Con su permiso, señor. La intendente Altuna está aquí.

El oficial, con un taconazo marcial, franqueó la entrada.

El delegado del Gobierno, un hombre de edad imprecisa, rostro afable y evidente sobrepeso, se levantó de la mesa con una amplia sonrisa.

—Vicente Martín; encantado de conocerla, intendente. Perdone la premura de la convocatoria, pero hay algo que debe saber —dijo mientras extendía su mano con los dedos separados.

Un hombre delgado, de cabello ralo y enfundado en un traje azul marino tomaba café en uno de los sillones Chippendale de cuero marrón frente a una chimenea inglesa de mármol. Arantza lo reconoció al instante.

—Supongo que conoce a Javier Landa, consejero de Seguridad.

—Sí, hemos coincidido en más de una ocasión. Señor consejero —saludó Arantza, que empezaba a notar un cierto nerviosismo.

—¿Qué tal, Arantza? —respondió el consejero, sin levantarse del sillón.

La intendente se sentó en la silla frente al delegado, con la incertidumbre de un jugador frente a la ruleta. La premura de la reunión y la presencia de políticos no auguraban nada bueno. Un silencio expectante se apoderó de la sala, solo roto por el tictac del reloj de pie junto a la ventana.

—¿Café?, ¿té? —ofreció el delegado.

—Nada, gracias.

Javier Landa se pasaba los dedos índice y pulgar por la comisura de los labios retirando el polvo de azúcar de un pastelito que había mordisqueado.

—Supongo que todo esto le resultará, cuando menos, extraño, intendente.

El delegado del Gobierno se sirvió una taza de té y cogió un pastel de arroz de una bandeja con la etiqueta de Martina de Zuricalday.

—Pues no le voy a negar que sí —contestó Arantza.

—Ya he informado al consejero y ahora le informo a usted: lo que le voy a decir es confidencial por tratarse de un asunto que implica al Ministerio de Asuntos Exteriores, al de Justicia y a la Presidencia del Gobierno.

Hizo una interrupción para dar un sorbo a su café y continuó con un tono desprovisto de emoción.

Arantza se removió inquieta en su asiento y sacó una pequeña libreta negra de su bolso.

—No se moleste, intendente. Le pasaremos un dosier con toda la información que necesite —añadió el delegado mientras daba otro mordisco al pastel de arroz—. Y ahora a lo importante —continuó, colocando la palma de su mano bajo la barbilla para evitar que las pequeñas láminas de hojaldre cayeran sobre su prominente abdomen—. Sabemos que tanto usted como el juez Fernández de Ubieta han tenido acceso a información confidencial. No le voy a preguntar cómo llegaron a conocer los detalles de la reunión del parque de Doña Casilda, porque ya lo sé. Solo le voy a solicitar formalmente, y para eso está aquí el consejero Landa, que, desde este momento, ponga a disposición del Centro Nacio nal de Inteligencia toda la información que disponga relacionada con Mikel Ansuátegui. Es un asunto de seguridad nacional y, de no hacerlo, estaría cometiendo un delito.

Arantza desvió la mirada hacia Javier Landa, que se movía nervioso en su sillón, pensando en las repercusiones políticas que podría acarrear la situación.

Tras un silencio, que a Arantza le resultó vergonzoso, intervino Javier Landa:

—Arantza, este es un asunto muy delicado y creo que necesitamos reconsiderar la estrategia de investigación que hemos llevado hasta el momento.

—Consejero, con todo el respeto, ¿qué quiere decir?

—La situación que se nos ha planteado hace que debamos tomar en consideración lo expresado por el delegado. Tenemos que realizar algunos cambios.

—¿Algunos cambios?

La intendente Altuna se sintió absolutamente frustrada e impotente. Su mente era un torbellino de pensamientos, ideas y emociones que se arremolinaban sin control.

—Estás fuera del caso, Arantza. Creo que es lo mejor para ti y para el departamento.

Una ola de rabia comenzaba a brillar en sus ojos, como una espada desenvainada.

—Señor, estamos muy cerca de resolverlo. El juez Ubieta y el inspector Cuesta están siguiendo una pista muy solvente. Sinceramente, ¿cree que esta es la mejor decisión? —replicó Arantza, intentando contenerse.

El consejero, visiblemente nervioso, continuó hablando:

—Sí, intendente —dijo con sequedad—. Lo he consultado y creemos que es lo mejor. Esto no significa que su trabajo no sea valorado, que lo es. Pero debemos centrarnos en solucionar el grave problema de orden público que se ha creado. Y para eso su experiencia va a ser determinante. Por eso se le ha encomendado a usted la misión de solventar el asunto de la acampada.

¡Claro! Ahora lo entendía. «La reunión en el ayuntamiento es parte de la estrategia para

sacarme del caso».

—Si me lo permite, señor, todo esto me parece un auténtico despropósito y una falta absoluta de profesionalidad. No obstante, mi obligación es cumplir órdenes y es lo que voy a hacer —afirmó sin exaltarse.

El delegado del Gobierno dio una palmada a sus rodillas y se levantó, rechoncho y satisfecho.

—Estupendo, señores. Intendente, aprecio su profesionalidad. Y, puesto que ya está todo aclarado, creo que hay información que deben conocer.

Se dirigió a la puerta.

—Teniente Molina, pase.

El joven teniente entró con aire marcial y se mantuvo en posición de firmes, con un portátil bajo el brazo, hasta que el delegado Martín le indicó que tomase asiento. Arantza se preguntó si en su vida privada se desviaría alguna vez de esa forma tan estricta de proceder.

El teniente colocó el ordenador sobre la mesa y tras conectar el portátil indicó que ya estaba preparado. La intendente Arantza Altuna se mostraba expectante, con el rostro serio. A su lado, el teniente Molina, con la mirada clavada en la pantalla del ordenador, exponía la situación con voz grave.

—Buenos días —comenzó, dirigiendo la mirada a la intendente Altuna—. A raíz de los últimos acontecimientos, hemos detectado que grupos supremacistas de ideología nazi se han estado organizando a través de Telegram. Democracia Nacional, Españoles Primero y Labor Social han estado convocando a sus seguidores para que vengan a Bilbao. Y en medio de esa amalgama de colectivos radicales ha hecho su aparición Germán Urdiales; un personaje siniestro, miembro activo y dirigente de una de las organizaciones que más nos preocupa por su peligrosidad: los Centuriones Hispanos. Estos ultras han sido detenidos de forma reiterada por la Policía Nacional por delitos de lesiones, tráfico de drogas y delitos de odio. El grupo fue fundado en el 2002 y nació con el objetivo de reunificar el patriotismo en España.

El teniente Molina hizo una pausa para observar la reacción de Arantza Altuna.

—Un momento, teniente. ¿Germán Urdiales? —preguntó sorprendida—. ¡Ese es el tipo que está al frente de toda la movida de la acampada!

—Lo sabemos, intendente. Y por eso le estamos dando esta información —intervino el delegado del Gobierno mientras daba cuenta del tercer pastel de arroz.

—¿Y se puede saber por qué es la primera noticia que tengo? —preguntó visiblemente molesto Javier Landa.

—Porque esta es la primera vez que tenemos la posibilidad de desarticular la organización —respondió el delegado—. Esta gente pueden parecer descerebrados, pero nada más lejos de la realidad. Lo cierto es que están muy organizados, reciben financiación y tienen un objetivo: desestabilizar el sistema y llegar al poder.

—Sí; financiación de Mikel Ansuátegui —acotó incisiva Arantza Altuna.

—Ese tema ya ha quedado zanjado, intendente.

Las palabras del delgado sonaron desagradables.

—Adelante, teniente. Continúe —ordenó con un tono áspero como la piel de un reptil.

—Se trata de grupo que están siendo monitorizados por los servicios de información debido a su radicalismo. Su modo de actuar coincide con el de otros grupos antisistema, de ideología aparentemente opuesta, que han protagonizado disturbios en otros puntos de España, como ocurrió en Cataluña tras la sentencia del *procés* o en el referéndum ilegal del 2017. Y todos recordamos lo que supuso la *kale borroka* hace unos años —apostilló, dirigiendo la mirada hacia la intendente Altuna—. El punto en el que coinciden es en el empleo de tácticas de guerrilla

urbana. ¿Le suena el manual *Black Bloc*, intendente? —preguntó.

Arantza afirmó con un gesto.

—A mí no me suena —intervino el delegado.

—Es un manual sobre cómo enfrentarse en las calles a las fuerzas de seguridad. La norma principal pasa por vestir de negro, para dificultar la identificación individual, con una prenda que cubra el rostro y ropa cómoda, para correr sin ningún impedimento —aclaró Arantza.

El teniente Molina continuó su explicación:

—Estos días se ha congregado una densa amalgama de personas que protestaban contra la inseguridad provocada, según ellos, por la inmigración alentada desde el Gobierno. Entre los asistentes llamaba la atención la presencia de encapuchados, que poco a poco iban tomando posiciones en la primera línea. Hemos visto cómo algunos de ellos traían consigo objetos contundentes, aunque también pueden utilizar de cualquier elemento que encuentren en la vía urbana.

—Es cierto —apuntó Arantza Altuna—. Los contenedores de basura ofrecen un doble servicio: las botellas de vidrio se convierten en un arma arrojadiza, mientras que el propio contenedor, incendiado, sirve de barricada improvisada para impedir el acceso de vehículos policiales. También los adoquines, las señales de tráfico o papeleras les sirven para sembrar el caos y agredir a los agentes.

—Gracias, intendente —añadió el teniente, mirando su reloj de pulsera.

Con un silencio prolongado, dio a entender que la explicación había terminado.

—Es la una y treinta y siete minutos —anunció—. Hace algo más de dos horas que se ha iniciado un operativo para la desarticulación de este grupo. La situación, ahora mismo, es que un equipo de la UEI ha accedido a las instalaciones que los Centuriones tienen en El Salto del Oso, una mina abandonada en los montes de Soba, en Cantabria. Han comenzado a registrar el complejo y han encontrado pruebas informáticas que podrían relacionarlos con los homicidios de Antonio Suárez y Genaro Menéndez.

Arantza Altuna se levantó de su asiento como un resorte.

—¿Qué tipo de pruebas?

—Si me lo permiten, creo que es mejor que vean el vídeo de la UEI para que se hagan una idea de a quién nos enfrentamos —aclaró el teniente.

Desde la cámara corporal del mando del operativo, se observaba caminando al equipo por un sendero de tierra, bajo una maraña de matorral, hasta que desembocaron frente a un cierre de alambre de espino. Un somier metálico, que hacía las veces de puerta, se anclaba con un trozo de cuerda a la estaca del vallado. En el rótulo de madera se exhibía un rotundo sol negro bajo la leyenda de «Propiedad privada. Prohibido paso». Además, unas frases ilegibles en renglones torcidos y escritos a mano con pintura negra se apreciaban en el cartel. En la otra estaca que delimitaba la puerta, la osamenta de lo que parecía ser un cráneo de vaca con el número 38 estampado en la frente miraba desafiante a los agentes que iban pasando.

El jefe del operativo hizo un primer plano del cartel de madera y se pudo ver con mayor nitidez la totalidad del rótulo. «Maldecirán mi nombre porque sembraré el terror para conseguir la victoria».

Vicente Martín, mientras arrastraba las últimas migajas de hojaldre que aún quedaban en la bandeja de pasteles, observaba la pantalla con atención.

—Esa frase está sacada del *Mein Kampf.*

Nadie dijo nada.

—Y esto es lo que han encontrado en el barracón de la mina.

El teniente Molina dejó pasar unos segundos antes de proseguir.

Lo que aparecía en el vídeo era una fotografía en la que un grupo de ocho hombres, con ropa de camuflaje y rifles con mira telescópica, sonreía a la cámara. Todos tenían el pelo rapado y barba. Dos de ellos sostenían, erguido por una cuerda que le rodeaba el cuello, el cuerpo inerte de un lobo.

—Los que sostienen al lobo son Germán Urdiales y Carlos Urien —apuntó el teniente Molina.

—¿El lobo no es una especie protegida? —preguntó el consejero Landa.

—Cierto.

—Por lo que se ve, hacen lo que les da la gana.

—Sí. Pero eso ahora no es lo que más nos debe preocupar —intervino Vicente Martín—. Aparte de las armas que exhiben sin pudor, sabemos que disponen de explosivos que se dejaron abandonados en la mina.

—¿Cómo lo saben? —requirió la intendente.

—Lo sabemos con certeza, se lo aseguro —aseveró el teniente—. Es probable que tengan más de un centenar de kilos de nitramina 2B, más conocida como amonita.

—Tenéis un infiltrado —aseguró la intendente Altuna.

Ni el teniente ni Vicente Martín movieron un músculo.

—Como pueden ver, no hay nadie en las instalaciones. Es probable que, tras el incidente del parque, hayan decidido desaparecer una temporada hasta que se calmen las cosas. Lo que sí sabemos con certeza es que Germán Urdiales está en Bilbao. Y no sería extraño que el resto de su equipo le acompañe. Así que, intendente Altuna, máxima precaución —advirtió Vicente Martín—. Son muy peligrosos.

—Gracias, señor. Lo tendré en cuenta. Pero antes el teniente Molina ha mencionado unas pruebas que relacionan a los Cen turiones Hispanos con las muertes de Antonio Suárez y Genaro Menéndez. ¿Podría decirme a qué se refiere, teniente?

—Aún es pronto para asegurarlo, pero en el registro se ha encontrado un pirógrafo y diferentes cantidades de atropina. Y, lo más importante, un USB con información muy relevante, que aún estamos procesando.

—Ya. Y, claro, no nos van a facilitar ninguna información, ¿verdad?

El teniente Molina bajó la mirada sin responder.

—Me lo suponía —espetó Arantza—. Al menos, podremos saber dónde se está examinando ese USB.

El teniente buscó con la mirada la aprobación de Vicente Martín. Con una caída de párpados, el delegado del Gobierno dio el plácet.

—En un primer momento, en el lugar.

—¿No tenía contraseña?

—Parece ser que no.

—¿Y los archivos tampoco?

—No.

—¿Han encontrado el ordenador desde el que se han copiado los archivos?

—No. Únicamente se ha encontrado el USB.

Arantza Altuna, durante unos segundos, permaneció absorta en sus propios pensamientos.

—¿Y no le parece extraño que se fueran abandonando el pirógrafo, la atropina y un USB que puede incriminarles? Me cuesta creer que sean tan tontos como parecen.

—Dejemos las especulaciones para otro momento —terció Javier Landa—. Ahora tenemos otras prioridades. Estamos entrando en un terreno minado y en cualquier momento nos puede

estallar en la cara. Si nos descentramos, será fatal.

«Sí, claro. Fatal para ti que solo piensas en que no te salpique políticamente», pensó Arantza.

—Por el momento, lo mejor será centrarnos en disolver la acampada y detener a los cabecillas.

—¿Cuándo piensas preparar la operación, Arantza? —preguntó el consejero.

El zumbido del teléfono de Arantza le interrumpió.

La intendente Altuna comprobó la llamada. El nombre de Fernando apareció en la pantalla. Colgó sin contestar.

—Mañana.

Capítulo 29

Eran las dos de la madrugada y la luz de la luna llena se desplegaba como un manto aterciopelado sobre la bóveda lumbrosa de Alcalá de Guadaira. Los dos hombres, vestidos con pantalón de campaña negro y un polo del mismo color, circulaban por la senda de Los Pinares; una lóbrega carretera que discurría, oscura y rectilínea, entre campos sin sembrar tras los que cabrilleaban algunas luces lejanas.

La silueta de una construcción apareció tras la siguiente curva. La mansión, que estaba a menos de un kilómetro, se adivinaba en lo alto de un cerro flanqueado por dos filas de cipreses que se recortaban contra el difuso horizonte nocturno.

—Esta es —aseguró José Antonio.

Fernando se desvió por un camino sin asfaltar, siguiendo el trazado de un muro de piedra y ladrillo. Medio kilómetro antes de llegar a la entrada redujo la velocidad y abandonó la senda para esconder el vehículo entre unos olivos y continuar a pie. En el silencio de la noche, únicamente se escuchaba el crujido de sus pasos sobre el pedrejón del camino y el doliente ulular de los mochuelos.

—Esperaba más seguridad —susurró Fernando, que tras un rápido examen de la verja comprobó que se encontraba en muy mal estado—. ¿Estás seguro de que aquí está Ansuátegui?

—Segurísimo. Este castillo perteneció a la Inquisición hasta el siglo XIX; fue utilizado como cárcel y lugar de ajusticiamiento de falsos conversos y herejes. Según consta en el Registro, Ansuátegui se lo compró al obispado en 1999.

Siguieron caminando pegados al muro hasta llegar a una pequeña arboleda alfombrada por un manto de hojarasca seca y bellotas.

—Este es un buen lugar —aseguró Fernando, desprendiéndose de la mochila que llevaba a la espalda. El juez también dejó la suya en el suelo.

—Toma, ponte esto.

Fernando, con la cara ya ennegrecida, le lanzó una caja con betún de camuflaje. Mientras se pintaba, José Antonio se alegró de estar junto al inspector Cuesta. Se notaba que no era la primera vez que hacía algo así. Había pensado en todo. Incluso le había agenciado un par de botas tácticas que le sentaban como un guante.

—Dale betún a la pistola también.

—¿También a la pistola? —se extrañó el juez.

—Sí. Hazme caso. Cualquier reflejo nos puede delatar.

José Antonio comenzó a embadurnar su SIG Sauer P320 de cuatro mil euros.

—No sabes lo que me está doliendo hacer esto —protestó apesadumbrado.

—Más vale prevenir —aseveró Fernando—. La norma de cualquier policía es «Espera lo mejor, pero prepárate en lo peor». Yo la he seguido siempre y más de una vez me ha salvado el pellejo. Y como no sabemos qué vamos a encontrarnos he traído algunas cosas por si acaso —comentó, volviendo a colocarse la mochila.

Se adentraron en la negrura de la finca. Dos filas de cipreses delimitaban una carretera que discurría entre vides y olivos. Salieron del camino principal y se dirigieron hacia la casa atravesando un bosque de alcornoques y encinas, entreverado por sendas de paso de zorros y jabalíes. Cada poco tiempo, Fernando se detenía para poder escuchar algún sonido que le indicase la presencia de vigilantes o perros sueltos.

—Esto no me gusta nada —murmuró para sí mismo—. Pero nada de nada.

Caminaban en silencio avanzando con lentitud entre los matorrales, encendiendo fugazmente la luz roja de la linterna a intervalos cortos.

—Mientras sigamos por estos caminos de jabalíes, estamos seguros —susurró Fernando—. Si hubiera algún dispositivo de alerta, no lo pondrían aquí porque saltaría continuamente.

José Antonio asintió en silencio.

Corrieron agachados unos centenares de metros. Atravesaron un claro y, sin hacer ruido, se internaron en una zona de matorral. Permanecieron en silencio durante unos segundos para escuchar los susurros del bosque en el silencio de la noche.

Fernando resollaba como un toro a punto de recibir el descabello y necesitó sentarse para respirar hondo varias veces y recuperarse. Tenía que volver a ponerse en forma, pero ¡ya!, pensó.

El rumor de unas voces lejanas les puso en alerta. Se tumbaron en el suelo aguantando la respiración. A lo lejos, tras la hojarasca, se veían dos haces de luces rasgando la noche, danzando de un lado a otro como espadas buscando a sus enemigos. Las voces cada vez se oían más cerca. El inconfundible sonido del crepitar de un transmisor quebró el silencio de la noche.

—Pégate al suelo y no te muevas —le susurró Fernando.

Todo quedó en silencio. Los dos vigilantes también habían callado para intentar escuchar algún sonido extraño, mientras seguían barriendo el bosque con sus linternas. Fernando tenía la cara pegada al suelo. A su lado, José Antonio se había quedado inmóvil en el más absoluto silencio. Durante unos minutos, solo se oía el leve rumor del viento entre las hojas y el aleteo sordo de algún murciélago.

De nuevo el crepitar, esta vez mucho más cercano, del *walkie-talkie.*

—Todo normal. Por aquí no se ve nada. Habrá sido algún zorro. Cambio.

Unas frases metálicas e ininteligibles salieron del receptor.

—De acuerdo. Vamos para allá. Corto.

De nuevo el silencio se apoderó de la noche.

José Antonio esperó tumbado hasta que Fernando decidiera levantarse, pero el inspector seguía inmóvil. Pasaron unos minutos y Fernando levantó la cabeza.

—Venga, arriba.

Un suspiro de alivio escapó de los labios de José Antonio, tan silencioso como un susurro en una tormenta. Se le había dormido un brazo y tenía la sensación de que cientos de hormigas le corrían por el cuerpo.

—¡Qué angustia! —exclamó frotándose el brazo derecho.

Fernando se le quedó mirando.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Perfecto, sigamos.

—Tenemos que ir con cuidado. Es posible que nos hayan detectado porque disponen de algún sistema de control de movimiento. Esta vez hemos tenido suerte. No te apartes de mí —indicó el inspector.

Se internaron de nuevo en el bosque. Tras pasar una zona menos densa, salieron a una hondonada llena de zarzas. Al fondo, se veía un edificio de ladrillo con tejado a dos aguas. Entraron. Dentro olía a estiércol y a paja ensilada. Cruzaron la puerta del fondo y salieron a un picadero rodeado de establos y cuadras. Se oía rebufar a los caballos. Al fondo del patio, un camino de cemento agrietado en el que surgían trazas de vegetación que en la oscuridad parecían cobrar vida. Fernando ya no caminaba tan rápido. Tras él, José Antonio miraba a derecha e izquierda, in quieto como un pavo en Navidad. Tras encender fugazmente la linterna, se

internaron por el camino.

—Espérame aquí —ordenó Fernando—. Voy a echar un vistazo.

De repente, desapareció en la oscuridad, desvaneciéndose como una sombra.

José Antonio sentía como si le chisporroteasen dos cables dentro del pecho. Habían pasado dos minutos, pero a él le parecieron dos horas. Respiró hondo para aliviar la tensión acumulada. «Tranquilo. Mantén la calma, José Antonio».

De repente, Fernando apareció tan sigiloso e inesperado como se había ido.

—Sígueme y ni una palabra a partir de ahora —ordenó.

Bordearon una zona de matorral y, tras caminar unos metros, siguiendo lo que parecía el lecho seco de un riachuelo, se internaron lentamente en la retama. Había momentos en que José Antonio no podía seguir el paso de Fernando, que avanzaba por la maleza como un jabalí, y le perdía de vista. Seguían la referencia de la colina en la que, más allá de otro edificio rectangular, se adivinaban las luces de la mansión de Ansuátegui.

Habían llegado al final del bosque y lo que aparecía ante ellos era algo que no esperaban: una valla doble, con cámaras de vigilancia, y un seto, de plantas de chumbera, delimitando una extensión de césped iluminado por cuatro torretas de focos. José Antonio Fernández de Ubieta vio al fondo, junto al edificio y la verja, la luz de una garita.

Permanecieron ocultos en el linde del bosque. Fernando, que había estado pensativo más de dos minutos, le indicó que lo siguiera. Caminaron agachados arrastrándose entre los matorrales. De pronto, el inspector de la Ertzaintza se paró en seco y, con un gesto de su mano, ordenó al juez que se tumbase en el suelo justo en el momento en que el disparo luminoso de un potente foco anticipaba el sonido agitado de varias voces. Fernando y José Antonio se aplastaron contra el suelo para mimetizarse lo más posible, pero las voces cada vez sonaban más cerca. El intenso haz de luz atravesaba la maleza como una lanza incandescente.

No podían verlos, pero olían el humo del cigarrillo que fumaba uno de los vigilantes. Por las voces, parecían ser los mismos de antes. Caminaban lentamente por el exterior de la valla.

—Ya empiezo a estar harto de esta mierda —protestó una voz de hombre—. Cualquier día me vuelvo a Córdoba y me reengancho en el tercio. Estoy hasta los cojones de aguantar a este loco hijo de puta.

—Estamos todos igual, quillo, pero nos están pagando un buen dinero por nada. Por mí, que dure mucho esto —repuso el otro.

Los dos tenían un marcado acento andaluz. Estaban tan cerca que oían perfectamente sus palabras. José Antonio no pudo refrenar el impulso de levantar la cabeza y mirar. En ese momento, una ráfaga de luz le enfocó directamente. Tuvo la lucidez de no moverse y rezó para que el camuflaje le hiciera imperceptible.

Los hombres callaron y, durante unos segundos, el foco permaneció inmóvil sobre él.

—¿Se ve algo? —preguntó uno de los vigilantes.

De pronto, la luz se perdió tras la oscuridad. José Antonio pegó su cara al suelo mientras soltaba todo el aire que le quedaba en los pulmones. Una nube de polvo se le quedó pegada en la boca.

—Nada. Venga, vamos, que se me están congelando las pelotas —respondió el otro.

Una brasa voló, incandescente, en la oscuridad. La colilla quedó a escasos centímetros del cuerpo de Fernando, que seguía pegado al suelo como una estatua de obsidiana.

—Hay que salir de aquí —susurró, sin levantar la cara del suelo, mientras los vigilantes se alejaban en dirección al barracón—. Con esta vigilancia, no tenemos ninguna posibilidad de entrar. Tenemos que pensar otra cosa.

Retrocedieron reptando hasta llegar al camino de cemento. Caminaban agachados, tratando de llegar hasta los establos. La vuelta se les estaba haciendo mucho más larga y peligrosa que la ida. Fernando encendió fugazmente la linterna para comprobar que aún estaban a mitad del trayecto. Hizo un gesto y siguieron caminando con sigilo. Justo en ese momento, un perro comenzó a ladrar. Otro, un poco más alejado, le imitó. Y otro más. Y otro, hasta convertir la plazoleta del picadero en una algarabía de ladridos y aullidos. Los caballos, inquietos, comenzaron a piafar en sus caballerizas.

—¡Me cago en la puta! —bramó el inspector Cuesta—. ¡Corre!

José Antonio salió disparado como un proyectil. Fernando le seguía a duras penas, intentando no quedarse rezagado. Desde la casa llegaban sonidos de voces y motores de coches que arrancaban. Miró hacia atrás y vio varios pares de faros que bajaban, a toda velocidad, por el camino principal.

—¡No sigas por el camino! ¡Métete por el bosque! —le gritó al juez.

Corrían como locos a través de la espesura, sin pensar en las zarzas y los arbustos que les flagelaban sin piedad. Al cabo de cien metros, se lanzaron por la cuesta que daba al muro de piedra y ladrillo.

Fernando Cuesta, que ya empezaba a notar la falta de oxígeno, sorteaba los arbustos con la mochila golpeándole en la espalda, intentando no perder de vista a José Antonio, que continuaba corriendo enloquecido, con el sabor acre del miedo en la saliva y el martilleo de su corazón golpeándole el pecho.

Siguieron descendiendo hasta llegar al camino. Por la derecha, los focos de un todoterreno barrían la carretera. Se tumbaron en la cuneta mientras pasaba a toda velocidad. Cuando se alejó lo suficiente, Fernando se levantó y cruzó la carretera para internarse en el bosquecillo de pinos. Otro par de focos aparecieron en dirección contraria, barriendo, con una linterna de gran poten cia, el interior del pequeño pinar. En el aire resonaban las voces de varios hombres. Al menos eran cuatro y seguro que estaban armados, pensó Fernando Cuesta, que ya empezaba a dudar de que salieran con vida de aquel lío. Desenfundó su arma y comprobó el cargador, mientras José Antonio se acercaba. Juntos siguieron bajando, ahora por una cuesta menos pronunciada. Las luces iban quedando más lejos y, por primera vez, pensó que tenían alguna posibilidad de escapar. El bosque se iba clareando y comenzaba a verse el titileo de las estrellas entre las copas de los pinos. Salieron a una desenfilada que cruzaron con rapidez para continuar el descenso hasta que, de repente, se dieron de bruces con el muro de piedra y ladrillo que, en aquel punto, se elevaba más de cuatro metros.

—Esto se complica —comentó Fernando.

José Antonio se quedó bloqueado mirando a lo alto del muro sin saber qué hacer.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Fernando caminó pegado a la base del muro, siguiendo los altibajos de la colina. Miró hacia atrás y vio luces moviéndose entre los pinos.

—Pues no queda otra; hay que escalar —aseveró.

Fernando comenzó a trepar por el muro aprovechando los salientes de las piedras y las ramas de algunos arbustos que crecían entre las grietas. José Antonio ascendía tratando de seguir la senda que iba marcando su compañero. Perdió apoyo, pero enseguida recuperó el equilibrio. Miró hacia arriba y vio que Fernando ya había llegado al final. «Estará gordo, pero es como un gato el muy cabrón», pensó.

Desde la parte alta del muro, Fernando vio que las luces se iban acercando y que más gente llegaba por la izquierda.

—¡Venga! ¡Date prisa, joder!

José Antonio oía las voces a su espalda mientras trepaba todo lo deprisa que podía. Cogía una rama. Se apoyaba en un saliente. Perdía el equilibrio… Con las prisas estuvo a punto de caer, pero se rehízo y consiguió llegar arriba.

Los focos abrían círculos de luz recorriendo el muro hasta que dieron con ellos. Sonó un disparo que impactó a los pies de José Antonio cuando estaba llegando a la parte final de su ascensión.

—¡No te levantes! —exclamó Fernando mientras le agarraba del brazo.

Se tumbaron sobre la parte superior del muro y reptaron por el borde, que no tendría más de medio metro de grosor. Se oyeron dos disparos más. Esta vez eran postas que provocaron una lluvia de ramas y hojas cayendo mansamente sobre los dos intrusos.

—¡Salta! —le gritó Fernando mientras disparaba dos veces en dirección a las luces.

Los dos saltaron al unísono. Rodaron por el terraplén mientras oían los impactos de las postas en el otro lado del muro. Durante unos segundos, el juez se quedó bocarriba. A lo lejos, los ladridos atolondrados de una jauría.

—¡La madre que me parió!

Desde el otro lado, un potente haz de luz barría el cielo. Las voces cada vez se oían más cerca y alguien estaba comenzando a ascender el muro.

—¡Venga, levanta! —apremió Fernando—. ¡Tenemos que salir de aquí!

—Nos van a cazar.

—Nos van a matar de todos modos. Así que… ¡corre! —le gritó.

José Antonio se incorporó y salió corriendo tras Fernando Cuesta. Desde lo alto del muro, se oyó una voz seguida de varios disparos.

—¡No te pares! —exclamó Fernando.

Su intento no sirvió para nada. Un grupo de hombres, invisibles tras los focos del todoterreno, les cerraba el paso. A su espalda, los perros se oían cada vez más cerca y, desde la parte superior del muro, alguien les enfocaba con un potente foco.

—¡Al suelo, hijos de puta! —retumbó una voz.

Mikel Ansuátegui miraba a los dos hombres que tenía embridados a una columna de madera.

—Vaya, vaya. Parece que los pájaros se tiran encima de las escopetas —dijo con una sonrisa cínica.

No se podía creer que hubiese sido tan fácil. Había decidido eliminarlos y ahora los tenía allí. «A veces la suerte es un aliado imprevisto», pensó. De todos modos, había vuelto a subestimarlos. Y eso le había podido costar muy caro.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó a su jefe de seguridad.

—Han saltado el muro, llegando hasta la valla. Pero no han conseguido acceder.

—¿Los habéis interrogado? ¿Estáis seguros de que no han visto nada?

—Sí, señor. No han podido ver ni oír nada.

—¿Iban armados? ¿Llevan algún sistema de rastreo o de comunicación?

—Iban armados y no llevan ningún aparato de comunicación. Ni ellos ni el coche, señor Ansuátegui.

El asunto estaba claro; estaban tan desesperados que se la habían jugado entrando ilegalmente en una propiedad privada y no podían dejar constancia. Por eso habían ido sin localizadores ni emisoras. Y ahora los tenía allí, a su merced y sin que nadie supiera nada. Ni en sus mejores sueños podría haber previsto nada así.

—¿Qué sabéis? —le preguntó al juez Fernández de Ubieta.

No dijo nada.

Hizo una seña a uno de sus guardaespaldas. El mastodonte le lanzó un puñetazo que le abrió el pómulo izquierdo, por el que empezó a brotar un hilillo de sangre. José Antonio cayó hacia atrás, como un fardo.

—¡Me cago en tu puta madre! ¡Eres un cobarde, Ansuátegui! —injurió Fernando.

—Pues, entonces, dímelo tú, gordito. ¿Qué hostias sabéis?

—¡Vete a tomar por culo! —espetó encolerizado.

El guardaespaldas que se encontraba a su espalda sacó una bolsa de plástico y se la puso en la cabeza, apretando el borde contra el cuello. Fernando forcejeó con todas sus fuerzas mientras el plástico se le pegaba a la nariz y a la boca. Al cabo de unos segundos, dejó de resistirse y perdió el conocimiento, momentáneamente.

—Está cometiendo un error muy grave, Ansuátegui. Esto lo va a pagar muy caro —advirtió José Antonio Fernández de Ubieta mientras se incorporaba.

—Uy, qué miedo. El señor juez me va a meter en la cárcel —rio Mikel Ansuátegui, que parecía disfrutar con el espectáculo.

—Hijo de puta —masculló Fernando Cuesta cuando consiguió recuperarse.

«Podríamos estar así toda la noche. Yo lo estoy disfrutando. Pero no puedo perder el tiempo con dos payasos que ya están muertos», pensó.

No lo podía evitar. Sabía que no merecía la pena mancharse las manos con aquellos dos, pero no lo podía evitar. Eran los dos hijos de puta que le habían complicado la vida humillándole delante de todo el mundo. Notó cómo la ira le subía por el cuerpo. Cogió un cuchillo que había sobre la mesa y se lo metió a Fernando Cuesta por el orificio derecho de su nariz. Se le quedó mirando fijamente y con un rápido movimiento le rajó el ala nasal. El *ertzaina* saltó hacia atrás y apartó la cara con un alarido de dolor.

—¡Joder! ¡Hijo de puta! —rugió, mientras un chorro de sangre le caía por el surco nasolabial.

Ansuátegui jadeaba y le sudaba la frente. Se la secó con la manga mientras sostenía el cuchillo en la mano. Aquello le gustaba, pero no podía entretenerse más. Estaba a punto de amanecer y tenía algo mucho más importante que hacer.

Se dirigió a sus matones:

—Llevadlos a la cueva y deshaceros de los cuerpos.

Dio media vuelta para salir, cuando oyó la voz de José Antonio Fernández de Ubieta.

—Demuestra usted la audacia de los cobardes, señor Ansuátegui. Es usted un miserable cobarde.

Ansuátegui se dirigió hacia el juez y sin mediar palabra le lanzó una patada en el estómago.

—Hacedles callar de una puta vez —ordenó—. No quiero volver a oír ni una palabra más.

Los matones les rodearon la boca con varias vueltas de cinta americana. Fernando se resistía emitiendo voces ahogadas mientras lo amordazaban.

Aún no se había recuperado, cuando Ansuátegui le instó:

—Nos vemos en el infierno, juez.

Capítulo 30

Mikel Ansuátegui deambulaba pensativo por el amplio salón entre muebles de madera tallada y tapices de terciopelo verde que cubrían un gran ventanal de vidrio emplomado. Descorrió los cortinones y la luz de las lámparas de cristal que colgaban del techo se reflejó contra los ventanales oscurecidos desde el exterior. Una chimenea de mármol crepitaba, proyectando sombras danzantes en las paredes. Sobre ella, un retrato al óleo presidía la estancia. Se encontraba solo en la casa porque no quería testigos ni que nadie le interrumpiese. Se sentó en un sofá junto a la chimenea, centrando su atención en el paso acompasado del reloj de pared. Su rostro pálido y sus manos temblorosas revelaban un estado de ansiedad creciente. Sabía que en cualquier momento llegaría. Y con él llegaría el horror. El horror que le estaba persiguiendo desde hacía mucho tiempo. El horror que había querido ocultar durante años y que ahora amenazaba con destruirle. Había tomado la decisión y no había vuelta atrás. Estaba en juego algo más que su vida y las consecuencias no iban a terminar con su muerte.

Se levantó, tratando de dominar sus fantasmas, y abrió el ventanal para salir al balcón. La silueta, levemente blanquecina, de la fuente de mármol dejaba oír el manso rezumar del agua. El gélido aliento de la neblina, suspendida entre los viejos olivos al otro lado del jardín, le produjo un escalofrío. Hizo un esfuerzo por apartar sus pensamientos negativos y se centró en que, después de esa noche, todo habría acabado y sería libre por fin. Pero ahora, en este momento, no podía permitirse perder la calma y centró su atención en la imponente silueta de la Sierra de Aracena que se dibujaba a través del movimiento ondulante de los cipreses.

Regresó al interior del salón y abandonó la estancia para dirigirse, por la escalinata de mármol blanco, hacia la cripta.

Tras cruzar el pasadizo excavado en la roca, introdujo una antigua llave en la cerradura de una recia puerta de roble y entró en una estancia circular iluminada por doce antorchas situadas junto a doce nichos vacíos en la pared rodeados por un foso, poco profundo, del que brotaba un anillo de fuego incesante. En el centro, doce runas formaban un sol negro sobre el que brillaba una caja rectangular de titanio reposando en un círculo de oro. Sobre el altar, un antiguo libro de hechizos permanecía abierto junto a un cuchillo ceremonial de plata y un ánfora.

Mikel Ansuátegui tomó una antorcha, la encendió en el círculo de fuego y con ella las otras once. Una luz titilante e imperfecta se proyectó entre las sombras, un leve aliento de vida en la oscuridad. Seguidamente, se arrodilló y, con los brazos en cruz, comenzó a leer.

IN HOC SIGNO VINCES
Imple vitam cum virtute tua
et ab inimicis meis defende me.
Lux via mea cum umbra
Falsus deus hastam transfixit viribus hastam.
Sit socius meus
Pugnans e regione Azrael.
Sic erit.

Había llegado el momento. Con temor reverencial, acarició la superficie pulida y brillante de la caja de titanio y pulsó el cierre. Una luz dorada surgió de su interior. «¡Qué maravilla!». Temblando, acercó su mano al objeto y lo acarició. No se atrevía a sacarlo. Siempre había sentido un profundo temor cuando estaba ante él. Un escalofrío recorrió su columna vertebral

haciéndole temblar. Con sumo cuidado cerró la caja, la depositó sobre el altar y asió el cuchillo ceremonial. Respiró profundamente y se aferró a la mesa para que no le fallasen las rodillas. Temía no tener el valor suficiente para hacer lo que tenía planeado, pero debía hacerlo y lo haría. No quiso atormentarse más y se giró para no volver a contemplar más aquel objeto que había sido su perdición.

Desde el salón llegaba, atenuado, el sonido de carillón seguido de cuatro campanadas. Mikel Ansuátegui se recompuso, asió con fuerza el cuchillo y comenzó a grabar unas palabras en la base del altar: *«In hoc signo vinces»*. Apretaba con fuerza el cuchillo sobre la piedra mientras repetía, como un mantra, las palabras en latín: *«In hoc signo vinces. In hoc signo vinces. In hoc signo vinces»*, hasta que quedó rendido en el suelo. Sudoroso y agitado, escuchó el sepulcral silencio de la casa recostado junto al altar. Se preguntó si, en realidad, todo aquello tenía algún sentido o era pura superstición. Si aquello en lo que había creído durante tantos años era todo falso. Durante un momento, una mezcla de incertidumbre y de desesperación se apoderó de él, pero enseguida alejó esas ideas de su mente. No tenía más opción; cualquier otra idea quedaba descartada por impensable. Justo en ese momento, notó una presencia. La llama de las antorchas temblaron agitadas por una leve corriente de aire. Con el pulso acelerado, Mikel Ansuátegui creyó ver unas vagas siluetas, algo más allá, ocultas entre la penumbra, moviéndose lentamente. Supo que era la hora. Se levantó rígido. Agotado, elevó los brazos y titubeó:

—¿Qué queréis que haga?

Nadie contestó. Rodeado por doce sombras, estuvo esperando, aterrado, pero nadie contestó. Mikel Ansuátegui ya había sentido en más ocasiones aquel vacío. Aquella inmensa sensación de abandono. Aquel terrible silencio que le indicaba que la falta de respuesta era la respuesta.

Consciente de su destino, caminó hacia el altar. Con un último aliento de valor, levantó el cuchillo y lo dirigió hacia su muñeca izquierda. Un corte profundo rasgó la piel y la sangre caliente brotó, manchando la hoja de plata. Un gemido ahogado escapó de sus labios mientras apretaba los dientes para soportar el dolor. Sosteniendo la muñeca herida, dejó que la sangre goteara dentro del ánfora. La sangre se mezcló con el líquido oscuro que ya llenaba el recipiente, creando una mezcla burbujeante que emitía un vapor nauseabundo.

Un rugido gutural resonó en la habitación, haciendo vibrar las paredes y apagando las antorchas. La oscuridad se apoderó de la estancia, a excepción de la tenue luz que emanaba del círculo de fuego.

Mikel se tambaleó hacia atrás, aterrado. Una figura se materializó frente a él.

—¡He cumplido mi parte del trato! —gritó Mikel, su voz apenas un susurro en la oscuridad—. ¡Ahora te toca a ti!

La figura rugió de nuevo, un sonido que helaba la sangre. De su boca emergió una voz profunda y cavernosa:

—Tu sacrificio ha sido aceptado. ¡Acábalo!

Mikel Ansuátegui tomó el ánfora y derramó el contenido sobre su cabeza. Un líquido parduzco y gelatinoso impregnó su cuerpo, que empezó a arder devorado por las llamas del círculo flamígero. Miró el cuchillo en su mano. Respiró hondo y se lo llevó al pecho. Un dolor agudo recorrió sus entrañas mientras lo enterraba con fuerza entre sus costillas, justo sobre los tres puntos, tatuados en forma de triángulo, de su pecho izquierdo. El tormento de las quemaduras era insoportable, pero no chilló. Dejó que la hoja se hundiera más y más. Finalmente, el cuchillo llegó a su corazón. Mikel Ansuátegui sintió un calor intenso y luego nada. Su cuerpo se desplomó convertido en una llama danzante. ¡Lo había conseguido! ¡Por fin era dueño de su destino! ¡Por fin era libre!

Capítulo 31

La sangre seguía saliendo a borbotones por la fosa nasal de Fernando Cuesta mientras eran llevados, a empellones, amordazados y con las manos atadas a la espalda, por los hombres de Ansuátegui. Caminaban deprisa, apenas podían mantener el equilibrio por aquel sendero oscuro y húmedo que apestaba a mierda de caballo. Un sudor frío hacía que la ropa se le pegase a la piel. La nariz, partida en dos, palpitaba con los latidos de su corazón, mientras sentía el sabor metálico de la sangre que le entraba por la boca. No podía creer que los fueran a matar, pero lo cierto es que eso era lo que iba a ocurrir. «Es curioso lo que pasa por la cabeza de las personas en situaciones límite», pensaba. No hacía ni un día que habían llegado a Sevilla y ahora estaban a punto de acabar con una bala en la cabeza, enterrados como perros sin que nadie supiese dónde estaban ni qué les había ocurrido. Y, sin embargo, solo le preocupaba cómo le quedaría la cicatriz de la nariz.

Intentó volver a la realidad. Parecía imposible, pero, como no ocurriese un milagro, le quedaban escasos minutos de vida. Los mismos que a José Antonio, que le seguía en silencio. Tenía que pensar rápido en alguna forma de salir de aquel embrollo, pero no se le ocurría nada para anular a aquellos hombres que los llevaban al matadero como si fuese algo natural.

Continuaron caminando por aquel camino blando y resbaladizo. Notó el aire frío de la noche y escuchó el sonido del viento entre las ramas. En otra ocasión no le habría dado importancia, pero en este momento aquellas sensaciones adquirían un valor extraordinario. Un golpe en su espalda, de lo que parecía el cañón de una pistola, le conminó a andar más rápido.

—Muévete, cabrón. Que ya me has jodido bastante la noche —le increpó el sicario.

Fernando Cuesta se sorprendió pensando en su hija, Nekane. Le preocupaba que creyese que la había abandonado y deseó poder decirle cómo había muerto. Le parecía insoportable desaparecer sin poder besar a su hija una última vez.

—¡Hostias! Encima, he pisado una mierda de caballo. ¡Me cago en todos tus muertos! —maldijo, dando otro empujón a Fernando.

Su compañero se rio.

—Pues compra lotería.

—¿Lotería? ¡Tu puta madre!

El otro lanzó una carcajada.

La situación era surrealista. Fernando Cuesta se concentró en el cálido reguero de sangre que brotaba de su nariz. De alguna manera sabía que mientras notase dolor seguiría vivo. Lo que más temía era dejar de sentir ese dolor. Dejar de sentir la brisa. Dejar de sentir el murmullo de las ramas del bosque. «Dejar de sentir es morir —pensó—. Siente, Fernando, siente». Tropezó con una piedra y cayó sobre su captor, que respondió dándole un manotazo en la nuca.

—Mira por dónde andas, mamón.

Había perdido el contacto con José Antonio. Notó que volvían a empujarle.

—¡Tira por ahí!

Bajaron por una pendiente, entre arbustos y tierra húmeda, hasta que le hicieron parar frente a la entrada de una cueva.

—Entro yo primero y le doy matarile al juez —sugirió el matarife de José Antonio Fernández de Ubieta—. Tú espera hasta que te llame.

—Anda rápido, que me estoy helando —repuso el otro.

Mientras permanecía arrodillado, Fernando Cuesta vio cómo entraban por la bocamina.

Desde el interior de la cueva escuchó el cerrojo de una pistola amartillándose.

—¡De rodillas! —era la voz del ejecutor de José Antonio.

Se hizo un silencio que se rompió con el seco estampido de un disparo, amplificado por las paredes de la cueva. ¡¡¡Pam!!!

Fernando, instintivamente, encogió los hombros tratando de ocultar la cabeza. Otro silencio, esta vez más largo, y la voz cavernosa del verdugo desde el interior:

—¡Venga, trae al otro, que este ya está!

Era el final. Fernando Cuesta lo tenía asumido. No había nada que hacer. «¿Y ya está? ¿Así se acaba todo?», pensaba mientras sentía el cañón de la pistola presionando contra su nuca.

—Venga, andando —apremió el verdugo.

Sin saber por qué, Fernando trataba de caminar deprisa, pero intentando no tropezar. Se sentía flotar en aquel ambiente irreal y onírico del interior de la caverna. Aspiró el aire punzante y enrarecido. El tiempo pasaba con una desesperante lentitud y todo su universo quedaba reducido a intentar no caerse mientras caminaba hacia aquella claridad anómala que se intuía al fondo.

—¡Para!

Notó la presión metálica del cañón en su cabeza y deseó que todo fuera rápido. Hiperventilaba, pero el aire no le llegaba a los pulmones. Cerró fuertemente los ojos esperando el fin.

Una detonación. Un fuerte pitido en los oídos. Su cuerpo desmadejado contra el suelo y un líquido caliente brotando de la entrepierna. La oscuridad. El abismo… y al final… el silencio.

Una mano que, desde la lejanía, lo cogía por el brazo para rescatarle del infierno. Y un cuerpo, que no era el suyo, con un agujero en la frente.

—¿Fernando? Despierta, Fernando.

Era la voz de José Antonio.

—Tenemos que salir de aquí. —El que hablaba era el otro sicario que le estaba liberando de las bridas y de la mordaza.

—Despierta, Fernando.

Lentamente, volvió en sí. Se levantó con el cuerpo entumecido y la boca seca. Vio a su lado a José Antonio y consiguió balbucear con una voz rota:

—¡Tiene cojones! ¡Me he meado encima!

Miró al sicario con desconfianza.

—¿Y este?

—Este es un guardia civil del SIGC. Y nos ha salvado la vida —indicó el juez.

—No podemos perder más tiempo —apremió el joven—. Tenemos que irnos ya.

José Antonio cogió a Fernando por la barbilla para comprobar el estado de su herida.

—Es un corte limpio. Con unos puntos arreglado.

La sangre había coagulado y una postilla negruzca embardunaba la mitad de la cara del inspector Cuesta.

—Habrá que ir a un hospital —sugirió.

—¡Ni hospital ni hostias! Vamos a por ese hijo de puta de Ansuátegui —bramó Fernando.

El juez le miró sorprendido.

—Eso es, inspector. Con un par. Me alegro de verle recuperado —repuso el guardia civil, ofreciéndole su Glock.

—¿Puedes llevarnos? —le preguntó el juez.

—Claro.

Pocos minutos después, se adentraron en la finca de Mikel Ansuátegui por un camino de

servicio libre de vigilancia. El guardia civil iba en cabeza, seguido por los otros dos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fernando, que aún no se lo podía creer—. Ya te daba por muerto, hasta había rezado y todo.

—Ni yo me lo creo todavía —contestó José Antonio—. Cuando entramos en la cueva, daba por hecho que había llegado mi hora, así que cuando el agente, creo que me ha dicho que se llama Alberto. Sí, cabo Alberto Flores. Eso me ha dicho. Pues eso, que cuando el cabo Flores me ha cortado las bridas y me ha dicho que trabajaba como infiltrado en la organización de Ansuátegui me he quedado de piedra. Luego ya sabes el final: un disparo al aire, llamar al otro y dejarle frío ha sido cosa de Flores, que no ha dudado ni un segundo. No es que apruebe matar a nadie y menos a sangre fría. Pero no había más remedio.

Fernando se quedó callado. El dolor de su nariz le recordó que él tampoco habría dudado y que, como tuviese la oportunidad, Ansuátegui acabaría como el hijo de puta que estaba patas arriba en la cueva.

—Ahora silencio y seguid mis pasos —susurró el cabo Flores.

Un seto impenetrable, como una muralla verde, se erguía ante ellos, obligándolos a rodearlo para acceder a la mansión. Al traspasarlo, se encontraron con un mundo de formas geométricas, donde el boj cuidadosamente podado creaba intrincados diseños, guiando sus pasos hacia el corazón del jardín. Allí, una fuente con esculturas de peces mitológicos brotaba con agua cristalina, reflejando la majestuosa fachada de la mansión que se alzaba frente a ellos.

—Qué raro —comentó Fernando—, no parece que haya nadie.

—Ha dado libre a todo el servicio. Está solo —aclaró el guardia civil.

Un tenue resplandor emanaba de las ventanas del primer piso, la única señal de vida que emanaba del edificio. Siguiendo el ritmo del suave borboteo de la fuente, se aproximaron en silencio, sus pasos apenas rozando la tierra. En cuestión de segundos, se encontraron frente a la puerta de entrada, que estaba abierta de par en par. Al traspasar el umbral, una bóveda decorada con trampantojos renacentistas los dejó sin aliento. Ángeles y demonios se entremezclaban en una danza ilusoria, engañando a la vista con una realidad intensificada. Un intenso aroma a carne asada impregnaba el enorme recibidor.

—Este olor viene de abajo —dijo Fernando, encaminando sus pasos hacia la escalera.

José Antonio y el cabo Flores se miraron, el terror reflejado en sus ojos. La escena que presenciaban era grotesca y macabra: un altar profano con símbolos nazis, un nauseabundo olor a carne quemada, un círculo de fuego que crepitaba en la penumbra y, en el centro, un cuerpo humano retorcido, chamuscado y humeante. Pero lo que más les helaba la sangre era la sonrisa de carbón que se dibujaba en el rostro del cadáver, junto al puñal clavado en su pecho.

Sin comprender por qué, Fernando se encontró conteniendo la respiración. Un escalofrío le recorrió la espalda y, tembloroso, vació los pulmones. El aire, impregnado del hedor a carne quemada, le invadió las fosas nasales, provocándole una arcada que contuvo a duras penas.

La herida de su propia nariz intensificaba la repugnancia del olor, agudizando la sensación de asco que le atenazaba. Un escalofrío recorrió su cuerpo, erizando su vello y confirmando que se enfrentaban a algo terrible, algo que desafiaba toda lógica y razón.

—Esto me rompe los esquemas —manifestó José Antonio—. Desaparece un sospechoso y, a la vez, un testigo fundamental. Hemos vuelto al punto de partida y, tal vez, al final de esta investigación.

Mientras tanto, el cabo Flores había sacado su teléfono y se disponía a marcar un número.

—¿A quién llamas? —preguntó Fernando.

—Tengo que informar a mis superiores.

—Nadie debe saber que hemos estado aquí —aseveró el juez—. Danos veinte minutos, por favor.

—Está bien. Veinte minutos y os vais —titubeó el joven guardia civil—. Yo no os conozco de nada. Ni vosotros a mí.

Sin perder ni un segundo, Fernando y José Antonio iniciaron una rápida inspección ocular del escenario del crimen. El juez puso especial atención a la mesa, en la que aún permanecía abierto el grimorio junto al ánfora. Seguidamente, se centró en el cuchillo clavado en el cadáver.

—Tiene toda la pinta de ser un *arthame* —aseguró.

—¿Qué es un *arthame*? —preguntó Fernando, tragando saliva.

—Un cuchillo ceremonial. Al igual que el grimorio, se utiliza en ceremonias de brujería.

Fernando ardía en deseos de marcharse. La escena le producía una inquietud indescifrable desde una perspectiva racional.

—Mira aquí, Fernando —señaló el juez, mostrando las letras grabadas en la piedra del altar—: *«In hoc signo vinces»*.

—¿Qué demonios significa eso?

—No estoy seguro, pero creo que ‘con este signo vencerás’ o algo por el estilo. Todavía recuerdo algo de latín.

Fernando Cuesta se agachó para observarlo con más detenimiento.

—Parece que lo ha grabado con el cuchillo —sugirió.

—Todo parece indicar que aquí se ha celebrado un akelarre. Y estoy convencido de que a Mikel Ansuátegui no lo han asesinado —teorizó el juez.

—Pues nadie lo diría.

Fernando Cuesta creyó ver un destello de clarividencia en el rostro de José Antonio Fernández de Ubieta.

—¿Y eso qué nos aclara? —preguntó.

—No aclara nada, pero explica muchas cosas, Fernando. Tenemos que saber más cosas y creo que conozco a la persona indicada.

Capítulo 32

A pesar de que no había amanecido por completo, eran las siete y media de la mañana, la plaza ya estaba ocupada por unas trescientas personas dispersas por los jardines. No era el lugar ideal para una intervención policial. La cantidad de gente y la compleja ubicación de la plaza, en el corazón de la ciudad, en la intersección de cinco calles muy concurridas y rodeada de numerosas tiendas y oficinas, añadían un grado de dificultad a la ya de por sí complicada situación.

«No debería estar aquí», pensó Arantza Altuna, mientras la imagen de Fernando Cuesta aparecía en su mente. Disimuladamente, dirigió una mirada hacia Markel Martín. La intendente tenía un mal presentimiento.

El jefe de la Policía Municipal carraspeó y se irguió, cuadrando los hombros. Su rostro estaba tan rojo como su *txapela* y, a pesar del frío de la mañana, algunas gotas de sudor perlaban su frente. La tensión se podía sentir como si el aire mismo se hubiera vuelto pesado, difícil de respirar.

—Mira, Arantza, sé que no confías en mí, pero sé lo que hago. Llevo más de veinte años en la calle y no es la primera vez que me enfrento a una situación así —indicó, sin apartar la mirada de la plaza.

—Pues vamos, Markel. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos.

Arantza no entendía la demora. Faltaba poco para que amaneciese por completo y la ciudad se despertaba al mismo tiempo que los acampados en Moyúa. Intentó ignorar sus malos presentimientos. Ya le habían dejado claro su cometido: cumplir órdenes. «El que obedece nunca se equivoca», dijo para sí misma. Y si algo sabía era obedecer. Además, quién sabe. El plan de Markel Martín podría funcionar. «Si es que Markel Martín tuviese un plan —pensó—. Que sea lo que Dios quiera».

Volvió a instar al superintendente Martín con la mirada.

—Vamos —ordenó finalmente, al sentirse apremiado por Arantza.

Caminaba vacilante entre las primeras tiendas de campaña. Arantza iba tras él, sonriendo a la gente que los miraba con estupor. Consiguieron llegar hasta la tienda de Germán Urdiales.

«Ni tan mal», pensó Arantza.

El jefe de la Policía Municipal, elevando el tono de voz, requirió:

—¿Germán Urdiales? Soy el superintendente Martín de la Policía Municipal de Bilbao.

Un hombre alto, que Arantza reconoció como uno de los que aparecían en la fotografía que le había mostrado el teniente Molina, se acercó a ellos.

—¿Qué queréis?

—Eres tú Germán Urdiales, no, ¿verdad? ¡Pues largo! —le increpó Markel Martín.

«No me jodas, Markel. Así no. La vas a cagar».

Arantza trató de mediar:

—Tranquilo, no pasa nada. Solo queremos hablar con él.

—Pues mira, tía. Para hablar con él, primero tendrás que hablar conmigo.

—Apártate si no quieres tener problemas —amenazó Markel Martín, señalando con su dedo índice al hombre que le sacaba la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó alguien desde el interior de la tienda.

—Le habla la policía. Salga, por favor.

La cremallera de la tienda de campaña comenzó a deslizarse y salió Germán Urdiales vestido

con un pantalón militar y un jersey verde. Se plantó frente a los dos policías.

—¿En qué puedo ayudarles, agentes?

«Venga, llévatelo. Llévatelo ya y vámonos», pensaba Arantza.

—Están ustedes ocupando un terreno público y deben abandonarlo.

—No estamos haciendo nada malo, agente. Y ahora mismo este es mi domicilio. Le ruego que no intenten nada o me veré en la obligación de denunciarlos.

—Esto no es un domicilio. Le repito que están ocupando un terreno público.

—Y yo le repito que este es mi domicilio actual. Y si no tiene una orden judicial no le voy a permitir que viole mis derechos. ¿Tiene usted una orden, agente? —preguntó con retintín.

Arantza se dio cuenta de que un ángulo de saliva seca se estaba formando en la comisura de los labios de Markel Martín.

—Me lo suponía. Pues si no tiene usted nada más, agente, tengo cosas que hacer. Buenos días.

El jefe Martín intentaba sacar las esposas con manos temblorosas. Las palabras se le atragantaban en la garganta luchando por salir entre un nudo de inseguridad. Un gallo traicionero escapó de sus labios, delatando la fragilidad bajo su fachada de aplomo:

—Queda usted detenido por desobediencia.

Arantza no se lo podía creer; Markel Martín la estaba liando. Por mucho que dijese, se le notaba la falta de práctica. Tanto tiempo lejos de la calle, en el despacho, le había hecho olvidar cómo reaccionar ante una situación como aquella. Estaba perdiendo el control.

Germán Urdiales ni se inmutó. No se resistió, pero tampoco facilitó la detención. Impasible como una estatua, observaba la escena con una mirada gélida. Sus labios esbozaban una leve sonrisa, una mueca de desprecio que crispaba los nervios de Arantza. En su silencio se escondía una amenaza velada, una advertencia de lo que estaba por venir.

Se oyó un murmullo de voces y la gente comenzó a arremolinarse en torno a los policías.

—¡Se quieren llevar a Germán! —vociferó el hombre alto.

El jefe Martín hubiese preferido estar al frente de un dispositivo más amplio, con unidades antidisturbios, pero no pudo negarse al requerimiento del concejal. Y ahora se iba a enfrentar a una situación endiablada sin apoyo y sin experiencia.

—¡Las manos en la cabeza y abra las piernas! —la voz le volvió a flaquear.

Germán Urdiales seguía inmóvil y retador frente a los dos policías.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Le quieren detener! —gritó otro de los compañeros de Urdiales.

Los peores presagios de Arantza se estaban haciendo realidad.

—¡Espósalo ya y vámonos! —lo apremió, pero el jefe Martín estaba paralizado.

Arantza sabía que habían perdido la iniciativa y que la situación solo podría ir a peor. La gente estaba rodeándolos, en actitud amenazante, a punto de estallar.

—¡Hay que defender a Germán de esta gentuza! ¡Fuera! ¡Fuera!

Un par de botellas de plástico volaron de entre la multitud.

—¡Fuera, hijos de puta! ¡Fuera! —bramaba la muchedumbre.

El grupo se iba compactando y continuaba llegando gente. Otra botella, esta vez llena de agua, cayó a los pies de Arantza.

—Markel, esto se pone jodido. Ante todo, no perdamos la calma —susurró Arantza al oído de Markel Martín, que tenía la mirada perdida, era incapaz de reaccionar.

Esta vez fue un vaso de cristal lo que estalló a pocos pasos del policía.

—Tranquilos, tranquilos —sosegó Arantza, mostrando las palmas de las manos a la multitud—. Si alguien nos agrede, ¡será considerado un atentado! —advirtió con voz firme, tratando de mantener la calma. Sus palabras parecían caer en saco roto; la turba, enardecida por la ira, no

estaba dispuesta a escuchar.

Un huevo golpeó la espalda del superintendente Martín manchando su uniforme de un amarillo viscoso. Un lamento de temor escapó de su garganta y, presa del pánico, desenfundó su arma.

—¡No, Markel, qué haces! —exclamó Arantza.

El clamor fue inmediato.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Asesino! ¡Asesino!

Varios palos se alzaron por encima de las cabezas de la turba. La primera línea de personas se había detenido al ver el arma, pero, desde atrás, la presión les obligaba a avanzar.

—¡A por ellos! ¡Fuera! ¡Fuera!

¡¡¡Pam!!! Un disparo al aire. La muchedumbre se quedó paralizada, algunas mujeres comenzaron a gritar y una gran parte de los manifestantes, instintivamente, se tiró al suelo.

—Esto es culpa tuya —recriminó Arantza a Germán Urdiales—. Más te vale que calmes a esta gente o va a haber una desgracia.

Urdiales, con los brazos en alto, se interpuso entre los manifestantes y la policía. En un silencio sepulcral, les dirigió unas palabras:

—Calmaos, calmaos, camaradas. Estos agentes solo cumplen órdenes. Órdenes equivocadas, sí, pero son las que les imponen los políticos corruptos que nos están llevando a la ruina. Llenan nuestras calles de extranjeros, delincuentes, asesinos y violadores. Ellos solo son los perros del poder que nos muerden a su antojo. Pero no nos vamos a amedrentar. Seguiremos aquí hasta que este Gobierno de traidores y cobardes dimita. ¡No vamos a dar ni un paso atrás! ¡Por nosotros, por nuestros hijos y por nuestra patria amenazada! ¡Gobierno dimisión! ¡Gobierno dimisión!

La multitud rugió con la arenga de Urdiales.

—¡Son unos putos cobardes! ¡Es una vergüenza! ¡Gobierno dimisión! —vociferaban.

Aprovechando el tumulto, Arantza se acercó a Urdiales y le susurró:

—Si no salimos de aquí en dos minutos, doy la orden de que entren los antidisturbios y se va a formar una carnicería. Y tú vas a acabar en la cárcel acusado de sedición y atentado.

Urdiales volvió a pedir silencio con las manos en alto.

—Camaradas, vamos a demostrarles que no somos tan cobardes como ellos. Dejadles que se vayan.

La turba fue abriendo un pasillo para que los policías pudieran salir. Markel Martín, con la cara congestionada, enfundó la pistola y salió tras los pasos de Arantza Altuna, que caminaba con la vista al frente, intentando mantener la dignidad. A pesar de su esfuerzo por mostrar aplomo, sabía que esa humillación, la peor de su carrera, no podía quedar impune. Y no la dejaría impune.

Capítulo 33

Un frío sol de otoño envolvía a Fernando Cuesta mientras salía del SEAT León alquilado. El primer vuelo partía a las cinco de la tarde, por lo que habían optado por conducir hasta Vitoria. Apenas habían dormido un par de horas antes de tomar la A-4.

Eran las doce del mediodía y una brisa gélida barría la plaza de la Virgen Blanca, que en esos momentos se encontraba bastante animada. José Antonio la cruzaba con paso decidido en dirección al casco antiguo; un laberinto medieval de calles y cantones que ascendían, entrelazándose, desde la plaza del Machete hasta la catedral de Santa María.

Las noticias de la radio les habían informado de los acontecimientos en Bilbao, pero aún no se mencionaba la muerte de Mikel Ansuátegui. Intentaron contactar con Arantza Altuna sin éxito. Sabían que algo no andaba bien y Fernando se mostró preocupado y taciturno durante todo el viaje. No así José Antonio, quien no paró de hablar del sentido de la vida y de lo cerca que había estado la muerte. Fernando había intentado cambiar de tema —la muerte era algo en lo que no quería pensar— e intentó averiguar por qué tenían que volver con tanta urgencia a Vitoria para hablar con aquel catedrático borde, pero José Antonio, como era habitual, mantuvo el misterio.

El juez se metió por la calle Correría.

«Pero ¡adónde coño irá!», pensó Fernando mientras se esforzaba por no quedarse rezagado durante el ascenso.

Hacia mitad de la calle se detuvo frente a una tabernucha decorada con banderas de Palestina, Arrano Beltza y esteladas catalanas. *Alkondarie,* de Gatibu, sonaba a todo volumen.

—¿Ahora vamos a entrar en este antro? —preguntó extrañado Fernando.

—Me han dicho que aquí ponen el mejor café de la ciudad.

Entraron y se colocaron al final de una barra de madera, desgastada por el paso del tiempo. De espaldas a la pared, Fernando se sentía como un pez fuera del agua. No era el tipo de ambiente en el que se encontraba cómodo.

—Dos cafés con leche y dos pasteles de Vitoria —pidió el juez—. ¿Has probado alguna vez el pastel de Vitoria?

—No —contestó sin perder de vista a los cuatro jóvenes que liaban un porro en la otra esquina de la barra. Incluso a él mismo su voz le sonó áspera.

—Está muy bueno. Es una tartaleta de almendra y chocolate, deliciosa.

—Yo creía que no te gustaba el dulce.

—Y no me gusta, pero estamos en Gasteiz y no hemos probado bocado desde que salimos de Sevilla.

Una camarera, con una bandana de calaveras en la cabeza, les sirvió las dos consumiciones.

—*Hemen daukazue. bi kafe ta bi tarta. Zuek ez zarete hemengoak, ezta?*

Desde la otra esquina, los jóvenes no perdían detalle de la conversación.

—Estamos buscando la librería Lauko. ¿Sabes si está por aquí cerca? —preguntó José Antonio sin responder a la pregunta de la camarera.

—*Zipaioak dira* —advirtió uno de los jóvenes.

—¿Tú qué dices, bobo? —le espetó Fernando, que nunca había podido entender cómo tanto los delincuentes habituales como los «borrokas» podían detectarle con tanta facilidad.

—Venga, tranquilos, que no quiero líos en mi bar. Acabáis el café y os vais.

Visiblemente enfadada, se acercó al grupo y les dijo:

—*Zuek, buelta bat ibiltzera zoazte. Eta utzi ezazue potroiak ukitzen, ostia!*

Los cuatro jóvenes abandonaron el bar. Mientras salían, uno de ellos escupió, mirando a Fernando Cuesta.

—No les hagáis caso. Estos siempre están igual —tranquilizó la camarera, con una sonrisa amable—. ¿La librería Lauko, decís? Está a unos cien metros de aquí. Pasando el arco de la muralla, a la derecha de la catedral de Santa María. Pero hace años que está cerrada.

—*Mila esker* —respondió José Antonio, depositando sobre la barra un billete de cincuenta euros, mientras apuraba el último sorbo de café—. *Bueltak zuretzako, neska.*

—Eres una caja de sorpresas —se asombró Fernando cuando abandonaron el bar.

Continuaron ascendiendo hasta llegar a la la antigua muralla medieval. A su derecha se alzaba, imponente, la catedral vieja de Santa María.

—Vamos a ver el pórtico —sugirió José Antonio—. Dicen que es una de las mejores muestras del gótico del siglo XIV.

—No me preguntes por qué, pero me lo temía —dijo Fernando, resignado.

José Antonio sonrió.

—¡Fíjate en la piedra caliza dorada por el sol, Fernando! —exclamó con los ojos brillantes de emoción—. Esta catedral, aunque no sea tan grandiosa como otras, tiene un encanto espe cial. Su historia está ligada a la fundación de Vitoria por Sancho IV de Navarra y sus problemas estructurales la convierten en un caso único.

Desde la fachada sur, la imponente torre del campanario se elevaba sobre ellos; más de sesenta metros por encima del pórtico. Un ábside abovedado protegía la portada principal, con el tímpano que representaba a la Virgen con el Niño.

—¡Observa la maestría del tallado! —insistió José Antonio, señalando las figuras con detalle—. En el portal derecho está san Miguel pesando las almas en el juicio final, condenándolas al infierno o guiándolas hacia la puerta de la gloria, según haya sido su paso por este mundo.

Fernando, un poco hastiado, murmuró:

—Bueno, está bien. ¿Ya podemos irnos?

José Antonio, ignorándolo, se detuvo frente a un relieve que mostraba a un ángel del dolor sosteniendo la punta de una lanza. Bajo sus pies, demonios y monstruos infernales luchaban por arrebatársela. Una banda con la inscripción *«In hoc signo vinces*» cruzaba la escena.

—Mira esto, Fernando —dijo José Antonio—. Estaba seguro de que había visto antes la inscripción que encontramos en casa de Ansuátegui. Este relieve representa la victoria del bien sobre el mal. Es un símbolo de esperanza, un mensaje que nos recuerda que la luz siempre triunfará sobre la oscuridad.

Las palabras de José Antonio parecieron avivar el interés de Fernando, quien se quedó en silencio, contemplando el relieve con una mirada nueva.

—Para eso hemos venido a hablar con el catedrático, ¿verdad?

Continuaron caminando por un angosto y sinuoso callejón hasta que arribaron a un edificio de ladrillos pegado a la antigua muralla. El escaparate, abarrotado de libros sin organización ni armonía, estaba iluminado por una solitaria luz amarillenta que apenas lograba desvanecer el fino velo de gotas de vapor adheridas al cristal.

José Antonio presionó el timbre. Un zumbido resonó en el interior de la tienda, que parecía estar cerrada al público.

—¿Y si nos ha plantado? —dudó Fernando.

José Antonio volvió a llamar. Después de unos segundos, una voz se escuchó a lo lejos.

—Ya voy, ya voy.

A través del cristal empañado se distinguía la figura de Salvador Salcedo.

—Pasen, pasen. Me quedé profundamente dormido. Les pido disculpas.

Entraron a la librería. Fernando curioseó a su alrededor. Las paredes estaban abarrotadas de estanterías con libros, más viejos y raros que antiguos. El olor a papel y polvo se mezclaba con el aroma de la madera de las estanterías y el suelo crujía bajo sus pasos. La humedad se percibía como si el paso del tiempo hubiese dejado su huella en cada rincón.

—Hace años que esta librería no se abre al público. Mi esposa y yo la inauguramos. Y cuando ella falleció decidí mantenerla en su honor. Ahora suelo venir aquí, de vez en cuando, para hojear algunos libros antiguos y disfrutar de mis recuerdos.

Le siguieron hasta la trastienda, una estancia mucho más reducida. Salcedo les invitó a sentarse en unas sillas plegables de madera. Él se acomodó frente a ellos, al otro lado de una vieja mesa de despacho de color marrón.

—Bien, señor juez. Ha conseguido despertar mi curiosidad cuando me llamó para preguntarme acerca de la cita *«In hoc signo vinces»*. ¿Qué le gustaría saber? —preguntó el catedrático, mirándolo con las manos entrelazadas.

—En primer lugar, gracias por recibirnos nuevamente. Sabemos que está muy ocupado, pero le garantizo que no le roba remos mucho tiempo. Y, naturalmente, mantendremos esta conversación en la más absoluta confidencialidad. Tanto por nuestra parte como por la suya, espero.

El profesor asintió con la cabeza.

—No voy a entrar en detalle —comenzó diciendo el juez Ubieta—, pero esta cita ha aparecido en la escena de un crimen un tanto especial.

—¿A qué se refiere cuando dice especial, señor juez?

José Antonio sacó su teléfono móvil y le mostró las fotografías que había sacado en la casa de Ansuátegui. El profesor Salcedo enmudeció al ver las imágenes y miró a José Antonio, horrorizado.

—Pero esto es…

—¿Es lo que parece, profesor? ¿Diría usted que es algún tipo de ritual, algo parecido a un aquelarre?

—Es evidente que sí. Pero esto es algo más. En todo esto, hay una relación evidente entre la brujería y la ideología nazi: la prominencia del sol negro en el altar, las doce columnas, el círculo de fuego y la liturgia son una copia exacta de la Sala de los Generales del castillo de Wewelsburg en Renania, que la SS escogió como lugar de culto para celebrar sus ceremonias en torno a las leyendas del grial, el *sonnenrad* y las ciencias ocultas.

Fernando se inclinó hacia delante con la mirada fija en el profesor.

—No acabo de ver la relación —comentó.

—Himmler estaba fascinado por el ocultismo y la mitología germánica. Estaba convencido de que podrían ser utilizados para fortalecer el poder del régimen nazi. La SS se involucró en una serie de actividades ocultistas, incluyendo la búsqueda de artefactos mágicos, la realización de rituales y el estudio de la astrología. El sol negro (*sonnenrad* en alemán) era un símbolo importante para los nazis. Representaba la luz del sol, un símbolo de la pureza aria. Las doce columnas personifican a los doce caballeros de la tabla redonda, que eran vistos como modelos de la masculinidad aria. Y el círculo de fuego era un símbolo de protección y de poder.

—¿En estas celebraciones se hacían sacrificios humanos? —quiso saber Fernando, que se mostraba muy interesado.

—No hay constancia, pero no sería de extrañar. La liturgia utilizada en las ceremonias de la SS

era una mezcla de elementos paganos y cristianos. Se utilizaban cánticos, oraciones y rituales para invocar a los dioses y ancestros germánicos. Buscaban una nueva religión, un anclaje espiritual que sirviese como pilar de una nueva sociedad basada en la pureza racial. Creían que estas actividades podían ayudarles a conectarse con sus ancestros, fortalecer su poder y crear un mundo nuevo dirigido por la raza aria. Pero hasta la fecha no hay ninguna prueba de que se realizasen sacrificios humanos, inspector.

El profesor vio que los ojos azules del juez Fernández de Ubieta le escrutaban.

—¿Y eso tiene algo que ver con la inscripción latina que nos ocupa, profesor?

El profesor Salcedo miró al juez con una expresión de curiosidad, como si estuviera evaluando a un desconocido, antes de comenzar a encender la pipa, que había sacado de un cajón de la mesa.

—Tiene mucho que ver —aseguró, mientras daba cortas y continuas chupadas que enrojecían la brasa del tabaco. Un intenso olor a incienso y miel llenó la estancia.

—¿Saben algo sobre la leyenda de la lanza del destino? —preguntó.

—Tiene ante usted a dos perfectos ignorantes en esa materia —repuso el juez.

—Se conoce con ese nombre a la lanza con la que, según la leyenda, el soldado romano Longinos atravesó el costado de Cristo.

Fernando Cuesta se preguntó qué tendría que ver esa historia con las muertes de Mikel Olaeta, Antonio Suárez y Mikel Ansuátegui.

El catedrático buscaba entre los estantes.

—Aquí está —anunció, extrayendo un grueso tomo encuadernado en cuero—. No aparece nada en los evangelios sinópticos, pero en el Evangelio de Juan se dice: «Al llegar a Jesús, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua».

—Tengo entendido que era una práctica para aumentar el dolor de los condenados —apuntó el juez.

—*Crurifragium.* Así era conocida esta tortura.

—Perdone por la interrupción, profesor. Continúe, por favor.

Salvador Salcedo se relajó. Estaba en su salsa y se le notaba a gusto.

—En el simbolismo cristiano, esto tiene un significado profundo: la sangre y el agua representan los sacramentos del bautismo y la eucaristía; es decir, a la religión católica fluyendo del costado de Cristo.

—También Eva surgió del costado de Adán —apuntó Fernando, sin saber muy bien lo que quería decir.

—Así es, inspector, buena observación. Pero centrémonos en la historia.

Salvador Salcedo hizo una pausa para volver a encender su pipa. La pequeña llama del mechero desechable aparecía y desaparecía con cada succión del profesor.

—Existen muchas teorías sobre la autenticidad de la reliquia —continuó hablando—. Una de ellas, que yo no considero probable, aunque se la voy a contar porque es curiosa, es la que dice que se descubrió en 1208 durante la primera cruzada.

Fernando Cuesta, que en un principio se mostraba escéptico, ahora no perdía detalle.

—El cruzado Pedro Bartolomé dijo haber tenido una visión en la que san Andrés le reveló que la lanza sagrada estaba enterrada bajo la catedral de San Pedro en Antioquia. Tras una larga búsque da, la lanza apareció. Esto fue considerado un milagro. Tiempo después se puso en duda la autenticidad del descubrimiento y, para desmentirlo, Pedro Bartolomé caminó sobre brasas de fuego.

El profesor sonrió levemente mientras daba una chupada a la pipa.

—Evidentemente, murió en el intento —aclaró, exhalando una abundante bocanada de aromático humo azulado—. Lo único que está documentado es que en el 615 la ciudad santa de Jerusalén y todas sus reliquias cayeron en manos de los persas. En ese año, la punta de la lanza del destino, que se había quebrado, se trasladó a la iglesia de Santa Sofía en Constantinopla. Su rastro se pierde en el Sacro Imperio Romano Germánico, hasta que, en 1424, el emperador Segismundo, que tenía una importante colección de reliquias, incluida la lanza sagrada, la llevó a Núremberg ordenando que permaneciera allí para siempre. Este emperador fue el que añadió la inscripción *«In hoc signo vinces»*, que aparece en la lanza, ya que, según la leyenda, quien la posea ganará batallas y gobernará el mundo. Pero quien la pierda sufrirá las peores desgracias.

Tras una nueva pausa humeante continuó:

—Y ahí tienen ustedes la relación de su caso con la lanza santa, señores.

—Continúe, profesor, me tiene en ascuas —apremió Fernando Cuesta.

—Allí permaneció hasta 1796, cuando fue trasladada a Viena para mantenerla segura ante el cerco de los franceses a la ciudad. La lanza fue confiada al barón Von Hügel, que prometió devolverla cuando la paz fuera restaurada. Pero el Sacro Imperio fue disuelto en 1806 y Von Hügel aprovechó para vendérsela a los Habsburgo, que la añadieron al tesoro imperial.

El profesor hizo una pausa y el silencio llenó la habitación como un bloque de hormigón entre gasas de humo que flotaban como jirones de niebla.

—Y así llegamos al 13 de marzo de 1938, a Adolf Hitler y la Anschluss.

El profesor hizo otro de sus silencios teatrales.

—La unificación de Alemania y Austria —apuntó José Antonio.

—Efectivamente —se sorprendió el catedrático—. Se dice que Hitler se obsesionó con la lanza a través de la ópera *Parsifal,* de Wagner, su compositor favorito.

—La conozco —apuntó el juez—. Trata sobre una serie de caballeros que tienen la misión de proteger el santo grial y la lanza del destino.

El profesor, incómodo por la interrupción, apostilló:

—Continúo, si no le importa, que se está haciendo tarde.

—Adelante, profesor. Disculpe.

—Hitler, que los consideraba objetos taumatúrgicos, ordenó a Himmler buscar estas reliquias medievales por medio mundo. De hecho, el mismísimo Himmler en persona estuvo en Montserrat buscando el santo grial —apuntó el profesor Salcedo, que continuaba disfrutando al ver las caras de Fernando y José Antonio. Tras una pausa, retomó su clase magistral —Está documentado que, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, el general Patton, que también estaba obsesionado con el ocultismo, se la llevó a Estados Unidos. No obstante, hay historiadores que mantienen que lo que se llevó era una falsificación.

»De cualquier manera, eso daba igual porque le ordenaron devolverla al Schatzkammer de Viena, donde está actualmente. Lo que sí se sabe con certeza es que Heinrich Himmler hizo que el fabricante de espadas más grande de Japón creara un duplicado exacto de la lanza y que había formado un círculo de caballeros dedicados a proteger la lanza santa. En el juicio de Núremberg, el coronel Buechner dijo que la lanza verdadera había sido utilizada en ceremonias de magia negra en el castillo de Wewelsburg. Incluso dejó por escrito que Hitler la había sacado de Alemania para ocultarla en alguna parte de Europa, bajo la protección de los caballeros de la lanza santa.

—¿Qué es eso de los caballeros de la lanza santa? —preguntó el juez.

—Es una sociedad secreta creada por el coronel Hartmann. «La punta de la lanza santa será la

columna de nuestra Alemania eterna», dejó escrito en sus memorias.

—Muy interesante, profesor. ¡Una historia increíble! —aseguró Fernando.

El profesor Salcedo había tejido una narrativa fascinante. Desde la crucifixión de Cristo hasta las manos de Hitler, pasando por las oscuras ceremonias de la SS, la lanza del destino había sido testigo de momentos cruciales en la historia. Y ahora se les presentaba como un camino hacia la búsqueda de la verdad.

—Todo lo que les he contado sirvió como base para la tesis doctoral de Rafa Santa Coloma, de la que yo fui su tutor; aquí la tienen. —Extrajo un legajo encuadernado del cajón de la mesa.

—Muchas gracias, profesor. Será un placer leerla —agradeció José Antonio.

—Todo esto es muy interesante —apuntó Fernando—, pero ¿dónde está el nexo entre esta historia y los asesinatos que estamos investigando?

Salvador Salcedo sonrió.

—Durante nuestra investigación, encontramos documentos de la resistencia antifranquista que detallan entregas misteriosas, transportadas en dos Heinkel de la Luftwaffe, a las autoridades españolas en los meses finales de la guerra. Llegamos a la conclusión de que pudieron haber sido parte del convoy del Führer con el que Hitler encargó a oficiales nazis de alto rango poner a salvo la lanza santa.

—Entonces, es posible, según su teoría, que la lanza santa se encuentre en España —apuntó José Antonio.

—Es muy posible. Sí. Rafa estaba tras la pista de la persona encargada de su custodia, cuando abandonó su investigación y su tesis.

—¿Y era…? —preguntó Fernando.

—Ya le digo que no acabó su investigación.

—Y usted cree que la muerte de Mikel Ansuátegui está relacionada de alguna manera con algún ritual secreto relacionado con los caballeros de la lanza santa.

—Viendo la liturgia, la simbología y la sentencia latina, no ofenderá a la razón pensarlo.

José Antonio asintió.

—No sería muy aventurado presuponer que tiene usted alguna teoría sobre el posible paradero de la reliquia, ¿no es así, profesor?

El profesor Salcedo reflexionó.

—Más que una teoría, son comentarios y habladurías de claustro de profesores. Pero se cree que el convoy del Führer en el que viajaba la lanza de Longinos llegó al convento de los padres palotinos de Karrantza.

—¿Hay alguna prueba de eso? —interpeló Fernando, que no había perdido detalle durante toda la narración.

—En el valle de Karrantza, siempre se ha comentado que los alemanes estuvieron allí. Durante la investigación, Rafa Santa Coloma contactó con un fraile de la congregación de los palotinos. Este religioso le mostró una fotografía en la que aparecen varios oficiales con uniforme de las SS comiendo en el convento, junto a autoridades del régimen franquista.

—¿Tiene usted esa fotografía?

—Lo siento, ni la tengo ni pude verla. Les estoy diciendo lo que Rafael Santa Coloma me contó.

—¿Sabe el nombre de ese fraile y si aún vive?

—Hermano Albert. Me acuerdo perfectamente de su nombre. No era muy mayor cuando Rafa contactó con él, así que es posible que aún esté vivo. Por cierto, es austriaco.

El juez Fernández de Ubieta permaneció abstraído durante unos segundos.

—Muchas gracias, profesor. Ha sido de gran ayuda.

La luz del atardecer se filtraba por las estrechas calles de la almendra medieval de Vitoria-Gasteiz, bañando las fachadas de piedra en un tono dorado. José Antonio y Fernando se alejaban de la librería Lauko, sus pasos resonaban en el empedrado.

El silencio, cargado de las ideas y emociones que la conversación había despertado, abría un sinfín de posibilidades, un torbellino de preguntas que necesitaban respuestas.

José Antonio, con un gesto de satisfacción en el rostro, rompió el silencio.

—¿Qué te ha parecido la charla? —preguntó, mientras se dirigían hacia el bar de la chica del pañuelo de calaveras.

Fernando, absorto en sus pensamientos, tardó un momento en responder.

—Muy interesante —dijo finalmente, con la voz aún dubitativa por efecto de las palabras del catedrático—. No puedo evitar pensar en las implicaciones de todo esto.

Entraron en el bar.

Apoyado contra la barra, miró a la chica, que les recibió con una sonrisa lejana mientras servía una ronda a un grupo de txikiteros, que reían el chiste que alguno había contado.

—Es un tema complejo, sin duda —convino José Antonio—, pero también apasionante. Estamos ante la primera posibilidad real de desentrañar este caso.

Fernando cogió un pincho de bonito directamente de la barra. Con la boca llena, se giró para limpiarse con una servilleta de papel, en la que destacaba el anagrama de dos flechas apuntando hacia un mapa de Euskal Herria. Al fondo, el grupo de chiquiteros había comenzado a entonar las primeras notas de *Txoria txori* empapan do el aire con una neblina de tristeza. La canción, un himno a la libertad, resonó con fuerza. Y en el corazón de los dos amigos los versos de Mikel Laboa inyectaban una punzada de nostalgia por un pasado que pudo ser y de esperanza por un futuro mejor.

—¿Te imaginas qué habría sido de este país si, en lugar de matarnos, hubiésemos seguido cantando?

Esa tarde, Fernando y José Antonio bebieron de la fuente de la memoria. La conversación se prolongó, entre tragos de vino y el son de las canciones que inundaban el bar. La noche se cerraba sobre Vitoria-Gasteiz, pero en el interior del local la llama de la esperanza ardía con fuerza.

Bajaron hasta la plaza de la Virgen Blanca. A José Antonio le extrañó la actitud de Fernando. Parecía despistado y distante desde que habían salido del bar. Se había detenido frente a varios escaparates y ahora deambulaba por la plaza de aquí para allá, dando vueltas en torno a la escultura vegetal de Vitoria-Gasteiz y al monumento a la batalla de Vitoria. Cruzó la calle Postas, se paró frente al escaparate de una farmacia y volvió a la plaza.

—¿Qué pasa, Fernando?

—Nada. ¿Un cafetito? —preguntó, frotándose las manos para entrar en calor—. Cuando estaba en Arkaute, solíamos venir a la cafetería Dublín. Me trae buenos recuerdos.

El frío de Vitoria se extendía como una manta mientras las farolas comenzaban a proyectar una luz tenue sobre los pocos transeúntes que se atrevían a cruzar la plaza.

—Pensaba salir hacia Bilbao. Llevamos más de veinticuatro horas en pie —protestó José Antonio, con semblante macilento.

—Tenemos tiempo. Además, quiero llamar a la intendente Altuna para ponerla al corriente.

Sin esperar respuesta, se dirigió hacia la cafetería.

—Venga, vamos, que me estoy helando —apremió Fernando.

Entraron al café Dublín, que, más que una cafetería, parecía una típica taberna irlandesa como

las que florecieron en los noventa. Se sentaron en una mesa desde la que tenían una amplia visión del exterior.

—No te has dado cuenta, ¿verdad?

—¿Cuenta de qué? —titubeó José Antonio, removiendo el descafeinado.

—No mires. Fuera hay dos tipos que nos llevan siguiendo desde que hemos salido de la librería.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Solo el profesor Salcedo sabe que estamos en Vitoria.

—Ya; el profesor, la Guardia Civil y vete tú a saber quién más —añadió sarcástico.

—¿Qué hacemos? ¿Avisamos a la comisaría de Vitoria para que los identifiquen?

—Eso solo serviría para ponerlos sobre aviso. Es mejor dejar hacer, a ver qué quieren y quién les manda. No parece que vayan a intentar nada de momento. Más bien, creo que solo nos están controlando.

José Antonio comprendió enseguida la táctica de Fernando.

—Hemos pasado de seguir a que nos sigan. Es buena señal. Alguien se está poniendo nervioso y eso nos conviene —dijo.

Fernando tomó su café de golpe y dejó un billete de cinco euros sobre la mesa.

—Invito yo. Ahora, si te parece bien, voy a informar a la intendente Altuna —anunció el *ertzaina,* buscando el número grabado en la agenda de su teléfono móvil.

—Estará con ganas de oír tu voz —añadió José Antonio, sonriendo.

Fernando hizo un gesto de extrañeza. El teléfono dio cuatro tonos y la voz de la intendente Altuna sonó en el oído del *ertzaina.*

—Fernando, ¡joder! Ya era hora, estaba preocupadísima.

Capítulo 34

Estaba en la misma sala, rodeada de las mismas personas y escuchando los mismos argumentos que veinticuatro horas atrás. Para Arantza Altuna, esta situación le evocaba a un juego de su niñez, donde un grupo de niños debía mantener el trasero pegado a la pared, ya que en el momento en que quedase desprotegido otro grupo, rápidamente, al grito de *«¡tapacú!»* se lo pateaba. De eso trataba aquella reunión: de salvar el culo. Y, sin ninguna duda, en ese juego, Markel Martín era el mejor, el niño que siempre sabía cuándo correr y cuándo quedarse quieto, el que gritaba con el culo pegado a la pared.

El superintendente de la Policía Municipal no escatimaba esfuerzos en exponer, con detalles y florituras, el arresto frustrado. Por arte de magia, su actitud timorata y errática se transformaba misteriosamente en arrojo y determinación. De esta manera, su decisión de disparar frente a una multitud «amenazante y agresiva» había servido para que pudieran salir de allí con vida y con el prestigio policial intacto a pesar de no haber logrado llevar a cabo la detención ni el desmantelamiento del campamento. Incluso se atrevía a insinuar que él había cargado con el peso de la operación, mientras que la intendente Altuna había sido una carga y un obstáculo en el desempeño de la actuación.

Mientras él hablaba, Arantza se permitía un momento de reflexión. ¿Qué había cambiado desde aquellos días inocentes? ¿Cuándo había perdido la capacidad de jugar sin temor a las consecuencias? La sala se silenciaba en su mente y, por un instante, solo estaba ella y el recuerdo de una niñez donde la justicia era tan simple como un grito, *«¡tapacú!»*.

—Qué huevos tienes —masculló—. Si tuvieses los cojones tan grandes como tu ego, no estaríamos aquí, mamón.

—¿Decía algo, intendente? —preguntó el concejal de Seguridad.

Pensó en responderle, pero decidió que no merecía la pena entrar en el juego del «y tú más». Si contaba la verdad, que Markel Martín había perdido los nervios y disparado sin motivo, por puro pánico, tal vez podría descargar algo de responsabilidad, pero tampoco iba a salir beneficiada. Por lo tanto, optó por permanecer en silencio en una clara muestra de desprecio a las mentiras de Markel Martín.

—No, no. Nada, concejal. Pensaba en alto. Disculpe —contestó Arantza cruzando los brazos.

Por si fuera poco, ahora estaba hablando Haizea Mugarza. A Arantza le costaba horrores mantener la concentración ante una perorata sobre el comportamiento grupal, la psicología de las masas, el carácter aglutinante del odio y sobre Sigmund Freud. Todo ello adornado con citas descontextualizadas, preparadas ex profeso para el lucimiento personal.

Mientras hablaban, el concejal Aitor Etxegarai permaneció en silencio, sin que ningún gesto desvelase lo que pasaba por su cabeza. Finalmente, su mirada cansada se posó en Arantza Altuna.

—Tal vez ahora quiera contarnos lo que piensa, intendente.

—La verdad es que no tengo nada que añadir —respondió en un tono que traslucía su enfado.

—Entonces, entiendo que está de acuerdo con lo dicho en esta mesa.

—He dicho lo que he dicho. Que no tenga nada que añadir no significa que esté de acuerdo.

El tono brusco hizo que el concejal se enderezase en su asiento.

—Entonces, ¿qué propone, intendente? —la consultó el concejal, levantándose para servirse un vaso de agua de un dispensador.

—Mantengo mi propuesta de ayer —contestó—. Las condiciones no han cambiado; por lo tanto, sigo pensando lo mismo.

Tras la intervención de Arantza Altuna se creó un denso silencio en la sala de reuniones. Markel Martín sonreía moviendo la cabeza ligeramente y Haizea Mugarza reprimía con su mano una risa simulada.

—¿Y tú qué opinas, Markel? —le interpeló el concejal Etxegarai.

—Yo lo que digo es que Urdiales es un tipo muy peligroso. Está loco y tiene unos seguidores que están tan locos como él. He estado allí y sé lo que hay. Tenemos que entrar con todo, vaciar la plaza y detener a Urdiales. Y para eso hay que usar la fuerza. No hay otra. Entrar a buenas y negociar no sirve. Lo que funciona con esta gentuza es el palo, no la zanahoria.

—Señor, permítame intentarlo —cortó Arantza Altuna—. Creo que puedo sacar de allí a Urdiales y desalojar la concentración sin usar la fuerza. Estoy tan convencida de ello que estaría dispuesta a ir sola.

—¡Tú estás loca! —bramó Markel Martín—. ¿Qué quieres?, ¿ir de mártir y colgarte alguna medalla? Como entres allí tú sola y tenga que poner en peligro a mi gente, te juro por Dios que acabo con tu carrera.

El concejal Etxegarai continuó hablando con Arantza sin hacer caso a las amenazas del jefe de la Policía Municipal.

—Mañana es festivo —anunció—. Las tiendas y las oficinas estarán cerradas y habrá muy poca gente por la calle. Había pensado organizar un dispositivo para entrar y acabar con esta situación, por lo civil o por lo criminal. Pero, pensándolo con frialdad, creo que es nuestra obligación agotar todas las posibilidades antes de dar el paso. Así que, intendente Altuna, si, como propone, es capaz de solucionar este asunto sin usar la fuerza, adelante. Cuenta con mi apoyo y yo me hago responsable de lo que suceda.

Aitor Etxegarai lo dijo mirando fijamente al superintendente Martín.

—Gracias, concejal.

—Hágalo. Si el plan no funciona, al menos lo habremos intentado. Suerte, intendente.

En ese momento, el teléfono móvil de Arantza comenzó a bailar sobre la mesa al ritmo de un zumbido intermitente y vibrante. Miró la pantalla y se le iluminó la cara.

—Perdón, tengo que contestar, es importante —dijo saliendo de la sala—. Fernando, ¡joder! Ya era hora, estaba preocupadísima.

Estaba todo preparado para la intervención definitiva contra Urdiales y los suyos. En las calles aledañas, donde no podían ser vistas, se habían movilizado más de una docena de furgonetas de la Brigada Móvil, además de dos expertos en negociación, varias patrullas de la Policía Municipal y una unidad de élite de la Ertzaintza. El parque de bomberos y tres ambulancias permanecían en alerta a la espera de acontecimientos.

Desde el puesto de mando, Markel Martín comprobaba que todo estuviera preparado. Una gran cantidad de agentes uniformados, mandos intermedios e incluso agentes de paisano listos para infiltrarse entre los concentrados entraban y salían dando y recibiendo las últimas indicaciones.

—Si hay que entrar, mejor entrar arrasando —comentó el superintendente Martín a un oficial de Antidisturbios. El concejal Etxegarai, que estaba a su lado, le miró con recelo.

—No se preocupe, señor —aseguró el oficial—. No les vamos a dejar ni una oportunidad de plantar cara.

Aitor Etxegarai salió del puesto de mando, se acercó a Arantza Altuna y, posando las dos manos en sus hombros, le habló:

—Está todo preparado. ¿Estás segura de que esto va a salir bien?

—No.

—Al menos, eres honesta —admitió con una sonrisa—. Al mínimo problema, nos avisas, que entraremos sin pensarlo.

Arantza asintió mientras se ajustaba el chaleco. Miró hacia el puesto de mando y vio a Markel Martín dando órdenes a través de unos auriculares.

«Está disfrutando como un cerdo en una charca», pensó. Era consciente de que si la operación se frustraba supondría el final de su carrera. Contaba con el apoyo del concejal Etxegarai, pero Markel Martín había predicho que fracasaría y como tuviese razón… No quería ni pensarlo.

—¿Lista?

—Deme un segundo que voy a echar la última meadilla del miedo.

Mientras salía del cuarto de baño portátil, las dudas de última hora le asaltaban como lobos hambrientos atacando a un cervatillo.

—Pero quién me mandará a mí meterme en este lío —murmuró para sus adentros—. No soy más tonta porque no me entreno. Ahora sí, lista —le dijo al concejal, bajando la pantalla del casco.

Aitor Etxegarai le dio una palmada en el brazo.

—No hay quien pueda contigo, intendente. ¡A por ellos!

Arantza Altuna dio una última mirada a su equipo, comprobó la radio, se ajustó el barbuquejo y comenzó a andar en dirección a la plaza Moyúa.

Caminaba con seguridad, ni muy rápido ni muy despacio, entre grupos de personas que le lanzaban miradas de hostilidad contenida. Mientras se dirigía a la tienda de Germán Urdiales, escuchaba algunos insultos susurrados. «Puta» e «hija de puta» eran los más repetidos. Se notaba mucha más tensión que el día anterior. Sabía que no podía entrar en la provocación y continuó caminando, con seguridad y paso tranquilo, a pesar de que su corazón latía a doscientas pulsaciones y le costaba respirar. Hubo un momento en que temió perder el conocimiento.

No tardó ni un minuto en llegar hasta la tienda de campaña, pero se le hizo una eternidad. Germán Urdiales la esperaba de pie con las piernas abiertas y los brazos cruzados sobre el pecho. Al verla llegar, extendió la mano para saludarla.

—La esperaba, agente, pero me sorprende que haya venido sola. Los tiene usted bien puestos.

—Solo vengo a dialogar, señor Urdiales —anunció aceptando el saludo.

El hombre alto, que hacía de guardaespaldas de Urdiales, se puso deliberadamente cerca de Arantza. A su alrededor, una marea humana, expectante y amenazadora, comenzaba a tomar forma.

—¡Vengo sola! —exclamó Arantza, elevando la voz y levantando las manos.

—Pues vuelve por donde has venido —la increpó el hombre alto interponiéndose entre ella y Germán Urdiales, que sonreía como una cobra.

—Solo quiero dialogar. No voy a detener a nadie. Solo quiero hacer una propuesta para solucionar esto sin que nadie salga perjudicado.

El ambiente era cada vez más eléctrico y un zumbido constante abejorreaba a su espalda. Se giró y vio decenas de caras ceñudas observando a través de sus móviles.

«Tranquila, Arantza. Céntrate en lo tuyo».

El hombre alto seguía frente a ella, tan cerca que casi temió que pudiese oír su corazón latiendo a mil por hora.

—¿No tuvisteis bastante ayer? ¿Por qué no te piras, guapa? ¿No ves que no tenéis nada que hacer?

—¡Eso, pírate, chupapollas! —exclamó alguien.

Arantza apartó con su brazo al hombre alto que se interponía entre ella y Urdiales.

—Eh, eh. ¡Me está agrediendo! ¡Grabadlo! —gritó el hombre levantando los brazos.

—Solo quiero hablar un momento con usted, señor Urdiales —dijo la intendente, que había conseguido zafarse del placaje del guardaespaldas—. Al menos, concédame cinco minutos para escuchar lo que tengo que decirle.

—Adelante —aceptó Germán Urdiales, haciendo una seña al guardaespaldas—. Diga lo que tenga que decir y váyase.

Las buenas maneras y la sonrisa del primer recibimiento habían dado paso a una amenazante frialdad.

—¿Podemos hablar en privado?

—No tengo secretos para mis camaradas.

Arantza había roto la primera barrera; no obstante, la sombra de la duda seguía danzando en el estómago de la intendente.

«Templa, Arantza. Gánatelo. Que crea que es él quien tiene la sartén por el mango. Deja que tome la iniciativa», pensaba.

Había llegado el momento de poner a prueba sus conocimientos de psicología. Y lo que decían los protocolos de negociación era que no había que forzar la situación, que sea la otra parte quien crea que hace las propuestas.

—Mire, señor Urdiales, necesitamos su colaboración —comenzó diciendo Arantza—. La situación que se ha originado es insostenible para la ciudad. Estoy convencida de que sus reclamaciones son dignas de ser tenidas en cuenta, pero esta no es la mejor forma de hacerse oír.

Germán Urdiales la miraba sin pestañear, aunque Arantza creyó ver una chispa de duda en sus ojos.

«Vas bien, Arantza. Sigue por este camino. Deja la bomba para el final».

—Están destrozando los jardines. Los vecinos tienen miedo y los comerciantes se han quejado al alcalde porque no pueden trabajar. Si usted nos ayudara, podríamos solucionar esto hoy mismo, señor Urdiales.

Arantza hizo una pausa para comprobar el efecto de sus palabras. La mirada de Urdiales seguía siendo un témpano de hielo y el murmullo crecía a sus espaldas igual que un tsunami llegando a la costa. Miró hacia atrás y vio el cerco humano que se había formado a su alrededor.

—Tengo la autorización de mis superiores para proponerle un trato.

Germán Urdiales ni se inmutó. Arantza alargó el silencio esperando que dijese algo, pero no despegó los labios. Seguía inmóvil frente a ella, con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos en las axilas, mirando hacia el suelo.

—¿Le gustaría saber cuál es la propuesta?

Únicamente el siseo de la multitud quebraba el silencio de Germán Urdiales. Arantza empezó a pensar seriamente que aquello no iba a salir bien y de manera instintiva buscó una ruta de escape. Estaba rodeada.

Intentando aparentar entereza, continuó:

—Queremos limpiar y desinfectar la plaza antes de que pueda haber algún problema sanitario. Llevan aquí casi una semana y les vendría bien una ducha, descansar algo y comer en condiciones. Abandonen la plaza y, a cambio, les autorizaremos a realizar una manifestación por el Casco Viejo. Le aseguro que el alcalde, en persona, recibirá a una delegación presidida por usted para que le expongan sus justas reivindicaciones. —Nue vamente, hizo una pausa—. Creo que es usted un hombre razonable, Germán. Esta gente confía en usted, deles la oportunidad de ser escuchados sin ganarse la enemistad de toda la ciudad.

«No le agobies. Dale tiempo para que se lo piense».

A su espalda, la gente seguía expectante mientras Germán Urdiales se acariciaba el mentón.

Silencio.

Arantza sabía que estaba en el momento más delicado y todo dependía de lo que dijese Germán Urdiales.

Un gesto en la mirada de Urdiales hizo que se le erizase el vello de la coronilla. Con disimulo, soltó el seguro de la funda de su pistola.

Finalmente, Germán Urdiales habló:

—¡Que os den por culo! —y entró en la tienda de campaña.

—¿Eso es un no? —titubeó, tratando de ganar algo de tiempo.

La multitud comenzó a acercarse. Arantza se giró y vio algún palo sobre las cabezas. Supo que era el momento de escapar. Tenía que salir cuanto antes.

—Tranquilos. Me voy a ir de aquí y no quiero que nadie salga herido.

—¡Cállate, zorra!

Había vuelto a caer en el mismo error, solo que esta vez ella era la única culpable. Su carrera estaba acabada, pero ahora lo más importante era salir de allí con vida.

—Soy intendente de la Ertzaintza. No hagáis algo de lo que os podáis arrepentir. —Intentó abrirse camino entre la multitud, pero la gente no se apartaba—. ¡Dejadme pasar! —elevó el tono, intentando que no le temblara la voz—. ¡No hagáis ninguna tontería!

Buscó entre la primera línea a quien llevase la voz cantante. Sabía que en las algaradas los que están en primera línea marcan el camino al resto. Enseguida se topó con la cara del hombre alto y se acercó a él sin perder el contacto visual. El hombre retrocedió un paso. En su mano llevaba una botella de vidrio agarrada por el gollete.

—¡Ni se te ocurra! —amenazó, encarándose a él.

—¿Qué vas a hacer, puta? ¿Vas a tener cojones de disparar?

Arantza trataba de mantenerse serena mientras valoraba la situación; utilizar el arma era una opción, pero era la última opción. Sabía que una vez sacada debería usarla. Primero un disparo al aire, que, tal como estaba la cosa, no serviría y tendría que disparar contra él. Si lo hacía, el linchamiento estaba asegurado. También podría llamar por radio, pero el tiempo de respuesta no bajaría de cinco minutos y, siendo realistas, no tenía ni tres antes de que acabase pateada por el suelo. Su única esperanza era que Germán Urdiales saliese en su ayuda, pero había desaparecido.

Fue retrocediendo entre insultos, gritos y algún empujón aislado.

—Asquerosa, hija de puta. Prepárate para morir —escuchó entre el griterío.

Arantza era consciente de que la hora de las palabras había pasado. Con una multitud enardecida no se puede razonar porque solo siguen su propio razonamiento, que es la ausencia de razonamiento. Seguramente por separado, ninguno de los allí presentes sería capaz de cometer un acto violento, pero en la vorágine del grupo hasta la madre Teresa era capaz de cualquier cosa.

—Se acabó, guapita —baboseó el hombre alto que se acercaba arropado por el muro humano.

«Hasta aquí hemos llegado», se resignó Arantza, que ya veía que la cosa pintaba mal.

—¡No des ni un paso más! —le amenazó, echando mano a la culata de su arma.

Aquello estaba llegando al final. Si no se le ocurría algo, antes de que comenzasen los golpes y los botellazos…, se acabó. Sabía que en cuanto llegase la primera pedrada, la primera patada o el primer puñetazo no pararían.

«Quién me mandaría a mí… No soy más tonta porque no me entreno».

Alguien desde el interior de la multitud lanzó una botella que impactó contra el casco de

Arantza.

—No hay nada que hacer; se acabó.

Capítulo 35

El viaje de vuelta desde Vitoria transcurrió sin contratiempos. Fernando decidió quedarse a pasar la noche en casa de José Antonio y, tras desayunar en el Batzoki de Gordexola, se dirigieron hacia Karrantza, al convento de los padres palotinos.

La mañana había amanecido brumosa, pero, a medida que transcurría el día, un tímido sol deshacía la ligera cortina de niebla que dibujaba siluetas inciertas en las cunetas de la carretera.

—Por favor, dame las gafas que tengo en la guantera —solicitó Fernando, entrecerrando los ojos debido al resol de media mañana.

—¿Qué sabemos de la intendente Altuna? ¿Te ha comentado alguna novedad? —preguntó José Antonio, bajando el parasol.

—Nada nuevo sobre la investigación. Hoy tiene que llevar a cabo el desalojo de la plaza Moyúa. La encontré preocupada.

—Es comprensible. No es una situación fácil.

Fernando conducía muy rápido, haciendo gruñir al coche de alquiler, entre la sinuosidad desafiante de curvas y contracurvas de la BI-630, y en menos de veinte minutos ya estaban contemplando el vasto lienzo verde de los prados de Karrantza.

—Desde que te diste cuenta de que nos vigilan, he estado pensando —apuntó José Antonio—. Si se han arriesgado tanto es porque estamos cerca de la verdad. Y eso implica que tanto nosotros como las personas que puedan aportarnos información estamos en peligro.

Los neumáticos chirriaron tras un frenazo para encarar otra curva.

—¿Estás pensando en el fraile que vamos a ver?

Agarrando el volante con ambas manos, Fernando inclinaba el cuerpo para contrarrestar la fuerza centrífuga.

Otra larga curva en forma de herradura, otro frenazo y José Antonio con las palmas en el salpicadero.

—¿No te parece que vas muy rápido? Para un poco, que nos la vamos a pegar.

Fernando miró por el retrovisor.

El cuerpo del juez se vio empujado contra la puerta al entrar en la contracurva. Miró hacia atrás y vio el motivo de la forma de conducir del *ertzaina*.

—¡Nos están siguiendo! —exclamó.

Tras ellos un Toyota Land Cruiser gris se acercaba a gran velocidad.

—Me he dado cuenta en Zalla. Hasta ahora se ha mantenido a distancia, pero creo que viene a por nosotros. Y con este SEAT León no tenemos muchas opciones —aclaró Fernando, que veía cómo el Toyota estaba a menos de cincuenta metros.

Entre bandazos a izquierda y derecha, superaron otra curva levantando nubes de gravilla de la cuneta, pero el todoterreno seguía acortando distancias preparándose para adelantar.

—¡Agárrate!

Cuando intentaba ponerse a la par, Fernando dio un volantazo a la izquierda para impedírselo. El Toyota frenó bruscamente haciendo chirriar los neumáticos, pero tras un potente acelerón se dispuso a intentarlo de nuevo.

—¡Ahí está otra vez! ¡Viene por la derecha! —avisó José Antonio, que vio cómo el copiloto sacaba medio cuerpo por la ventanilla y les encañonaba con una pistola.

—¡Va a disparar! —gritó.

Se oyó una detonación, seguida de un impacto sordo contra la chapa del SEAT. Inmediatamente, Fernando Cuesta tiró de la palanca del freno de mano a la vez que daba un brusco volantazo a la derecha para entrar, derrapando, por un camino de tierra. Aceleró hasta poner el cuentarrevoluciones en la zona roja. José Antonio, como pudo, se desabrochó el cinturón y saltó al asiento trasero empuñando la SIG Sauer. No tardó en aparecer el Toyota. Cuando lo tuvo a tiro, disparó a través de la luna trasera, que se agrietó como una telaraña, tras cada orificio del nueve Parabellum. El todoterreno dio un fuerte bandazo a la derecha y acabó varado en la cuneta. Fernando pisó el acelerador y continuaron la ascensión hacia el barrio de El Suceso.

—¿Vamos a por ellos? —preguntó. Estaba excitadísimo.

—Tenemos que poner a salvo al hermano Albert —contestó el juez, que estaba a punto de vomitar—. Saben a qué venimos y han querido impedirlo.

A través del cristal agrietado, José Antonio contempló el valle de Karrantza extendiéndose muy abajo. Cerró los ojos, dejando que el aroma a pino y hierba mojada entrara por la ventanilla abierta.

Los primeros caseríos aparecieron, flanqueando la iglesia y la plaza de toros. Rodeó el área recreativa y continuó bajando por la carretera. Un indicador señalaba «Convento-Balneario Casa Pallotti, 7 km».

La carretera seguía serpenteando y, tras dejar atrás una antigua fábrica, creyó oír el tañido de una campana. Aparcó el SEAT León en la entrada del balneario. Un fuerte olor a goma quemada salía de los neumáticos del coche.

El sol reverberaba entre las ramas de los castaños de Indias y envolvía, con una luz dorada, la extensa zona ajardinada del balneario. Entraron en la recepción y una mujer de mediana edad les recibió con una amplia sonrisa.

—Bienvenidos al Balneario Casa Pallotti, señores. ¿En qué puedo ayudarles?

—Soy el juez Fernández de Ubieta y este es el inspector Cuesta. Estamos buscando a un monje que vivió aquí entre 1984 y 1986. Solo sabemos que se llamaba Albert, hermano Albert.

—Pues creo que ahora mismo está en el huerto.

—¿Aún vive? —preguntó Fernando sorprendido.

—Sí, claro. Es muy mayor, pero tiene una salud estupenda. Si lo desean, pueden pasar.

Entraron al jardín tras cruzar un pequeño puente de piedra. En un claro, a la sombra de un roble centenario, un grupo de personas practicaba asanas de yoga con movimientos acompasados y fluidos. Cruzaron el jardín a través de un camino de tierra hasta que llegaron a un pequeño viñedo en el que un hombre removía el terreno con una pala. Llevaba un sombrero de paja deshilachado, un desgastado pantalón de color azul mahón y una vieja camisa de franela. Se enderezó y se apoyó en la pala.

«Para la edad que debe de tener, parece un chaval», pensó Fernando.

José Antonio se internó por el camino sorteando los terrones recién levantados y le tendió la mano. El hombre se quitó el sombrero de paja y estrechó la mano del juez. Tenía unas manos fuertes y callosas, la piel ajada, unos ojos de un intenso azul, casi transparente, y un cuerpo enjuto pero tonificado. Fernando calculó que podría tener unos ochenta años, pero su aspecto era el de una persona mucho más joven.

Durante unos segundos, José Antonio y el anciano se miraron en silencio sin soltarse la mano. Parecía que se reconociesen.

—Mi nombre es José Antonio Fernández de Ubieta —dijo al cabo de un buen rato.

—Lo sé. Me avisaron de que vendría.

—Y yo soy el inspector Cuesta —añadió Fernando, molesto porque José Antonio había olvidado presentarle.

—Bienvenidos —respondió el anciano, estrechando la mano de Fernando.

Otro tenso silencio.

Fernando miró a José Antonio extrañado. Parecía un niño que hubiese visto a un unicornio. No era habitual que se mostrase tan pasmado.

—Supongo que habrán venido para hablar sobre la famosa fotografía, ¿verdad? —comentó volviendo a sonreír.

—Así es —se apresuró a contestar el juez—. Estamos muy interesados en…

El hermano Albert levantó la mano.

—Si les parece, podemos sentarnos a la sombra, en la *txabola.* Estoy un poco cansado.

—Sí, claro, por supuesto.

La cabaña estaba al otro lado del huerto y tuvieron que cruzarlo pisando los terrones húmedos. A José Antonio parecía no importarle manchar sus caros zapatos, pero Fernando renegaba y saltaba sobre las puntillas para no ensuciar sus Nike recién compradas.

—¡Puta mierda! —masculló.

La *txabola* estaba protegida bajo un porche con una gran buganvilla que bordeaba la cubierta. Plantas de romero y un par de limoneros esparcían al aire su aroma verde y cítrico. El hermano Albert les ofreció asiento en unas sillas de madera, alrededor de una mesa desvencijada cubierta con un mantel de hule con cuadros azules y blancos. Después entró y, al cabo de un minuto, salió con una botella de *txakolí* sin etiqueta, tres vasos diferentes y un plato descascarillado con unas rodajas de chorizo, queso Idiazábal y una hogaza de pan. Hasta Fernando llegó el perfume, afrutado y fresco, del vino al romper contra el cristal.

José Antonio lo paladeó después de olerlo.

—¿Lo hacen aquí?

—Sí, y el queso y el chorizo también. Es lo que Dios nos da y es lo que sabemos hacer.

—Pues está buenísimo —aseguró Fernando cogiendo una rebanada de pan y un trozo de queso —. Cojonudo, si me permite la expresión.

—Me alegro de que le guste, inspector.

Fernando miró su reloj. Esperaba que José Antonio iniciase la conversación, pero fue el fraile quien empezó.

—Supongo que habrán oído muchas cosas sobre la historia del balneario.

—Por eso estamos aquí, porque nos gustaría oír la suya —expuso José Antonio—. En especial, lo que le contó a un estudiante llamado Rafael Santa Coloma, ¿le recuerda?

—Cómo no. Un muchacho muy inteligente. ¿Qué fue de él?

—Murió. Pero, si no le importa, deberíamos centrarnos en lo que nos ha traído hasta usted.

—Se refieren a la famosa fotografía.

—Efectivamente. Y más concretamente a lo que pueda haber tras ella. ¿Podríamos verla?

—Suponía que me lo pedirían.

Entró en la cabaña y salió con un álbum de fotos con las páginas y las cubiertas gastadas por el tiempo. Lo depositó sobre la mesa y fue pasando las hojas llenas de imágenes amarillentas, algunas en blanco y negro y otras en color. La mayoría borrosas y desenfocadas, pero en las que aún se podían distinguir los rostros de sus protagonistas.

—Aquí la tienen.

El hermano Albert les mostró una fotografía en blanco y negro en la que tres jóvenes rubios, con el uniforme del Ejército alemán, posaban ante la cámara con una sonrisa mientras

compartían sobremesa con un coronel del ejército franquista.

—Esta fotografía se hizo en 1944 —aclaró el hermano Albert—. En 1938, tras la ocupación del valle de Karrantza, el ejército franquista destinó los edificios del balneario a campo de prisioneros. Dos años más tarde, la Dirección General de Seguridad lo ocupó para utilizarlo como campo de refugiados.

—De refugiados alemanes, se entiende —añadió el juez.

—Sí, claro —dijo el fraile—. Hasta 1946, la colaboración del régimen franquista con el nazismo no era un secreto para nadie. Pero no me distraiga, que quiero contarles todo lo que sé y, con la edad, se me olvidan algunos detalles.

—Por supuesto, hermano Albert. Disculpe. Continúe, por favor.

—En los meses de octubre y diciembre de 1944, fue trasladado al balneario un grupo de quinientos militares de alta graduación que, tras el desembarco aliado en Niza y la liberación de Marsella, Lyon y Toulouse, habían recibido órdenes de sus superiores para pasar a España con un cargamento secreto: la reliquia sagrada de la lanza de Longinos. La transportaban desde Núremberg para ponerla a salvo de los aliados. Los nazis creían que la lanza santa tenía poderes mágicos que les ayudarían a ganar la guerra.

—Eso es lo que nos interesa —apremió Fernando.

—Lo sé. Y les voy a contar lo mismo que le conté a Rafael Santa Coloma hace cuarenta años. Si me dejan.

Fernando se dio por aludido y juntó las palmas de las manos para pedir perdón. El fraile le miró y continuó con su relato:

—Un hermano de esta orden fue un ferviente colaborador del régimen franquista y me contó lo que yo ahora les estoy diciendo. Según me dijo, este grupo de oficiales estaba a las órdenes del coronel Wilhelm Liebel, que es el que aparece a la derecha.

—Perdón, ¿me permite? —solicitó Fernando.

El religioso le entregó la fotografía.

—Este coronel…

El inspector giró la fotografía. En el reverso, escrito a pluma, aparecían los nombres de los protagonistas y una fecha: «Wilhem Liebel; August Müller; Egbert Schneider; Gervasio Villacís. 13-8-1944».

—¿Villacís, Gervasio Villacís es el coronel español? —preguntó sorprendido.

—Sí. El coronel Gervasio Villacís era el enlace que facilitaba la salida de los nazis hasta Argentina o Brasil. Incluso les facilitaba una nueva identidad para que pudiesen residir en España sin problema.

Fernando cruzó una mirada cómplice con el juez.

—Pues bien, como decía antes de que me volviese a interrumpir, el 31 de marzo de 1945, ante el avance de las tropas aliadas, Liebel decidió guardar las piezas más valiosas, entre las que figuraba la lanza, en cajas de cobre soldadas. Estas cajas fueron depositadas en algún lugar secreto. Liebel murió y ninguno de sus colaboradores dio jamás ningún tipo de información.

—¿Y se cree que esas cajas pueden estar aquí? —insistió el juez.

—Ahí quería llegar. Los americanos encontraron la lanza en un refugio antiaéreo de la Wilhelmstrasse en Berlín y se la llevaron a Estados Unidos. Años más tarde apareció otra lanza en Viena, por lo que nadie puede saber, a ciencia cierta, cuál es la verdadera o dónde está realmente.

—¿Y usted qué cree? —preguntó Fernando.

—Pues a mí me gusta creer la historia que me contó el hermano Fidelio antes de que el pobre

perdiese la cabeza. Me contaba el pobre Fidelio que el coronel Villacís se llevó la lanza de las cuevas de Pozalagua, donde Wilhelm Liebel había escondido el cargamento. La Guardia Civil se enteró y lo siguió hasta la iglesia de Lanzas Agudas. ¿La conoce?

—No —respondió José Antonio.

—Es una pequeña iglesia que se encuentra en las faldas de la sierra de Ordunte. Dicen que allí las brujas celebraban sus aquelarres cada Noche de San Juan. Sea como fuere, al coronel lo encontraron muerto en el interior de la iglesia sin signos de violencia, pero no encontraron ninguna huella en los alrededores ni nada que indicase lo que había ocurrido. La iglesia estaba cerrada, el coronel dentro, pero la reliquia no estaba. La buscaron por todos lados, pero jamás la encontraron. Al final, dedujeron que había enloquecido y la habría tirado en algún barranco o al interior de alguna sima.

José Antonio se levantó mirando hacia un punto indeterminado. Fernando Cuesta se dio cuenta de que su cabeza estaba funcionando a toda máquina.

—¿Qué pensaría si le dijese que la lanza existe?

El hermano Albert lo miró tranquilo.

—Que es usted otro de esos locos que aparecen por aquí de vez en cuando.

—Creo que se lo podré demostrar.

—Ya, en Amazon hay copias a veinticinco euros. Y están muy logradas —bromeó el anciano.

La mente del juez seguía a kilómetros de allí.

—Bueno —el fraile se levantó de la silla. Sus ojillos de duende se achinaron mientras sonreía —, si la encuentra, que sea rápido. No me queda mucho tiempo y me gustaría rezar ante la reliquia que hizo brotar la sangre de nuestro señor Jesucristo antes de reunirme con Él.

—Delo por hecho. Usted será el primero que podrá rezar ante ella.

—Le tomo la palabra —contestó el fraile.

Fernando le miró con seriedad.

—¿Alguien más se ha interesado por esta historia?

—Pues aparte de aquel chaval, Santa Coloma, solo ustedes. Bueno, miento —rectificó—. Hace años vino por aquí un señor que dijo ser pariente del coronel Villacís y estuvimos hablando.

—¿Era este? —Fernando le mostró la fotografía de los cuatro en Sevilla.

—Sí, se le parece bastante. Aquí está más joven, pero podría ser, sí —aseguró el fraile.

—¿Le ha vuelto a ver?

—No, nunca más ha vuelto por aquí.

Fernando miró al juez, que también parecía preocupado. Ambos se dieron cuenta de que la situación era más grave de lo que habían pensado**.**

—No le puedo decir más, pero esté atento. Hay personas muy peligrosas que no desean que esta historia se sepa. Si este hombre o cualquier otra persona viene por aquí, llámenos. Puede que esté en peligro —advirtió el inspector.

—A mi edad ya no hay hombres peligrosos —aseveró el fraile—. ¿Qué pueden hacer? ¿Matarme?

José Antonio y Fernando estrecharon su mano y se despidieron apresuradamente, como si temieran que el tiempo se agotara.

En el camino de regreso, Fernando no podía dejar de pensar en la fotografía. ¿Era realmente Mateo Villacís el hombre que buscaban? Otra vez volvía el pasado como un cuervo con sus alas extendidas.

Capítulo 36

—¡Está cometiendo un error, Germán! —gritó Arantza Altuna, luchando contra el pánico que le llegaba en oleadas—. ¡Pare esta locura, ya!

Nada servía. Sus palabras se disolvían entre los gritos de la multitud, que estrechaba el cerco. El hombre alto agitaba, con gesto amenazante, la botella que tenía en la mano, incrementando el creciente delirio alocado de la turba. Arantza sabía que estaba a punto de ser linchada.

—¿Esto es lo que sois? ¿Unos vulgares asesinos de policías? ¡Esto no es lo que representáis! ¡Así no conseguiréis nada!

—¡Cállate! —amenazó el hombre alto.

Arantza retrocedía lentamente, con el brazo izquierdo extendido hacia la multitud y la mano derecha en la culata de la pistola. Trastabilló, pero enseguida recuperó la posición. Sabía que no podían verla aterrorizada. Seguía sin perder el contacto visual con el cabecilla; si tenía que usar el arma, él sería el primero en caer.

—¡Mikel Ansuátegui ha muerto! —gritó con todas sus fuerzas para que la oyera Germán Urdiales—. ¿Me oyes? ¡Mikel Ansuátegui está muerto!

La noticia tuvo la repercusión que Arantza buscaba. El hombre alto se paró en seco y, con él, el grupo que le seguía.

—¿Qué estás diciendo, zorra? Eso es una puta mentira —dijo levantando la botella que tenía en la mano.

—¡Es cierto! Le encontraron muerto, hace dos días, en su casa de Sevilla.

En ese momento, se dio cuenta de que Germán Urdiales había reaparecido. Era lo que esperaba. Había logrado detener la locura y aprovechó el desconcierto para presionar disimuladamente el PTT de su transmisor.

—Atento 00 para 01.

Tras la estática, se escuchó la voz de Markel Martín.

—Aquí 00. ¿Qué coño está pasando, 01? ¿Entramos ya?

La gente, al oír la transmisión, volvió a enervarse.

—¡Está llamando! ¡Está llamando por radio!

Alguien golpeó el brazo de Arantza, que se giró para protegerse. Germán Urdiales se interpuso entre ella y la gente.

—¿Qué ha dicho, agente?

—Lo que ha oído, Germán. Todo esto tiene que acabar. Mikel Ansuátegui está muerto y los Centuriones Hispanos han sido desmantelados por la Guardia Civil. Está usted solo.

Arantza no sabía el efecto que la noticia estaba teniendo en Germán Urdiales, que la miraba erguido y sereno.

—Miente.

—¿Entramos, 01? ¿Entramos ya? —se escuchó a través del altavoz de la emisora.

—Aquí 01. No entren aún. Repito: no entren y esperen mis indicaciones.

Arantza clavó la mirada en Germán Urdiales y le mostró la pantalla del móvil con la noticia.

—Se ha publicado hoy mismo —le dijo.

Germán Urdiales buscó la noticia en su móvil.

La Guardia Civil ha desmantelado una organización paramilitar de ideología nazi con la detención de once de sus miembros, varios de ellos vizcaínos, y continúa con la operación en

varias provincias españolas. Se les considera autores de delitos de asociación ilícita, injurias a la instituciones del Estado, atentado, tenencia ilícita de armas y fomento, promoción e incitación al odio, discriminación y violencia hacia diversos colectivos. En los registros realizados en Sevilla y en Cantabria, la Guardia Civil incautó ochenta armas de fuego, más de cincuenta mil cartuchos, precursores explosivos, tres bidones de ácido sulfúrico y numerosas armas prohibidas como puños americanos, kubotanes, navajas automáticas y espráis de defensa.

Según informó la Guardia Civil, este grupo estaba financiado y dirigido por el empresario vizcaíno Mikel Ansuátegui, que apareció muerto, en extrañas circunstancias, en su casa de Sevilla, hace dos días.

Según fuentes del Ministerio de Interior, las investigaciones se iniciaron en noviembre del 2021, cuando se detectó cómo uno de sus líderes difundía numerosos vídeos *online* en los que se denigraba gravemente y se difundía el odio hacia diferentes colectivos, especialmente hacia los migrantes, las mujeres o el colectivo LGTBI. Su líder contaba con un elevado nivel de ascendencia dentro de estos grupos virtuales —con doce mil seguidores—, llegando a proponerles crear y organizar un ejército para «acabar con el régimen establecido» e implantar su ideario, alentándoles a acogerse al mismo e invitándoles a armarse.

Varios de sus seguidores crearon una orden militar, autodenominada los Centuriones Hispanos, de marcado carácter supremacista, cuyos líderes se autodefinían como capitán general o comandante y contaban con capitanes territoriales a nivel provincial. Sus miembros se encontraban repartidos por diferentes puntos de la geografía nacional, llevando a cabo reuniones periódicas tanto físicas como virtuales. La asociación contaba con un cuartel general en Ramales de la Victoria.

Las investigaciones continúan y se espera que en los próximos días se produzcan nuevas detenciones en la comunidad autónoma del País Vasco y Navarra.

—¿Qué hacemos, Germán? —preguntó serenamente Arantza.

No sabía si Germán Urdiales seguiría manteniendo el liderazgo de la gente después de saber la noticia. Pero tampoco sabía cómo reaccionaría la multitud. Ni siquiera sabía si Markel Martín le haría caso. Pero tenía que mostrarse firme y mantener el control.

Urdiales la miró, sonriendo. Extendió sus manos con las muñecas unidas.

—Adelante, agente. Cumpla con su deber.

Se creó un momento de confusión y un grupo de personas comenzó a chillar de nuevo, agitando palos y armándose con adoquines arrancados de la plaza.

—¡Se lo va a llevar! ¡No vamos a dejar que se lleve a Germán, puta mentirosa! —elevó su voz, sobre el griterío de la multitud, el hombre alto.

De repente, Germán Urdiales le hizo una señal para que se callara, se subió a un banco y levantó las manos para calmar los ánimos.

—¡Camaradas! —exclamó y en la plaza se hizo el silencio—. Camaradas, hemos llegado hasta aquí con nuestra lucha. Hemos aguantado penurias, insultos y vejaciones porque saben que tenemos razón. Nuestra lucha ha sido, es y será legítima y merece ser escuchada. Pero no podemos permitir que nuestra protesta se desvíe de sus objetivos. No podemos permitir que se convierta en violencia. La violencia no nos ayudará a conseguir lo que queremos. Al contrario; nos perjudicará y nos dará una mala imagen. Por eso, os digo que ha llegado el momento de luchar de otra manera. No queremos que haya violencia. Queremos que nuestra protesta sea pacífica y eficaz. Si nos dispersamos ahora, podremos seguir luchando mañana y el día después y el día siguiente. Hoy las fuerzas del Gobierno han ganado. Pero es solo una batalla en esta guerra que será larga. Nuestra lucha no acabará hasta que logremos la victoria. Por eso os pido que

volváis a vuestras casas hoy para que podamos seguir luchando mañana.

"Increíble", pensó Arantza.

La gente estaba sorprendida. Mientras unos agarraban con más ganas sus improvisadas armas, otros

miraban a Germán Urdiales con extrañeza.

—Dejad que vengan. Dejad paso a los traidores —pronunció Urdiales con voz ronca—. No es el momento de luchar.

—¡No os resistáis! —ordenó el hombre alto—. ¡Obedeced a nuestro capitán!

Germán Urdiales se metió entre la gente, que se apartaba a su paso. Arantza Altuna estaba agotada, pero levantó la cabeza orgullosa. Sabía que había resuelto una situación endiablada y notó un calorcito agradable por todo el cuerpo.

—¡Traidora! —oyó que alguien le decía.

Ocupando toda la Gran Vía, varias furgonetas de Antidisturbios comenzaron a rodear la plaza. Dos escuadras entraron creando un pasillo entre la gente, que se abrían como las aguas heladas del Ártico ante la quilla de un rompehielos.

—No opongáis resistencia y dejadles pasar.

Germán Urdiales esperaba en el centro de la plaza. Las voces se apagaban dando paso a miradas de miedo, desconcierto y rabia, que se clavaban como cuchillos al paso de los agentes de la Ertzaintza. Un cabo y su escudero fueron los primeros que llegaron hasta él. Mientras, el resto de los agentes formaban un cordón para que le leyeran sus derechos y fuera esposado.

—Intendente Altuna, ¿está bien? —oyó decir.

—Estoy bien. Gracias, cabo.

Se sentía satisfecha. Lo había pasado muy mal, pero estaba feliz. Levantó la pantalla del caso y miró a su alrededor. Se había creado un atronador silencio en torno a los agentes que se llevaban a Germán Urdiales esposado y escoltado. Mientras, la intendente Arantza Altuna caminaba por delante, erguida, con paso firme y la mirada al frente.

Sentado en el catre del calabozo de la comisaría de Deusto, Germán Urdiales esperaba. Eran ya las diez y media de la noche y no paraban de entrar detenidos que aporreaban las puertas metálicas, chillaban, proferían insultos y pedían tabaco. Algunos lo hacían en algún idioma ininteligible, otros en un castellano lumpen y a otros, la mayoría, ni se les entendía.

Ya le habían fichado y tomado las huellas. Ahora, después de haberse duchado y cenado, seguía esperando. Llevaba treinta y seis horas sin que nadie le dijera absolutamente nada. Él se esperaba otra cosa: una paliza, insultos. Y casi lo hubiera preferido porque la espera y la falta de información empezaban a causar mella en su ánimo. «Están intentando que me derrumbe», pensó. Pronto llegaría la hora de los interrogatorios, los golpes de listín y la bolsa de plástico. «Ojalá sea rápido». La incertidumbre era lo peor.

El ruido metálico de la trampilla de la puerta lo sobresaltó.

—¿Va a venir alguien de una vez? —demandó elevando la voz—. ¡Hace horas que estoy aquí! ¿Cuándo…?

El *ertzaina* de custodia, un hombre de mediana edad, pasado de peso, cerró la ranura con un golpe seco y se fue campaneando la porra contra los barrotes de las celdas comunitarias. Mientras se iba, una barahúnda de gritos, insultos y amenazas surgía como una ola de mugre sonora.

—Si no duermo yo, aquí no duerme ni Dios —exclamó y se fue cerrando la puerta de golpe.

Germán Urdiales se levantó. Aún quedaba sobre la mesa el resto mordisqueado de un bocadillo de chorizo envuelto en papel de aluminio y el troncho de una manzana.

Estuvo más de diez minutos dando vueltas por los cinco metros cuadrados de celda. De repente, oyó pasos, ruido de cartucheras percutiendo contra las caderas y voces que no eran las típicas de la jerga habitual de los manguis de poca monta. Se abrió la puerta de la celda tras el chasquido acerado del cerrojo.

—Acompáñenos.

Dos de los cuatro *ertzainas* que le esperaban fuera iban pertrechados con escudo y otro sostenía la porra en su mano derecha golpeándose con ella en la izquierda.

Se levantó lentamente.

—Cuando quieran —contestó desafiante.

—Dese la vuelta y ponga las manos en la espalda —ordenó el agente que llevaba la voz cantante.

Sintió la presión fría e implacable del metal contra sus muñecas, como el abrazo de una serpiente.

—Están muy prietas —se quejó.

—Pues te jodes.

Con el cambio de turno, las cosas habían cambiado. El trato ya no era tan cordial.

Subieron varios pisos en silencio, hasta llegar a un largo pasillo. Se pararon ante la puerta del fondo.

—¡De cara a la pared! —le ordenaron.

El agente al mando llamó con los nudillos a la puerta. Se escuchó una voz femenina.

—Adelante.

Urdiales entró en el despacho seguido del agente de la Ertzaintza. Al otro lado de la mesa esperaba una mujer revisando un expediente. No vestía el uniforme, pero la reconoció al momento.

—Puede esperar fuera, agente.

Se encontraban en una sala sin ventanas. El único mobiliario era una mesa despacho, dos sillas y un espejo espía. Sin levantar la vista de los documentos, la intendente Altuna le ordenó:

—Siéntese, por favor.

Se sentó desafiante.

«Ahora, por favor —pensó—. Ya estamos jugando a poli bueno-poli malo».

La intendente abrió una carpeta que tenía sobre la mesa.

—Veo que no ha solicitado abogado.

—No me hace falta. Aún no sé de qué se me acusa.

—Como prefiera. Incluso es mejor así.

Germán se fijó en que la intendente llevaba un vendaje en la muñeca.

—Señor Urdiales —continuó Arantza Altuna—, tenemos pruebas de que está implicado en la muerte de Mikel Olaeta, Antonio Suárez y Gustavo González.

Urdiales la miró impasible.

—También le vamos a acusar de ser el cabecilla del grupo terrorista los Centuriones Hispanos, de desórdenes públicos y de atentado a agente de la autoridad.

Germán Urdiales se movió inquieto en la silla. Los grilletes apretaban con tanta fuerza que los nudillos se le blanqueaban.

—Yo no tengo nada que ver con las muertes de esas personas —respondió sin perder la cara a la intendente.

Arantza deslizó sobre la mesa el expediente con las fotos de los tres asesinatos. Germán Urdiales las miró sin tocarlas y volvió a encararse con ella.

—No sé nada de eso. No soy un asesino.

—¿Y cómo explica la coincidencia de la aparición del número 38 en las escenas de los crímenes y su relación con los Centuriones Hispanos?

Germán Urdiales se mantuvo en silencio unos segundos y añadió:

—Eso es lo que tienen que demostrar ustedes. ¿No dicen que estamos en una democracia? Pues aplíquese el *in dubio pro reo.*

—Su organización ha sido desarticulada y su financiador, Mikel Ansuátegui, está muerto. Es mejor que cuente todo lo que sabe y podremos llegar a un acuerdo.

Germán Urdiales permanecía en silencio, pero una leve sombra de incertidumbre se asomaba tras su mirada gélida.

—Quiero el trato por escrito y que lo firme el fiscal —pidió al cabo de unos segundos.

«Te tengo —pensó Arantza—. Ya eres mío, cabrón».

—No le puedo garantizar eso. Pero podemos suavizar la acusación de atentado y desórdenes públicos —respondió, mirándole directamente a los ojos.

La intendente observaba la cara del hombre que tenía enfrente. Parecía dudar.

—Le juro que nosotros no tenemos nada que ver con los asesinatos de esos hombres.—Las palabras comenzaron a brotar como un torrente por la boca de Germán Urdiales—. No le niego que nuestra organización lucha por la unidad de España y contra toda esa basura extranjera que nos está invadiendo. Pero nunca hemos participado en ningún asesinato.

Arantza Altuna puso en marcha una grabadora.

—Es necesario —aclaró, ante la mirada de Germán Urdiales—. Ahora, hablemos de Mikel Ansuátegui. ¿Qué papel desempeñaba él en su organización?

—Era nuestro líder y quien aportaba la financiación. Trabajábamos para él haciendo labores de escolta y vigilancia. Pero no nos interesaban sus asuntos personales. En la última operación, mataron a Carlos, un buen camarada. Cosas que pasan, ya sabe.

—¿Y qué me dice del número 38? ¿Por qué aparece en los cadáveres relacionados con su grupo?

Germán Urdiales frunció el ceño.

—El 38 son las iniciales de C y H: Centuriones Hispanos. Es nuestro símbolo.

—Existe un vídeo en la web que lo relaciona con los asesinatos —insistió la intendente.

—Nunca hemos tenido una página web. Alguien ha usado nuestro nombre para crear una en internet, pero le aseguro que no hemos sido nosotros. Somos patriotas, soldados que queremos sacar a España del agujero en el que la han metido estos Gobiernos de ladrones y comunistas; lo demás no nos interesa.

La intendente Altuna juntó las yemas de los dedos frente a la cara.

—Es difícil de creer —afirmó.

—Alguien está interesado en colgarnos el muerto, pero le juro por Dios que no tenemos nada que ver. Nuestra organización es exclusivamente política y luchamos para despertar al pueblo español de su letargo. Cuando llegue el momento, no dudaremos en tomar las armas. Pero ese momento no ha llegado aún.

Arantza le escuchaba, animando con su silencio a que continuase hablando.

—¿Que somos racistas? Sí. ¿Que somos nazis? Sí. ¿Que queremos limpiar España de moros, maricones y rojos? También. Pero matar a esa gente, ¿por qué? No eran moros, ni rojos ni maricones.

—En el registro de su pabellón en Cantabria, la Guardia Civil ha encontrado un pirógrafo, atropina y un USB con información.

Germán Urdiales pareció sorprenderse.

—Hay muchas víboras en esa zona y tratamos las picaduras con atropina —explicó, con una sonrisa cínica—. El pirógrafo lo usamos como herramienta. También habrán encontrado un taladro y una sierra. Pero eso no significa nada. Analícenlos y verán que no hay ningún resto que no sea de madera o cuero. Y el USB, lo mismo; no hay nada que nos comprometa. De todas formas, no soy yo quien debe demostrar mi inocencia. ¿Y sabes lo que te digo? Que me da igual lo que hagas. Nuestra lucha es imparable. Un mundo nuevo va a llegar y todos los traidores pagaréis.

—De acuerdo. —Arantza se levantó y llamó a los *ertzainas* que esperaban fuera—. Nos vamos —dijo.

Descolgó su cazadora, se la puso y recogió el expediente.

—¿Adónde vamos?

Nadie contestó. Bajaron hasta el garaje, donde un Peugeot 308 sin distintivos esperaba con el motor en marcha. Un joven de unos veinticinco años estaba al volante. Fuera, vestido con una *bomber* de color verde, esperaba el teniente Molina.

—Quítenle las esposas —ordenó Arantza a los agentes.

Un *ertzaina* le liberó de los grilletes y le sujetó la cabeza para meterle en el interior del Peugeot. Arantza Altuna saludó con un apretón de manos al teniente y le entregó la grabación y el expediente.

—Todo suyo, teniente.

—¡¿Qué coño está pasando?! —gritó desde el asiento trasero Germán Urdiales.

Arantza se asomó a la ventanilla trasera.

—Va a quedar en custodia de la Guardia Civil. Creo que quieren hablar con usted.

—¡Esto no es lo que hemos pactado! —exclamó angustiado.

Arantza se incorporó y dio un par de golpes en el techo del coche.

—Hasta la vista, Germán. Que te sea leve.

Capítulo 37

A través de las ranuras de la persiana, entraba el frágil sol de la mañana proyectando una sucesión de luces y sombras sobre el cuerpo desnudo de Arantza. Procurando no despertarla, Fernando se incorporó con cuidado para observar las ondas de cabello que, agitadas a intervalos por la suave respiración, caían sobre sus labios entreabiertos. Casi sin rozarla, fue contorneando la tersa piel de su cadera que ascendía desde la cintura, como una suave loma rasgada por el perfil oblicuo de un rayo de sol.

Aquella imagen, de la mujer dormida a su lado y los fragmentos de luz entrando por las rendijas de la persiana, le produjo una inigualable sensación de paz.

Habían quedado, casi por necesidad. Prácticamente, no habían hablado ni se habían hecho preguntas. Fernando se sorprendió cuando, ante un comentario suyo sobre lo acontecido en la plaza Moyúa, Arantza, con la respiración alterada y la boca entreabierta, le hizo callar desabrochándose los botones de la camisa, dejando entrever sus senos desnudos entre una franja de piel tersa.

—¡Calla de una vez!

Cogió su cara con las dos manos y le besó con rabia.

—Me callo —dijo pellizcándose los labios.

Lascivia, roces, caricias, saliva, piel, sudor. Desde que ella se despojó de sus bragas con un movimiento brusco de los pies, todo se convirtió en un sueño lúbrico, en un golpe sensual, una tormenta de placer, una explosión de lujuria, un viaje enajenante, una entrega total.

—Ven.

Arantza se tumbó en la cama dispuesta a recibir el cuerpo de su amante cuanto antes, pero Fernando, aguantando su último gramo de control, continuaba sin prisa, paso a paso, entreteniéndose en cada etapa, en cada rincón del cuerpo trémulo y palpitante de la mujer, consciente de que el intenso deseo que le hacía resoplar como un toro podría jugársela en cualquier momento.

—Me vuelves loco, Arantza.

Iba a necesitar tiempo para olvidar la decadencia de follar solo con putas, así que buscó en su experiencia la manera de prolongar la situación, de alargar las caricias, de controlar las arremetidas, casi violentas, que Arantza imponía, de respirar entre besos, de acompasar los ritmos y las necesidades de la mujer con las suyas.

Paladeó las oscuras areolas de sus senos y la superficie de piel que descendía desde su vientre bifurcándose hacia el pubis rasurado. Arantza le abrazó entre sus muslos.

—Espera —casi suplicó en voz baja.

—Calla —susurró Arantza, mientras acompasaba el movimiento, con sus manos crispadas sobre las nalgas del hombre.

El espejo reflejaba la lucha atávica de dos cuerpos entrelazados, los músculos de los brazos a punto de estallar, la espalda tensa sobre el cuerpo de la mujer que se debatía en un baile de fuego y seda bajo las embestidas del hombre.

—Sigue, no pares.

Los gemidos se mezclaban en una sinfonía de éxtasis, entregándose al ritmo del deseo. Un último choque, un acoplamiento perfecto, dos cuerpos fundidos en uno solo. Y, al final, el hombre que se abandona, como un animal herido, hundiendo su cabeza en el cabello de la mujer

y se esparce, vencido al fin, en la profundidad mullida y cálida de Arantza Altuna.

Y ahora estaba allí, acostado en silencio entre las sábanas impregnadas de olor a sexo y perfume de lirio . Se levantó y miró hacia la calle a través de la ventana. La luz del día ya dominaba las calles.

Comenzó a vestirse en silencio, con cuidado de no despertarla.

Arantza estiró los brazos para desperezarse.

—¿Qué haces?, ¿te vas ya? —le dijo con voz ronca.

—Tengo que irme. He quedado con José Antonio.

La miraba extasiado, disfrutando del escorzo sensual que dibujaba el cuerpo desnudo tendido en la cama.

—Es muy pronto. ¿No vas a desayunar nada?

Fernando se acercó a ella y le apartó el cabello de la cara.

—Ya tomaré algo por ahí. He quedado a las diez en el juzgado de Balmaseda y ya llego tarde.

—¿Seguro que no tienes tiempo? —ronroneó Arantza, dejando caer la rodilla, sugerentemente, hacia un lado—. ¿Ni un ratito?

Fernando sonrió mientras se desabrochaba la camisa que se acababa de poner.

—Eres la hostia, Arantza. Pero me encanta.

Capítulo 38

Cuando Fernando entró en el despacho, se encontró al juez desayunando. Sobre la mesa había un café de máquina y José Antonio leía en la pantalla de su ordenador mientras mordisqueaba un donut de chocolate. Durante unos segundos, Fernando pensó en el estrecho vínculo que se había creado entre ellos desde que habían iniciado la investigación. Les habían dado una paliza, disparado y casi llegaron a ver la cara de la muerte. Habían llegado muy lejos y ya solo quedaba poner la guinda al pastel, resolviendo el caso.

—Ah, Fernando, pasa —dijo el juez—. Llegas tarde, ¿ha ocurrido algo?

—No, nada. Se me han pegado las sábanas. —Se rascó el pelo de la nuca.

—Procura que no vuelva a pasar —le reconvino el juez, molesto.

La mañana era espléndida, el sol entraba por el ventanal que daba al río Cadagua y en el cielo no había ni una nube, pero Fernando tenía una sensación extraña. «Qué hostias le pasa hoy a este», pensó.

—Siéntate y toma algo. Estos donuts de la máquina no están del todo mal. Ahora le pido a Julia que te traiga un café.

—Gracias. ¿Qué estás leyendo?

—Un informe del subcomisario Bringas. Me dice que ha recibido una llamada de un tal Juanto.

Fernando le interrumpió:

—¿Juanto? ¿Quién coño es ese?

—Juan Tomás Larrea. Es el cantante de una banda de *rock* poco conocida. Dice que se ha enterado de que la Ertzaintza ha detenido a los miembros de un grupo supremacista llamado los Centuriones Hispanos.

—Ha debido de ser a cuenta de lo publicado ayer, cuando se los relacionó con las muertes de Olaeta, Suárez y el portero —apuntó Fernando.

—En cualquier caso —continuó José Antonio—, según dice Bringas, el tal Juanto sintió curiosidad y entró en la página web de los Centuriones porque, hace un par de años, había subido a YouTube una de sus canciones, que se titulaba *Centuriones Hispanos.*

—Espera, espera —interrumpió Fernando—. O sea que ¿este elemento ha compuesto una canción que se titula *Centuriones Hispanos* y no tiene nada que ver con ellos? ¡Venga, hombre!

—No lo sé, Fernando. El caso es que encontró el vídeo suyo, interpretando la canción con su banda, en la página de los Centuriones. Y jura que él no tenía ni tiene ningún vínculo con grupos neonazis ni ha cedido sus derechos a nadie. Es más, él se define *anarco-heavy*. Sea lo que sea eso.

Fernando lo miró desconcertado.

—¿Tiene antecedentes?

—Según Bringas, está limpio; algún acta por consumo y un par de peleas. Nada más.

—Entonces, ¿le crees?

—Es lo que vengo pensando desde la muerte de Ansuátegui: que toda la historia es un señuelo que alguien ha dejado para enredarnos. Me imagino que alguien creó la página de los Centuriones Hispanos y colgó el vídeo para desviar la atención.

Fernando no salía de su asombro.

—Entonces, alguien nos ha estado llevando hacia un camino sin salida, dejando pistas que indicaban en la dirección de Mikel Ansuátegui para que nos diésemos contra una pared.

—Eso es lo que creo —asintió José Antonio.

—Entonces, el siguiente paso…

La secretaria del juez interrumpió la conversación:

—Le traigo el café, don José Antonio.

—Gracias, Julia.

—¿Don José Antonio? —exclamó Fernando, con retranca, cuando salió la joven.

—¡No digas más bobadas! Es una cría. Solo lleva una semana aquí.

Fernando se levantó para coger un donut.

—¡Joder, tío!, vaya día que tienes. ¿Te pasa algo conmigo?

—Hay que estar a lo que se está, Fernando. Y tú te estás complicando con tus líos de faldas.

—Oye, sabes lo que estoy pensando —respondió Fernando irritado—, que por qué no te vas a tomar por culo. Lo que yo haga o deje de hacer es cosa mía. ¡Tú métete en lo tuyo!

—¡Yo no me meto en tu vida! ¡Solo te estoy diciendo que, tal como están las cosas, no puedes ir por ahí liándote con tu superiora!

La voz del juez sonaba más alta de lo que Fernando estaba dispuesto a tolerar.

—¡Y a ti qué cojones te importa! —respondió el inspector, levantándose de la silla.

Antes de que las cosas se desmadraran definitivamente, José Antonio decidió calmar los ánimos.

—Bueno, venga. Vamos a calmarnos, Fernando —añadió con voz serena—. Esta situación me está desquiciando. Perdóname.

Le extendió la mano.

Fernando le miró, sorprendido por su actitud. Tras un momento, asintió lentamente.

—Está bien. Pero que sea la última vez que te metes en mi vida.

Aceptó la mano que le tendía el juez.

—No ganamos nada discutiendo. Tenemos que estar juntos y centrarnos en lo que realmente importa. Sigamos adelante.

Se dieron la mano y la tensión se fue disipando.

—Otra cosa —añadió—. Mira lo que he recibido.

El juez le mostró un sobre de color sepia. En el anverso, escrito con estilográfica, se podía leer: «A la atención de D. José Antonio Fernández de Ubieta».

Fernando se le quedó mirando sin saber qué decir.

—Ábrelo —le animó el juez.

En su interior había una tarjeta de invitación.

> El señor D. Mateo Villacís tiene el placer de invitarle a cenar
> en la villa Quitapesares.

—Supongo que tendrás claro que voy contigo a casa de Villacís —dijo Fernando.

—En ningún momento lo he puesto en duda, pero deberías pensar en que tienes una familia y un futuro feliz por delante, Fernando. Si no vienes, lo entenderé.

—¡Qué dices! ¿No me acabas de decir que tenemos que estar juntos en esto?; pues juntos hasta el final.

José Antonio sonrió y le dio un abrazo. Era un gesto de afecto que no se esperaba de alguien que casi nunca expresaba sus sentimientos.

—Te lo agradezco en el alma, Fernando, y me alegro de saber que voy a tenerte a mi lado.

Aún confuso por la discusión anterior, el inspector contestó con un bufido ininteligible.

—He pensado que podríamos ir a la mansión hoy a media tarde. Tenemos tiempo, así que, si te parece, te invito a comer —dijo el juez.

—Tú sí que sabes pedir perdón.

Seis campanadas resonaban en el reloj de la torre de San Severino mientras los dos hombres cruzaban la plaza. Dejando atrás el edificio del ayuntamiento, se dirigieron hacia Quitapesares por la senda de El Arroyo. Habían optado por ir a pie y la decisión les brindó la oportunidad de disfrutar de un paisaje magnífico. El verde de los prados, donde pastaban apaciblemente algunas vacas, se combinaba con cerros teñidos de ocre por las viñas de *txakolí* y un relieve salpicado de caseríos creando un cuadro de belleza otoñal.

El camino discurría paralelo al regato de El Acebo y al final aparecía, entre robles, la entrada a la mansión. José Antonio leyó el cartel: «Propiedad privada. Prohibido el paso».

—Para nosotros no —replicó Fernando, empujando la verja herrumbrosa coronada con puntas de lanza.

El óxido la había carcomido y adherido al suelo, pero estaba abierta y cedió con facilidad. Frente a ellos, una antigua pista de tierra ascendía entre pinos y acebos para desaparecer al otro lado de una colina. Mientras subían, José Antonio señaló con la cabeza los bancales de manzanos y los robles que bordeaban el camino.

—Aquí empezó todo —dijo.

Fernando no contestó. Era como si a cada paso que daban le subiera un regusto amargo desde el estómago. La mansión se erguía al final de la cuesta, una presencia imponente que llenaba el campo de visión. Una verja, en mejor estado que la primera, impedía el paso a la explanada. Fernando permanecía en silencio, la vista de la casa había activado su sistema de alarma; una luz roja de peligro que se encendía en su mente, haciendo que la carótida palpitase en su cuello como un tambor.

No fue necesario tocar el timbre. Un zumbido, seguido de un chasquido metálico, anunció la apertura de las puertas, como si la casa los reconociera. Doscientos metros de césped separaban la verja de la mansión. A la derecha del camino, una pequeña pérgola decimonónica se encontraba rodeada de una antigua balaustrada. Al otro lado, un estanque junto a una casa de muñecas bajo un enorme roble daba paso a un pequeño jardín que descendía suavemente.

El *ertzaina* se sobresaltó al oír el crujido de las puertas al cerrarse a sus espaldas.

—Tranquilo, Fernando —murmuró el juez.

Al final del jardín, Mateo Villacís esperaba frente a la entrada principal. Vestía una elegante americana de *tweed* que resaltaba con el pañuelo Hermès de seda azul. Su pelo engominado, peinado hacia atrás, enmarcaba una franca sonrisa que transmitía cordialidad. Se percibía un intenso aroma a Eau Sauvage.

—Bienvenido a mi casa, querido José Antonio. Veo que ha traído compañía. ¡Cuánto me alegro de que se haya animado a venir, inspector Cuesta! —Saludó a ambos con un cordial apretón de manos—. Pasen, pasen. Están en su casa.

Les franqueó la entrada al vestíbulo. Estaba cambiado desde la última vez.

—Como verán, he tenido que hacer alguna reforma. Después de lo que le ocurrió al pobre Mikel, la casa quedó destrozada.

—Eso lo sabe usted bien —aseveró el juez.

—¿A qué se refiere?

—A que usted sabe bien lo que le ocurrió a Mikel Olaeta.

Mateo Villacís dibujó un gesto de sorpresa en la cara, pero conservó la sonrisa.

—Veo que tiene prisa por entrar en materia. Tendremos tiempo, no se preocupe. Ahora, si me lo permiten, los llevaré a sus habitaciones para que puedan descansar y prepararse para la cena.

—¿Cómo que habitaciones? —dijo Fernando—. ¿Es que vamos a quedarnos aquí?

—Claro, inspector.

—¡Por los cojones me voy a quedar yo aquí! —exclamó.

—Por favor, no me hagan ese feo. Insisto —rogó Villacís, introduciendo una larga clave en la cerradura electrónica.

Un chasquido metálico resonó en el recibidor al bloquearse la cerradura en cinco puntos de anclaje de la cerradura.

—Bueno, pues ya está. Nadie va a entrar ni nadie va a salir. Y no se preocupen por sus móviles; estamos protegidos por un inhibidor de frecuencias. Así estamos más tranquilos.

José Antonio no contestó. Miró a Fernando y le tranquilizó con un gesto de sus manos. Mateo Villacís se adelantó para conducirles a través de una sala decorada con muebles antiguos.

—Se habrá dado cuenta de que he cambiado la decoración. He traído estos muebles de mi casa de Toledo. Son auténticas obras de artesanía castellana. En cambio, los cuadros no valen nada, son copias baratas. La verdad es que aquí me encuentro como en casa. Siempre me ha gustado la tranquilidad. —Mateo Villacís adornó sus palabras con un gesto lacónico de la mano.

—Nadie lo diría, sabiendo lo atareado que ha estado este último mes —comentó José Antonio.

—Pues sí, la verdad. Y no es que lo haya buscado. Mi única intención ha sido recuperar lo que me pertenecía. Pero eso ya tendremos tiempo de hablarlo en la cena.

Abandonaron la sala y se adentraron por un extenso pasillo que conectaba la estancia principal con una pequeña vivienda. La atmósfera había experimentado un cambio notable: las habitaciones ahora se hallaban decoradas con un gusto exquisito y muebles de estilo moderno.

—En el pasado, esta casa era el hogar de la servidumbre. Ahora está destinada a los invitados. Ya no se ve con buenos ojos tener sirvientes —susurró en voz baja, buscando la complicidad del juez—. Ya ve usted, cosas de esta sociedad de igualdad mal entendida y comunismo.

Tras atravesar el salón, ascendieron por una escalera circular que surgía desde las profundidades del sótano.

—No utilizo esta casa para nada. Es demasiado húmeda y siempre está fría. En cambio, el sótano me resulta muy útil. Es enorme y lo recorre un túnel que, según dicen, atraviesa todo el cerro y llega hasta la plaza de San Severino. Debió de ser una salida del antiguo castillo. Estoy pensando en habilitarlo como bodega. Quiero hacer *txakolí.* ¡El mejor *txakolí* del mundo se va a hacer en Balmaseda por un sevillano! —exclamó entre risas—. ¡Será un acontecimiento!

Villacís encendió la luz y subió seguido por sus dos acompañantes. Tras dos vueltas de la escalera, llegaron a un rellano con una única puerta. La abrió con llave y les hizo pasar a lo que era un pequeño apartamento, con un ventanal que daba al monte Kolitza y a la crestería del Sabugal. La chimenea estaba encendida y el suelo de madera de roble, cubierto casi en su totalidad por una alfombra persa. Frente a la chimenea, dos sillones de lectura, una librería y un carrito de bebidas bien provisto de licores y bombones conformaban una agradable zona de descanso. Dos puertas, una frente a la otra, daban acceso a los dormitorios.

—Pues esto es. ¿A que es precioso? Y el paisaje… —descorrió la cortina—, encantador. No me digan que no van a estar a gusto aquí.

Un sol moribundo desaparecía tras el monte Sabugal dejando pinceladas cobrizas y doradas en las paredes de la estancia, que iban adquiriendo un cálido color miel.

—Haré que Fredy les proporcione lo que necesiten: albornoces, pijamas, maquinillas de afeitar y esas cosas.

—No será necesario. No vamos a quedarnos a pasar la noche —respondió Fernando.

Mateo Villacís sonrió.

—Cenamos a las diez.

Retrocedió haciendo una reverencia y cerró la puerta. Fernando, que estaba desconcertado, se dirigió hacia la puerta justo en el momento en que se escuchaba el bloqueo de la cerradura.

Eran las diez menos cinco y Fernando estaba de pie en silencio mirando a través de la ventana. Parecía estar perdido en sus pensamientos, cuando vio que José Antonio se desperezaba con un largo bostezo.

—Buena siesta, ¿eh?

—No he dormido, Fernando. Estaba pensando con los ojos cerrados.

—Ya, ya me supongo.

«¡Vaya pachorra!», pensó. No podía entender cómo se tomaba el asunto con esa tranquilidad, cuando él estaba en medio de una tormenta de furia. Tenía la impresión de que Villacís los había secuestrado.

Antes, el inspector había estado comprobando si podía forzar la cerradura con su pequeña navaja Victorinox, pero como no pudo la guardó y se metió en el cuarto de baño.

—Estoy seguro de que tú, mientras tanto, ya has elaborado un plan de escape —le dijo el juez.

—Claro, yo siempre tengo un plan —respondió.

—Desde que vi la invitación, vengo pensando todas las posibilidades. Y esta era una de ellas —comentó José Antonio.

—¿Cuál? ¿Que nos secuestrase?

—Peor aún.

—Pues como no quiera matarnos… —Fernando se calló de repente—. ¿No creerás que nos quiere limpiar el forro?

—Es una posibilidad, pero tenía que arriesgarme; o aceptaba la invitación y conseguimos las pruebas que necesitamos, o nos tendríamos que rendir y dejar que Villacís se salga con la suya. Y no estoy dispuesto a darme por vencido.

—Visto así…

Tras el sonido de la llave hurgando en la cerradura, entró Fredy vestido con una camisa azul celeste, un chaleco azul marino y una pajarita beis. Con un gesto elegante y una voz remilgada de acento cubano dijo:

—La cena está servida.

Le siguieron hasta la casa principal y, a través de una serie de pasillos, llegaron al comedor; una estancia fría, de techo alto y mal decorada. Mateo Villacís esperaba apoyado en la chimenea, absorto en el crepitar de los troncos incandescentes.

—Mis queridos amigos, ¡espero que todo haya estado a su gusto!

Fernando se palpó disimuladamente la espalda para ajustarse la funda de su Glock. José Antonio permanecía impasible con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Pero no se queden ahí. Sentémonos —apremió—. Inspector, usted a mi izquierda. Usted, mi querido amigo, a mi derecha —le indicó a José Antonio, ofreciéndole la silla.

La mesa, de doce comensales, estaba preparada para tres. La cubertería era de plata antigua y la cristalería, de Bohemia. Un centro de flores naturales y un candelabro con tres velas encendidas completaban el decorado.

—¿Un poco de jerez? Lo hace un amigo mío de Sanlúcar de Barrameda. Es un palo cortado excelente.

El juez declinó la invitación y Fernando aceptó una copa. Villacís levantó la suya. Ni el juez ni Fernando brindaron.

—Lástima —se lamentó Villacís—. Es un vino increíble.

Estaba dando un pequeño sorbo a su copa, cuando Fredy apareció con una bandeja de fiambre.

—Joyas de Andalucía —anunció, depositándola en el centro de la mesa—: jamón ibérico de Aljomar, caña de lomo Cinco Jotas y salmorejo cordobés.

—No me digan que tampoco van a probar esta maravilla.

—No, gracias. Esta noche no tenemos hambre —aseguró José Antonio, adelantándose a las intenciones de Fernando, que ya se disponía a servirse una loncha del brillante jamón.

—No sea tímido, inspector. Sírvase. Le garantizo que no está envenenado.

Fernando no contestó.

—Lástima no disponer de un esclavo que cate la comida —bromeó el anfitrión.

El juez se dirigió a Mateo Villacís:

—¿No le parece que ya ha durado bastante esta pantomima? ¿Qué tal si acabamos con esto?

—No sea impaciente, querido amigo. Tenemos toda la noche —respondió mientras se metía una loncha de jamón en la boca.

—Ya le hemos dicho que no nos quedaremos —replicó Fernando.

—Insisto.

—Insista lo que quiera, pero no nos vamos a quedar aquí ni de coña —respondió.

—No, querido, no se irán. Así que es mejor que se dispongan a disfrutar de la cena.

El brusco cambio en la actitud de Villacís y sus palabras sorprendieron a los dos hombres, que se quedaron en silencio.

El mayordomo se acercó con una botella de Valduero. Escanció un poco de vino a Mateo Villacís, que lo hizo girar en la copa, lo miró a contraluz, lo olió y finalmente lo cató sorbiéndolo con un ruido desagradable. Hizo un gesto de aceptación antes de dirigirse a José Antonio Fernández de Ubieta.

—Dígame una cosa, ¿cuándo lo supo?

Mateo Villacís permanecía con la mirada fija, esperando la respuesta. Tras un tenso y prolongado silencio, el juez respondió:

—Encontramos una fotografía entre las pocas cosas que dejó Rafael Santa Coloma.

—Oh, vaya. Aquella maldita fotografía —se lamentó Villacís.

—Tengo que reconocer que ha cambiado bastante. No nos costó mucho identificar a Olaeta, a Suárez y a Ansuátegui, pero no supimos que era usted el que posaba con ellos hasta que hablamos con la señora Carmen Roldán.

—Una mujer encantadora —apuntó Villacís—. Y muy amiga de la familia.

—Lo demás fue sencillo: el que fuera usted el último que vio con vida a Mikel Olaeta y que nos hubiera ocultado que conocía a Suárez y a Ansuátegui me hizo pensar que tal vez estábamos apuntando en una dirección equivocada. Cosa que se confirmó con la muerte de Mikel Ansuátegui.

—Que yo no maté —aclaró Villacís—, solo le animé —dijo con sorna. Bebió un poco de vino —. Pero siga, por favor. Estoy disfrutando mucho con esta historia.

José Antonio continuó con su relato, mientras Fernando no perdía ojo a los movimientos del mayordomo.

—La muerte de Mikel Ansuátegui nos llevó a Vitoria y a la historia de la lanza del destino. De allí a Karrantza, donde encontramos otra fotografía. Esta vez no era usted, sino su abuelo, el coronel Villacís, quien aparecía en ella. En ese momento, todo estaba claro; todo confluía en usted. El resto fue ir atando cabos para comprender que todas estas muertes únicamente se habían llevado a cabo para ocultar un vulgar robo. Hacía tiempo que sospechaba que la pista de Ansuátegui y los Centuriones era un señuelo. Pero esa parte ya la conoce usted.

—Me deja estupefacto. Ha mostrado usted una gran perspicacia, señor juez —manifestó

Villacís aplaudiendo en silencio—. Sabía que volverían a ver al profesor Salcedo, pero lo que no me esperaba era que me relacionase con tanta facilidad. De ahí las prisas en acabar con ustedes cuando supe que iban a Karrantza. Metí la pata; fue un momento de ofuscación.

—¿Momento de ofuscación? —replicó Fernando Cuesta—. ¿Que metió la pata?

—No se me ponga melodramático, inspector. Y ahórreme la escena de la doncella ultrajada.

Villacís cogió una traslúcida loncha de jamón y la levantó para dejarla caer suavemente sobre su boca, bebió un poco de vino y se dirigió a José Antonio.

—Si le soy sincero, cuando nos conocimos pensé que era otro chupatintas más, de los muchos que hay en la Policía y en los juzgados, pero enseguida me di cuenta de que usted no estaba hecho de esa pasta y supe que iba a ser un problema —dijo Villacís, con una sonrisa en los labios.

Fernando Cuesta se tensó en su asiento cuando el mayordomo se acercó a rellenar la copa de Villacís. Fredy sirvió el vino sin inmutarse y se retiró al fondo de la sala.

—Por un momento, llegué a pensar que Ansuátegui me haría el trabajo sucio, pero falló.

—Usted manejaba los hilos, por supuesto —afirmó José Antonio.

—Digamos que le fui indicando el camino. Pero, como se suele decir, si quieres que algo se haga bien, hazlo tú mismo. Y aquí estamos: yo con la lanza de Longinos y usted sin pruebas, sin móvil y sin testigos que me puedan implicar en los asesinatos.

—Pero la reliquia está en su poder, eso es una prueba. Y hay testigos que declararán que antes que usted la tuvo Mikel Ansuátegui —intervino Fernando.

—Nadie sabe por qué ni para qué sacó Ansuátegui la lanza de su laboratorio. Le diré más, dudo de que nadie supiera lo que había en la caja metálica que se llevó. Y si alguien lo sabe no dirá nada. No podría. —Villacís mostró una sonrisa sardónica—. Como ve, no hay ninguna prueba en mi contra, «señoría» —apuntó satisfecho.

Mojó un trozo de pan en el salmorejo.

—No acabo de entender por qué tuvo que asesinar a Mikel Olaeta y a Antonio Suárez, cuando le hubiese bastado con matar a Mikel Ansuátegui para robarle la reliquia.

Villacís se golpeó levemente los labios con la servilleta.

—Es una larga historia, pero, puesto que tenemos tiempo, se la voy a contar. Para eso están aquí, ¿verdad?

—Adelante. Estamos impacientes —intervino Fernando.

—Nos tenemos que remontar al verano de 1986 —comenzó Villacís—. Conocí a Rafael Santa Coloma porque llegó a Sevilla para recabar información para su tesis sobre mi abuelo y el extraño suceso de Karrantza. Él había llegado con un par de amigos y enseguida hicimos buenas migas.

—Y esos amigos eran… —interrumpió Fernando.

—Mikel Ansuátegui y Antonio Suárez —aclaró—. Pero déjeme acabar, inspector, no sea impaciente. —Villacís continuó—: Éramos jóvenes y solíamos salir muy a menudo, ya se pueden imaginar lo que era Sevilla en los ochenta para unos chavales de veinte años. En estas salidas, conocimos a Mikel Olaeta y a Pedro Uribe.

—¿El cura de Balmaseda? —se extrañó Fernando.

—Él fue quien nos hizo la famosa fotografía. Mikel Uribe estaba en la universidad. Eran muy amigos, siempre creí que eran algo más, aunque nunca dieron motivo para pensar mal. Bueno, el caso es que una noche, en la que ya habíamos bebido más de la cuenta, comenzamos a divagar sobre la religión y sobre el poder milagroso de las imágenes y las reliquias. Ya saben ustedes cómo nos tomamos en Sevilla este tema. Mikel Ansuátegui mantenía que eso era una chorrada

para engañar a cuatro viejas. Yo estaba tan borracho y enfadado por su soberbia que les revelé un secreto: les conté que yo era el nieto de un militar que había tenido en sus manos la lanza santa y que existía una sociedad secreta de la que yo era miembro. Que éramos los depositarios de varios manus critos que hablaban del signo mágico del poder de la lanza y que si estaban dispuestos podrían venir a una de nuestras reuniones e invocar a las fuerzas de la oscuridad.

Villacís rio en silencio recordando aquella situación.

—El cura se negó desde el primer momento, pero los demás aceptaron.

—Y les montó una función —dijo Fernando.

—Correcto. Llamé a unos cuantos amigos y preparamos una sesión en mi cortijo de Camas. Teníamos poco tiempo. Mi amigo Carlitos Valenzuela, que es un maestro para las intrigas, lo preparó todo y salió bastante bien. Aparecimos con unos hábitos que compramos en una tienda de disfraces. ¡Qué momento! Había que ver sus caras mientras cantábamos letanías, recitábamos conjuros, ofreciendo nuestras almas y la potestad mágica de la lanza a Satanás a cambio de poder y riqueza en esta vida. Nos tatuamos, para certificar nuestro juramento, y nos hicimos cortes en las palmas de las manos para firmar con sangre.

Fernando hizo una leve señal a José Antonio señalándose el pecho izquierdo con tres dedos.

—Y lo mejor llegó cuando simulamos un sacrificio humano. —Villacís no paraba de reír—. La verdad es que Carlitos lo hizo muy bien. —Se recostó sobre el respaldo de la silla riéndose a carcajadas—. Lo hizo tan bien que Rafael Santa Coloma acabó enloqueciendo —apuntó José Antonio—. Solo se trataba de una broma. Pero salió todo tan perfecto que decidí no decirles nada. Les estuvo bien —añadió—. Eran bastante arrogantes.

—Una broma que ha acabado en cuatro asesinatos.

—Eso ha sido pura casualidad —explicó Villacís—. Aquel día todos se marcharon y cada uno siguió su camino. Lo cierto es que a todos nos ha ido muy bien. Quién sabe, a lo mejor aquellos conjuros funcionaron —añadió riendo—. Y ahora llega la casualidad que le comentaba. ¡Es que es de locos!

Fredy retiró la bandeja de embutido y puso sobre la mesa un rodaballo de lomo negro que no pesaría menos de tres kilos.

—¿Tampoco van a probar el rodaballo?

El inspector esperó la respuesta de José Antonio, que negó con la cabeza.

—Pues se lo van a acabar comiendo los gatos, porque yo no creo que pueda con todo.

El juez esperó a que Villacís continuase con el relato.

—Les decía que todo ha sido fruto del azar. Y es que parece que hay cosas que pasan porque tienen que pasar. —Ahora Villacís mostraba un aspecto más circunspecto—. Santa Coloma me puso en la pista del hermano Albert y quise saber lo ocurrido con mi abuelo. Contacté con el fraile y me contó la historia oficial; la que dice que mi abuelo se llevó la reliquia y la destruyó antes de morir en la iglesia de Lanzas Agudas. Me resultó extraño y decidí investigar por mi cuenta

El mayordomo desespinó el pescado y sirvió un lomo en el plato de Villacís, que lo atacó con pasión.

—Entonces, ¿qué podría haber ocurrido? —continuó—. Pues a veces hay que aplicar el principio de la navaja de Ockham y creer que la explicación más simple es la más probable. Punto 1, mi abuelo murió de hipotermia en el interior de la iglesia. Punto 2, la iglesia estaba cerrada. Punto 3, la reliquia no estaba. Entonces, la explicación llega por sí sola: alguien había encontrado el cadáver de mi abuelo junto a la reliquia y se la había llevado. ¿Y quién podría ser ese alguien? Pues también parece obvio.

—El cura —exclamó Fernando.

—Muy bien, inspector, parece usted menos avispado de lo que realmente es.

Si las miradas matasen, Villacís habría caído muerto en aquel momento.

—Pero el cura sería interrogado —indicó José Antonio.

—Claro. Pero yo partía de la premisa de que mintió.

—O no —rebatió el juez.

—Mintió y le diré por qué —continuó Villacís, que estaba disfrutando siendo el centro de atención—. En aquel tiempo, la iglesia de Lanzas Agudas estaba prácticamente en ruinas. Por eso es sorprendente que la iglesia destrozada de un pequeño barrio de un pueblo perdido en los confines de Bizkaia, encuentre los fondos suficientes para poderla reparar, justo después de que apareciese muerto mi abuelo en su interior. Extraño, ¿verdad?

Hizo una seña al mayordomo para que le retirase el plato de pescado.

—Estoy seguro de que el cura no sabía lo que tenía entre sus manos. Y, partiendo de esa premisa, la pista me llevó a un chatarrero de Laredo que se la vendió a un coleccionista de Santander. La reliquia no volvió a aparecer hasta el 2018, cuando murió y sus hijos liquidaron la colección. Se la vendieron a un anticuario de Madrid por cincuenta mil euros. ¿Se lo puede creer?

Con el silencio, los dos hombres le animaron a seguir hablando. Villacís continuó:

—Pero este sí sabía lo que había comprado. Y sabía que no podría venderla de manera legal, por lo que buscó comprador en el mercado negro del arte. La puso a la venta en una subasta de la *Dark Web* y allí apareció Mikel Ansuátegui, que la adquirió por dos millones de euros. —Airado, lanzó la servilleta sobre la mesa—. Una miseria. Vale diez veces más. —Mateo Villacís hizo un gesto de enfado—. Yo lo habría pagado, pero me enteré tarde. La maldita pandemia —se lamentó.

El gesto enfadado de Mateo Villacís cambió de inmediato ante la presencia del postre que traía el mayordomo.

—Así que decidió robársela —apuntó Fernando Cuesta.

—¡No sabe usted de lo que habla! —exclamó molesto—. Para usted, con su mente jibarizada de policía de pueblo, ¡es más fácil reducirlo todo a un simple robo! Pero es mucho más complejo.

—Ilumíneme —respondió Fernando, socarrón.

Villacís no le hizo caso. Seguía centrado en el juez Fernández de Ubieta.

—Estoy seguro de que usted sabe de qué estoy hablando. —Se inclinó sobre la mesa.

—Muy bien, hasta aquí su milonga, que creo que ya ha durado bastante. Ahora, vayamos al grano. He venido aquí a proponerle un trato —dijo el juez.

Mateo Villacís contrajo los labios con un mohín de ingenuidad.

—Ah, ya, claro, claro. —Dejó que el silencio se prolongara—. Y dígame, solo por curiosidad, ¿cuál sería su oferta?

—Usted firmará una confesión por escrito y será juzgado como autor en el asesinato de Mikel Olaeta y como coautor en los de Antonio Suárez y Gustavo González.

Mateo Villacís sonrió con incredulidad.

—¿Así de fácil? ¿Y ya está? Pero permítame una preguntita sin importancia. ¿Y cómo cree usted que va a conseguirlo? ¿Tiene algo que ofrecer? Porque ha dicho antes que lo que me ofrecía era un trato.

—Mi oferta es muy simple. Confiese y salvará la vida —respondió, muy serio.

—Pues fíjese que yo creo que quien está más cerca de perder la vida es usted —replicó Villacís.

El mayordomo les apuntaba con una Beretta. Al percatarse, Fernando se llevó la mano al

costado, buscando su Glock. El juez le detuvo con un gesto antes de sacar algo del bolsillo de su pantalón.

Villacís palideció al verlo.

José Antonio Fernández de Ubieta desplegó una hoja impresa. En ella, los caminos de un laberinto serpenteaban hacia el centro, como si fueran hilos cósmicos entrelazados. Allí, en el corazón del laberinto, se encontraba la imagen de un ojo estilizado, similar al de un gato, mirando hacia el infinito. Las pupilas estaban formadas por pequeñas estrellas, como si aquel ojo pudiera ver más allá de las galaxias a través del velo del tiempo. A ambos lados, dos alas extendidas se entrelazaban; sus plumas estaban adornadas con símbolos astrales: constelaciones, fases de la Luna y órbitas celestiales. Parecían las alas de un ángel cósmico, protector de secretos ancestrales.

Justo debajo del ojo y las alas, un bastón de estrellas se cruzaba con una llave antigua que sugería acceso a portales estelares, a dimensiones desconocidas.

Fernando parecía fascinado observando la imagen.

—En toda esa historia que nos ha contado faltan algunos detalles importantes —comenzó a decir el juez—. Por ejemplo, no ha dicho que, desde la Edad Media, existe una logia secreta, de la que usted es miembro, denominada los arcontes. Veo que ha reconocido su símbolo.

Como el fuego bajo la nieve, la palidez de Villacís se había convertido en rojo de ira.

—¡No diga tonterías! ¡Lo que está diciendo es absurdo! ¡No tiene ni pies ni cabeza!

—Sabe perfectamente que es cierto —replicó José Antonio con firmeza—. Usted, por su linaje, ha sido arconte desde su nacimiento. Y como tal es depositario de una serie de secretos que usted puso en peligro. En su juventud, no se tomó en serio su pertenencia a la logia. Le parecería ridículo, pero con el paso del tiempo comprendió que había cometido un error aquella noche de borrachera.

Las palabras de José Antonio eran como un rayo láser, penetrando en la maraña de mentiras y secretos de Villacís.

—Mi teoría es que su abuelo robó la lanza para ofrecerla a los arcontes, como símbolo de poder, pero murió. Desde entonces, ha sido su obsesión: recuperar lo que su antepasado perdió y resarcir su deuda. Yo le ofrezco protección. Confiese y salvará su vida.

—Bobadas —dijo Villacís.

—Sabe que son muy poderosos y acabarán encontrándole.

La verdad, como un rescoldo ardiendo bajo las cenizas, amenazaba con derrumbar la fachada de su vida y revelar la oscura herencia que llevaba a cuestas.

—¡Esto es intolerable!

Fernando observó cómo Mateo Villacís miraba la fotocopia con un evidente temblor en los labios.

Ahora empezaba a entender por qué José Antonio había estado tan irascible. Ignoraba cómo había logrado la información, pero seguro que se enteraría. En todo caso, se sentía aliviado. Ahora ellos habían tomado la iniciativa.

Villacís hizo una bola con el papel y lo tiró a la chimenea.

—¿De dónde ha sacado esas patrañas?

Se notaba que hacía un esfuerzo enorme por no perder la compostura.

—Pues, aunque le resulte extraño, fue usted quien me puso sobre la pista.

—¿Yo?

José Antonio se sirvió un vaso de agua y continuó:

—A raíz de la conversación que mantuvimos en el entierro de Mikel Olaeta, encargué a mi

colaboradora, Esther Llarena, que buscase en internet a todas las personas que estuvieron aquella noche con Mikel Olaeta y si estaban relacionadas con el espiritismo o la brujería. Descubrió que el apellido Villacís pertenecía a la aristocracia española desde la Edad Media. Los linajes españoles son los más antiguos de Europa y la mayoría están relacionados con órdenes militares, corporaciones religiosas y sociedades misteriosas, algunas tienen su origen en las cruzadas: los templarios, la Orden de la Rosacruz, los Iluminati o los masones son algunas… Hay muchas más.

Fernando asistía perplejo a la explicación.

—Entonces, empecé a preguntarme si usted formaría parte de alguna de ellas y le mandé un correo a Esther para que in vestigase. La mayoría están obsoletas, pero aún mantienen sus rituales y ceremonias.

Villacís hizo un gesto de incredulidad con la mano.

—¡Joder, y no me has dicho nada! —le recriminó Fernando.

—Tranquilo, inspector. El señor juez nos está contando un cuento precioso, dejémosle seguir a ver cómo termina —dijo socarrón Villacís.

—El caso es que encontró indicios sobre la relación de su linaje con los arcontes, que, más que una secta, es una religión. Mantienen que en el inicio de los tiempos solo existía el Creador, una luz pura y omnipotente. De esa luz nació Luzbel, un ángel destinado a ser su ayudante en la creación. Sin embargo, Luzbel, cegado por el ego y la ambición, desafió a su creador y se rebeló contra la luz, creando un vacío del que surgió la oscuridad, una fuerza poderosa y caótica.

Durante un momento de silencio, Villacís hizo una seña, casi imperceptible, al mayordomo.

—Junto con una cuarta parte de los ángeles —continuó José Antonio—, Luzbel reinó en la oscuridad, expandiendo su influencia y sembrando el caos en el universo. Estos ángeles de la oscuridad son los arcontes: entidades espirituales sin alma que buscan manipular y esclavizar a la humanidad. Para ello, utilizan herramientas como el miedo, la culpa, la guerra, la enfermedad y la religión. Las religiones, creadas por los arcontes, sirven como un mecanismo para mantener a los humanos cautivos y alimentar su energía negativa. A través de dogmas y creencias limitantes, controlan las mentes de las personas.

Fernando estaba tan absorto que había dejado de controlar los movimientos del mayordomo, que continuaba encañonándolos con la Beretta.

—Luzbel —continuaba José Antonio—, líder de los arcontes, reside en el Pandemónium, un reino de lujo y ostentación que oculta la verdadera naturaleza del lugar: un infierno de horror y miseria. Desde allí, el diablo orquesta sus planes para mantener a la humanidad bajo su dominio.

Villacís asistía impasible a la explicación de José Antonio.

—Por eso toda la historia de la lanza santa —dedujo Fernando.

—Así es —indicó José Antonio—. Jesucristo fue enviado a la tierra para revelar la verdad y liberar a la humanidad de las manipulaciones de los arcontes. Su misión era salvar las almas de las personas, evitando que cayeran en las garras de la oscuridad tras la muerte.

—Por eso la lanza santa es tan importante para ellos. Es el símbolo de la muerte de Cristo.

—Todo eso está muy bien —replicó Villacís—, pero aún no ha contado de dónde saca que yo pertenezco a esa secta.

—Uno de los datos que me facilitó Esther fue que en el rito de iniciación los nuevos miembros son tatuados con tres puntos negros en forma de triángulo. Un tatuaje hecho con las cenizas del cadáver de Constantin Marguerites, que fue el primer arconte en la época del imperio de Nicea.

—¡Los tatuajes que aparecen en los cuerpos de Olaeta, Suárez y Santa Coloma! —exclamó Fernando.

—Y seguro que también en el de Ansuátegui. Y el que también lleva nuestro anfitrión.

Mateo Villacís hizo una reverencia con la mano y se desabrochó la camisa. Mostró, a la altura del corazón, tres puntos negros en forma de triángulo.

—No hacía falta que lo mostrase, se lo vi el día que me recibió en el Hotel Carlton. Estaba usted en bata, ¿recuerda?

—Nunca sospeché que llegase tan lejos, querido amigo —dijo aplaudiendo en silencio.

Villacís se levantó de la mesa para acercarse a la chimenea. Mostraba ahora una expresión de control.

—Y ahora vamos a la explicación más prosaica, que, como siempre, suele ser la que más se acerca a la realidad.

Fernando y José Antonio permanecieron en silencio esperando la reacción de Villacís.

—¿Sabe a qué se dedica la empresa AIG? —preguntó.

—Es la empresa de Ansuátegui. Es una empresa de ingeniería geotérmica.

—¿Y sabe que está en bancarrota y que iba a vender su tecnología a una potencia extranjera?

José Antonio se mantuvo en silencio.

—Ya veo que sabe usted más de lo que dice. Pero lo que desconoce es que en el trato iba incluida la lanza sagrada.

Villacís hizo un silencio para comprobar el efecto de sus palabras.

—¿Cómo llegó a esa conclusión? Me parece que está usted creando una historia surrealista para justificarse —dijo el juez.

El rostro de Villacís se crispó de rabia.

—Parece mentira que también usted muestre tan poca inteligencia —le recriminó—. Tengo información de primera mano y he tenido acceso al laboratorio de Ansuátegui y a sus planes.

Se retrepó contra el respaldo de la silla indignado.

—De no conseguir el trato, supondría la ruina de la empresa. Y estamos hablando de un negocio de miles de millones de euros.

Mateo Villacís hizo otra pausa para dar un bocado al postre.

—El muy canalla iba a vender tecnología militar a una potencia extranjera y, además, añadía la reliquia más poderosa de la cristiandad.

Se limpió los labios, manchados de puré de limón. Fernando Cuesta le miraba con una mezcla de aversión y de desconfianza.

—¿Comprenden ahora por qué he tenido que llegar a estos extremos, caballeros? El trato hacía que el valor de la lanza de Longinos ascendiera a más de cinco mil millones de euros. Sin contar lo que conseguiría cuando revendiera la tecnología a otros clientes. Sin duda, sería uno de los mayores negocios de la historia. Por eso tenía que recuperar la lanza sagrada antes de que se cerrase el trato —enfatizó.

—Y decidió llegar hasta él asesinando a Olaeta y a Suárez. No acabo de entenderlo —intervino Fernando.

—Es un plan que inicié hace dos años. Sabía que Ansuátegui mantenía la reliquia en su laboratorio de Valdezorras, donde las medidas de seguridad son extremas.

—Y se le ocurrió la solución de aterrorizar a Mikel Ansuátegui con la idea de que habían firmado un pacto con el diablo y que ahora se lo iba a cobrar —dedujo José Antonio.

—¡Exactamente, señor juez! —se congratuló—. Veo que ya empieza a pensar como yo. Tenía que hacer que se sintiera amenazado. Que sintiese terror. Y qué mejor que recordarle el trato que firmó hacía treinta y seis años. —Levantó las dos manos e hizo un gesto con los dedos índice y corazón, como si se doblasen las orejas de un conejo, para enfatizar la palabra «trato»—. Así que

decidió ir matando uno a uno a los asistentes a aquella representación.

—Sí. Decidí matar a Santa Coloma, Suárez y Ansuátegui y hacer que parecieran ejecuciones sobrenaturales.

—Entonces, ¿por qué desviar la atención hacia Ansuátegui? —preguntó Fernando.

—Elemental, mi querido inspector —dijo con sorna—. Ellos eran los únicos que creían saber lo que estaba pasando. Pero no la policía. Así que pensé en algo más trivial para la forma primitiva de razonar de las fuerzas del orden —añadió engolando la voz.

Se atragantó con un trozo de tarta y un golpe de tos le obligó a interrumpir el relato.

«No te ahogarás, hijoputa», pensó Fernando.

—Perdón, casi me ahogo —dijo con la cara abotargada y lágrimas en los ojos.

—Y entonces pensó en dejar un señuelo que nos condujese a Mikel Ansuátegui.

—Conocía la relación de Ansuátegui con grupos de extrema derecha. Y más concretamente con un grupo llamado los Centuriones Hispanos. Pero eso ya lo saben ustedes.

Villacís levantó una botella de Hibiki Japanese Harmony.

—¿También va a decir que no a esto, inspector?

Fernando Cuesta le miró sin contestar.

—Como quiera. Pero un Hibiki no se ve muy a menudo. —Continuó después de servirse una generosa copa de *whisky*—: Había perdido el rastro de Santa Coloma, así que solo tenía que matar a Mikel Olaeta y a Antonio Suárez. Pero había que hacerlo aterrorizando a Mikel Ansuátegui (que, por otra parte, era una mala bestia con pocas creencias religiosas) y despistar a la policía.

—¿Y qué pasa con Gervasio González, el portero? ¿A ese también había que matar?

—Ese pobre hombre tuvo suerte, pero fue mala. No saben cuánto lo sentí.

—Es usted un cínico —masculló Fernando.

—Ahórreme la moralina, por favor. Es usted el menos indicado para dar lecciones —replicó Villacís. Calló unos segundos para catar el licor y continuó—: Como decía, creé una página web, colgué algunas imágenes y vídeos neonazis (no saben ustedes la cantidad de páginas con contenidos fascistas que hay en la red). No me fue difícil ir dejando algunas pistas que llevasen a pensar que eran esos pobres idiotas los que estaban detrás de los asesinatos. No tenía mucha confianza, pero funcionó. Al menos, durante un tiempo. Nunca hay que perder la esperanza en la estupidez humana; no defrauda nunca.

Hizo girar el licor ambarino en el interior de la copa.

—La muerte de Mikel Olaeta la planeé a conciencia. Era el único con el que seguía manteniendo contacto, así que le fui metiendo ideas en la cabeza. Lo llamaba a diferentes horas, le decía que me sentía asustado, que estaba recibiendo terribles llamadas exigiendo el pago de la deuda que adquirimos en aquel akelarre, que tenía terror de que fuera el mismo Lucifer quien viniese a exigir el pago. La verdad es que no me resultó muy complicado; Mikel era un hombre bastante supersticioso y, aunque al principio se mostró escéptico, no tardó en tragárselo todo. Para ser justos, hay que decir que la ayuda de unas gotas de dietilamida mezcladas con un buen vino hacen milagros. Cada vez que nos juntábamos yo aparecía con una botella de Valduero. Parece mentira lo real que se pueden percibir las alucinaciones con la dietilamida: ruidos extraños, olores, visiones… Y si a esto le añadimos la sugestión de un buen actor… —Hizo una reverencia inclinando la cabeza sobre el pecho— el efecto es demoledor. —Por resumir, que el pobre Mikel estaba aterrorizado. El efecto de las drogas le había vuelto paranoico. Entonces le propuse que hiciésemos algo para recuperar nuestras almas. De ahí su reacción en la cena de su último día en este mundo. Aquel día me dio las llaves de la casa y los códigos del sistema de

alarma a cambio de un Eguzkilore de mi abuela. Era consciente de que se acercaba su fin y me lo dio todo. El resto fue sencillo: una buena dosis de atropina en su bebida, un chute de *flakka,* y el pobre Mikel enloqueció antes de morir. Fue rápido, aunque desagradable; los efectos de esa droga son espeluznantes.

Hizo un gesto de asco y continuó:

—Luego lo dispuse todo a mi gusto, borré las pruebas que pudieran comprometerme y me fui dejando la casa cerrada y la alarma conectada. Su muerte y el sensacionalismo que le dio la prensa fueron la llave que abrió la siguiente puerta; Mikel Ansuátegui me llamó enseguida. Yo seguí con mi interpretación magistral de hombre aterrorizado. Le conté la misma historia: que me estaban ocurriendo cosas muy raras, que a Olaeta le había pasado lo mismo y que seguramente él sería el siguiente. Poco a poco fui sembrando la semilla del temor de que esto nos estaba ocurrien do porque alguno de nosotros había incumplido el pacto que firmamos y que teníamos que hacer algo para que se nos perdonase.

Villacís hizo una pausa para saborear el licor.

—¿Les importa que fume?

—Haga lo que quiera —respondió el juez—. Es su casa.

—Fredy, por favor, elígeme un buen lancero. ¿Quieren ustedes?

Los dos hombres negaron con un gesto y Villacís continuó:

—Después de dejar abonado el terreno con Ansuátegui, el siguiente paso era acabar con Antonio Suárez. Hice que Fredy manipulase el aire acondicionado de la casa de Suárez. Fue una lástima tener que matar al pobre portero, pero no había otra solución. —Esbozó una mueca de lástima—. Como a Ansuátegui, la muerte de Mikel Olaeta había puesto muy nervioso a Suárez. Le llamé para seguir con mi plan, pero no se lo tomó en serio. Estaba convencido de que todo era una patraña como la que hicimos en el 86. Siempre había sido el más escéptico y pienso que nunca se lo creyó del todo. Sin embargo, al saber los detalles de la muerte de Mikel Olaeta empezó a dudar.

»Yo quería meterle el miedo en el cuerpo para que llamase a Mikel Ansuátegui y reforzase la idea que yo ya había sembrado. Evidentemente, lo hizo. El resto fue fácil: Fredy se encargó de entrar a la vivienda de Antonio para difundir, a través del sistema de aire, ketamina gaseosa. Esta vez fue él quien tuvo que hacer el trabajo sucio y regresar justo a tiempo de recibirle a usted en mi *suite* del Carlton. Íbamos a ir a la ópera, ¿recuerda? Fue una jugada maestra. Algo arriesgada, pero, como decía Virgilio, *audentes fortuna iuvat.* ¿Podría haber mejor coartada que estar con el juez que lleva la instrucción el mismo día y a la misma hora del asesinato?

—¿Y el olor a huevos podridos? —preguntó Fernando.

—Sulfuro de hidrógeno inyectado en la madera del suelo.

—¿Y el sapo y las semillas de belladona en casa de Olaeta?

—Tramoya, atrezo.

—¿Y la imagen en la pared de Suárez?

—Eso fue inspiración de Fredy; proyectó la sangre a través de una máscara. Grandioso, ¿verdad? No me digan que no se asustaron, aunque sea un poquito. —Se rio, sardónico—. El resto del trabajo lo hizo la prensa sensacionalista difundiendo la noticia con exageraciones y elucubraciones. Todo salió a pedir de boca, ¿verdad, Fredy?

Fernando seguía atento a los movimientos del mayordomo mulato, que se acercaba con una caja de Cohiba, un cortapuros y un paquete de cerillas largas, en una bandeja de plata que depositó sobre la mesa.

—Tras el asesinato de Suárez, Ansuátegui estaba muerto de miedo, aterrorizado. Quiso

abandonar el país, pero le convencí para que se quedase y llegó el acto final: le hice creer que había conseguido llegar a un pacto con las fuerzas del mal. Que a cambio de su vida tenía que entregar algo verdaderamente excepcional, algo que su mera posesión dotase de poder a quien lo tuviera.

Villacís hizo un alto para encender el habano, dejando la llama de la cerilla a un centímetro del puro y aspirando para que el fuego llegase al tabaco. Se regodeó con los sutiles aromas y los sabores del Lancero.

—El pobre hombre estaba desesperado. Me dijo que él no tenía nada de tanto valor. ¡Mentiroso!, pensé. Me quería hacer creer que solo tenía cosas materiales: casas, coches, joyas, pero nada parecido a lo que le pedían. Él no podía saber que yo conocía su secreto. Le dije que no podía aconsejarle, pero le expresé mis dudas de que algo que no fuera realmente excepcional pudiera servir. —Volvió a encender el puro haciéndole rotar entre las yemas de los dedos—. También le dije que no había tiempo, que Olaeta y Suárez ya estaban muertos y que el siguiente sería él si no cumplía el pacto. Al final, se confesó y me dijo que poseía algo. Me reveló que tenía la sangre de Cristo, pero que no podía en tregarla. Le convencí de que lo hiciese porque, de lo contrario, su final sería el mismo que el de Olaeta y Suárez. Al final aceptó

Villacís sopló suavemente la parte encendida del habano para comprobar que ardía uniformemente.

—Rápidamente me fui a Sevilla, sin decir nada a nadie. Antes de que llegara Ansuátegui, busqué en mi biblioteca el *Maellus Maleficarum* y se lo entregué con las instrucciones de seguir el ritual marcado: debería poner la lanza de Longinos dentro de un círculo de fuego y esperar. Era imprescindible que estuviese solo, sin nadie más en la casa y con las alarmas desconectadas. Aunque no se lo crean, me hizo caso en todo lo que le dije. Al final, resultó ser un pobre hombre. —Dio una larga chupada al habano—. La escenografía que montó Fredy, que es un artista, el terror y el saber que su vida se iba a convertir en una tortura a partir de ese momento le llevaron al suicidio. Creo que el mundo ganó con esa decisión.

Fernando Cuesta interrumpió:

—¿Por qué se molestó tanto en preparar toda la escenografía cuando ya no era necesario aterrorizarle? Con un disparo habría sido suficiente.

—Pensé que de esa manera ustedes se quedarían más tiempo en Sevilla y así me sería más fácil…

Villacís soltó una risita cínica.

—¿Matarnos?

—Casi lo consiguió Ansuátegui, pero falló. Y yo no podía dejar ningún rastro; espero que lo comprendan.

—Pues va a tener que hacerlo muy bien —amenazó Fernando, dejando su pistola sobre la mesa.

—¡Por favor, inspector! ¡No sea vulgar! —exclamó Villacís haciendo un disimulado gesto al mayordomo para que no interviniese. El *ertzaina* enfundó el arma.

Villacís volvió a sentarse junto al juez.

—Sé que puedo parecer un desalmado, un hombre ruin y execrable. Pero si lo miran con otros ojos, con los ojos de la verdad, verán que he salvado una reliquia sagrada para la cristiandad y he impedido que un sátrapa se haga con una tecnología que podría acabar con la civilización. ¿Y a cambio de qué? ¿De la vida de un vicioso usurero, un traidor y un traficante de drogas que destruía a nuestros jóvenes? —Se giró para mirar directamente a los ojos de José Antonio Fernández de Ubieta—. Pues… ¿saben lo que les digo? Que ha merecido la pena.

—Se olvida de Gustavo González —apuntó Fernando.

—Ah, ¡sí! Cierto, el pobre conserje. Lamentable. Pero, si he de ser sincero, por salvar esa reliquia, sacrificaría cien vidas.

—La vida humana es algo único e irreemplazable, no hay nada material que justifique la muerte intencionada de otro ser humano —aseveró el juez.

Villacís le miró arqueando las cejas.

—Somos ocho mil millones de seres humanos, todos los días mueren varios millones de manera injusta, en guerras, asesinatos, de hambre… Y solo existe una lanza sagrada bendecida con la sangre de un Dios. ¿De verdad cree usted que la vida de alguien importa más que eso?

—¿Y dónde se deja usted la ética? —recriminó Fernando—. La vida humana es sagrada e inviolable y cada persona posee un valor intrínseco que nadie tiene derecho a arrebatar. No hay nada que pueda justificar su sacrificio.

—¿Seguro?

Se dirigió hacia el aparador con los ojos brillantes de emoción, deslizó los dedos por el costado del mueble hasta llegar a una pequeña hendidura disimulada en la parte inferior. Sonó un leve clic y una puerta se abrió revelando un espacio secreto. Sin poder ocultar la emoción, Villacís extrajo una caja de titanio que depositó sobre la mesa con delicadeza. La abrió con cuidado. En su interior, la moharra de una lanza llenaba la estancia de una cálida luz áurea. De repente, la sala parecía otra, como si estuviese bañada por una luminosidad metafísica. Tal vez fuese producto de la sugestión, pero los dos hombres se quedaron sin respiración. La luz lo llenaba todo, como un abrazo cálido que reconfortaba el alma, y durante unos instantes se sintieron poseídos por un hechizo sublime y liberador.

—¿Lo ven? Esto trasciende la existencia humana, es algo divino. En su presencia no existe el dolor ni la oscuridad. Todo es luz e inmortalidad.

Villacís cerró la caja y la realidad regresó envilecida tras el momento de éxtasis.

—Y ahora díganme que no ha merecido la pena. Díganme que he hecho mal en poner a salvo esta reliquia. ¡Díganme qué hubieran hecho ustedes, por favor!

—Supongo que sabe que está usted como una puta cabra —comentó Fernando.

Los labios de Villacís se comprimieron en una línea impenetrable, dejando que el silencio se alargara.

—Es hora de que me retire. Fredy los acompañará a sus habitaciones. Buenas noches, caballeros.

Se despidió con una leve inclinación de cabeza.

—De eso nada —replicó Fernando poniéndose frente a él—. Nosotros nos vamos y usted viene con nosotros en calidad de detenido, como autor del asesinato de Mikel Olaeta e inductor en los de Antonio Suárez, Gustavo González y Mikel Ansuátegui.

—Creo que no —contestó levantando las cejas.

Fernando giró la cabeza y vio que Fredy les apuntaba con la pistola.

—Aléjese del señor Villacís —amenazó el mayordomo.

El inspector Cuesta valoró las posibilidades de abatirlo antes de que pudiese reaccionar.

—Le aconsejo que ni lo piense —dijo Villacís.

De pronto, aparecieron varios hombres armados por la puerta del comedor. Tenían aspecto de tipos duros. Tomaron posiciones y encañonaron a Fernando y al juez.

—Déjenos salir y nadie saldrá herido —advirtió José Antonio.

—Creo que no está en condiciones de exigir nada.

Sin pensarlo, Fernando extrajo su arma y apuntó a la cabeza de Mateo Villacís. El eco metálico de las armas al ser montadas rebotó por toda la estancia.

—¡Suelte el arma! —exclamó Villacís—. Cuando cuente hasta tres, ordenaré disparar. Puede que yo muera, pero usted y su compañero caerán conmigo. A estas alturas deberían saber que no bromeo.

Hizo una pausa.

—¡Uno!

—¡Es un farol! —gritó Fernando.

—¡Dos!

—Baja el arma, Fernando —pidió José Antonio.

—No te dejes engañar. Nos va a matar de todos modos.

Se hizo un silencio.

—Aún no ha bajado el arma, inspector. ¿Tengo que seguir o ya entiende que no tiene otra opción?

—Baja el arma —reiteró el juez.

El *ertzaina* bajó la pistola lentamente.

Mateo Villacís se volvió hacia el grupo de hombres que aguardaban en la estancia.

—Desarmadlos —ordenó.

El mayordomo extendió la mano hacia el juez. Al cabo de unos segundos, José Antonio, con gesto serio, extrajo su arma y la depositó en la palma de Fredy. Fernando hizo lo mismo a su pesar.

—Ahora regístralos.

El cubano se dirigió al juez.

—Usted primero. Desnúdese.

José Antonio, sin inmutarse, se despojó de la ropa hasta quedarse en calzoncillos, depositando el teléfono sobre la mesa.

—Todo —exigió Fredy.

El juez se quitó los calzoncillos y los dejó caer al suelo, mientras uno de los hombres palpaba cada centímetro de su ropa. Seguidamente, desmontó el teléfono móvil, le quitó la tarjeta SIM y la lanzó al fuego.

—Busca bien, no quiero sorpresas —le ordenó con severidad.

El hombre, con una navaja, rasgó el forro de la chaqueta del juez.

—Póngase contra la pared y agáchese.

El juez obedeció. Fredy comenzó a registrarle minuciosamente, revisando entre el pelo, en las orejas y bajo las axilas.

—Abra la boca —indicó.

El juez obedeció en silencio.

—Saque la lengua y muévala arriba y abajo.

Finalmente, Fredy se dio por satisfecho.

—Ahora usted —ordenó, dirigiéndose al inspector Cuesta.

Repitieron la operación con el inspector, que se sometió a la humillación con menos estoicismo que su compañero.

—Vístanse —ordenó Villacís cuando finalizaron—. Nos vamos.

Se dio media vuelta y salió de la habitación seguido por Fredy.

—Espósenles con las manos a la espalda —indicó el mayordomo a uno de los mercenarios, entregándole bridas de plástico. En el exterior, tres todoterrenos negros aguardaban en fila. A empujones, fueron obligados a tenderse en el suelo del primer Land Rover. El juez, tumbado bocabajo, sentía el frío de la noche filtrándose a través de las ventanillas. Fernando le miraba en

silencio con una mezcla de determinación y de astucia. El convoy inició la marcha a toda velocidad, ascendiendo por una pista polvorienta. Nadie hablaba; únicamente el rugido del motor y el traqueteo de los dos secuestrados chocando entre ellos interrumpían el silencio. Cada curva y cada bache provocaba un golpe seco que les sacudía violentamente. De repente, el vehículo giró bruscamente y se adentró en la espesura del bosque. Tras varios minutos de trompazos y sacudidas, el rugido del motor se transformó en un ronroneo; el Land Rover se detuvo y alguien abrió el portón trasero.

—¡Venga, fuera! —gruñó un hombre con acento eslavo.

El juez y el *ertzaina* se tambalearon, titubeantes, al ser sacados del todoterreno. A trompicones, los condujeron por un sendero pedregoso hacia lo que parecía ser un caserío abandonado que se perfilaba en la oscuridad. La construcción era una antigua casa de piedra, con la maleza creciendo descontroladamente a su alrededor.

Aunque su aspecto general era de abandono, la techumbre y los muros se encontraban en perfecto estado. El portón, de madera maciza, estaba asegurado con dos vueltas de una gruesa cadena y un candado. Fredy se adelantó, liberó el candado y el portón se abrió, sin apenas ruido, rotando suavemente sobre sus goznes.

—Ya está —dijo, girando un antiguo interruptor de porcelana para encender la luz.

Con Villacís a la cabeza, cruzaron el zaguán y llegaron a la cuadra. En la pared del fondo había un arco de piedra que ocultaba una escalera disipada entre la penumbra. Bajaron hasta llegar a una bodega en desuso y caminaron por un pasillo abovedado que se perdía en la oscuridad; parecía un pasadizo. Se pararon junto a una puerta de hierro.

—Adentro —ordenó Villacís.

El juez se vio obligado a inclinar la cabeza para atravesar el dintel de la puerta. Fernando se resistió, pero finalmente uno de los matones farfulló algo ininteligible y lo empujó, provocando que cayera de bruces.

—Por favor, siéntanse a gusto, caballeros. La celebración está por comenzar —bromeó Villacís.

Tras el golpe de la puerta de hierro y el chirrido metálico de la cerradura, todo quedó en penumbra. Apoyada la espalda contra la pared, José Antonio escuchaba los pasos alejándose. Pronto reinó un silencio total, pero en el rincón se escuchaba un ligero gemido. Parecía que Fernando lloraba.

—¿Estás bien? —interpeló el juez.

El policía no respondió. Daba la impresión de que estaba sufriendo.

—¡Fernando!

—¡Cállate, joder!

Unos instantes después, el inspector se acercó a él y, con una pequeña navaja multiusos, le cortó las ataduras.

—Tenemos que irnos —susurró.

—¿De dónde has sacado esa navaja? —preguntó extrañado.

—Mejor no preguntes.

Fernando inspeccionó la cerradura y extrajo una pequeña lima del mango de la navaja.

—Eh, cabrones, ¡sacadnos de aquí! —vociferó, golpeando la puerta metálica con los puños.

El juez lo miraba extrañado. «¿Qué hace?», pensó.

—Estoy seguro de que han dejado a alguien de guardia —susurró Fernando—. Haz ruido mientras abro la puerta.

José Antonio profirió una colección de insultos y amenazas para ocultar la maniobra del *ertzaina.*

—Ya está —musitó Fernando en voz baja—. Sigue haciendo ruido hasta que me encargue del guardia.

—De acuerdo.

El juez continuó desgañitándose, golpeando la puerta y la pared, para cubrir los movimientos de Fernando. Seguía gritando como un loco, cuando, tras el haz de luz de una linterna, escuchó la voz de su compañero.

—Venga, vamos.

José Antonio salió a gatas hasta el pasillo. A unos metros, tendido bocabajo en el suelo de tierra, yacía el cuerpo de uno de los matones, con un profundo corte en la yugular.

Regresaron por el pasillo para subir sigilosamente la escalera que conducía a la planta baja. Un silencio sepulcral los rodeaba; parecía que no había nadie.

—Estarán vigilando la puerta principal —susurró Fernando, imperceptiblemente—. Tendríamos que buscar otra salida.

José Antonio asintió en silencio. Caminaban con extrema cautela: el *ertzaina* sujetando con las dos manos el arma arrebatada al sicario y el juez tras él, con la linterna en la mano derecha y apoyando la izquierda en el hombro de su compañero. Cruzaron la cocina, una estancia amplia con una mesa de madera pintada de blanco y una chapa de leña. Una puerta daba acceso a otro cuarto con las vigas del techo repletas de ganchos de hierro y estantes de madera en las paredes. En ese momento, se escucharon pasos más allá. También se oían, cada vez más cerca, voces hablando en un idioma incomprensible. Fernando y José Antonio se quedaron inmóviles, pegados a la pared como insectos sujetos por un alfiler invisible.

—Tenemos que salir cuanto antes —dijo el juez cuando los guardias pasaron de largo.

Volvieron deprisa a la cocina. De repente, el eco resonó desde el sótano:

—¡Se han escapado! —gritó alguien.

Agitación, bullicio, carreras, el crepitar de transmisores y órdenes ininteligibles llenaron la casa. Retrocedieron sobre sus pasos. Se oían voces en el exterior.

—Por aquí —dijo el *ertzaina*, señalando hacia el pasadizo.

La suerte estaba de su lado. Todos esperaban que se dirigieran al bosque; nadie vigilaba el acceso subterráneo.

—Buena idea, Fernando.

Corrieron por la galería, guiados por la luz de la linterna. Ya no oían más pasos que los suyos; nadie los seguía.

—Los hemos despistado —se felicitó Fernando.

—Esto debe de ser el antiguo pasadizo del castillo medieval —explicó José Antonio—. Recorre todo el cerro y tiene varias salidas, aunque la mayoría están cerradas.

—Da igual, tenemos que seguir. Ya encontraremos por dónde salir —replicó Fernando.

Encontraron el paso a una escalera excavada en la roca que bajaba hacia la oscuridad. Se lanzaron por ella, hasta que Fernando se detuvo en seco. Alguien subía.

—Quieto —le indicó al juez en voz baja.

Aprovechando el factor sorpresa y la posición ventajosa de la altura, Fernando se apostó en la oscuridad. Poco después, apareció el foco de una linterna. El *ertzaina* disparó dos veces sin vacilar, cogió la pistola del hombre abatido y se la lanzó al juez. Alguien gritaba desde abajo en un idioma gutural. Se escucharon dos disparos que rebotaron contra la pared, haciendo saltar esquirlas de caliza. Fernando volvió a disparar y el segundo tirador se derrumbó hacia atrás con un impacto en la nariz. Siguieron bajando hasta llegar a un pasillo con las paredes chorreantes de humedad. José Antonio oyó voces que llegaban desde la escalera. Apagó la linterna y siguieron

corriendo en la oscuridad. Llegaron a una bifurcación.

—¿Por dónde…? —apremió Fernando.

—Ni idea. Elige tú.

—Si hay que elegir entre derecha o izquierda, siempre la izquierda —contestó.

De pronto, el resplandor de una linterna apareció por detrás. Corrieron por el pasillo de la izquierda. Fernando percibió una corriente de aire y distinguió que un leve halo blanquecino se disipaba por las paredes. De repente, tras el último recodo se toparon con una reja de hierro bañada por la luz de la luna. El juez vio que se encontraban debajo del castillo. Al asomarse reconoció la ladera empinada de la montaña, con una caída muy pronunciada a la izquierda y unos riscos a la derecha.

—¡Vaya putada! —se lamentó Fernando, intentando mover los barrotes con ambas manos—. Son viejos, pero están bien anclados.

—¿Qué hacemos?

—Tienes que retenerlos mientras intento reventar esta maldita reja.

José Antonio se apostó en el recodo del túnel. Oyó el trote de los hombres acercándose rápidamente. No sabía cuántos podrían ser, pero por el ruido de los pasos eran muchos. Hizo cuatro disparos muy seguidos sin apuntar. Oyó un quejido, seguido del ruido de un cuerpo al caer en la penumbra y las maldiciones del resto que retrocedían pegados a la pared. Tras unos segundos de incertidumbre, una ráfaga de disparos provocó que una tormenta de chispas y esquirlas de roca cayeran sobre la cabeza de José Antonio.

—¡Aguanta! —exclamó Fernando, pegado contra la pared.

Otra salva de disparos aislados impactó en la roca y rebotó muy cerca del juez, que se pegó al suelo como un chicle recién escupido.

—¿Cómo vas? —preguntó sin mirar hacia atrás.

—Estoy en ello.

José Antonio disparó tres veces más desde el suelo. Asomó media cara, exponiéndose lo menos posible, y vio cómo uno de los hombres corría desde la penumbra buscando un mejor ángulo de tiro.

Disparó otras cinco veces, esta vez mucho más rápido. Hizo blanco y el hombre se retiró arrastrando la pierna derecha mientras disparaba hacia atrás sin apuntar.

El juez extrajo el cargador de la pistola y comprobó la munición. Solo le quedaban cuatro cartuchos.

Más detonaciones, pero ahora era Fernando quien descargaba su pistola contra los anclajes de la reja. Los disparos estaban surtiendo efecto, pero se había quedado sin munición. Dio un fuerte empujón con el hombro; la reja se movió. Otro; el anclaje comenzaba a ceder. Otro, otro más y, al final, la reja rodó por la pendiente.

—Vamos, baja tú primero. Yo te cubro, dame tu arma —clamó Fernando.

José Antonio le entregó su pistola y comenzó a bajar arrastrándose por la ladera. Las zapatillas de suela lisa hacían que se resbalara constantemente. Pronto le alcanzó Fernando.

—Baja en zigzag. Es más fácil —le aconsejó.

Siguió bajando, agarrándose a cualquier rama, raíz o piedra que le sirviera como asidero. Fernando le había adelantado y le esperaba unos metros más abajo.

Se oyeron varios disparos. Tras unos segundos de silencio total, el eco de varias voces resonó en la oscuridad. Miró hacia arriba y vio que dos hombres le apuntaban con sus armas. Supo que iba a morir; estaban a menos de veinte metros y era un blanco fácil.

—¡Al suelo! —gritó Fernando.

Las tres últimas balas alcanzaron a uno de los perseguidores, que rodó por la ladera. José Antonio se levantó, aprovechando el desconcierto, y continuó descendiendo lo más rápido que pudo, resbalando de pánico. Se dio cuenta de que apenas podía respirar.

—¡Vamos, José Antonio, vamos, joder!

La pendiente se fue suavizando. Se lanzó a la carrera y enseguida llegó junto a Fernando con el corazón a punto de explotar, empapado en sudor y con las piernas temblorosas como las hojas en una tormenta. Volvieron a correr. Desde arriba llegaba el sonido amortiguado y lejano de varios disparos. De repente, Fernando se detuvo. En el silencio, oyó un ruido que llegaba, intensificándose, desde abajo. Eran motores de vehículos.

Tras unos segundos, el juez se volvió hacia Fernando.

—Vienen batiendo el terreno. No nos queda otra que subir hasta el cerro e intentar bajar por la otra cara.

Dieron media vuelta y comenzaron a ascender, trazando una diagonal para atravesar una zona de árgomas en dirección al castillo. La subida era muy dura y Fernando tenía que apoyar las manos en las rodillas para ayudarse en la ascensión y no perder el paso de José Antonio, que, a pesar de lo resbaladizo del suelo, subía mucho más rápido.

—¿Qué tal vas? —le preguntó.

—No puedo más. Estoy muerto.

El eco de las voces de los perseguidores resonaba en el silencio de la noche. Estaban cada vez más cerca.

—No podemos parar.

—Sigue tú. Yo no puedo.

—¡No digas tonterías! ¿Ahora te vas a rendir? ¿Después de haberme salvado la vida? ¡Vamos, coño!

José Antonio asió la mano de Fernando para ayudarle a superar la zona más escarpada. Finalmente, la subida se hizo más suave y llegaron, dando bocanadas, a un viñedo de *txakolí*. Pasaron corriendo a través de las hileras de vides, pisoteando los terrones que se pegaban a sus zapatos como ladrillos de lodo. A trompicones, llegaron a un pinar espeso y lleno de maleza. Se internaron en él, desgarrándose las manos con la maraña de espinos que tenían que apartar. De pronto, se encontraron frente a las ruinas del castillo de Balmaseda. Fernando se apoyó contra la muralla y, tras varias arcadas, vomitó.

—¿Estás bien? —preguntó José Antonio, que se había detenido para recuperar el aliento.

Fernando, sentado contra el muro de piedra, asintió con la cabeza.

—¿Has estado en alguna montería?

—En mi vida.

—Pues es lo que quieren hacer. Van a intentar llevarnos hasta esa vaguada, donde seguro que nos están esperando.

—Y qué vamos a hacer. Porque yo no puedo seguir subiendo.

—Solo sé lo que no tenemos que hacer. Y es ir hacia la vaguada —aseguró el juez.

Fernando miraba hacia la parte que se estrechaba.

—Tenemos que seguir. ¿Podrás?

—Venga, tira —contestó el *ertzaina* poniéndose en pie.

Giraron hacia la izquierda para comenzar a crestear, cabrilleando por el terreno. Las voces de los perseguidores sonaban cerca. Se oían silbidos y palabras ininteligibles que, por el silencio de la noche, parecían venir de todas partes. Corrían en la oscuridad, tropezando con la retama y las ramas secas. Fernando iba con el corazón como un buey después de arar y José Antonio

resollaba como un caballo que ve la línea de meta. Quedaban menos de cuatrocientos metros para llegar a la última loma y, a lo lejos, ya se veían las luces de Balmaseda. Fernando pensó que si conseguían descender podrían sacar ventaja y llegar a la carretera. De repente, José Antonio paró en seco.

—¡Mierda!

Estaban en el borde de una quebrada; no muy ancha, pero lo suficiente para no poder saltarla. Al fondo, a unos cinco metros, serpenteaba un regato. Enfrente, al otro lado, se levantaba una pared casi vertical de roca. José Antonio miró a derecha e izquierda. «Imposible», pensó. Las voces estaban ya muy cerca.

—No podemos cruzar. Tenemos que seguir subiendo.

Fernando no se lo podía creer, pero estaba subiendo; parecía imposible, pero seguía subiendo. Volvieron a internarse en el pinar. La ascensión se hacía cada vez más difícil. Llegaron a un claro y se quedaron de rodillas. Aún quedaba medio kilómetro de subida por una zona de maleza impenetrable para llegar a la cima, ¿y luego qué? La cumbre era un área sin protección, una cresta pelada rodeada de pinos y maleza. El tiempo se agotaba y las fuerzas también.

—Se acabó, Fernando.

—¡No me jodas!

—No podemos seguir. Sería una locura. Nos cazarían como a conejos.

—¿Estás seguro?

José Antonio asintió, mirando la subida.

—Vienen por detrás y por la derecha. Y el barranco…

De repente, se calló y miró fijamente a su compañero.

—Sí hay una salida. ¡Claro que la hay! —dijo atropelladamente—. Escucha, voy a ir hacia ellos por abajo. Cuando llegue a su altura, atraeré su atención. Tú, mientras, te desplazarás sin hacer ruido hacia la cima. Cuando me vean, vendrán a por mí, se romperá la línea y dejarán libre el paso. Es el momento que tendrás que aprovechar para pasar. No vas a tener otra oportunidad. Cuando se den cuenta de que estoy solo, volverán a cerrar el círculo y no podrás salir. ¿Me has entendido? Tienes que estar muy atento. Cuando cruces la línea, vete directamente a la carretera.

—¡Y una mierda! No te pienso dejar vendido.

—No hay otra posibilidad, Fernando. Soy juez y no creo que se atrevan a hacerme daño.

—Te espero en la carretera y si no llegas vuelvo a por ti.

—No digas tonterías. Vete a buscar ayuda y vuelve lo antes posible. Yo me encargo de seguir con vida.

—Pero…

Fernando sabía que no podía hacer otra cosa. No había tiempo y José Antonio había tomado una decisión.

—¡Venga, Fernando! ¡Vete ya!

Antes de lanzarse por la ladera, se dieron un abrazo. Sin palabras, sin dudas, con valentía y con determinación. José Antonio se internó en la noche. Fernando se quedó petrificado viendo cómo la silueta oscura de su amigo se difuminaba cuesta abajo y desaparecía.

—José Antonio, ¡hostia! —gritó, pero ya era tarde.

No le quedaba más opción que seguir el plan. Comenzó a ascender lentamente, unos doscientos metros, en diagonal. Después continuó recto, paralelo a la cresta de la loma y permaneció a la espera. Le vino a la cabeza la imagen de José Antonio; se libraría. Tenía que salir de aquella. Si le pasaba algo, no se lo perdonaría en la vida. Él no era un cobarde, él no podía… En ese momento, oyó los gritos. Unas voces alocadas que venían de abajo, justo a su izquierda. Escuchó

cómo las voces convergían con desorden, alborotadas en un guirigay caótico. Oyó disparos; dos detonaciones muy seguidas. No veía nada. Ahora era el momento. Era su única oportunidad. Corrió monte abajo impulsado por el miedo y la esperanza. Corrió como una piedra desprendida, como una avalancha de libertad. Siguió corriendo. Corría tropezando, pero seguía corriendo. Desde la linde del pinar, creyó ver la figura de José Antonio, de rodillas, rodeada de sombras que le apuntaban con sus armas. Siguió corriendo hasta que las voces quedaron a su espalda. Los gritos se diluían en sus oídos. Siguió corriendo, saltando por encima de las zarzas, dejándose jirones de piel en ellas. Estaba llegando al final de la cuesta y ya veía la carretera, cuando una rama le hizo caer rodando. Rodó unos metros hasta despeñarse por un pequeño terraplén. Notó un fuerte golpe en la cabeza y siguió rodando. Otro golpe… y otro hasta desplomarse semiinconsciente. La última sensación que se le quedó grabada en la memoria fue un impacto repentino, como un latigazo que le recorría el cuerpo desde el lado izquierdo de la cabeza hasta la planta de los pies. Y antes de perder el conocimiento, un disparo solitario… Silencio… El ensordecedor ruido del silencio como una pregunta sin respuesta, como un velo que cae sobre la noche dejando una quietud abrumadora. El silencio y la oscuridad.

Capítulo 39

El asfalto vibraba bajo las ruedas de la bicicleta mientras descendía a toda velocidad por la cuesta del instituto. El chirrido frenético de los pedales sonaba rítmico y engrasado como un mantra metálico.

Era una soleada tarde de verano que se había teñido de urgencia. Tenía que volver a casa antes de que se hiciese de noche. Al *aita* no le gustaba tener que esperar para cenar. Pedaleó más y más deprisa, hasta que los pedales se convirtieron en un borrón. Aceleró para llegar a la última curva; una invitación a la pericia. Derrapar, derrapar y controlar. Lo hacía siempre y siempre le salía de maravilla, pero esta vez iba demasiado deprisa y las zapatas de los frenos no respondieron. Perdió el control y, de repente, la rueda delantera chocando con la acera, el roce del asfalto en las rodillas desnudas, las palmas de las manos despellejadas y el golpe en la frente contra algo muy duro.

Al llegar a casa, el *aita* mirándole con enfado.

—¿Qué te ha pasado?

—Me he caído.

La *ama* frotando con el trapo la zona ensangrentada.

—Pero ¿qué andas?, ¿estás tonto? ¡Mira lo que te has hecho!

—No es nada, *ama.*

—No es nada, no es nada. Pero ¿tú ves qué pintas traes? ¿Y la bici?

Un aullido repetitivo, pulsátil y agudo.

Cada vez más penetrante.

Un aullido de incertidumbre. ¿Una sirena?

—¿Inspector?

Una voz amable, seria, calmada…

—¿Me puede oír?

Una luz esterilizada, blanca, borrosa.

Abrió los ojos.

—¿Me oye?

Otra vez la voz calmada.

—¿Dónde estoy?

—Ha tenido un accidente. Vamos al hospital de Cruces.

—¿Y la bici?

Supo enseguida que se había despertado en el box de la UCI. Con la cabeza aún dolorida y acorchada, notó que estaba conectado a una vía y a varios aparatos que sonaban rítmicamente.

—¿Qué tal te encuentras, Fernando? —le preguntaba una enfermera muy joven. Era delgada y estaba comprobando el gotero.

—¿Estoy en el hospital? —preguntó con una voz que no reconocía como suya.

Tragó saliva para aclararse la garganta, pero el mero hecho de tragar le producía un increíble dolor de cabeza.

—Estás en la UCI de Cruces. ¿Sabes dónde está Cruces?

—Sí, joder. En Barakaldo. ¿Qué hora es?

—Las tres y cuarto.

—¿Las tres y cuarto de la mañana?

—Las tres y cuarto de la tarde, Fernando. Has estado inconsciente hasta ahora. ¿Cómo te encuentras?

—Pues como si me hubieran golpeado con el mango de una azada. Tengo que hacer una llamada.

—No te preocupes. Ahora tienes que descansar.

—Pero es que es muy importante…

—Antes te voy a hacer unas preguntas. ¿Podrás responderlas?

—¡Déjame de preguntas!

Intentó incorporarse, pero la cabeza se le iba y necesitó cerrar los ojos. Una punzada incandescente le atravesaba el cráneo de lado a lado.

—No puedes levantarte. Aún estás en *shock* y tenemos que asegurarnos de que no tengas lesiones internas.

La voz le sonaba lejana, como si viniera de otra habitación. Cerró los ojos. Su mente voló hasta el pinar y vio a José Antonio bajando por la ladera.

—¿Señor Cuesta?

José Antonio desapareció. Abrió los ojos. Junto a la enfermera estaba una mujer de mediana edad, con melena rubia; iba vestida con una bata blanca y un estetoscopio colgado del cuello.

—Soy la doctora Bedia. ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien, pero necesito hacer una llamada.

—De momento, no va a ser posible.

La doctora sonrió y se inclinó sobre la cama con una linterna de diagnóstico, primero le enfocó el ojo derecho y después pasó al izquierdo. Levantó tres dedos de la mano derecha.

—¿Cuántos dedos ve?

—Tres. Usted no lo entiende, pero es cuestión de vida o muerte.

—¿Sabe en qué mes estamos? —preguntó la doctora, sin hacerle caso.

—En noviembre. 19 de noviembre del 2023. Me llamo Fernando Cuesta y soy inspector de la Ertzaintza. Estamos en el Hospital de Cruces en Barakaldo. ¡Y tengo que hacer una llamada de una puta vez! —gritó Fernando.

—Le vamos a poner un calmante. Tiene que relajarse, señor Cuesta. Ponle diez miligramos de zolpidem —le indicó a la enfermera.

La doctora Bedia y la enfermera salieron de la habitación sin despedirse. Al cabo de unos minutos, volvió la enfermera sonriendo. Inyectó el medicamento en la bolsa de suero y volvió a salir.

A Fernando le dolía terriblemente la cabeza. Volvió a intentar levantarse, pero el efecto del zolpidem se apoderaba de sus párpados con una agradable sensación de pesadez. Cerró los ojos. La cara de José Antonio reapareció. Intentó recordar, pero no podía. Las imágenes iban y venían a su antojo. De repente, el ruido de un disparo sonó en su cabeza como un latido violento que precede a la pesadilla.

Escuchó la puerta y entró un celador, que, sin decirle nada, dejó un teléfono sobre la mesita.

—Arantza, ¡por fin! Escúchame bien…

Capítulo 40

El afligido sol otoñal teñía la mañana de un tenue color naranja. Fernando, en el asiento del copiloto, guardaba un silencio expectante mientras el coche ascendía por la serpenteante carretera. El aire fresco, cargado de aromas a tierra mojada y hierba fresca, perfumaba el camino. El paisaje, tan bello como dos días atrás, no despertaba la atención del inspector Cuesta. Su mirada, obsesionada, se fijaba en la imagen de la mansión que emergía sobre el verde promontorio de Quitapesares. La visión de aquella casa le produjo un estremecimiento que ni la presencia de la intendente Altuna a su lado ni el imponente despliegue policial que les escoltaba lograron aplacar.

Atravesaron el mosaico de luces y sombras que las ramas entrelazadas de los robles centenarios dibujaban sobre el camino de piedra que conducía hasta la mansión.

Por fin tenían la orden judicial. Después de cuarenta y ocho horas de agónica espera, la habían conseguido y Fernando volvería a ver la cara de Mateo Villacís. ¡Dos días después!

Era consciente de que no tenía ninguna prueba que le incriminase, pero tenía que encontrar a José Antonio —en el supuesto de que siguiera vivo— y solo tenía una oportunidad que no pensaba desaprovechar perdiendo los nervios.

—Sabes que no tenemos nada contra Villacís, ¿verdad? —dijo Arantza desde el asiento del conductor.

—Ya lo sé.

Arantza casi no había despegado los labios en todo el viaje. Estaba pensativa.

—Ese Villacís es muy listo. Sabe que vamos a ir a por él y no habrá dejado nada al azar. Vamos a tener que emplearnos a fondo —comentó.

—Si no hubiésemos tenido que esperar dos días…

Arantza miró por la ventanilla.

—Es lo que hay, Fernando. Ya deberías saber cómo funciona la ley en este país.

—Como el culo.

Se quedaron en silencio mientras la comitiva policial iba estacionando los vehículos en las inmediaciones de la casa.

—Hablaré yo —dijo la intendente.

Fernando estaba abatido. No recordaba haber estado tan descorazonado desde hacía mucho tiempo. El dolor de cabeza seguía traspasándole el cráneo y tenía cortes y magulladuras por todo el cuerpo. Pero había una cosa que no había perdido y que le daba fuerzas: la determinación de salvar a su amigo a cualquier precio. No quería pensar, ni por un momento, que José Antonio pudiera estar muerto. «Está vivo —pensó—. Estoy seguro de que está vivo. Tiene que estar vivo. ¡Por supuesto que lo está y voy a rescatarle!».

Tenía que creerlo porque la alternativa no era una opción.

Los vehículos estacionaron en el aparcamiento de gravilla frente al jardín. Algo no iba bien.

—Pero ¿qué cojones?

Fernando se bajó del coche con una mirada de incredulidad en el rostro. La fachada de la mansión estaba cubierta de andamios, tablones de madera y toldos. Una cuadrilla de obreros se movía de un lado a otro y el sonido de las herramientas resonaba en el aire.

—¡Será cabrón! —murmuró para sí mismo.

Los trabajadores, que observaban la escena con una mezcla de curiosidad y de nerviosismo,

detuvieron su actividad ante la llegada de la comitiva.

—Venga, señores; cada uno a lo suyo —dijo el encargado con un potente acento eslavo.

Arantza se volvió hacia un oficial, le dio algunas indicaciones y se dirigió a la puerta de entrada, donde Mateo Villacís ya los esperaba con un chihuahua marrón recostado en su antebrazo izquierdo. Sonrió mientras recorría con su mirada al grupo de agentes que se encontraba frente a él.

—¡Será posible! Pero ¡si es el inspector Cuesta! ¿Qué tal le fue por Sevilla? Espero que la información que les facilité haya servido de algo.

Fernando no contestó. Su mirada reflejaba el asco y el desprecio que sentía por aquel hombre. «Contrólate, Fernando. No pierdas los nervios», se dijo a sí mismo, intentando mantener la compostura ante la situación que se desarrollaba frente a él. El chihuahua gruñó, enseñando sus diminutos incisivos.

—Tyson, perro malo, no asustes a estos señores —reprendió al chihuahua. Se presentó, dirigiéndose a Arantza con una reverencia—: Mateo Villacís, para servirla.

—Intendente Altuna, de la Ertzaintza —contestó secamente, mostrando la orden judicial—. Tenemos una orden para registrar su propiedad. ¿Tiene usted algo que alegar?

—Pues me deja usted de piedra. ¿Una orden de registro? ¿Para qué?

Fernando le apartó con el brazo y entró en la casa sin contestar. Arantza, mientras tanto, dio una serie de indicaciones y los agentes comenzaron a desplegarse.

—Tendremos que entrar en todas las zonas de la casa. Espero que facilite nuestro trabajo.

—Faltaría más. Estoy a su entera disposición —contestó, interpretando a la perfección su papel de hombre sorprendido, pero colaborador—. Pero les ruego que no se alarguen mucho; tengo invitados a comer. Estoy esperando al padre D. Pedro Uribe y no sería muy agradable que se encontrase… esto.

Mateo Villacís los llevó a través de un pasillo hasta la biblioteca.

—Siento que vean la casa en este estado. Estamos de reformas, ya saben: se sabe cuándo empiezas, pero no cuándo acabas.

En el interior de la casa había una peculiar mezcla de orden y de caos. El suelo cubierto de plástico estaba plagado de herramientas, cables y materiales de construcción en un ambiente polvoriento lleno de olores a madera, pintura fresca y cemento. Los pintores iban y venían por el pasillo con sus buzos blancos llenos de motas y chorretes de diferentes colores. Sin embargo, había algunos signos de progreso en la pintura fresca de las paredes.

Villacís les hizo pasar a un despacho, al margen de las obras.

—Pasen, por favor. Aquí estaremos más tranquilos. ¿Les apetece un café? Puedo decirle a Fredy que se los sirva —dijo con intención, mirando a Fernando.

—No tenemos tiempo para eso —contestó Arantza, poniendo la orden sobre la mesa—. Empezaremos el registro por el piso de arriba e iremos bajando hasta el sótano.

Villacís acariciaba el lomo del chihuahua mientras escuchaba las indicaciones de Arantza.

—Estaré encantado de colaborar con las autoridades, siempre lo he hecho, pero sería más correcto que me dijeran a qué viene todo esto.

—El inspector Cuesta ha formulado una denuncia contra usted —respondió Arantza.

—¿Contra mí? ¿Por qué?

—Por asesinato, secuestro e intento de homicidio. Y por la retención ilegal del juez José Antonio Fernández de Ubieta —contestó sin inmutarse.

La actuación de Villacís llegó a su máxima expresión cuando respondió a las acusaciones.

—Pero ¿qué está usted diciendo? ¡Me siento insultado! —Se apoyó sobre la mesa con

teatralidad, como un actor de comedia—. ¿Es cierto eso, inspector? Pero ¿se ha vuelto usted loco? ¿Por qué…?

La interpretación de Villacís desquiciaba a Fernando, que estaba a punto de perder los nervios. No quería mirarle ni responderle porque, si lo hacía, acabaría reventándole su cara gorda contra la pared.

—¿Empezamos o qué? —instó con impaciencia.

Arantza se dirigió a los agentes, que esperaban en el pasillo, para darles las indicaciones. El oficial asintió con la cabeza y distribuyó a los *ertzainas* en equipos de tres que se dirigieron al piso de arriba.

—Ya ven cómo está todo —dijo Villacís—. No obstante, tienen total libertad para buscar o preguntar lo que deseen.

—Muéstrenos el apartamento de la casa de invitados —solicitó Arantza.

Villacís puso una mirada de desconcierto.

—No hay ninguna casa de invitados. Puede que usted se refiera a la antigua casa de los sirvientes, pero está vacía y nunca ha habido un apartamento allí.

—Muéstranosla, de todas formas —insistió Arantza.

Villacís puso una mirada de desconcierto.

—Por supuesto. Cuanto antes se aclare este quilombo, mejor para todos.

Miró a Fernando como si fuese a retarle a duelo de florete.

Salieron de la sala y se dirigieron a la casa de los sirvientes por un largo pasillo de paredes desnudas con grietas y algunos agujeros revestidos de yeso. Los muebles se amontonaban en un rincón.

—Esta casa no se utiliza nunca; es muy fría y, por no tener, no tiene ni luz ni agua. Se usa como almacén, como pueden ver. Aún estoy pensando si arreglarla o no —explicó Villacís.

Fernando comenzó a subir por la escalera. Miró hacia arriba apoyado en el pasamanos. «Pero un momento. —Se detuvo—. ¿Por aquí no se iba al sótano?».

—¿Ocurre algo, inspector? —preguntó Arantza.

Fernando se agachó para comprobar el suelo. Las imágenes le llegaban difusas, pero juraría que esa escalera bajaba al sótano. Solo habían pasado cuarenta y ocho horas; no podía estar tan confundido. Tal vez el golpe en la cabeza…

—¿Les puedo ayudar en algo? —se ofreció Villacís.

Tocó el suelo, estaba embaldosado con el mismo tipo de mosaico hidráulico que el resto de la estancia. Y no era un mosaico moderno.

—Arriba hay una habitación, si quieren verla —dijo Villacís, señalando hacia el piso superior.

Llegaron frente a la puerta del apartamento que Fernando recordaba. La puerta estaba entreabierta y pasaron.

—¿Es aquí? —preguntó Arantza.

Una capa de polvo cubría la chimenea apagada y con pinta de no haber sido utilizada en años. Ni rastro de alfombras, ni muebles ni libros. Lo que estaban viendo era una habitación destartalada y oscura con montones de ropa vieja y tablones de madera contra las ventanas.

—Sí…, creo. Pero… esto no estaba así —dijo Fernando, confundido.

—¿Seguro? —insistió Arantza.

Fernando no supo qué decir. La sorpresa inicial se estaba convirtiendo en rabia. No parecía posible, pero Villacís había aprovechado el tiempo para deshacerse de cualquier indicio que los situara en aquel lugar.

—De aquí nos llevaron a algún caserío. No debe de estar muy lejos porque llegamos en menos

de veinte minutos —dijo Fernando.

—En la propiedad hay siete caseríos, pero están todos alquilados. Son inquilinos que llevan generaciones viviendo allí. La mayoría se dedican a la ganadería. Si lo desean, podemos ir, pero creo que necesitarán más órdenes para entrar en esas viviendas —explicó Villacís.

Los dos *ertzainas* se miraron. Sabían que era imposible que ningún juez emitiera siete órdenes de registro sin pruebas y menos en un plazo de tiempo tan corto. Villacís lo tenía todo pensado a la perfección y no había dejado ni un detalle sin controlar.

—¡Vámonos! —exclamó Fernando, visiblemente irritado y no dispuesto a entrar en el juego de Villacís. No pensaba caer en su trampa. Ahora, lo más importante era encontrar a José Antonio. Esa era la misión principal. Lo demás podía esperar.

—¡Vámonos, aquí no hacemos nada! —insistió.

Se produjo un tenso silencio. Arantza buscó con la mirada a Fernando, pero él la ignoró.

—Vamos a registrar toda la mansión de una vez. Acabamos y nos vamos —ordenó Arantza a sus hombres.

Registraron toda la casa y sus alrededores. A medida que pasaba el tiempo, Arantza estaba más callada. Villacís los había acompañado por todas las estancias, abriendo puertas, facilitando el paso e incluso colaborando en las labores de búsqueda, aportando ideas e indicando áreas que pasaban desapercibidas a los agentes.

—Bien, señores —dijo Villacís cuando creyó que el registro había finalizado—. Si no se les ofrece nada más, tengo invitados. Estoy esperando a D. Pedro Uribe, párroco de San Severino, para comer.

—¡Pues claro que sí, cabrón! —gritó Fernando perdiendo los nervios—. ¿Dónde está José Antonio? ¡Dime dónde lo has metido o te mato, hijoputa!

—Fernando, ¡por favor!

—¡Es todo mentira! Lo tenía planeado desde el principio —bramó el inspector encarándose a Villacís.

—Inspector, ¡contrólese! —La voz de Arantza sonaba mucho más firme.

Villacís esperaba, tranquilo, dejando que el chihuahua le lamiera los dedos.

—Intendente Altuna —añadió finalmente—, según la versión del inspector Cuesta, soy culpable del asesinato de al menos tres personas, de intentar asesinarle a él y del secuestro del juez Fernández de Ubieta. Y todo eso por una presunta reliquia que nadie ha visto. Ustedes han tenido la ocasión de registrar esta casa concienzudamente y no han encontrado nada. Ninguna prueba ni indicio que valide la increíble denuncia de este hombre.

—¡El aparador! —aulló de repente Fernando—. La lanza estaba escondida en el aparador del comedor. Ahora lo recuerdo.

Salió del despacho y, con paso decidido, se dirigió al comedor.

—¿Dónde está el aparador?

Villacís miró a Arantza, con una mezcla de pasmo y de conmiseración.

—Fernando, ¿estás seguro de…?

—¡Estamos perdiendo un tiempo precioso! Dónde está…

Villacís, continuando con su actuación teatral, arrancó la sábana que cubría un aparador de caoba.

—¿Se refiere a este?

El *ertzaina* se abalanzó sobre el mueble buscando el resorte. Pensó que, si lograba abrirlo, sería la oportunidad de demostrar que decía la verdad. Su última oportunidad.

Pasó los dedos por el borde, por los costados, por detrás…, nada.

—Fernando…

—Está aquí. Estoy seguro.

—Fernando, por favor.

El inspector trató de controlar su respiración.

—Hay que desmontarlo —dijo fruto de la desesperación—. Está aquí y tenemos que…

Con un gesto, Arantza pidió silencio.

—Se acabó. Hemos terminado —dijo secamente.

Fernando se dio la vuelta, loco de ira y desesperación. José Antonio había desaparecido. Él lo vio rodeado de asesinos armados y ahora el canalla de Villacís se le estaba escapando de las manos y no podía evitarlo. Una inmensa ola de impotencia retumbaba en su cabeza incitándole a arrasar con todo lo que se pusiese en su camino.

Apretó los puños para contener el fuego que ardía en sus entrañas. Si se dejaba llevar por la ira, las consecuencias serían devastadoras. Tenía que encontrar una brecha, una hendidura para colarse a través de la muralla de Villacís. Si no, la vida de José Antonio y la suya propia no valdrían nada.

—La última vez que le vi estaba en el bosque. Tenemos que hacer una batida en un radio de diez kilómetros.

—Fernando, déjalo ya.

—¡No podemos perder más tiempo! —clamó con la voz rota.

Las miradas de Fernando y Arantza se cruzaron y, por un instante, creyó ver una sombra de duda en los ojos de ella. No, no solo duda, sino también escepticismo y una pizca de lástima. En ese momento, supo que, entre ellos, todo se había terminado.

—Maldito cabrón, ¿qué has hecho con él?

Fernando se lanzó sobre Villacís.

Los *ertzainas* se interpusieron y se le echaron encima reteniéndole por los brazos.

—Hijo de puta, ¡le has matado!

—Le ruego que perdone al inspector Cuesta —dijo Arantza dirigiéndose a Mateo Villacís—. Ha estado sometido a mucha tensión. ¿Se encuentra bien?

—Sí, gracias. ¡Vaya susto! —contestó mientras se alejaba de Fernando, que estaba en una esquina reducido por cuatro hombres—. No duden de que tendrán noticias de mis abogados. ¡Esto no se puede consentir!

La intendente Altuna se despidió de Villacís con frialdad.

—Nos vamos. No hace falta que nos acompañe.

Villacís tendió la mano. Arantza le dio la espalda y salió de la estancia seguida por Fernando y el resto de los agentes.

Antes de llegar a la puerta, el inspector Cuesta se detuvo mirando a Villacís.

—Estás muerto —masculló apretando los dientes—. Estás muerto, hijo de…

No pudo seguir. Villacís le miraba fijamente con una mezcla de euforia y de maldad. En su boca se conformaba una sonrisa aterradora y repugnante.

—Y no le quepa duda, inspector. Yo no he hecho nada malo —dijo desde la distancia.

Por la mirada de Villacís, Fernando supo que ya era demasiado tarde. Los casi tres días transcurridos habían sido determinantes. El corazón le pedía seguir buscando, pero la lógica decía que no. Era imposible que Villacís hubiera mantenido a José Antonio con vida. Su compañero, su amigo… estaba muerto.

—Hasta la vista, inspector Cuesta.

La sonrisa de Villacís desapareció de su cara como un globo que se desinfla rápidamente,

dejando solo una expresión de inmensa crueldad.

Capítulo 41

Dos horas habían transcurrido desde que Pedro Uribe se había marchado y los últimos rayos de sol se ocultaban tras la cresta del Sabugal, dando paso a un anochecer aterciopelado. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Mateo Villacís, impulsándolo a poner fin a su paseo por el jardín. Había sido un día fecundo y anhelaba prolongar esa placentera sensación que le brindaba el éxito. Un éxito que no se medía en fama o notoriedad, sino en la satisfacción de haber dado vida a su pasión y coronarla con una victoria.

Entró en el salón y se sentó junto a la chimenea. Los hombres se habían marchado y Fredy, junto al resto del servicio, disfrutaba de la noche libre. La casa se encontraba sumida en un silencio reconfortante, solo difuminado por el crepitar de las llamas. Era el momento perfecto para disfrutar de su triunfo en compañía de Tyson y una copa de jerez.

El bullicio de los últimos días contrastaba con la paz sacramental que ahora reinaba en la mansión, que parecía envuelta en una quietud introspectiva y serena.

Se levantó para servirse una copa de palo cortado. Tyson dormitaba apaciblemente en su cojín junto al fuego. Bebió un trago de jerez. «Impresionante».

Regresó a la comodidad del sillón. Se encontraba feliz, aunque, en honor a la verdad, la inmensidad de la mansión, ahora vacía y en silencio, le producía una punzada de desamparo. Estaba solo, completamente solo como un lobo acechando en la oscuridad.

¿Solo? No del todo. Al menos otro ser humano, aunque solo fuese su espíritu, permanecía presente en la mansión.

Pensó que era una lástima no poder entablar una conversación con él. Una auténtica pena que yaciera enterrado bajo el suelo de la casa de invitados. No iba a ser fácil encontrar otro rival que estuviera a la altura intelectual del juez José Antonio Fernández de Ubieta. Había demostrado osadía, inteligencia y tenacidad. De tal manera que, de no haber sido por lo elaborado de su plan, de su perfecta ejecución para cubrir cualquier contingencia y de, por qué no decirlo, algo de suerte, el final de la historia habría tenido un desenlace muy diferente. Pero ahora él estaba tomándose una copa de jerez y el juez descansaba bajo tres metros de hormigón y tierra.

Aunque aún quedaba por resolver el asunto del inspector Cuesta. Había dejado claro que era un tipo duro, peligroso. Recordó su amenaza al marcharse, su cara de rencor; un rencor vengativo y sangriento, pero ya se encargaría él de que esa furia y ese rencor se convirtiesen en miedo. Sí, en miedo. Porque Mateo Villacís ni perdona ni olvida. Y no deja cabos sueltos. Acabaría lo que había empezado y el inspector Cuesta dejaría de ser un problema. No tenía prisa, todo a su tiempo y por su orden, pero con una implacable determinación. Por el momento, tocaba disfrutar de la victoria.

Iba a servirse la segunda copa de jerez, cuando un leve susurro, apenas perceptible, rasgó la oscuridad como el frufrú de un guadamecí acariciando el suelo de mármol. Tyson seguía dormido. Se levantó del sillón para acercarse a la puerta. Al otro lado, la luz lechosa de la luna clareaba el pasillo como un velo de seda traslúcida extendido sobre el suelo.

Permaneció quieto y en silencio durante unos segundos.

Nada.

Pero una duda insistía, como un gusano roedor, rumiando la mente de Mateo. Un «por si acaso» susurraba su intuición y la necesidad de certidumbre se impuso. Cruzó el pasillo bañado por la luz sedosa de la luna; un camino onírico hasta el saloncito privado, donde la librería le esperaba

como un centinela de conocimiento. Tras el tomo S de la *Encyclopaedia Britannica,* sus dedos notaron el tacto pulido del resorte oculto. Un leve chasquido rasgó el silencio y un panel del parqué se elevó como una boca dispuesta a revelar sus secretos.

Allí, en un estuche de titanio, reposaba la lanza de Longinos. Un aura de misterio y poder la envolvía, una energía palpitante que erizó la piel de Mateo Villacís.

Con manos temblorosas, la levantó y la llevó al salón, depositándola sobre una mesa alejada del fuego. Al abrir la tapa, una luz dorada inundó la estancia, un aura celestial que lo dejó sin aliento. No podía apartar la vista de aquella luz divina, de aquel torrente de emociones que lo inundaba todo. Se quedó extasiado, contemplando la reliquia sin atreverse a tocarla. La magnificencia de la lanza lo envolvía todo en un manto de paz, una plenitud desbordante que llenaba su corazón de un gozo inefable. Un milagro hecho realidad, un tesoro invaluable que ahora descansaba ante sus ojos. Y era él, Mateo Villacís, quien lo había hecho posible, quien la había recuperado del olvido. Lo demás no importaba ya: el dinero gastado, el trabajo de preparar un plan infalible, las muertes… Todo eso carecía de importancia frente a la recompensa de poder contemplar ese halo de luz ámbar sobrenatural, ese canto celestial que abría, de par en par, las puertas a otra dimensión, a la infinitud, a la inmortalidad.

Un chasquido incandescente en la chimenea lo sacó de su ensoñación. Acomodó los troncos con el atizador y volvió al sillón. Hacía calor.

Apuró la copa de jerez y la dejó sobre la mesa. No sabía por qué, pero se notaba alterado. Sería el estrés de los últimos días que le había afectado más de lo que creía. «Esto se arregla con algo más fuerte», pensó. Se acercó al aparador y se sirvió una copa de Hibiki. Justo en ese momento, otro ruido en el pasillo provocó que derramase parte del licor sobre la mesa; un crujido leve, como el susurro de hojas secas bajo las patas de un gato. Estaba solo. No había nadie. Por supuesto que no. Era imposible. Las alarmas estaban conectadas, la casa era un búnker y Tyson seguía dormido, feliz, al calor de las brasas.

«¡Bah! Solo son los nervios», se repitió Villacís tratando de calmarse. Sin embargo, la intranquilidad persistía como un nudo que se estrechaba cada vez más.

Notó un vuelco en el estómago y tomó dos tragos, muy seguidos, de *whisky*. El líquido le ardía a su paso por la garganta. Apuró la copa, pero la sensación no remitía y un sabor amargo, como si hubiese masticado una hoja de metal oxidado, le invadía la boca mientras miles de brasas ardientes danzaban en el estómago.

«¡Qué mierda!». Respiraba de manera vacilante. Tenía que mantener la calma, pero la calma no llegaba.

Seguro que algo le había sentado mal. Los huevos *benedictine* de la cena o tal vez el pastel de nata.

El aire se había vuelto denso y pesado, le costaba respirar y las garras afiladas del terror comenzaban a clavarse en su corazón.

«Esto no puede ser una indigestión. ¡Son los síntomas de un infarto! —pensó—. ¡Me está dando un infarto!».

Pero no tenía opresión en el pecho ni dolor en el brazo izquierdo. ¿Qué le estaba pasando?

Un dolor incontrolable, como si le retorciesen un cuchillo en las tripas, crecía en su interior. Comenzó a sentir náuseas y un sudor frío le empapaba la ropa. Buscó ayuda, pero no había nadie. Tyson seguía dormido junto al fuego.

La consciencia se tambaleaba y la realidad se diluía en una bruma espesa, cuando una figura se materializó en la penumbra de la habitación.

De repente, en un instante de horrible lucidez, Mateo Villacís lo supo.

Jadeó intentando gritar, pero solo un ronquido ahogado escapó de sus labios.

—¡Cuesta!

La figura se acercó. Villacís intentó huir, pero tropezó y cayó al suelo, la debilidad le impedía levantarse. Se puso de rodillas y luchó por incorporarse. No pudo, pero el terror le permitió avanzar a rastras. Las manos del hombre se cerraron alrededor de su garganta, apretando con una fuerza despiadada.

Villacís luchaba por respirar. Entre pinceladas de oscuridad y luz, pudo ver las facciones de su verdugo a través de sus ojos llenos de lágrimas.

Un grito sofocado pugnaba por salir de su garganta como una ola gélida.

—¿Tú? ¡Bastardo!

La presión era implacable, una mordaza invisible que desvanecía sus súplicas en la bruma de un aliento cada vez más débil…, cada vez más apagado…, cada vez más tenue…

En ese instante, el mundo se congeló a su alrededor, los sonidos se apagaron, el tiempo se detuvo. La luz se fue extinguiendo, dejando paso a una oscuridad profunda e impenetrable. Y luego… silencio.

Capítulo 42

El avión había sobrevolado las comarcas de Ronda y Antequera mientras esperaba autorización para aterrizar en el aeropuerto de Málaga. A través de la ventanilla, Fernando contemplaba las luces de la bahía y la playa de la Malagueta mientras el avión se inclinaba ligeramente para alinearse con la pista de aterrizaje.

Una voz robótica y nasal surgió del sistema de megafonía:

—Señoras y señores, les habla el comandante. En breve aterrizaremos en el aeropuerto de Málaga-Costa del Sol. Permanezcan sentados en sus asientos con los cinturones de seguridad abrochados hasta que el avión se haya detenido por completo y la señal luminosa se apague. La temperatura es de ocho grados y llueve abundantemente. En nombre de la tripulación, les agradecemos haber elegido nuestra compañía y esperamos que hayan tenido un viaje agradable. Bienvenidos a Málaga.

Fernando sintió un ligero cosquilleo en el estómago. Enseguida, el avión tomó tierra entre el chirrido alocado de los frenos y del sistema de inversión de empuje, para ir desacelerando paulatinamente hasta que se detuvo por completo. Unos tímidos aplausos brotaron de los asientos de cola, pero se extinguieron enseguida.

Caminó junto a los demás pasajeros hacia la salida, escuchando el murmullo de las voces y el sonido de las maletas rodando por el suelo. Estaba rodeado de gente que hablaba y se reía, se abrazaba y reía, se besaba y reía, pero él caminaba en silencio, cabizbajo, sin ver a nadie.

—¡*Aita!* —oyó—. ¡Aquí, *aita*! ¡Aquí!

Se dio la vuelta y vio a Nekane que le saludaba, corriendo a su encuentro. Estaba guapísima con unos vaqueros desgastados, unos ojos como dos zafiros en un cielo de tormenta y el pelo, una cascada de obsidiana, negro, brillante. ¡Cómo había cambiado!

—¡*Aita!* —exclamó al abrazarle.

Los brazos de Fernando la rodearon y sintió el calor de su cuerpo, la fuerza del abrazo y el olor reconocible y familiar de la niña que seguía siendo para él.

—Cariño, ¡qué ganas tenía de verte! ¿Ha venido tu madre?

—Sí. Está esperando.

En la puerta, tras un mar de rostros desconocidos, esperaba Isabel tal como la recordaba: el pelo castaño, tal vez algo más corto; los ojos verdes, grandes, sin pintar. Llevaba un pantalón vaquero y un chubasquero rojo con choto. Seguía siendo muy atractiva.

—Hola, Fernando —le saludó ofreciendo la mejilla—. ¿Qué tal el viaje?

—Bastante bien. ¿Tú qué tal?

—Ya ves. Un poco más vieja, un poco más cansada, un poco más de todo —respondió sonriendo.

—Estáis las dos guapísimas —dijo Fernando mirando a izquierda y derecha—. Habrá que correr. ¡Vaya manera de llover! Para que luego digan…

Al llegar a la calle, se encontraron ante un mar de paraguas que se movían en todas las direcciones bajo la luz de las farolas reflejada en los charcos de la acera. Corrieron hacia la fila de coches aparcados. Al entrar en el vehículo, Fernando notó el aroma levemente cítrico del perfume de Isabel.

—¿Y qué tal todo por aquí? —preguntó por decir algo.

—Desde que llamaste ayer, poca cosa, la verdad —contestó, atenta a la marabunta de coches

que se había formado a la salida del aparcamiento.

La lluvia seguía cayendo, igual que una emboscada líquida, golpeando el parabrisas con fuerza. Las luces de los coches se derretían en el cristal como lágrimas incandescentes difuminadas tras una estela acuosa. A los pocos minutos, ya estaban en la autovía de circunvalación. En el asiento del copiloto, Fernando permanecía absorto contemplando el ritmo constante y acompasado de los limpiaparabrisas. Sentía una sensación extraña, como cuando se sale a la superficie tras haber estado bajo el agua aguantando la respiración.

El silencio se alargó lo justo para volverse incómodo.

—Isabel —murmuró él—, no sé qué decir. Las cosas…

Ella le hizo callar posando un dedo en sus labios.

—No hace falta que digas nada. Ya tendremos tiempo de hablar.

Como un Gargantúa de luz, las fauces de la ciudad se abrían ante ellos. Isabel conducía hábilmente entre el tráfico de la avenida de Velázquez. Desde su asiento, Fernando la observaba embobado fijándose en la armonía, casi melodiosa, de sus facciones; la rebelde curvatura de la nariz y el pequeño surco de concentración que se le marcaba entre las cejas al maniobrar entre el tráfico convertían el bullicio de la ciudad en un mero telón de fondo.

Aun así, no podía liberarse de la mortaja de tristeza que lo envolvía. Una sensación de desolación que lo llenaba todo de un frío insoportable provocándole un dolor lacerante, casi físico.

Volvió a ver la imagen de José Antonio en el claro del bosque, de rodillas, rodeado de aquellos hombres.

«¡Venga, Fernando!, ¡vete ya!».

Aquellas últimas palabras permanecían como un eco indeleble, como un tatuaje carcelario grabado con una cuchilla de afeitar en lo más profundo de su ser. Porque sabía que era él quien tenía que haberse quedado en la colina. Eso era lo que tenía que haber hecho: quedarse allí. Si pudiese volver atrás…

Un velo de pena pugnaba por brotar de sus ojos. Tenía unas estúpidas ganas de llorar.

—Déjame por aquí. Donde sea.

—¿Aquí?

—Sí, da igual. Seguiré a pie —contestó ahogando un sollozo.

Mientras el coche giraba hacia el parque del Oeste por Francisco Padilla, Fernando estuvo en silencio.

—¿Tienes dónde quedarte? —le preguntó Isabel.

Él negó con la cabeza.

—Ya encontraré algo.

—Bueno, pues…

La miró incrédulo. Creyó ver un atisbo de nerviosismo en la expresión de la mujer.

—¿Qué?

—No, nada. Habíamos pensado… No sé —dijo ella buscando las palabras adecuadas—, que igual querías quedarte en casa un tiempo hasta que te vayas arreglando, a ver qué pasa.

—¡Sí, *aita*! Por favor —exclamó Nekane, con un tono suplicante y entusiasmado al mismo tiempo.

Por un momento, Fernando se quedó callado contemplando el desfile de luces a través de la ventanilla. Y ahí, justo en ese momento, se dio cuenta de que las cosas solo ocurren una vez y de que, por mucho que se esforzase, ya nunca podría recuperar el pasado. Pero que en ese pasado estaba la certeza del presente y los cimientos del futuro. Tenía que vivir conscientemente la

realidad que le había tocado y sacar fuerzas del dolor para seguir adelante.

El semáforo se puso en rojo. Isabel frenó y volvió a mirarle.

—Bueno, entonces, ¿qué? ¿Te quedas o no? No hagas que me arrepienta.

—*Aita*, por favor…

Fernando miró a su mujer y le agarró la mano. Desde el asiento trasero, Nekane abrazó a su padre por el cuello y le estampó un beso en la mejilla. Un beso sanador que le supo a esperanza, a futuro, a redención.

Sonrió abiertamente mientras una lágrima traidora descendía por su mejilla.

—Pues… a ver qué pasa.

Epílogo

El frío sol de noviembre moría sobre el pórtico de El Salvador de la iglesia de San Severino. La plaza estaba desierta a esa hora de la tarde y las únicas almas que se veían a lo lejos eran dos policías municipales que entraban en el ayuntamiento.

En el interior del templo, difuminada entre la penumbra, una figura oraba frente al Cristo de la Misericordia. Todo estaba en silencio. Un silencio que en ningún lugar era tan profundo como en la capilla de los Urrutia.

Pedro Uribe, tras santiguarse, se incorporó sobre el reclinatorio. Sus pasos, amortiguados por la gruesa alfombra, lo guiaron hacia el sagrario. Introdujo una llavecita de hierro en una cerradura oculta a la vista y empujó el cuerpo izquierdo del retablo. Una escalera de piedra bajaba hacia la oscuridad de una cámara abovedada, oculta bajo la capilla. Mientras bajaba, el foco de la linterna dibujaba haces de luces fantasmales sobre los sepulcros de la cripta; un lugar lúgubre, impregnado de un aroma a piedra húmeda y velas apagadas. Allí, en la soledad de las tumbas polvorientas talladas en la roca, ni el bisbiseo de las oraciones perturbaba el descanso perpetuo de los muertos olvidados.

El cura se arrodilló frente a la reja de hierro forjado que sellaba la entrada. Sacó de su bolsillo un manojo de llaves y, con dedos temblorosos, buscó la que abría la cerradura. El metal chirrió al girar, rompiendo el silencio. Sus ojos se acostumbraron a la penumbra y pudo distinguir los sarcófagos de mármol que se alineaban a ambos lados de la catacumba. Al fondo, sobre un altar de piedra tallada, reposaba una caja de titanio.

Pedro Uribe se acercó al altar con reverencia, como si la santidad del lugar sirviese como penitencia para su pecado. Extendió la mano y rozó la caja con dedos temblorosos. Un escalofrío le recorrió la piel, una mezcla de culpa y de fascinación. Se arrodilló ante el altar, con la cabeza gacha y las lágrimas surcándole las mejillas. Un sollozo ahogado escapó de su garganta. En la fría oscuridad de la cripta, se daba cuenta del peso de su acto. La culpa lo oprimía como una losa sepulcral.

Los ecos del arrepentimiento resonaban más fuerte que las plegarias, Pedro Uribe se enfrentaba a la magnitud de su pecado. Allí, en el silencio sagrado, las palabras de perdón se entrelazaban con el lamento de su alma, quebrada bajo el peso de un acto que desgarraba su ser.

—Perdóname —rezó al vacío, buscando absolución en la piedra fría—. He manchado mis manos con la sangre de la venganza, por un amor que, en silencio, fue mi guía y mi condena. Mikel, mi amado, por ti crucé el umbral que separa el bien del mal. Nunca pude proclamar mi amor bajo la luz del día, pues mi fe era la barrera que se opuso a mi deseo. Ahora, tras vengar tu muerte, la soledad es mi castigo, y la culpa, un manto pesado que cubre mi esperanza y mi paz.

El eco de sus rezos resonó como un réquiem, cada oración, un recordatorio de su caída.

Había traicionado su juramento, por amor. Había roto el sagrado vínculo, por venganza. Y, aunque buscaba el perdón, sabía que su alma estaba perdida.

La oscuridad de la cripta era un espejo de su interior, donde la luz de la redención parecía extinguirse como una tenue llama bajo un huracán. Pedro Uribe, el hombre de fe, ahora camina en sombras, con el corazón desgarrado y el espíritu en pena por amar.

—¡Perdóname! —gritó—. Que mi arrepentimiento sea mi compañía en esta noche sin fin y que la misericordia divina encuentre la llave de mi liberación. Porque, aunque el amor fue la causa de mi perdición, sigo anhelando la salvación, aun en el abismo de mi pecado.

De pronto, la estancia se llenó de una luz áurea, como si el tiempo se hubiera detenido envuelto en un resplandor metafísico. Un susurro de la eternidad, envolviendo todo en un abrazo cálido y omnipresente.

FIN.

Índice

Nota del autor 7
Introducción 9
Capítulo 1 11
Capítulo 2 27
Capítulo 3 33
Capítulo 4 39
Capítulo 5 45
Capítulo 6 53
Capítulo 7 61
Capítulo 8 71
Capítulo 9 77
Capítulo 10 83
Capítulo 11 87
Capítulo 12 95
Capítulo 13 103
Capítulo 14 111
Capítulo 15 119
Capítulo 16 139
Capítulo 17 143
Capítulo 18 155
Capítulo 19 163
Capítulo 20 175
Capítulo 21 179
Capítulo 22 183
Capítulo 23 193
Capítulo 24 209
Capítulo 25 215
Capítulo 26 221
Capítulo 27 229
Capítulo 28 235
Capítulo 29 247
Capítulo 30 259
Capítulo 31 265
Capítulo 32 273
Capítulo 33 279
Capítulo 34 295

Capítulo 35 307
Capítulo 36 317
Capítulo 37 329
Capítulo 38 333
Capítulo 39 377
Capítulo 40 381
Capítulo 41 391
Capítulo 42 397
Epílogo 403